ESOPO
BABRIO

FÁBULAS DE ESOPO
VIDA DE ESOPO
FÁBULAS DE BABRIO



Entre los géneros literarios, la fábula se tiene por menor, debido a su brevedad y sencillez retórica. Sin embargo, el conjunto de fábulas atribuidas a Esopo (620-560 a. C.), protagonizadas por animales parlantes y marcadas por su intención aleccionadora, ha gozado de una popularidad y una vigencia enormes y han penetrado en el repertorio del saber tradicional. Aunque diversos autores reescribieron el corpus esópico durante la Antigüedad clásica, la Edad Media, el Renacimiento y el siglo XVIII, fue Esopo (sea o no un personaje histórico) quien fijó la estructura más perdurable de este tipo de relatos, poblados por animales de rasgos humanos como el mono vanidoso, el asno torpe o el astuto zorro.



Esopo & Babrio

Fábulas de Esopo, Vida de Esopo, Fábulas de Babrio

Biblioteca Clásica Gredos - 006

ePub r1.0
Titivillus 09.04.2018

Título original: μύθοι
Esopo & Babrio, 550 a. C.
Traducción: Pedro Bádenas de la Peña & Javier López Facal
Introducciones y notas: Pedro Bádenas de la Peña y Javier López Facal
Introducción general: Carlos García Gual
Asesor para la sección griega: Carlos García Gual
Revisión: Javier López Facal y Pedro Bádenas de la Peña

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN GENERAL

ACERCA DE LAS FÁBULAS GRIEGAS COMO GÉNERO LITERARIO

I

Proponer una definición de la fábula como género literario es mucho más difícil de lo que el lector ingenuo puede suponer. Una tal definición debe ser precisa, de modo que distinga pertinentemente la fábula de otros tipos de narración, como la alegoría o la parábola, en general, y también del proverbio, de la anécdota y del cuento fantástico con animales. Por otra parte, la definición ha de ser lo suficientemente amplia para comprender las variadas realizaciones históricas del género, tan extendido en la literatura universal. (Es decir, que pueda convenir a la fábula mesopotámica, la grecolatina, la oriental, las versiones medievales, las dieciochescas, etc.) La lectura de algunos estudios críticos, por ejemplo de los de Perry, *Fable* (1959), y de Nøjgaard, *La fable antique*, I (1964), da una clara idea de lo arduo de la cuestión, que en ese aspecto remonta a los estudios críticos «sobre la esencia de la fábula» que G. E. Lessing publicó en 1759.

Aristóteles que, al menos para nosotros, es el primero en teorizar sobre la fábula, no la define, al aludir a ella muy brevemente, en su Retórica (II, 20). Es interesante advertir el punto de vista en el que se sitúa su referencia, más atenta a su utilidad como recurso retórico que a la consideración poética de las fábulas. Como señala Nøjgaard (o. c., p. 27), «Aristóteles no considera la fábula como un género de ficción independiente, sino como uno de los numerosos medios del orador para provocar la persuasión (*pístis*), es decir, como figura retórica. Esta

manera de ver reinará exclusivamente hasta el siglo XVIII, hasta el punto de que el género no será juzgado digno, en la patria de La Fontaine, de ser admitido en el *Arte Poético* de Boileau, ferviente [admirador] de Aristóteles». Aristóteles considera la fábula como una especie del ejemplo (*parádeigma*) empleado por los oradores, y señala dos rasgos de la misma: que es una narración *ficticia* y *alegórica*[1].

Desde la misma perspectiva, y tras las huellas de Aristóteles, los autores de otros manuales retóricos escolares (*progymnásmata*) como son Teón, Hermógenes (traducido por Prisciano al latín) y Aftonio, insistirán en el uso de las fábulas con una finalidad retórica y pedagógica. Un eco de esta consideración, atenta sobre todo a la función utilitaria del género, aparece aún en Perry (*o. c.*, p. 24): «La fábula en su origen no es una forma literaria independiente, creada, como la novela o el drama, por una nueva clase de sociedad con una perspectiva cultural, sino tan sólo un medio retórico, un nuevo instrumento. Como tal puede servir las necesidades de personas de actitudes sociales opuestas, que incluyen las necesidades del amo ocasionalmente tanto como las del esclavo o el oprimido». (La última frase alude a cierta concepción de la función social de la fábula, que trataremos luego.)

Esa visión de la fábula como un nuevo instrumento retórico, un tanto al margen de la literatura propia, ha influido en la escasa consideración teórica que la fábula recibió hasta el siglo XVIII, a pesar de la innegable popularidad y la sorprendente difusión del género. (Por lo demás, esa difusión tan mostrenca y ese aprecio popular lo caracterizaban como un subgénero poético vulgar, de escasos formalismos literarios y con una amplia tradición oral.) Si La Fontaine consiguió, gracias a su maestría estilística y a sus dones poéticos, recubrirlo de un nuevo prestigio estético, el honor de haberlo tomado como tema de una seria consideración crítica recae sobre teóricos alemanes del XVIII, en Lessing ante todo, seguido a distancia por Herder, y mucho más tarde (en 1839) por J. Grimm[2].

Después de Grimm, otros estudiosos —por ejemplo, podemos recordar a O. Crusius (1920), a W. Wienert (1925) y a K. Meuli (1954)— se han ocupado de esa «esencia» de la fábula. En tal sentido, todos ellos están en la dirección trazada por Lessing, intentando avanzar en el sentido de la función social de tales relatos (K. Meuli) o de sus tipos característicos (W. Wienert). Sin embargo, ninguno ha podido ofrecer una definición general satisfactoria, como puede

verse por las críticas posteriores de Perry y de Nøjgaard. También éstos han vuelto a subrayar la agudeza de Lessing al señalar como caracteres de la fábula la *brevedad* y la *conclusión moral* (aunque esa «moral» sea objeto de posteriores discusiones sobre su validez y su pragmatismo).

El folklorista Wienert, ante la diversidad de los ejemplos analizados, insiste en el carácter metafórico de las fábulas, sin diferenciarlas bien de otras especies de alegoría. Perry (*o. c.*, p. 25) dice que «la fábula en su forma más sencilla es idéntica con un cierto tipo de proverbio». K. Meuli renuncia a una definición específica de validez universal. Nøgaard descarta, en aras de una mayor precisión, la idea de definir el tipo general, «esencial», de la fábula, para ceñirse al análisis estructural de un corpus histórico ya fijado: las colecciones antiguas de *Augustana*, de Fedro y de Babrio. Sólo con referencia a estos textos concretos nos ofrece sus conclusiones y su definición de «la fábula antigua» como un «relato ficticio de personajes mecánicamente alegóricos con una acción moral que evaluar» (*o. c.*, p. 82).

Frente a este intento de concisión de Nøjgaard, vale la pena ofrecer en contraste alguna descripción más extensa, como, por ejemplo, la de J. Janssens (p. 7): «La fábula es un relato de poca extensión, en prosa o en verso, que se propone instruir, destacar una verdad, enunciar un precepto con la ayuda de una historieta que ilustra un caso dado y cuya conclusión lógica tiene la fuerza de una demostración y el valor de una enseñanza. La lección que se desprende de la misma está formulada en una máxima, o bien, sobreentendida, procede por inducción: es la moraleja. La fábula es propiamente la puesta en acción de una moraleja por medio de una ficción, o, incluso, una instrucción moral que se cubre del velo de la alegoría».

II

El *carácter alegórico* del relato fabulístico está bien indicado ya por los retóricos antiguos. Así en la definición de Teón de que «la fábula es un relato fingido que da una imagen de la verdad» (*mýthos ésti lógos pseudḗs eikonízōn alḗtheian*).

A través de la escena fantástica de su mundo animal, la lección de la fábula se aplica, alegóricamente, al entorno real. A diferencia del cuento fantástico, las figuras de los animales parlantes no invitan a una evasión, sino a una meditación

sobre el mundo humano. Las criaturas de ese microcosmos bestial aparecen humanizadas en cuanto dotadas de *lógos* (en el sentido griego de «razón y palabra»), y su actuación se conforma según ciertas normas que excluyen lo prodigioso. De ahí el «realismo irónico» del género, que acude a la ficción falsa (*pseúdos*) para descubrir la verdad (*alḗtheia*). «El mundo es así» quiere decir el fabulista; tan bestial y pragmático como el reflejado en estas increíbles imágenes.

La aplicación alegórica de las fábulas puede revestir un aspecto general, como el indicado en las moralejas de nuestras colecciones; o puede tener una referencia concreta, como cuando Estesícoro contaba la fábula de «El caballo, el ciervo y el cazador» a sus conciudadanos de Himera para prevenirles de las pretensiones del tirano Fálaris. Una no excluye la otra; por el contrario, la aplicación concreta ejemplifica el valor de la alegoría de sentido general.

Como un tipo de alegoría, la fábula se caracteriza por: 1) su carácter *dramático* y 2) su aspecto *mecánico*. El dramatismo de la fábula, ya indicado por Aristóteles al hablar de su tema como *prágma*, está claro: en ella se representa una acción. La evaluación de la conducta de sus personajes se deduce de la actuación de éstos. Este rasgo diferencia la fábula de otras alegorías y ejemplos. A su vez, excluye de las fábulas ciertos relatos transmitidos en las colecciones tradicionales: por ejemplo, el famoso de «la zorra y la máscara» (o «el busto» en las versiones modernas). La acción es un elemento esencial. (No lo es, por ejemplo, en el proverbio.)

El aspecto mecánico de la fábula ha sido destacado por Nøjgaard. Los personajes de este microcosmos dramático actúan según ciertas normas «naturales» y están caracterizados, esquemáticamente, de acuerdo con ciertos rasgos fijos. (Están básicamente determinados en cuanto a su fuerza y su inteligencia.) De tal modo, el resultado de su actuación, que coincide con la evaluación de su conducta, tiene siempre una implacable lógica. Esta trabazón lógica de las fábulas está en dependencia de esa su contextura mecánica, que la apariencia pintoresca de los relatos parece a veces encubrir.

III

Toda fábula tiene una *intención moral*, en cuanto sugiere la evaluación de una determinada conducta, bien de un modo explícito (en la moraleja oportuna),

o de un modo implícito (en el éxito o el fracaso de un personaje en su actuación). Ya se ha apuntado el carácter pragmático de esta apreciación moral, que desde otro punto de vista ético puede considerarse como poco elevada o bien inconveniente para un uso pedagógico. Recuérdense, por ejemplo, las críticas de J. J. Rousseau en su *Émile*[3]. Pero la valoración de esa moral pragmática es otro tema (al que más tarde aludiremos). De momento subrayemos que la conclusión implícita en el relato es lo que fundamenta una explicitación de la misma en una moraleja abstracta, colocada antes o después de la narración misma, como *promitio* e *epimitio*. (Es más frecuente colocarla al final.)

Desde el punto de vista histórico, hay que notar que las moralejas de la colección esópica son añadidos posteriores, y que, en algunos casos, no están adaptados a la conclusión implícita de la fábula. La aplicación de una fábula a un caso concreto, personal (como las narradas por Arquíloco) o político (Estesícoro) parece lo más antiguo. En la *Vida de Esopo* se ofrecen ejemplos de ambos tipos de referencias concretas. Es probable que las moralejas con referencias a determinados tipos de personas de tal o cual carácter estén influidas por los *epimitios* moralizados de la colección de Demetrio de Falero, discípulo de Teofrasto.

En la *estructura de la fábula esópica* sencilla pueden distinguirse varios elementos imprescindibles: 1) una situación de base, en la que se expone un cierto conflicto entre dos figuras, generalmente de animales; 2) La actuación de los personajes, que procede de una libre decisión de los mismos, que eligen entre las posibilidades de la situación dada, y 3) la evaluación del comportamiento elegido, que se refleja en el resultado pragmático de su acción, calificada así de inteligente o necia.

Este análisis de la secuencia narrativa en tres momentos (de acuerdo con Nøjgaard) o en cuatro (según Gasparov, que prefiere distinguir entre «exposición, proyecto, actuación y resultado»; es decir, subdivide el segundo momento en «decisión» y «acción») refleja la sencilla arquitectura lógica de la fábula y su intención moral. Como hemos apuntado antes, la evaluación se halla inserta en la conclusión del relato, puesto que es pragmática. Los personajes (generalmente animales)[4] no poseen un valor fijo, sino que se hallan sujetos a una determinada valoración dentro del conflicto, definido por su posición y su relación recíproca. Para decidir el éxito de la acción importan sólo dos rasgos: la fuerza y la inteligencia.

Cada uno de los animales encarna, de modo plástico y acorde al orden natural, un cierto grado en la escala de esos valores. De esos rasgos, fuerza y astucia, que cada uno posee en su grado peculiar, el primero (y en la superioridad de fuerza hay que considerar tanto la ventaja física natural como la que resulta de la situación dada) es un elemento estático, fijado previamente; mientras que la inteligencia es el elemento dinámico y susceptible, por tanto, de ser valorado «moralmente». Mediante el buen uso de ella puede el más débil triunfar del más fuerte, arrebatarle la presa, sacar provecho o escapar de él. A la postre, es la inteligencia la que decide el conflicto y de ahí el valor didáctico del género.

En el espejo alegórico del mundo bestial se refleja una sociedad dura, en una constante lucha por la vida. A pesar de su pretendida ahistoricidad, con su referencia a unos seres guiados por sus apetitos naturales, en esta concepción del universo animal como una sociedad competitiva y despiadada se deja sentir un transfondo histórico ineludible. La fábula esópica refleja ciertos rasgos del pensamiento griego de la época arcaica[5]. La inteligencia significa habilidad para la trampa y el engaño, y lo único que importa es el éxito, sin otra sanción transcendente. Lo natural es que el más fuerte devore al más débil y que el más listo engañe al más tonto. No hay otra justicia natural, según esta concepción, que se asemeja a la postulada por Calicles. Como concluye La Fontaine en un célebre verso: «La razón del más fuerte es siempre la mejor». (En comparación con otras colecciones de fábulas, por ejemplo las orientales, se advierte en la esópica una peculiar amargura y dureza, que se acentúa con tonos personales en Fedro y Babrio.)

IV

La *brevedad* característica de estos relatos fabulísticos está llevada al máximo en los ejemplos de la colección esópica, con su estilo austero y su ascética sencillez. Esta manera escueta de contar, que prescinde de los adjetivos y de todo lo accesorio, permite captar mejor la estructura lógica del relato, con su esquemática exposición. Frente a esa simplicidad esópica, todos los posteriores traductores y adaptadores colorean a su manera el relato. Y esto ya se percibe en las versiones versificadas de Fedro y de Babrio; pero muchísimo más en los fabulistas de la Edad Media o de los siglos diecisiete y dieciocho. Por otra parte, las fábulas indias están engarzadas en un relato de historietas

entrecruzadas, como en arabescos, a la vez que poseen un fuerte colorido oriental.

No sabemos si esa forma escueta de las fábulas recogidas en las colecciones anónimas griegas es la original, o bien es el resultado de una transmisión larga y oral que habría reducido las narraciones a sus núcleos esquemáticos. En todo caso, la brevedad extrema es típica de la tradición esópica. Para su utilización didáctica o retórica sobraban otras galas literarias. Otros fabulistas, con pretensiones poéticas, han decorado el texto original, tomado a modo de cañamazo para su narración. El mejor ejemplo tal vez sea el de La Fontaine, que ya advierte en el prólogo (de 1668) a sus primeros libros: «On ne trouvera pas ici l'élégance ni l'extrême bréveté qui rendent Phèdre recommendable… j'ai cru qu'il fallait en récompense égayer l'ouvrage plus qu'il n'a fait».

Las fábulas griegas prescinden del costumbrismo histórico y de cualquier decoración. Las fábulas indias tienen, en cambio, un decorado cortesano. Los varios animales ocupan cargos y se visten a la usanza del tiempo. El león es el rey (como ya aparece en Fedro) y otros animales aparecen como visires y empleados regios. Algo semejante sucede en la versión épico-novelesca del *Roman de Renart* o el *Reinhart Fuchs*. Todo el ambiente cobra entonces un colorido épico, como en La Fontaine toma un cierto tono de comedia burguesa. Sin embargo, bajo los ropajes de moda se conserva como el esqueleto de las fábulas antiguas. Es muy interesante cotejar algunos episodios (por ejemplo, el encuentro del zorro y el cuervo) en varias de estas versiones para apreciar mejor la sencillez del texto griego y los aditamientos marginales de los fabulistas[6].

Otro detalle interesante de la colección de fábulas es su presentación, bien como ejemplos sueltos (por ejemplo en las colecciones antiguas, La Fontaine, Iriarte, etc.), o bien engarzadas a través de la presencia de un narrador (como en el *Panchatantra*, y sus varias adaptaciones). Es curioso pensar que Esopo en la *Vida de Esopo* hace un papel similar al de Vichnusarman, Lokman o Bidpay en las colecciones orientales, un papel como el de su precedente asirio Ahikar. Es el consejero educador que, oportunamente, narra sus pintorescos ejemplos. (Como el Patronio de *El Conde Lucanor*, etcétera.) Pero en el mundo griego *La Vida de Esopo* ha subsistido como independiente y marginal a la colección de apólogos; y ésta es demasiado extensa como para poder encajar en su totalidad en el marco de aquélla[7].

V

La *difusión del género* fabulístico en la literatura europea parte de una tradición de raíz doble: de un lado, la tradición clásica (Esopo, Fedro, *Romulus, Isengrinus*) y del otro, la india (*Panchatantra*, sus versiones árabes, etc.). Y a su vez la colección griega y la india parecen remontar a las fábulas mesopotamias, que, a partir de Babilonia, habrían llegado a Grecia a través de Asia Menor, y por otra parte, a través de Persia, posteriormente, llegarían a la India. Los orígenes mesopotamios del género han sido detectados y estudiados —por Ebeling, Gordon, Lambert, Perry, etc.—, aunque es muy difícil precisar lo que luego los griegos añadieron en la formación de este género popular. Esopo, desde luego, no fue su inventor ni su introductor en Grecia, puesto que ya Hesíodo cuenta la fábula de «el halcón y el ruiseñor» (*Tráb*. 202-212) en el siglo VIII (varios siglos antes, por tanto, de las primeras fábulas atestiguadas en la India, pues la redacción del *Panchatantra* remonta al siglo II o I a. C.). La fama de Esopo se debe a que *fijó el tipo clásico* de la fábula y divulgó la *primera colección* de las mismas.

Pero el género estaba ya atestiguado en Grecia mucho antes, de la existencia, real o literaria, de este curioso personaje, el esclavo frigio que, según los diversos testimonios biográficos, habría vivido en la segunda mitad del siglo VI a. C. Quintiliano designa a Hesíodo como el inventor del género («Nam videtur fabellarum primus auctor Hesiodus», en *Inst*. V 11, 19). Después de éste, también Arquíloco, Estesícoro y Semónides aluden a algunas fábulas con anterioridad a Esopo.

Ya Heródoto y Aristófanes conocían, probablemente, una versión de la *Vida de Esopo*[8]. Las referencias de Heródoto a Esopo como *logopoiós* (*Hist*. II 134, 3) y ciertas expresiones de Aristófanes parecen indicar que conocían una obra escrita atribuida a él (o de un autor anónimo que se escondía bajo la figura del protagonista del relato biográfico). Las citas de Aristófanes testimonian la popularidad de esos apólogos, que Sócrates, por ejemplo, se sabía de memoria y versificaba en la prisión en los últimos días de su vida (según Platón cuenta al comienzo del *Fedón*, 61 B). Otros autores clásicos, como Heródoto, Antístenes, Jenofonte, Teopompo y Aristóteles, cuentan ocasionalmente alguna fábula.

La creación de la estatua de Esopo, obra del escultor Lisipo, en el ágora ateniense fue otra muestra del reconocimiento de esta ciudad al fabulista, cuyos

ejemplos recopiló de nuevo, en una edición definitiva para el futuro de la colección, el peripatético Demetrio de Falero, en el último tercio del siglo IV. Probablemente las colecciones anónimas de las fábulas griegas que han llegado hasta nosotros —la más antigua de las cuales, *Augustana*, no es anterior en su redacción al siglo I o II de nuestra era— descienden de esa benemérita recolección de ese discípulo de Teofrasto.

VI

En su larga tradición secular las fábulas se han transmitido con múltiples variantes y adaptaciones de detalle, como era de esperar, dado el carácter de su transmisión, en gran parte oral, y su aspecto de literatura popular. Desde muy antiguo conocemos la alternancia de prosificaciones y versificaciones sobre una colección abierta a la que podían agregarse repetidamente nuevos ejemplos u omitir otros. Incluso las moralejas sugieren, a veces, una readaptación de los temas a una conclusión abstracta. Ya hemos aludido a esto para sugerir la enorme dificultad que supone el rastrear una transmisión textual como la de un corpus fabulístico o un relato anecdótico como la *Vida de Esopo*.

En algún caso se ha detectado un paralelo bastante preciso entre un ejemplo griego y un indio. Así, por ejemplo, entre la fábula de «el asno con la piel de león» (Esopo, 188)[9] y la de «el asno con la piel de tigre» (*Panchatantra*, IV, 8). Pero aun en tales casos podemos dudar si nos hallamos ante una influencia directa de una sobre otra, de una coincidencia debida a un lejano origen común, o de dos creaciones paralelas sobre un motivo muy repetido en ambas colecciones: la inutilidad del disfraz para encubrir la condición natural.

En otras ocasiones encontramos curiosas variantes, como la de alguna fábula de Babrio que se aproxima más a una versión babilonia que a la divulgada como esópica. Así, por ejemplo, la de «el mosquito y el toro».

En otros casos, no encontramos en la colección esópica algún ejemplo que Pedro cita como perteneciente a la misma: Así la fábula «del lobo y la zorra con el mono juez», que Fedro relata (I 10) señalando expresamente: «Hoc adtestatur brevis Aesopi fabula». Por cierto que Fedro, autor muy consciente de sus intenciones literarias, introduce una oportuna distinción entre «fábulas de Esopo» (*Aesopi*) y «fábulas esópicas» (*Aesopias*), contando entre las primeras aquellas que son versiones latinas de un prototipo griego (transmitido como de

Esopo) y las segundas, inventadas por él sobre el esquema de composición esópica, tomado como pauta para una nueva ilustración, *usus uetusto genere, sed rebus nouis*. (Fedro, Proemio al libro IV, vs. 10 ss. Cf. los proemios al libro III y al V.)

Efectivamente, nos parece ésta una distinción oportuna y que sería útil para calificar las fábulas de otros autores; por ejemplo, para distinguir los dos tipos en La Fontaine, o para advertir la posición de Iriarte y de Samaniego, en cuanto versificadores de «fábulas de Esopo» y autores de «fábulas esópicas», «usando el añejo género con motivos nuevos». A este viejo género con nuevos motivos pertenecen también las fábulas de J. Anouilh, por poner un ejemplo más reciente, o las de tantos fabulistas castellanos del siglo XIX. Pero es evidente que esa distinción supone la existencia de una colección fijada por escrito y la toma de posición del fabulista como autor con pretensiones de originalidad ante la colección tradicional. Entre las fábulas transmitidas como «de Esopo» hay que contar, sin embargo, con las aportaciones anónimas de muchas «fábulas esópicas», que se han integrado en esa colección abierta.

Entre las modificaciones de una fábula, las más corrientes y triviales son las que afectan a algún detalle de la acción o de los personajes de un ejemplo. En los manuscritos encontramos, como indica Chambry, que la fábula de «La encina y la caña» (Esopo, 70) aparece en ocho formas y con cinco títulos variables («La encina y la caña», «La encina y las cañas», «Los árboles y las cañas», «La caña y el olivo», «Las cañas y los cipreses»).

En algún caso, encontramos alguna variante pintoresca en los cambios muy frecuentes de animales, como en Chambry 33 «la zorra y la serpiente» que equivale a la 268 de Perry: «el gusano y la serpiente». (Ha intervenido un error del copista, que en lugar de *skōlex* «gusano» ha copiado *alōpex* «zorra», animal más frecuente en la colección, pero inadecuado en esta fábula.) Por otro lado, este tema, el del animal que por imitar a uno superior se estira hasta partirse, ha sido readaptado felizmente por Fedro en I, 24, con otros dos animales: «la rana y el buey».

Un caso más curioso es el de la fábula de la mosca que se ahoga en un tarro de comida (Fab. 167 Perry= Chambry 238), y que, antes de morir, exclama: «¡He comido, he bebido y me he bañado; si muero no me importa!» (el hedonismo proclamado por esta mosca, explicado en la moraleja de que «los hombres soportan con facilidad la muerte cuando ésta llega sin dolor», no deja de parecer

una conclusión extraña). Creo que la fábula se entiende mejor, si la consideramos construida como una réplica a la que Chambry transmite con el número 239 (y que Perry, a mi parecer injustificadamente, no recoge). En esta fábula las moscas, caídas «en un panal de rica miel», exclaman al morir «¡Desgraciadas de nosotras, perecemos por un instante de placer!» (la moraleja correspondiente es que la glotonería resulta causa de muchas desgracias).

Es probable que alguna fábula más, como la del «camello danzarín» (249) se explicara mejor del mismo modo, considerándola como una réplica a otra supuesta, que hablaría de lo ridículo del camello en un oficio tan impropio de su especie. (Tema muy difundido en la colección.) En ese caso la fábula original se nos habría perdido.

La modificación del resultado, y de la moraleja, de una fábula mediante una nueva versión, con un afán consciente de corregir el sentido original, es un proceso muy repetido en la historia literaria. Así, por ejemplo, Lessing da su versión del episodio famoso de «el zorro y el cuervo», dejando que lo que el vano cuervo pierde sea un trozo de carne (en lugar de un queso), en mal estado, con el cual se envenena el taimado zorro adulador, para resaltar así la tesis de que el engañador recibe un pago justo. De modo semejante, en versiones modernas para niños de «la cigarra y la hormiga», ésta acaba compadeciéndose de la holgazana cantora y le da cobijo y comida, mientras aquélla ameniza con sus cantos la rutinaria faena del hormiguero. Así se dulcifica la lógica y cruel conclusión del relato.

Seguir el desarrollo de una fábula a través de sus sucesivas versiones puede ser un estimulante ejercicio de literatura comparada[10].

Investigar la relación entre las diversas colecciones de fábulas en la historia de nuestra tradición occidental es un ejercicio arduo, por lo complicado de las relaciones y la dificultad de definir ciertos temas de origen o difusión popular. Las líneas generales de esa tradición fabulística son conocidas —pueden verse en los libros de Janssens o Leibfried—, pero en detalle quedan muchos puntos por precisar de esa historia fabulística, de la historia de este género menor que tuvo su exponente clásico y fundamental en la colección esópica.

BIBLIOGRAFÍA

F. BORMBOQUE, *La Fontaine fabuliste*, París, 1973.

R. BOSCH-R. CERE, *Los fabulistas y su sentido histórico*, Nueva York, 1969. (Subraya el aspecto político de las obras de Iriarte y Samaniego.)

E. CHAMBRY, *Esope. Fables*, París, 1927. (Col. «Les Belles Lettres».)

E. EBELING, «Die babylonische Fabel», en *Mitteilungen der altorientalischen Gesellschaft*, II, 3, Leipzig, 1927.

C. GARCÍA GUAL, «El prestigio del zorro». *Emérita* 2 (1970), páginas 417-431.

—«Historia y ética de la fábula esópica», en *Actas del V Congreso Español de Estudios clásicos* (1976), Madrid (en prensa).

—«Ideología y estructura de la fábula esópica», en *Estudios ofrecidos a E. Alar cos*, I, Oviedo, 1977, pp. 309-322.

L. M. GASPAROV, «Sjužet I ideologiya y ezopovskich basnjach», en *Vjestnik Drevnjef Istorii*, 105, Moscú, 1968, pp. 116-126.

A. HAUSRATH, *Corpus fabularum aesopicarum*, I-II, Leipzig, 1940-1956. (Col. Teubner.)

J. JANSSENS, *La fable et les fabulistes*, Bruselas, 1955.

S. JOSIFOVICH, Art. «Aisopos», en PAULY-WISSOWA, *RE*, suplemento XII (1974), Col. 15-40.

W. G. LAMBERT, *Babylonian Wisdom Literature*, Oxford, 1960.

E. LEIBFRIED, *Fabel*, Stuttgart, 1967. (Magnifica bibliografía con especial atención a los escritores alemanes.)

I. MONTIEL, *Historia y bibliografía del libro de Calila y Dimna*, Madrid, 1975.

M. NØJGAARD, *La fable antique. I. La fable grecque avant Phèdre*, Copenhague, 1964.

—*La fable antique. II. Les grands fabulistes*, Copenhague, 1967.

A. E. PERRY, *Studies in the text, history of the Life and Fables of Aesop*, Haverford (Pensilvania), 1936.

—*Aesopica, I; Greek and Latin Texts*, Urbana, 1952.

—«Fable», *Studium Generale* 12 (1959), pp. 17-37.

—*Babrius and Phaedrus*, Londres, 1965. (Col. «Loeb».) (Edición de textos griegos y latinos con traducción inglesa y una importante introducción sobre las fábulas antiguas.)

F. RODRÍGUEZ ADRADOS, *Estudios sobre el léxico de las fábulas esópicas*, Madrid, 1948.

—«El papiro Rylands 493 y la tradición fabulística antigua». Emérita (1952), pp.

337-338.
—«La tradición fabulística griega y sus modelos métricos», en *Emérita* 2 (1969), pp. 235-315, y 1970, 1, pp. 1-52.
A. Wiechers, *Aesop in Delphi*, Meisenheim, 1961.
W. Wienert, *Die Typen der griechisch-römischen Fabel* (FFC XVII, 2.56), Helsinki, 1925.

Entre las traducciones castellanas de Esopo vale la pena recordar la primera, anónima (hecha sobre el texto latino de Lorenzo Valla, de 1439), impresa por Johan Hurus en Zaragoza en 1489. (Una excelente reproducción en facsímile de este texto con sus curiosas ilustraciones la publicó la Real Academia Española en Madrid, 1929, acompañada de un breve estudio de E. Cotarelo y Mori, a modo de prólogo, con una interesante bibliografía de las ediciones de fábulas en la península desde la versión latina impresa en Valencia en 1480 a sus días.) También quisiera recordar la más reciente traducción castellana anterior a la presente, y realizada como ésta a partir del original griego (sobre el texto de la edición de Perry) con preciso cuidado, por F. Sanz Franco, publicada en Reus, 1976.

Entre las ediciones de otros fabulistas merece verse como ejemplo de uso escolio la edición de LFaf Fontaine, Fables, anotadas y comentadas por P. Michel y M. Martin (París-Bruselas-Montreal, 1973, Ed. Bordas); y las de los españoles Tomás de Iriarte, *Poesías*, con un prólogo y notas de A. Navarro González, Madrid, 1963. (Col. «Clásicos Castellanos»); de F. M.ª de Samaniego, *Fábulas*, editado por E. Jareño, Madrid, 1969 («Clásicos Castalia»), y de J. E. Hartzenbusch, *Fábulas*, ed., introd. y notas de R. Navas Ruiz, Madrid, 1973 («Clásicos Castellanos»), Como edición escolar, con texto griego anotado y un prólogo, podemos citar la selección de María Socorro Andújar, *Esopo. Fábulas escogidas*, Madrid, 1942.

Carlos García Gual



Fig. 1

FÁBULAS DE ESOPO



FIG. 2

NOTA SOBRE EL TEXTO DE LAS FABULAS ESÓPICAS

A la figura de Esopo se le han atribuido desde antiguo no sólo fábulas sino también un conglomerado de *geloîa* («chistes»), anécdotas y proverbios. La formalización de la vida de Esopo remonta quizá al siglo I a. C. (Cf. «Introducción a la *Vida*») y, a juzgar por los diversos elementos que en torno a este personaje se han aglutinado, todo indica que Esopo se trata de una de estas personalidades literarias a la que se le podía atribuir todo. Es difícil pensar que en época clásica en Atenas existieran ya colecciones de fábulas prosificadas, aunque, desde luego, hubo un momento en que en Atenas se extendió la afición de las colecciones. Así, surgieron las importantes colecciones de tema simposíaco, como la teognídea, las de inscripciones, etc. Este movimiento empieza a consolidarse con las *didascalias* de Aristóteles, reflejo de un ambiente científico que recurre a la acumulación de datos, necesarios para la posterior elaboración de teorías. Es fácil pensar que a partir de aquí se iniciara la recopilación de fábulas y de ahí pasarían a usarse en las escuelas, constituyendo su enseñanza una introducción a la retórica.

La fábula es un género que nació en niveles populares como una contrapartida del mito, y poco a poco, avanzó por caminos nuevos a la par que seguía cumpliendo sus primitivas funciones como exponente de sabiduría popular. En este sentido es como aparecen usos de temas fabulísticos en autores tardíos como Calimaco (siglo III a. C.)[1] El filósofo peripatético Demetrio de Falero, casi contemporáneo de Calimaco, llevó a cabo la recopilación, en colecciones, de cartas, fábulas y proverbios[2]. Antes de él seguramente la fábula se transmitió por vía oral y literaria, es decir, a través de citas por parte de los diversos autores. El mayor problema consiste en que no sabemos exactamente qué es lo que Demetrio de Falero llevó a cabo con las fábulas o con las colecciones de fábulas anteriores a él que posiblemente llegaran a sus manos. Pudo tomar las fábulas tal y como estaban, respetando su metro y dialecto, pudo

hacer una prosificación o bien una solución mixta: versificar en metros diferentes y actualizar el léxico.

Sobre el problema de la reconstrucción de las fábulas existen dos trabajos muy importantes[3], Nøjgaard, cuyo libro es de bastante interés, pero que contiene algunos errores de planteamiento, piensa que la colección *Augustana* es obra de una sola vez y de un solo autor determinado; piensa asimismo en la existencia de una colección escrita en época ática, lo cual por el momento no es demostrable. Hausrath, editor del *Corpus* de las fábulas esópicas, sostiene que la recensión más antigua es una recopilación de viejas fábulas extraídas de historias populares de Esopo y de manuales al uso en las escuelas de retórica.

Son tres las colecciones de fábulas base para las ediciones modernas de Esopo (I, II y III). La primera es la más antigua y nos acabamos de referir a ella, es la colección *Augustana*, Adrados[4] la sitúa hacia el siglo V después de Cristo, aunque, por supuesto, esta fecha no impide que el fondo de la colección pueda ser bastante más antiguo. La segunda colección es la denominada *Vindobonense*, del siglo VI, y la tercera es la *Accursiana* que data del IX, si bien Perry[5] se esfuerza por fecharla hacia el XIV, incluso cree que sea de Planudes. Lo más seguro es que sea del IX, porque sus redactores manejaban aún colecciones en verso, todavía accesibles. Si en el siglo XIV hubieran existido es casi seguro que habrían llegado hasta nosotros. Aparte de estas tres colecciones de fábulas anónimas, vamos a referimos brevemente al material fabulístico conservado en colecciones más antiguas y recientes a las ya mencionadas. De un lado, lo más antiguo es el papiro *Rylands* 493[6], del siglo I d. C. Las tablillas de cera procedentes de Palmira (siglo II d. C.) conocidas como *tablillas de Assendelft*, adquiridas en 1881 a un marinero holandés, contienen un repertorio de fábulas usadas en ejercicios escolares, además de versos de Hesíodo, etc. En parte, las fábulas aquí conservadas son de Babrio. También con material babriano tenemos el Athous, un manuscrito del Atos que fue a parar a París, con dos libros de fábulas ordenadas alfabéticamente, hasta la letra ómicron donde se interrumpe. Las fábulas están en coliambos, por lo que la postura tradicional ha sido la de atribuir a Babrio todas las fábulas en coliambos. Existe otro manuscrito de Oxford en la biblioteca Bodleiana, conocido como *Paráfrasis Bodleiana*, en prosa, dejando traslucir coliambos, se piensa que es una prosificación de Babrio, pero no tienen que serlo forzosamente todas las allí contenidas. Las fábulas de *Aftonio* son una colección del siglo V. Se trata de fábulas cortas recogidas con

fines escolares. El Códice de Nápoles, de esa misma fecha aproximadamente, contiene un repertorio de fábulas retóricas. Existe también un grupo de fábulas bizantinas escritas en *stikhos politikós* (un tipo de verso basado en el acento de intensidad) que hay que enlazar con las anteriores. Por último, deben citarse las fábulas bizantinas, pero de tradición antigua, como las de Pseudo-Dositeo, Sintipas, Juan Diácono, etcétera.

Por lo que se refiere a las ediciones, el texto de las fábulas atribuidas a Esopo ha sido desgraciado. El criterio común de restablecer un texto más o menos cercano al original no es viable para las fábulas. Pues en la literatura popular las variantes textuales que puedan dar los diferentes manuscritos no implican que sean errores, sino que el copista (algo análogo a lo que sucede con los romances) estaba autorizado a variar. Las viejas ediciones de Crusius, Korais y Halm[7] seguían algunas de las colecciones antiguas pero separadamente, aunque alguna, como la de Korais, intentó recoger las distintas versiones a su alcance, otras como la de Halm, con ser posterior, supone un retroceso, pues se edita un conglomerado sin distinguir claramente qué es cada cosa. Ediciones más modernas y excelentes por la clara presentación del material son las de Chambry, Hausrath y Perry[8].

Expondremos brevemente las principales características de cada una de ellas. La edición de Chambry (1925) sigue siendo hoy básica, presenta un material abundantísimo a pie de página, los textos de las recensiones I, II y III van impresos separadamente, si bien las variantes de la se ofrecen sólo en el aparato crítico de I. Del mismo Chambry, también en la colección Budé se publicó en 1927 una edición abreviada[9], con texto griego y traducción, donde no se presenta ya el aparato crítico y se limita a ofrecer únicamente una sola redacción de cada fábula, la que se ha considerado mejor. Hausrath en su *Corpus Fábularum Aesopicarum* presenta por separado las fábulas de la *Augustana*, *Vindobonense* y *Accursiana*. Junto a la recensión I están la Ia y Ib que Hausrath considera desviaciones o modificaciones de I. En cuanto a las relaciones entre las tres colecciones, Hausrath, tanto en el prólogo de su edición como en el artículo s. v. *Fabel* de la *RE* de PAULY-WISSOWA, piensa que ya en fecha antigua se crearon dos colecciones: una retórica, dirigida a la enseñanza en la escuela y otra popular. La *Augustana* sería la colección retórica y la *Vindobonense* la popular. Esta interpretación es aventurada y en el fondo no es más que un prejuicio sobre la dicotomía de lo culto y popular. Por el contrario, lo

más seguro es que ambos tipos de fábulas procedan de una misma fuente.

La edición de Perry[10], cuyo texto es el que se ha adoptado para la presente traducción de las fábulas atribuidas a Esopo, reúne un material valiosísimo. Comprende la edición príncipe del manuscrito *G* de la *Vita Aesopi*[11], así como las versiones de la *Vita* en el manuscrito Lollianus (con texto en latín) y la recensión de Westermann. En lo tocante al *corpus* fabulístico, para las anónimas Perry da una versión única para cada tema; el criterio seguido es seleccionar la más antigua. De las fábulas 1 a 231 inclusive el texto procede de la *Augustana*, de la 232 a 244 se sigue a la recensión Ia y de la 245 a la 273 se sitúan las fábulas de diversa procedencia, por ejemplo, de los manuscritos Athous, Triuultianus, etc. Además, Perry ha reunido en sus *Aesopica* los repertorios de anécdotas, testimonios literarios sobre Esopo y la fábula, las fábulas de origen babriano y la tradición latina.

Estas características de la edición de Perry, aunque metodológicamente puedan ser en algún punto discutibles, son las que han determinado el que se decidiera su uso para realizar la traducción de la «Vida de Esopo» y sus fábulas que ahora se ofrece. La numeración seguida coincide, pues, con la que da Perry, pero para mayor facilidad en la localización de cada fábula se acompañan las numeraciones de Hausrath y Chambry. De este último, exclusivamente por razones de facilidad para el lector, se da la numeración correspondiente a la *editio minor*, pues es la más accesible, a la vez que por ir el texto griego acompañado de traducción el lector podrá disponer de mayores posibilidades de valoración del texto. Por otra parte, se acompaña una tabla de correspondencia entre estas tres ediciones, las mejores en la actualidad. Tan sólo las fábulas ausentes de la edición abreviada de Chambry son sustituidas por las de la *editio maior*, acompañándose de un asterisco (*).

PEDRO BÁDENAS DE LA PEÑA

FÁBULAS DE LA COLECCIÓN AUGUSTANA

1. El águila y la zorra (Hsr. 1, Ch. 3)

Un águila y una zorra después de hacerse amigas decidieron vivir cerca una de otra, en la idea de que la convivencia consolidarla su amistad. Y entonces, el águila subió a un árbol muy alto e hizo su nido, mientras que la zorra, adentrándose en el zarzal que había debajo, parió. Y un día en que ésta salió fuera a buscar comida, el águila, falta de alimento, se lanzó al matorral y tras robar los cachorros se los comió en compañía de sus polluelos. La zorra de regreso, cuando advirtió lo sucedido, se dolió, no más por la muerte de sus crías cuanto por su imposibilidad de venganza; puesto que al ser un animal terrestre no podía perseguir a uno alado. Por lo que marchándose lejos, maldecía a su enemigo, que es lo único que les resta a los débiles e incapaces. Pero sucedió al águila que no tardó en sufrir un gran castigo por su impiedad respecto a la amistad; pues cuando estaban irnos sacrificando una cabra en el campo, bajó volando y arrebató del altar una viscera encendida que se llevó al nido; se levantó un fuerte viento y prendió, de una ligera y vieja brizna de paja, un fuego brillante. Y por esto se abrasó con los polluelos —pues aún no estaban en edad de volar— y cayeron a tierra. Entonces, la zorra, que acudió corriendo, a la vista del águila a todos devoró.

La fábula muestra que los que violan la amistad, aunque puedan rehuir el castigo de los que han sido ofendidos, por su propia debilidad sin embargo, no escapan al menos al castigo divino.

La .xiij. dela aguila ⁊ dela raposa.



FIG. 3

2. El águila, el grajo y el pastor (Hsr. 2, Ch. 5)

Un águila que bajó volando desde una elevada peña arrebató un cordero; un grajo, a la vista de esto, quiso por envidia imitarla. Y entonces, tras tirarse con un fuerte graznido, se precipitó sobre un camero. Pero al quedársele enganchadas las garras en los vellones batía sus alas sin poder librarse, hasta que el pastor, dándose cuenta de lo que pasaba, vino corriendo y lo capturó. Tras recortarle las alas remeras, al caer la tarde, se lo llevó a sus hijos. Cuando le preguntaron qué tipo de pájaro era, dijo: «Por lo que yo tengo bien entendido, un grajo; pero por lo que él se pretende, un águila.»

Así, la rivalidad con los poderosos a nada conduce y, en la desgracia,

consigue el ridículo.

3. El águila y el escarabajo (Hsr. 3, Ch. 4)

Un águila perseguía a tura liebre; ésta se encontró sin posibilidad de ayuda, tan sólo a quien la casualidad le puso delante —había visto a un escarabajo— pidió socorro. El escarabajo dióle confianza, y cuando vio llegar cerca al águila rogó que no le arrebatara a quien le había pedido su ayuda. Y aquélla, mirando con desprecio la pequeñez del escarabajo que tenía ante su vista, devoró a la liebre. El escarabajo, lleno de rencor contra aquélla, se pasó el tiempo espiando el nido del águila y cada vez que ésta hacía su puesta el escarabajo, levantándose en el aire, echaba a rodar los huevos y los cascaba, hasta que, expulsada de todos lados, el águila recurrió a Zeus —pues esta ave está consagrada al dios— y le pidió que le proporcionara un lugar seguro para criar a sus pollos. Zeus le concedió poner sus huevos en su regazo, el escarabajo, al verlo, hizo una pelota de estiércol, se echó a volar y cuando estuvo encima del regazo de Zeus allí mismo la tiró. Zeus, al querer sacudirse el estiércol, cuando se levantó tiró los huevos sin darse cuenta. Desde entonces, dicen que en la temporada en que aparecen los escarabajos las águilas no crían.

La fábula muestra que no hay que despreciar a nadie, pensando así que no hay nadie tan débil que, ultrajado, no sea capaz un día de vengarse.

4. El ruiseñor y el gavilán (Hsr. 4, Ch. 8)

Un ruiseñor, posado en una alta encina, cantaba como tenía por costumbre. Y un gavilán al verlo, como andaba falto de comida, tirándose sobre él lo arrebató. Éste, a punto de morir, le pedía que lo soltara, alegando que él no era suficiente para saciar el vientre de un gavilán y que, si estaba falto de comida, debía buscar pájaros más grandes. Y éste replicó: «Pero imbécil sería yo si dejando marchar el bocado que tengo a punto en mis garras me pusiera a perseguir lo que aún no ha aparecido.»

Así, también entre los humanos hay insensatos que fiados en mayores esperanzas dejan escapar lo que tienen entre manos[1].

5. El deudor ateniense (Hsr. 5, Ch. 10)

En Atenas, un acreedor reclamaba la deuda a su deudor, éste, al principio, le pedía que le concediese un plazo, afirmando que estaba en un apuro. Como no logró convencerle, trajo una marrana, la única que tenía, y delante de aquél la puso en venta. Acercóse un comprador y preguntó si la marrana era fértil, aquél dijo que no sólo paría, sino que lo hacía de modo singular; pues en los Misterios paría hembras, y en las Panateneas[2], machos. Asombrado el comprador ante lo dicho, el acreedor añadió: «Y no te maravilles, porque ésta en las Dionisias[3] te parirá cabritos.»

La fábula muestra que muchos, en interés de su propio lucro, no vacilan en jurar en falso cosas imposibles.

6. El cabrero y las cabras monteses (Hsr. 6, Ch. 17)

Un cabrero, que sacó sus cabras a pastar, como viera que unas cabras monteses se habían mezclado con las suyas, al caer la tarde las metió a todas en su cueva. Al día siguiente sobrevino una gran borrasca y, no pudiendo llevarlas a su pasto habitual, las cuidó dentro, echó a las suyas propias la comida justa para no pasar hambre, mientras que a las extrañas les amontonaba mucha, con la intención de apropiárselas. Una vez pasó la tormenta, cuando sacó a todas a pastar, las monteses, tras echarse al monte, se escaparon. El pastor les reprochaba su ingratitud, pues si ellas habían obtenido más cuidados de la cuenta le abandonaban; éstas volviéndose dijeron: «Pues por esto mismo tenemos más precaución, porque si a nosotras, que llegamos ayer a tu lado, nos has tratado mejor que a las que están contigo desde antes, está claro que si otras se te acercan después a aquéllas preferirás más que a nosotras.»

La fábula demuestra que no hay que acoger las pruebas de amistad de los que nos prefieren a los viejos amigos, en la idea de que al hacernos nosotros veteranos, si hacen nuevas amistades, prefieren a aquéllos.

7. La comadreja[4] médica y las gallinas (Hsr. 7, Ch. 14)

Habiendo oído una comadreja que en una granja estaban enfermas unas gallinas, se disfrazó de médico y, tomando los instrumentos convenientes de esta

ciencia, allí se presentó, y deteniéndose ante la granja les preguntó cómo estaban. Las gallinas respondiendo dijeron: «Bien, si tú te largas de aquí.»

Así, también los hombres malintencionados no pasan inadvertidos a los prudentes por mucha honradez que finjan.

8. Esopo en un astillero (Hsr. 8, Ch. 19)

Una vez Esopo, el fabulista, estando ocioso, entró en un astillero. Los obreros burlándose de él le provocaron a que les replicara. Esopo dijo que en un tiempo remoto existían el caos y el agua, pero que Zeus, como quería que surgiera el elemento de la tierra, invitó a ésta a que se tragara por tres veces el mar. Y aquélla, nada más empezar, dejó primero al descubierto las montañas, al segundo trago dejó al desnudo las llanuras, «y si decide apurar el agua, a la tercera, se va a hacer inútil vuestra industria».

La fábula muestra que los que, sin darse cuenta, se mofan de los más fuertes, atraen sobre sí sus réplicas más mordaces.

9. La zorra y el cabrón en el pozo (Hsr. 9, Ch. 40)

Una zorra, tras caer a un pozo, quedó allí a la fuerza, incapaz de subir. Y un cabrón, atormentado por la sed, cuando estuvo encima del pozo, preguntó al verla si el agua estaba buena. Ésta, tomándose con calma el contratiempo, se esforzó en alabar mucho el agua, diciendo que era potable, e incluso le invitó a bajar. Éste bajó de un salto, atolondrado, con la sola mira de su deseo, y luego que hubo calmado la sed, consideró la zorra la manera de subir; la zorra afirmó tener pensado algo adecuado para salvarse los dos: «Pues si quieres apoyar tus patas delanteras en el muro e inclinar los cuernos, yo, después de saltar apoyándome en tu lomo, te sacaré.» Éste se prestó enseguida a su invitación, animado por la segunda parte de la propuesta. La zorra, saltando hacia arriba con sus patas, subió por el lomo y, empinándose sobre los cuernos, subió a la boca del pozo y se alejó. Y como el cabrón le echaba en cara el violar su acuerdo, la zorra volviéndose dijo: «¡Anda éste! Si tuvieses seso como pelos en la barba, no habrías bajado antes de pensar el modo de subir.»

Así, también deben los hombres sensatos tener previsto de antemano el fin de sus acciones, y sólo así ponerlas en práctica.

La.iij.dela raposa ⁊ del cabron.

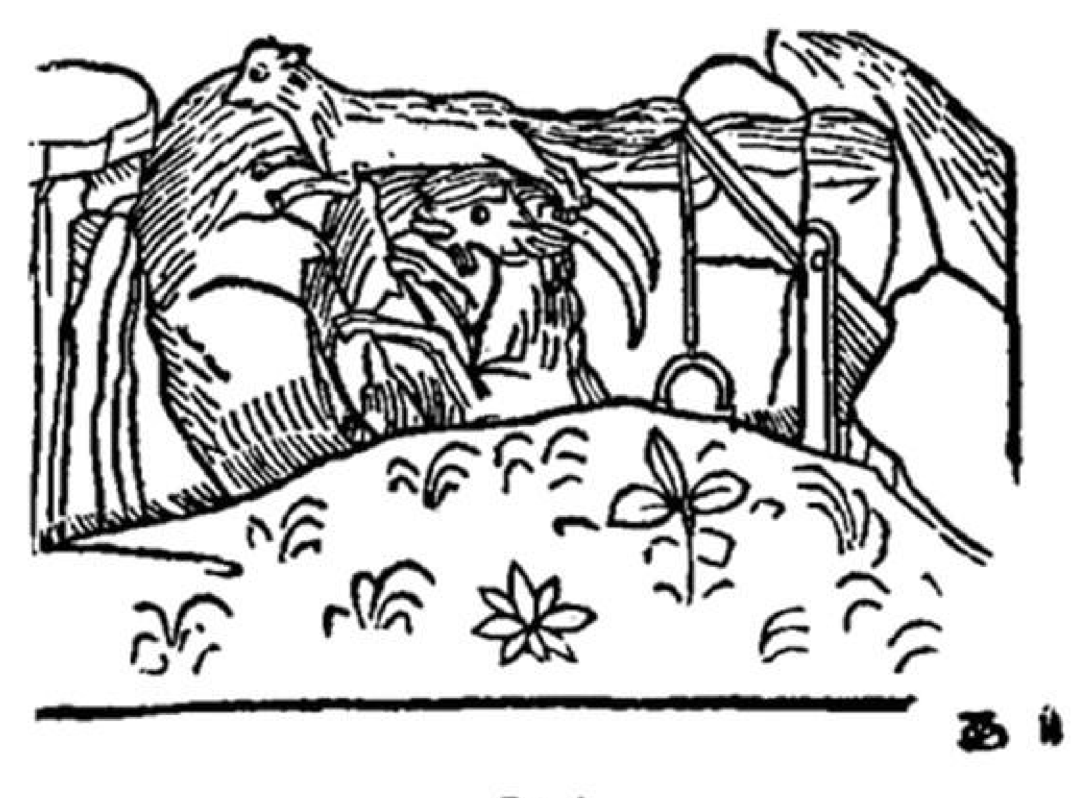


FIG. 4

10. La zorra que vio a un león (Hsr. 10, Ch. 42)

Una zorra que jamás había visto un león, cuando por casualidad se lo encontró, como era la primera vez que lo veía, de tal modo se asustó que por poco se muere. La segunda vez que se lo topó, sintió miedo, mas no tanto como al principio. Y cuando lo vio a la tercera, tanto ánimo cobró que incluso se acercó a hablar con él.

La fábula muestra que el hábito mitiga las cosas más temibles.

11. El pescador flautista (Hsr. 11, Ch. 24)

Un pescador que sabía tocar la flauta, cogiendo las flautas y las redes, se fue al mar, e instalado en el saliente de una roca se puso primero a tocar, creído que ante la dulce melodía los peces saldrían por sí mismos. Y como después de mucho esforzarse al fin nada consiguió, dejando las flautas, cogió el esparavel,

lo tiró al agua y pescó muchos peces. Al dejarlos caer de la red en la orilla, como los viera saltar, dijo: «¡Bichos idiotas!, cuando yo tocaba la flauta no bailabais y ahora que lo dejé, lo hacéis.»

La fábula es oportuna para los que hacen las cosas a destiempo[5].

12. La zorra y el leopardo (Hsr. 12, Ch. 37)

Una zorra y un leopardo a propósito de su belleza discutían. El leopardo a cada momento exaltaba la variedad de su pelaje, la zorra respondiendo dijo: «¡Qué por encima de ti estoy yo en belleza, yo que soy variada, no de pelaje, sino de espíritu!»

La fábula muestra que el adorno de la inteligencia es mejor que la belleza corporal.

13. Los pescadores que pescaron una piedra (Hsr. 13, Ch. 23)

Unos pescadores arrastraban una red y, como era pesada, se pusieron contentos y a bailar, creyendo que era mucha la pesca. Pero cuando la sacaron a rastras a la orilla encontraron pocos peces y que la red estaba llena de piedras y otros deshechos, se quedaron muy tristes, menos contrariados por lo que les había pasado que por haber imaginado lo contrario. Uno de ellos, viejo ya, dijo: «Vamos a dejarlo, compañeros, pues, como parece, la desilusión es hermana de la alegría y falta nos hacía, sin duda, disgustarnos algo después de habernos alegrado tanto por adelantado.»

Pues bien, viendo lo mudable de la vida no debemos jactamos siempre de las cosas, haciéndonos la cuenta de que de la calma excesiva es forzoso que venga la tormenta.

14. La zorra y el mono discuten por su prosapia (Hsr. 14, Ch. 39)

Una zorra y un mono que hacían juntos el camino a propósito de su prosapia discutían. Y mientras cada uno iba exponiendo con detalle muchas glorias, llegaron ante unas tumbas. El mono clavó sus ojos en ellas y se puso a lamentarse. Al preguntar la zorra la causa, el mono, señalándole los sepulcros,

dijo: «Pero cómo no he de llorar al ver las estelas de mis mayores, de los que fueron libertos y esclavos.» Y la zorra dijo: «Pues miente lo que quieras, porque ninguno de ellos va a levantarse para desmentirte.»

Así, también los mentirosos alardean más cuando no tienen quien los desmienta.

15. La zorra y las uvas (Hsr. 15, Ch. 32)

Una zorra hambrienta, como viera unos racimos colgar de una parra, quiso apoderarse de ellos y no pudo. Marchándose, dijo para sí: «Están verdes.»

Así, también algunos hombres inhábiles por su incapacidad para lograr lo que quieren echan la culpa a las circunstancias.



Fig. 5

16. La comadreja y el gallo (Hsr. 16, Ch. 12)

Una comadreja, que había atrapado un gallo, quería devorarlo con un buen

pretexto. Y he aquí que comenzó por acusarle diciendo que era molesto para los hombres, porque cantaba de noche y no les dejaba conciliar el sueño. Éste replicó que les hacía esto para su beneficio, pues los despertaba para ir a su trabajo habitual. A la segunda le dijo la comadreja: «Pero te has convertido en un ultraje para la naturaleza por pisar a tus hermanas y a tu madre.» Y el gallo replicó que hacía esto en beneficio de sus amos, pues así conseguía que les pusieran muchos huevos. Harta ya la comadreja, dijo: «¿Es que no te voy a comer aunque siempre salgas airoso con tus recursos?»

La fábula muestra que la naturaleza perversa, dispuesta a hacer daño, aunque no lo logre con la máscara de un buen pretexto, hace el mal abiertamente.

17. La zorra rabona (Hsr. 17, Ch. 41)

Una zorra, a la que cortó el rabo una trampa, como consideraba insoportable seguir viviendo por vergüenza, decidió inducir a las otras zorras a quedarse también sin rabo, para ocultar en el mal común su propia inferioridad. Entonces, hizo reunir a todas y las animó a cortarse los rabos, alegando que no sólo era un estorbo, sino que además les añadía un peso superfluo. Y una de las zorras respondiendo dijo: «¡Anda tú! Si no fuera porque te conviene no nos habrías aconsejado esto.»

Esta fábula les es apropiada a aquellos cuyos consejos a los vecinos no son por afecto, sino por su interés particular.

18. El pescador y el boquerón (Hsr. 18, Ch. 26)

Un pescador al echar la red sacó un boquerón. Y éste le suplicaba que por el momento lo soltara, pues era pequeño, luego, cuando creciera, podría cogerlo por ser de más utilidad. El pescador dijo: «Muy tonto sería si, dejando marchar la ganancia que tengo en las manos, persiguiera una esperanza incierta.»

La fábula muestra que es preferible tomar la ganancia presente, aunque sea pequeña, que la que se espera, aunque sea grande.

19. La zorra y la zarza (Hsr. 19, Ch. 31)

Una zorra que estaba subida a una valla, cuando estaba a punto de resbalar, se enganchó en una zarza, pero como se raspó las patas y se las dejó en un estado lamentable reprochó a la zarza que a ella, que había recurrido a su ayuda, le había tratado peor de lo que correspondía. Y la zarza respondió: «Pues has hecho una tontería, amiga, al querer engancharte conmigo; yo, que tengo por costumbre enganchar a todo el mundo.»

Así, también entre las personas son estúpidos los que recurren a la ayuda de quienes es innato el hacer daño.

20. La zorra y el cocodrilo (Hsr. 20, Ch. 35)

Una zorra y un cocodrilo discutían por su prosapia. El cocodrilo refería con detalle muchas glorias sobre lo ilustre de sus antepasados y, al final, afirmaba que sus padres habían sido gimnasiarcas[6]. La zorra respondiendo dijo: «Pues aunque digas lo contrario, por tu piel se nota que hace mucho que no practicas la gimnasia.»

Así, también los hechos refutan a los mentirosos.

21. Los pescadores y el atún (Hsr. 21, Ch. 22)

Unos pescadores que salieron a faenar no pescaron nada. Después de fatigarse mucho tiempo, se sentaron en el barco descorazonados. En esto, un atún perseguido, que escapaba con estrépito, saltó por descuido a la barca. Los pescadores lo capturaron y, luego de llevarlo a la ciudad, lo vendieron.

Así, muchas veces lo que el arte no procura, la fortuna lo da como premio.

22. La zorra y el leñador (Hsr. 22, Ch. 34)

Una zorra, perseguida por irnos cazadores, vio a un leñador y le suplicó que la escondiera. Éste le aconsejó entrar para refugiarse en su cabaña. No mucho después llegaron los cazadores y preguntaron al leñador si había visto pasar una zorra por allí, aquél negaba con su voz haberla visto, mas con la mano hacía señas indicando donde estaba oculta. Pero los perseguidores no se dieron cuenta del gesto y creyeron lo que les decía. La zorra, al ver que se marchaban, salió y

se marchó sin decir una palabra. Como el leñador le echó en cara que encima que la había salvado no le daba, por lo menos, alguna palabra de agradecimiento, dijo la zorra: «Pues yo te habría dado las gracias si las señas de tu mano hubieran estado de acuerdo con tus palabras.»

Uno podría aprovecharse de esta fábula con relación a aquellas personas que abiertamente predican la virtud, pero en sus hechos se comportan con bajeza.

23. Los gallos y la perdiz (Hsr. 23, Ch. 21)

Uno que tenía gallos en su casa encontró en venta una perdiz amaestrada, una vez que la compró, la llevó a su casa para criarla junto con los gallos. Pero como éstos la picaban y perseguían, la perdiz estaba triste, porque creía que la despreciaban por ser de otra raza. Poco después, cuando vio que los gallos se peleaban entre sí y que no se separaban hasta que no estaban sangrando, dijo para sí: «Pues ya no me vuelvo a disgustar porque éstos me peguen, pues veo que ni a sí mismos se respetan.»

La fábula muestra que los sensatos aguantan fácilmente los excesos de sus vecinos cuando ven que no respetan ni a sus propios parientes.

24. La zorra a la que se hinchó el vientre (Hsr. 24, Ch. 30)

Una zorra hambrienta, que vio en el hueco de una encina unos trozos de pan y carne que se habían dejado unos pastores, entró y se los comió. Como el vientre se le hinchó y no podía salir, se puso a llorar y lamentarse. Al pasar otra zorra por allí oyó sus gemidos y, acercándose, preguntó la causa. Cuando supo lo que había pasado le dijo: «Pues tienes que quedarte ahí hasta que te vuelvas a poner como estabas al entrar, y así saldrás fácilmente.»

La fábula muestra que el tiempo resuelve las dificultades.

25. El alción (Hsr. 25, Ch. 28)

El alción es un ave que gusta de la soledad y vive siempre en el mar. Se dice que para protegerse de los hombres que quieren cazarlo anida en las rocas junto al mar. Una vez en que iba a poner sus huevos llegó a un promontorio y cuando

divisó una roca colgada sobre el mar allí anidó. Pero un día que salió a por comida ocurrió que el mar, alborotado por un viento muy fuerte, subió hasta el nido, lo inundó y ahogó a los polluelos. Cuando regresó el alción y vio lo ocurrido dijo: «¡Qué desgraciado soy! Yo, que desconfiaba de la tierra fírme por miedo a sus asechanzas, he recurrido a ésta, que me ha salido más traidora.»

Así, también algunas personas, por protegerse contra sus enemigos, vienen a caer, sin darse cuenta, en amigos que resultan mucho peores que sus enemigos.

26. El pescador que batía el agua (Hsr. 26, Ch. 27)

Pescaba en un río un pescador. Y he aquí que cuando echó las redes dejó cortada la corriente de una a otra orilla y, luego de atar una piedra a una cuerda, se puso a batir el agua para que los peces, al escapar, vinieran a caer indefensos en las redes. Uno de los habitantes del lugar, viéndole hacer esto, le llamó la atención por enturbiar el río y no dejarles, así, beber el agua limpia. El pescador contestó: «Pues si no se revuelve el río de esa forma, me veré forzado a morir de hambre.»

Así, también los demagogos de las ciudades cumplen mejor su cometido cuando arrastran su patria a la discordia.

27. Dijo la zorra a la máscara (Hsr. 27, Ch. 43)

Entró una zorra en el taller de un escultor y, tras revolver en todas y cada una de las cosas que allí había, se topó con una máscara de tragedia, y levantándola dijo: «¡Oh, qué cabeza, pero no tiene seso!»

La fábula se ajusta al hombre extraordinario de cuerpo pero falto de juicio en su mente.

28. El tramposo (Hsr. 28, Ch. 55)

Un pobre, que estaba enfermo y se encontraba mal, prometió a los dioses hacer un sacrificio de cien bueyes si le salvaban la vida. Los dioses quisieron ponerle a prueba y le sanaron enseguida. Cuando aquél se restableció, como no disponía de bueyes de verdad, modeló cien bueyes de sebo que quemó en un

altar, mientras decía: «Aceptad, dioses, mi plegaria.» Pero los dioses, deseosos de engañarle a su vez, le enviaron un sueño en el que le aconsejaban que se fuera a la playa, pues allí encontraría mil dracmas áticas. Éste, contentísimo, se fue corriendo a la orilla. Entonces allí cayó en manos de unos piratas que le llevaron consigo y, vendido por ellos, fue como encontró las mil dracmas.

La fábula es oportuna para el embustero.

29. El carbonero y el batanero (Hsr. 29, Ch. 56)

Un carbonero que tenía su trabajo en una casa, como vio que un batanero se había establecido cerca de él, se le acercó y le pidió que fuera a vivir con él, haciéndole ver que tendrían mutuamente más intimidad y que, al habitar un mismo establecimiento, vivirían de manera mucho más barata. Pero el batanero respondiendo dijo: «Para mí, al menos, esto es totalmente imposible, pues lo que yo blanquee tú lo vas a poner negro de hollín.»

La fábula muestra que todo lo que es desigual es imposible de asociar.

30. El náufrago y Atena (Hsr. 30, Ch. 53)

Un rico ateniense navegaba con otros pasajeros. Y he aquí que sobrevino una fuerte tempestad y al zozobrar la nave, mientras que todos los demás intentaban salvarse a nado, el ateniense, invocando continuamente a Atena, mil promesas le hacía si lo salvaba. Y uno de los náufragos que nadaba a su lado le dijo: «Además de suplicar a Atena, mueve también las manos.»

También nosotros, además de pedir la ayuda de los dioses, debemos contar con nuestra propia acción.

31. El entrecano y las dos prostitutas (Hsr. 31, Ch. 52)

Un hombre con canas tenía dos amantes, una joven y otra vieja. La de más edad, avergonzada de tener trato con uno más joven que ella, no dejaba, cuando venía a estar junto a sí, de arrancarle los pelos negros. La más joven, tratando de disimular que tenía un amante viejo, le arrancaba los blancos. Y así, depilado por tumo a manos de una y otra, llegó a quedarse calvo.

De esta forma, lo que anda desacompasado es perjudicial.

32. El asesino (Hsr. 32, Ch. 45)

Un hombre que había cometido un crimen era perseguido por parientes de la víctima. Al llegar al río Nilo le salió al encuentro un lobo. Lleno de miedo, se subió a un árbol junto a la orilla y se escondió en él. Pero allí vio a una serpiente que subía hacia él, entonces se tiró al río, y al refugiarse en él lo devoró un cocodrilo.

La fábula muestra que para los hombres que están malditos ningún elemento hay seguro, ni la tierra, ni el aire, ni el agua.

33. El fanfarrón (Hsr. 33, Ch. 51)

Un hombre que se dedicaba al pentatlón y que sufría continuamente los reproches de sus conciudadanos por su falta de virilidad se marchó un día al extranjero, y cuando regresó, después de mucho tiempo, contaba con jactancia las muchas proezas que había hecho en otras ciudades y que en Rodas había dado un salto tal como ninguno de los vencedores en las Olimpíadas y afirmaba que presentaría como testigos a los que lo habían presenciado, si alguna vez venían a la ciudad. Uno de los que estaban presentes respondiendo le dijo: «¡Anda éste! Si es verdad eso no te hacen falta testigos, aquí está Rodas, venga el salto.»

La fábula muestra que cuando es factible una demostración todo lo que se pueda decir sobre ello está de más.

34. El hombre que prometía lo imposible (Hsr. 34, Ch. 46)

Un pobre que estaba enfermo y se encontraba muy mal, cuando fue desahuciado por los médicos, prometía a los dioses hacer una hecatombe[7] y consagrarles exvotos si sanaba. Y la mujer, que se encontraba a su lado, le preguntó: «¿Y de dónde vas a pagar eso?» El hombre contestó: «¿Pero crees que me voy a poner bien para que los dioses me lo reclamen?»

La fábula muestra que los hombres con facilidad hacen promesas que no

esperan cumplir en la práctica.

35. El hombre y el sátiro (Hsr. 35, Ch. 60)

Cuentan que una vez un hombre hizo un pacto de amistad con un sátiro. Mas cuando llegó el invierno y con él el frío el hombre, llevándose las manos a la boca, se las soplaba. Al preguntarle el sátiro por qué hacía eso, dijo que se calentaba las manos por el frío. Después, cuando les sirvieron la mesa, como la comida estaba muy caliente, el hombre cogiendo trocitos pequeños se los llevaba a la boca y soplaba. Preguntóle de nuevo el sátiro por qué lo hacía, y dijo que así enfriaba la comida porque estaba demasiado caliente. Y el sátiro le contestó: «Pues me retiro de tu amistad, porque con la misma boca combates el calor y el frío.»

De igual modo, también debemos nosotros rehuir la amistad de aquellos cuya disposición es ambigua.

36. El picaro (Ch. 50)

Un picaro, que se apostó con otro a que demostrarla que el oráculo de Delfos mentía, cuando llegó el día convenido, cogió en su mano un gorrioncito y escondiéndoselo bajo el manto se fue al templo y poniéndose ante el oráculo preguntó si lo que tenía entre sus manos era algo animado o sin vida. Quería, si le decía: «Sin vida», enseñar vivo al gorrión, y si le decía: «Animado», mostrarlo después de haberlo ahogado. La divinidad se percató de su jugarreta y dijo: «¡Eh, tú, detente!, porque de ti depende que lo que tienes esté muerto o vivo.»

La fábula muestra que la divinidad es imposible de sorprender.

37. El ciego (Hsr. 37, Ch. 54)

Un ciego tenía por costumbre reconocer por el tacto todo animal que le ponían en sus manos y decir cuál era. Le ofrecieron una vez un lobezno, después de palparlo estaba indeciso y dijo: «No sé si eres un cachorro de lobo, o de zorra, o de otro animal parecido. Sin embargo, estoy bien seguro de una cosa, que este animal no es apropiado para ir con un rebaño de ovejas.»

Así, también la inclinación de los malos el mismo cuerpo la revela muchas veces.

38. El labrador y el lobo (Hsr. 38, Ch. 64)

Un labrador desunció la yunta y la llevó a abrevar. Entonces, un lobo hambriento que buscaba comida, cuando encontró el arado, enseguida se puso a lamer los yugos de los toros y, luego, sin percatarse, poco a poco, metió dentro su cuello; al no poder sacarlo, arrastró el arado sobre el surco. Cuando volvió el labrador y vio al lobo le dijo: «¡Ah, mala cabeza! ¡Bueno sería que dejaras la rapiña y de hacer daño y te pusieras a labrar!»

Así, en los malos, aunque hagan profesión de honradez, no se confía por carácter.

39. La golondrina y los pájaros (Hsr. 39, Ch. 349)

Apenas brotó el muérdago, la golondrina comprendió el peligro que amenazaba a las aves, tras reunir a todos los pájaros les aconsejó cortar las encinas donde el muérdago nace y, si esto les era imposible, que fueran a refugiarse con los hombres y les suplicaran que no usaran el poder del muérdago para capturarlos. Los pájaros se rieron de ella como si dijera tonterías. Entonces ella se acercó a los hombres suplicándoles su ayuda. Éstos la acogieron por su inteligencia y la admitieron como vecina. Y así, a los otros pájaros ocurrió que los hombres los cazaron y se los comieron, sólo la golondrina, su protegida, anidó en sus casas sin temor.

La fábula muestra que aquellos que prevén el porvenir escapan naturalmente a los peligros.

40. El astrónomo[8] (Hsr. 40, Ch. 65)

Un astrónomo tenía la costumbre de salir todas las noches a observar las estrellas. He aquí que un día que andaba recorriendo los arrabales y con toda su atención puesta en el cielo por descuido cayó a un pozo. Como se lamentaba y gritaba, alguien que pasó por allí oyó sus lamentos, al acercarse y ver lo que le

había ocurrido dijo: «¡Pero hombre! ¡Tú, que intentas ver lo que hay en el cielo y no ves lo que hay en la tierra!»

Podría aplicarse esta fábula a aquellas personas que, alardeando de su fama, son incapaces de realizar las cosas corrientes de la vida.

41. La zorra que acariciaba un corderito y el perro (Hsr. 41, Ch. 36)

Una zorra se metió por un rebaño de ovejas, cogió un cordero de los que aún mamaban y fingió acariciarlo. Un perro preguntó: «¿Qué estás haciendo?» «Lo cuido y juego con él», dijo. A lo que el perro contestó: «Si no sueltas al cordero ahora mismo, te voy a dar yo caricias de perro.»

La fábula atañe al astuto y al ladrón estúpido.

42. El labrador y sus hijos (Hsr. 42, Ch. 83)

Un labrador, a punto de morir, quería que sus hijos tuvieran experiencia de agricultura, los llamó a su lado y dijo: «Hijos míos, en una de mis viñas hay guardado un tesoro.» Éstos, después de morir el padre, tomaron las rejas y layas y excavaron todo el labrantío, pero no encontraron el tesoro, en cambio, la viña les dio una cosecha excelente.

La fábula muestra que el trabajo es un tesoro para los hombres.

43. Las ranas que buscaban agua (Hsr. 43, Ch. 68)

Dos ranas a las que se les secó la charca andaban dando vueltas buscando donde quedarse. Cuando llegaron a un pozo una de ellas aconsejó saltar sin pensarlo, pero la otra dijo: «Pero si el agua de aquí se seca también, ¿cómo podremos salir?»

La fábula nos enseña que no podemos metemos a la ligera en los asuntos.

44. Las ranas que pidieron rey (Hsr. 44, Ch. 66)

Las ranas, cansadas de su desgobierno, mandaron embajadores a Zeus pidiendo que les diera un rey. Zeus, al ver su simpleza, echó una estaca a la

charca. Y las ranas, al principio, asustadas por el ruido, se metieron en el fondo de la charca, pero como la estaca estaba quieta, salieron a la superficie y a tanto desprecio llegaron por su rey que, subiéndosele encima, se sentaban en él. Indignadas de tener semejante rey, recurrieron por segunda vez a Zeus y le pidieron que de nuevo les cambiara de jefe, pues el primero era demasiado indolente. Zeus se irritó y mandó entonces contra ellas una hidra[9], que cogió a todas y se las comió.

La fábula muestra que es mejor tener gobernantes tontos pero sin maldad que liantes y malvados.

45. Los bueyes y el eje (Hsr. 45, Ch. 70)

Unos bueyes arrastraban un carro. Como el eje rechinaba, volviéndose le dijeron: «¡Anda!, mientras nosotros llevamos todo el peso tú chillas.»

Así, también pasa con algunas personas, mientras unos se esfuerzan, otros fingen fatigarse.

46. Bóreas y Helios[10] (Hsr. 46, Ch. 73)

Bóreas y Helios disputaban por su fuerza, Acordaron conceder el triunfo al que de ellos consiguiera desnudar a un caminante. Bóreas empezó soplando con mucha fuerza; como el hombre apretó su vestimenta, Bóreas arreció más fuerte. El caminante, molesto por el frío, se puso encima otro manto y aun más grueso hasta que Bóreas, cansado, se lo pasó a Helios. Éste, al principio, lució con moderación; cuando el hombre se quitó el vestido que llevaba de más, aumentó el ardor de sus rayos, hasta que no pudiendo soportar el calor, se desnudó y fue a bañarse al río que había al lado.

La fábula muestra que, con frecuencia, la persuasión es mucho más eficaz que la fuerza.

47. El niño que vomitó las entrañas (Hsr. 47, Ch. 292)

Unos que sacrificaban un buey en el campo llamaron a sus vecinos. Entre éstos se encontraba una pobre mujer a la que acompañaba su hijo. En el

transcurso del banquete, al niño, que se había atracado de entrañas y de vino, se le hinchó la tripa y, sintiéndose mal, dijo; «Madre, que devuelvo mis entrañas.» Y dijo la madre: «Las tuyas, no, las que has comido.»

Esta fábula encaja bien al deudor que, dispuesto a tomar lo ajeno, cuando se ve obligado a pagar se duele tanto como si entregara lo suyo propio.

48. El ruiseñor y el murciélago (Ch. 75)

Un ruiseñor, que estaba en una jaula colgada de una ventana, cantaba por la noche. Oyó un murciélago su canto y acercándose le preguntó por qué razón de día estaba callado y por la noche cantaba. El ruiseñor le dijo que no hacía esto sin motivo, pues antes, cuando cantaba de día, fue cuando le capturaron, por eso desde entonces me he hecho prudente. El murciélago respondió: «Pues no es ahora el momento en que te hace falta tomar precauciones, cuando ya de nada te sirve, sino antes de que te cogieran.»

La fábula demuestra que, una vez ocurrida la desgracia, el arrepentimiento es vano.

49. El vaquero que perdió un ternero y el león (Hsr. 49, Ch. 74)

Un vaquero que apacentaba una manada de toros perdió un ternero. Como dio muchas vueltas y no lo encontró, prometió a Zeus, si encontraba al ladrón, sacrificarle un cabrito. Y entonces, habiendo entrado en un bosque espeso, vio que un león devoraba a su ternero, aterrado, levantando las memos al cielo, dijo: «Zeus soberano, antes prometí sacrificarte un cabrito si encontraba al ladrón, ahora te sacrificaré un toro si consigo escapar de las garras del ladrón.»

Esta fábula podría aplicarse a los que al sufrir una desgracia, en su apuro, piden encontrar una salida, y encontrándola, piden librarse de ella.

50. La comadreja y Afrodita (Hsr. 50, Ch. 76)

Enamorada una comadreja de un joven muy apuesto, pidió a Afrodita que la metamorfosease en mujer. La diosa se compadeció de su pasión y la cambió en una hermosa muchacha, y así que el joven la vio quedó enamorado de ella y la

condujo a su casa. Estaban ya en el dormitorio cuando Afrodita, queriendo saber si la comadreja mudando de cuerpo había cambiado de instinto, lanzó un ratón en medio de la estancia. La comadreja se olvidó de su estado presente, se levantó de la cama y se puso a perseguir al ratón con la intención de comérselo. La diosa se irritó contra ella y la devolvió a su antigua naturaleza.

Así, también los malos por naturaleza, aunque cambien de estado, no mudan desde luego de carácter.

51. El labrador y la serpiente (Hsr. 51, Ch. 81)

Una serpiente que se deslizó en la morada de un labrador mató a su hijo. Aquél, presa de un terrible dolor, tomó un hacha y fue a ponerse al acecho ante su nido para atacarla tan pronto como saliera. Al asomar la serpiente la cabeza, descargó un hachazo, pero falló y partió en dos una piedra que había al lado. Temeroso de lo que pudiera pasar después, la pidió que se reconciliara con él. Dijo la serpiente: «Ni yo puedo estar a bien contigo viendo la piedra partida ni tú conmigo contemplando la tumba de tu hijo.»

La fábula muestra que los grandes odios no tienen una reconciliación fácil.

52. El labrador y los perros (Hsr. 52, Ch. 80)

Estaba un labrador encerrado en su granja por culpa del mal tiempo y, como no podía salir siquiera para procurarse comida, se comió, primero, a las ovejas. Como el mal tiempo todavía persistía, se comió también las cabras. Luego, en tercer lugar, como no amainaba, se dirigió a sus bueyes de labranza. Cuando vieron los perros lo que hacía, se dijeron entre sí: «Tenemos que largamos de aquí, porque el amo, si no ha librado a los bueyes, que son sus compañeros de trabajo, ¿cómo va a perdonamos la vida?»

La fábula enseña que hay que guardarse en especial de los que ni siquiera libran del mal a los que les son más próximos.

53. La pelea de los hijos del labrador (Hsr. 53, Ch. 86)

Los hijos de un labrador estaban peleados. Éste, a pesar de sus muchas

recomendaciones, no conseguía con sus argumentos hacerles cambiar de actitud. Decidió que había que conseguirlo con la práctica. Les exhortó a que le trajeran un haz de varas. Cuando hicieron lo ordenado, les entregó primero las varas juntas y mandó que las partieran. Aunque se esforzaron no pudieron; a continuación, desató el haz y les dio las varas una a una. Al poderlas romper así fácilmente dijo: «Pues bien, hijos, también vosotros, si conseguís tener armonía seréis invencibles ante vuestros enemigos, pero si os peleáis, seréis una presa fácil.»

La fábula muestra que tan superior en fuerza es la concordia como fácil de vencer es la discordia.

54. Los caracoles (Hsr. 54, Ch. 173)

El hijo de un labrador estaba asando unos caracoles. Al oírlos crepitar dijo: «Bichos estúpidos, se están quemando vuestras casas y encima cantáis.»

La fábula muestra que todo lo que se hace a destiempo es reprensible.

55. La mujer y sus criadas (Hsr. 55, Ch. 89)

Una viuda hacendosa que tenía unas criadas, acostumbraba a despertarlas de noche al tiempo que canta el gallo para hacerlas trabajar. Éstas, cansadas continuamente, decidieron que había que estrangular al gallo de la casa, por creer que era el causante de sus males por despertar a la señora de noche. Pero cuando cumplieron su propósito les ocurrió que dieron con una desgracia más terrible, pues la señora, sin gallo que le hiciera saber la hora, las despertaba aún más temprano.

De igual modo, para muchas personas sus propios designios se vuelven principio de males.

56. La bruja (Hrs. 56, Ch. 91)

Una bruja que tenía como oficio hacer conjuros y proveer muchos remedios pitra aplacar la cólera de los dioses, se ganaba con ello cumplidamente la vida. En consecuencia, algunos la acusaron de innovar en cuestión de religión, la

llevaron ante un tribunal y los acusadores consiguieron que la condenaran a muerte. Uno que vio cómo la llevaban al tribunal dijo: «¡Mira ésta! Tú, que te dedicabas a alejar la cólera divina, ¿cómo es que no has podido persuadir a los hombres?»

Esta fábula vendría bien a la charlatana que, haciendo oficio de prometer maravillas, se revela incapaz ante lo corriente.

57. La vieja y el médico (Hsr. 57, Ch. 87)

Una anciana enferma de los ojos mandó llamar un médico a sueldo. Éste fue a su casa y cada vez que le daba un ungüento se dedicaba, mientras ella tenía los ojos cerrados, a sustraerle los enseres uno por uno. Cuando se llevó todo y aquélla quedó curada, reclamó el salario convenido. Como ella se negó a pagar, la condujo ante los magistrados. Ella dijo que había prometido el salario si curaba de la vista, pero que ahora, después de la cura, había quedado peor que antes, y afirmó: «Antes veía todos los enseres que había en casa, pero ahora soy incapaz de ver ninguno.»

Así, los canallas por ansia no se dan cuenta de que se atraen contra ellos la prueba de su culpa.

58. La mujer y la gallina (Hsr. 58, Ch. 90)

Una viuda que tenía una gallina que ponía un huevo cada día, pensó que si le daba más comida pondría dos por día. Cuando hizo esto ocurrió que la gallina se puso más gorda y ya no fue capaz de poner ni uno solo.

La fábula muestra que muchas personas, en el ansia de tener más, llegan a perder lo que poseen.

59. La comadreja y la lima (Hsr. 59, Ch. 77)

Una comadreja que se metió en el taller de un herrero se puso a lamer una lima que allí había. Sucedió que su lengua, trillada, empezó a sangrar mucho. Se alegraba pensando que algo le sacaba al hierro, hasta que perdió la lengua completamente.

La fábula va para aquellos que en su afán de disputa se hacen daño a sí mismas.

60. El viejo y la Muerte (Hsr. 60, Ch. 78)

En una ocasión un viejo, que venía de cortar leña, la llevaba encima y recorría un largo camino. Al descargar el peso, fatigado, llamó a la Muerte. La Muerte se apareció y le preguntó por qué motivo la llamaba, el viejo dijo: «Para que me lleves la carga.»

La fábula muestra que todos los hombres quieren a la vida, aunque tengan una existencia miserable.

61. El labrador y la Fortuna (Hsr. 61, Ch. 84)

Un labrador que encontró un tesoro cavando la tierra, le ofrecía cada día coronas a la Tierra creyéndose favorecido por ella. Pero se le apareció la Fortuna y dijo: «¿Por qué atribuyes a la Tierra estos regalos míos que yo te he dado porque quería hacerte rico? Pues si la ocasión mudara su naturaleza y se malgastara en penosas necesidades no se lo reprocharías a la Tierra, sino a la Fortuna.»

La fábula nos enseña que hay que saber quién es el bienhechor y que a él hay que dar las gracias.

62. Los delfines y el gobio (Hsr. 73, Ch. 95)

Los delfines y ballenas se peleaban entre sí. Como la disputa se hacía cada vez más violenta, subió a la superficie un gobio e intentó apaciguarlos. Uno de los delfines le replicó: «Nos resulta más tolerable matarnos unos a otros peleando que tenerte por mediador.»

Así, algunas personas insignificantes cuando caen en un altercado creen ser alguien.

63. Démades[11] el orador (Hsr. 63, Ch. 96)

Démades el orador hablaba en una ocasión al pueblo en Atenas, al no prestarle los atenienses demasiada atención, pidió que le permitieran contar una fábula de Esopo, aceptaron y empezó diciendo: «Deméter, la golondrina y la anguila hacían el mismo camino. Llegados a un río, la golondrina echó a volar y la anguila se sumergió.» Dicho esto se calló, y le preguntaron: «Bueno, ¿y qué hizo Deméter?» El orador respondió: «Irritarse contra vosotros, que abandonáis los asuntos del Estado y preferís oír una fábula de Esopo.»

Así, también son insensatos los hombres que descuidan lo necesario y prefieren lo agradable.

64. El hombre al que le mordió un perro (Hsr. 64, Ch. 177)

Un hombre mordido por un perro iba de un lado para otro en busca de quien lo curara. Entonces uno le dijo que lo que tenía que hacer era enjugar la sangre con un trozo de pan y echársela al perro que le había mordido, a lo que respondió: «Pero si hago eso me van a morder todos los perros de la ciudad.»

De igual modo, si se da gusto a la maldad de los hombres, aún se les incita a hacer más daño.

65. Los caminantes y el oso (Hsr. 66, Ch. 254)

Dos amigos iban por el mismo camino. De repente, les apareció un oso. Uno de ellos se subió precipitadamente a un árbol y allí se escondió, el otro, a punto de ser atrapado, se dejó caer en el suelo y se hizo el muerto. El oso le arrimó el hocico y le olfateaba, mientras él contenía la respiración, porque dicen que el oso no toca un cadáver. Cuando se marchó, el del árbol le preguntó qué le había dicho el oso al oído, éste respondió: «No viajar en adelante en compañía de amigos semejantes, que no permanecen al lado de uno en los peligros.»

La fábula muestra que las desgracias prueban a los amigos de verdad.

66. Los muchachos y el carnicero (Hsr. 67, Ch. 146)

Dos muchachos compraban carne en el mismo puesto. Entonces, mientras el carnicero estaba ocupado, uno iba robando los despojos y los echaba en los

pliegues del manto del otro. El carnicero se volvió buscando los despojos y acusó a los muchachos. El que los había cogido juraba no tenerlos, y el que los tenía, no haberlos cogido. El carnicero, que se dio cuenta de su truco, dijo: «A mí me podéis engañar con falso juramento, pero no a los dioses.»

La fábula muestra que la impiedad del perjurio es la misma aunque se la enmascare con sofismas.

67. Los caminantes y el hacha (Hsr. 68, Ch. 256)

Dos hombres viajaban juntos, uno de ellos encontró un hacha, el otro dijo: «¡La hemos encontrado!» El primero le corrigió: «No digas *hemos encontrado*, sino *has encontrado*.» Poco después les alcanzaron los que habían perdido el hacha. El que la tenía, sintiéndose perseguido, dijo a su compañero de viaje: «La hemos perdido.» El otro repuso: «No digas eso, sino *la has perdido*, porque cuando encontraste el hacha no me dejaste participar del hallazgo.»

La fábula muestra que los que no obtienen parte en las situaciones afortunadas, tampoco son amigos fíeles en la desgracia.

68. Los enemigos (Hsr. 69, Ch. 114)

Dos enemigos navegaban en la misma nave, como querían estar muy lejos el uno del otro, se fueron, uno, a la proa, otro, a la popa, y allí se quedaron. Sobrevino una fuerte tempestad y la nave zozobraba. El que estaba en la popa preguntó al timonel de qué lado había riesgo de que el barco se hundiera, «de proa», dijo. El hombre exclamó: «Ya no me aflige la muerte si, al menos, voy a ver ahogarse a mi enemigo antes que yo.»

Así, algunos por hostilidad al prójimo prefieren incluso sufrir algo terrible con tal de ver antes la desgracia de aquellos que odian.

69. Las ranas vecinas (Hsr. 70, Ch. 67)

Éranse dos ranas vecinas. La una vivía en un están que profundo, lejos del camino, la otra ocupaba una pequeña charca en el camino. Entonces la del estanque aconsejó a la otra que se cambiara a vivir con ella para que disfrutara

de una vida mejor y más segura. Aquélla no se dejó convencer, diciendo que le era duro desarraigarse de un lugar al que estaba acostumbrada; hasta que pasó un carro por allí y la mató.

Así, también las personas que pasan su vida en viles ocupaciones, mueren antes de volverse a otras más nobles.

70. La encina y la caña (Hsr. 71, Ch. 101)

Una encina y una caña por su resistencia discutían. Levantóse un fortísimo viento y la caña, como se curvaba e inclinaba ante el soplo de aquél, consiguió librarse de ser arrancada de raíz, mientras que la encina, por resistirse, fue arrancada de cuajo[12].

La fábula muestra que no conviene rivalizar ni resistirse a los que son más fuertes.

71. El cobarde que se encontró un león de oro (Hsr. 72, Ch. 62)

Un avaro cobarde que se encontró un león de oro dijo: «No sé qué va a pasarme ante esta situación. Me quedo sin ánimo y no sé qué hacer: mi amor por la riqueza y mi natural cobardía me tienen dividido. Porque, ¿qué azar o qué dios ha hecho un león de oro?

Mi alma ante esto consigo misma se debate, por un lado ama al oro y por otro siente miedo del trabajo en oro realizado. El deseo me empuja a echarle mano, mas mi carácter me lo impide. ¡Ay, fortuna que ofrece y no permite coger! ¡Ay, tesoro sin placer! ¡Ay, favor divino que se convierte en desfavor! ¿Entonces, qué? ¿De qué manera voy a aprovecharme? ¿Qué recurso puedo usar? Yo me voy y traeré aquí a mis criados para adueñarme del león con la ayuda numerosa de estos aliados, mientras que yo seré espectador desde lejos.»

La fábula se ajusta al rico que carece de valor para tocar y servirse de su riqueza.

72. El apicultor (Hsr. 74, Ch. 235)

Uno que entró en casa de un apicultor, cuando éste se hallaba ausente, se

llevó la miel y los panales. A su regreso, cuando vio las colmenas vacías, se dedicó a examinarlas. Volvieron también las abejas de libar y cuando lo sorprendieron lo atacaron con sus aguijones y lo maltrataron terriblemente. El apicultor les dijo: «Bichos canallas, vosotras habéis dejado marchar impune al que os robó los panales y a mí, que me cuido de vosotras, me picáis.»

Así, algunas personas, por ignorancia, no se guardan de sus enemigos y rechazan en cambio a los amigos como conspiradores.

73. El delfín y el mono (Hsr. 75, Ch. 305)

Tienen por costumbre los navegantes llevar consigo perros de Malta y monos para entretenimiento durante la travesía. He aquí que uno que iba a hacerse a la mar había embarcado con él a su mono, llegados a Sunio, que es un cabo del Ática[13], sucedió que sobrevino una fuerte tempestad. La nave zozobró y todos se pusieron a salvo a nado, el mono también nadaba. Un delfín que lo vio, creyendo que era un hombre, se deslizó por debajo y lo transportó, cuando llegó al Pireo, el puerto de Atenas, preguntó al mono si era ateniense de nacimiento. El mono dijo que sí y que incluso allí tenía padres ilustres, luego le preguntó que si conocía el Pireo, y el mono, creyendo que le hablaba de un hombre, respondió que sí y que además era uno de sus amigos íntimos. El delfín, indignado por la patraña, se sumergió y lo ahogó.

La fábula es apropiada para el farsante.

74. El ciervo en la fuente (Hsr. 76, Ch. 102)

Un ciervo, atormentado por la sed, llegó a una fuente. Después de beber, cuando contempló su propia sombra en el agua, se sintió orgulloso de su cornamenta viendo su tamaño y variedad, pero quedó muy descontento de sus patas por lo endebles y débiles que eran. Aún pensaba el ciervo en todo esto cuando apareció un león persiguiéndolo. El ciervo se lanzó a la huida y le sacó mucha ventaja. Mientras la llanura estaba pelada el ciervo se salvaba porque le sacaba delantera, pero cuando llegó a un lugar boscoso sucedió entonces que sus cuernos se enredaron en las ramas y, al no poder correr, fue capturado. Cuando estaba a punto de morir dijo para sí: «¡Desgraciado de mí!, yo que me salvaba por lo que pensaba que iba a ser traicionado, y en aquello en lo que más confiaba

es lo que me pierde.»

Muchas veces así, en medio del peligro, los amigos de quienes desconfiamos resultan ser nuestros salvadores, y aquellos en quienes mucho confiábamos, unos traidores.

75. El ciervo tuerto (Hsr. 77, Ch. 105)

Un ciervo lisiado de un ojo llegó a la orilla del mar y allí se puso a pacer con el ojo sano en dirección a la tierra para vigilar el posible ataque de los cazadores y el ojo lisiado hacia el mar, pues de allí no sospechaba ningún peligro. He aquí que unos que navegaban por aquel lugar, al verlo, acertaron el tiro. Cuando el ciervo iba a expirar dijo para sí: «¡Pero qué desgraciado soy!, yo que me guardaba de la tierra como de un enemigo y el mar, en el que quería refugiarme, ha resultado mucho peor.»

Así, muchas veces, en contra de nuestra suposición, lo que parece ser hostil resulta útil, mientras que lo que creemos seguro es peligroso.

76. El ciervo y el león en una cueva (Hsr. 78, Ch. 104)

Un ciervo que huía de unos cazadores llegó a una cueva en la que había un león y entró allí para esconderse. Pero fue capturado por el león, y al morir dijo: «Infortunado de mí, yo, que por huir de los hombres, en manos de una fiera me he echado yo mismo.»

Así, algunas personas, por miedo de peligros menores, se meten en males mayores.

77. El ciervo y la parra (Hsr. 79, Ch. 103)

Un ciervo perseguido por unos cazadores se escondió bajo una parra. Cuando pasaron de largo los cazadores, el ciervo se puso a comer las hojas de la parra. Uno de los cazadores al volverse le vio, disparó el dardo que llevaba y le hirió. Cuando estaba para morir, gimiendo, dijo para sí: «Sufro lo que me tengo merecido, porque hice daño a la parra que me había salvado.»

Esta fábula podría aplicarse a los hombres que por hacer daño a quienes les

favorecen son castigados por los dioses.

78. Los navegantes (Hsr. 80, Ch. 308)

Unos subieron a un barco y se hicieron a la mar. Cuando estaban mar adentro se desató una violenta tempestad y poco faltó para que el barco se hundiera. Uno de los pasajeros, rasgándose las vestiduras invocaba a los dioses patrios con llanto y lamentaciones y prometía ofrecer sacrificios de acción de gracias si le salvaban. Pero al pasar la tormenta y llegar de nuevo la calma, dándose a la alegría, se pusieron a bailar y saltar, como quienes han escapado de un peligro inesperado. El piloto, hombre curtido, les dijo: «Amigos, debemos congratulamos como si la tormenta pudiera volver de nuevo.»

La fábula enseña que no hay que dejarse arrastrar demasiado por las situaciones felices, pensando en lo mudable de la fortuna.

79. La comadreja y los ratones (Hsr. 81, Ch. 13)

En una casa había muchos ratones. Una comadreja, que lo supo, entró allí y cazándolos uno tras otro se los iba comiendo. Los ratones, al verse continuamente cogidos, se metieron en sus agujeros. Y la comadreja, como ya no podía llegar hasta ellos, pensó que había que dar con una idea para provocarlos. Por ello, se subió a una clavija y colgándose de allí se hizo la muerta. Uno de los ratones, cuando la vio, dijo: «¡Eh, tú!; aunque te hicieras un saco[14], no me acercaría yo a ti.»

La fábula muestra que los hombres prudentes, cuando tienen experiencia de la maldad de algunos, no se dejan ya engañar por sus argucias.

80. Las moscas (Hsr. 82, Ch. 239)

En una despensa se derramó miel y las moscas que allí volaron se la comían y, por la dulzura de su presa, no se separaban de ella. Pero sus patas quedaron pegadas y no podían volar, con lo que, sintiéndose asfixiar, dijeron: «Desdichadas de nosotras, que morimos por un corto placer.»

De igual modo, la glotonería es causa de males para muchos.

81. El mono elegido rey y la zorra (Hsr. 83, Ch. 38)

En una asamblea de animales, un mono tenido en buena opinión fue elegido rey por ellos. La zorra, envidiosa de él, cuando vio un pedazo de carne puesto en una trampa, llevó allí al mono y le dijo que había encontrado un tesoro y que ella, en vez de aprovecharse, se lo había guardado a él como regalo digno de un rey y le animó a que lo cogiera. El mono se acercó despreocupado y cayó preso en la trampa, el animal acusaba a la zorra de haberle tendido la trampa y contestó aquélla: «¡Mono! ¿Con una inteligencia semejante pretendes ser rey de los animales?»

Así, los que se meten sin pensar en una empresa se exponen al fracaso y al ridículo.

82. El asno, el gallo y el león (Hsr. 84, Ch. 269)

En un establo estaban un asno y un gallo. Y un león hambriento, cuando vio al burro, entró y estaba a punto de devorarlo. Pero, ante el ruido, el gallo se puso a cantar y el león, asustado, se dio a la fuga —pues dicen que los leones se espantan por el canto del gallo—. El burro, envalentonado de sí mismo creyendo que lo había asustado, salió en persecución del león. Entonces éste, cuando estuvo lejos, se lo comió.

Así, también algunos hombres, al ver humillarse a sus enemigos, se animan y, sin darse cuenta, acaban siendo presa de aquéllos.

83. El baile del mono y el camello (Hsr. 85, Ch. 306)

En una reunión de animales un mono se levantó y se puso a bailar. Como fue muy apreciado y aplaudido por todos, un camello, envidioso, quiso conseguir lo mismo. Por eso, entonces, se levantó e intentó bailar también él. Como hizo muchas extravagancias, los animales se enfadaron y, a palos, lo echaron.

La fábula es adecuada para los que por envidia rivalizan con los mejores y, por consiguiente, fracasan.

84. Los dos escarabajos (Hrs. 86, Ch. 149)

Pacía un toro en un islote y de su estiércol se nutrían dos escarabajos. Llegado el invierno, dijo el uno a su amigo que quería volar a tierra firme para que el que se quedara tuviera comida suficiente, mientras que él, marchándose, pasaría allá el invierno. Dijo, además, que si encontraba comida en abundancia se la traería. Al llegar a tierra firme encontró estiércol abundante y fresco, se quedó allí y se alimentó. Cuando pasó el invierno voló de nuevo a la isla y el otro, que le vio gordo y saludable, le reprochó su promesa anterior y el no haberle traído nada. Éste dijo: «No me eches a mí la culpa, sino a la naturaleza del lugar; pues allí es posible alimentarse, pero imposible traerte nada.»

Esta fábula podría aplicarse a aquellos que ofrecen su amistad sólo hasta la comida, pero más allá de eso en nada sirven a sus amigos.

85. El cerdo y los corderos (Hsr. 87, Ch. 94)

En medio de un rebaño de corderos pacía un cerdo que allí se había metido. Y he aquí que un día el pastor le cogió y el cerdo se puso a chillar y a resistirse. Los corderos, criticándole por sus gritos, dijeron: «Pues a nosotros nos coge de vez en cuando y no chillamos». El cerdo, repuso: «Pero a mí no me coge por lo mismo que a vosotros, porque a vosotros os busca por la lana o por la leche, pero a mí es por la carne.»

La fábula muestra que gritan con razón aquellos que tienen en peligro no su dinero sino su vida.

86. El tordo y los arrayanes (Hsr. 88, Ch. 157)

Picoteaba un tordo en unos arrayanes que no dejaba por la dulzura de sus frutos. Y al observar un pajarero que el animal se encontraba allí a gusto, lo cazó con liga. Cuando estaba para morir, dijo el tordo: «¡Misero de mí, que por la dulzura de la comida privado me veo de la vida!»

La fábula es adecuada para el corrompido que se pierde por el placer.

87. La oca de los huevos de oro (Hsr. 89, Ch. 288d)

Hermes, venerado de forma fuera de lo común por un hombre, le

recompensó con una oca que ponía huevos de oro. Como no tuvo paciencia para sacarle el provecho poco a poco y creyó que la oca por dentro era enteramente de oro, sin esperar a más, la sacrificó. Y pasó que no sólo se equivocó en lo que pensaba, sino que también se quedó sin huevos, pues por dentro era toda de carne.

De igual modo, en muchas ocasiones los ambiciosos, por su ansia de mayores beneficios, pierden incluso lo que tienen entre manos.

88. Hermes y el escultor (Hsr. 90. Ch. 108)

Hermes quería saber en qué estima le tenían los hombres, tomó el aspecto de un hombre y se fue al taller de un escultor. Al ver una estatua de Zeus, preguntó: «¿Cuánto?» El escultor respondió: «Una dracma.» Sonriendo, preguntó: «¿La de Hera cuánto es?». Le dijo que algo más cara. Cuando vio su propia estatua, sospechó que él, ya que es el mensajero[15] y abogado del comercio, estaría muy cotizado por la gente, preguntó por eso: «¿Y cuánto el Hermes?» Y dijo el escultor: «Pues si compras los otros dos, éste te lo regalo.»

La fábula va bien para el vanidoso que no goza de la menor estima entre los demás.

89. Hermes y Tiresias (Hsr. 91, Ch. 110)

Hermes quería probar si el arte adivinatoria de Tiresias era cierta y, luego de robarle del campo a sus bueyes, se fue a la ciudad a su encuentro con forma de hombre y se alojó en su casa. Cuando le comunicaron a Tiresias la pérdida de su yunta, tomando consigo a Hermes marchó a los arrabales para considerar un augurio sobre el robo y le pidió que le dijera el pájaro que viera. Hermes vio primero a un águila pasar volando de izquierda a derecha y así se lo anunció. Tiresias dijo que ése no iba con ellos; en segundo lugar, vio a un grajo posado en un árbol que ora miraba hacia arriba, ora se inclinaba hacia tierra, Hermes se lo hizo saber. Tiresias, respondiendo, dijo: «Pues este grajo jura por el cielo y la tierra que si tú quieres voy a recuperar mis bueyes.»

Alguien podría usar de esta fábula frente a un ladrón.

90. La víbora y la hidra (Hsr. 92, Ch. 117)

Una víbora solía ir a beber a una fuente. La hidra que allí vivía se lo quería impedir, irritada de que a la víbora no le bastara con su propia comida, sino que tuviera encima que venir a su propio medio. Como la rivalidad no hacía más que aumentar, determinaron pelear y que los alimentos de la tierra y el agua fueran para quien venciera. Habían fijado ya el día, cuando las ranas, por odio a la hidra, se acercaron a la víbora y la animaban prometiéndole que ellas serían sus aliadas. Empezado el combate, la víbora luchaba con la hidra y las ranas, como nada más podían hacer, empezaron a dar grandes chillidos. Cuando venció la víbora, acusó de que si la habían prometido ser sus aliadas en la batalla, no sólo no la habían ayudado, sino que, encima, habían estado cantando. Las ranas respondieron: «Pero, mira, bien debes saber que nuestra ayuda no se prodiga con las manos, sino sólo con la voz.»

La fábula muestra que cuando hacen falta brazos, la ayuda de las palabras no sirve para nada.

91. El burro Juguetón y su amo (Hsr. 93, Ch. 276)

Un hombre, que tenía un perro maltés y un burro, se pasaba el tiempo jugando continuamente con el perro. Y si alguna vez salía fuera a comer le traía alguna cosa y se la tiraba cuando el perro se le acercaba moviendo el rabo. El burro, lleno de envidia, corrió a su lado y, poniéndose a hacer cabriolas, pegó una coz al amo. Éste, irritado, hizo que se llevaran el burro a palos y lo ataran al pesebre.

La fábula muestra que no todos han nacido para lo mismo.

92. Los dos perros (Hsr. 94, Ch. 175)

Un hombre que tenía dos perros, a uno le enseñó a cazar y del otro hizo un guardián de la casa. Cuando el perro cazador salía de caza y atrapaba algo, el amo daba un trozo de la pieza al otro. Disgustado el de caza, hacía reproches a su compañero porque, encima que era él quien salía y se cansaba en cada ocasión, el otro, sin hacer nada, disfrutaba de su propio esfuerzo. El perro guardián le contestó: «Pero a mí no me eches nada en cara, sino al amo, que me

enseñó a no cansarme y a comer del trabajo de otros.»

No hay que reprender a los niños perezosos cuando son sus padres quienes así los educan.

93. La víbora y la lima (Hsr. 95, Ch. 116)

Una víbora, que había entrado en el taller de un herrero, iba pidiendo limosna de las herramientas. Había recibido algo de ellas, cuando llegó a la lima y le pidió que le diera algo. La lima, respondiendo, dijo: «Pero qué simple eres creyendo que te voy a ofrecer algo yo, que no doy, sino que acostumbro a coger de todos.»

La fábula muestra que son tontos quienes piensan que van a sacar algo de los tacaños.

94. El padre y las hijas (Hsr. 96, Ch. 299)

Un padre que tenía dos hijas, casó a una con un hortelano y a la otra con un alfarero. Pasado el tiempo, fue a visitar a la del hortelano y le preguntó cómo estaba y qué tal les iban las cosas. Ella respondió que todo les iba bien, pero que una sola cosa pedía a los dioses, que viniera el invierno y las lluvias para que se regaran las hortalizas. Poco después se fue a ver a la del alfarero y le preguntó cómo estaba. Ella dijo que nada le faltaba, pero que sólo pedía que durase el tiempo despejado y el sol brillante para que se secara la cerámica. El padre dijo: «Si tú me pides buen tiempo y tu hermana malo, ¿con cuál de las dos haré mis plegarias?».

Del mismo modo, quienes a un tiempo acometen empresas diferentes, normalmente fracasan en las dos.

95. El marido que tenía una mujer gruñona (Hsr. 97, Ch.)

Un hombre tenía una mujer que era de un carácter muy gruñón para con todo el mundo, decidió saber si también le pasaría lo mismo con los criados de la casa de su padre. De ahí que, con un pretexto verosímil, la mandara a donde su padre. A su regreso, al cabo de unos pocos días, le preguntó cómo la habían acogido allí

los criados. Ésta respondió: «Los boyeros y pastores me miraban torvamente». El le dijo: «Pues, mujer, si tan mal te llevabas con éstos, que salen con los rebaños al alba y vuelven por la tarde, ¿qué habrá que pensar de los demás, con los que convivías todo el día?»

Muchas veces, así, a partir de los detalles pequeños, se llegan a conocer las cuestiones importantes y de lo manifiesto, lo escondido.

96. La víbora y la zorra (Hsr. 98, Ch. 115)

Una víbora, subida en un haz de espinos, bajaba por un río. Y una zorra que por allí pasaba, al verla, dijo: «El piloto es digno de la nave.»

Va esto para el malvado que se entrega a perversas acciones.

97. El cabrito y el lobo flautista (Hsr. 99, Ch. 107)

Un cabrito, rezagado del rebaño, era perseguido por un lobo. Volvióse el cabrito y dijo al lobo: «Seguro estoy, lobo, de que soy ración tuya; pero para no morir indignamente toca la flauta para que baile». Al ponerse a tocar la flauta el lobo y el cabrito a bailar, los perros, que lo oyeron, se pusieron a perseguir al lobo. Y el lobo, volviéndose, dijo al cabrito: «Me está bien empleado porque yo, que soy un carnicero, no tenía que haberme metido a imitar a un flautista.»

De este modo, quienes obran sin considerar las circunstancias, pierden incluso lo que tienen entre manos.

98. El cabrito que estaba en una casa y el lobo (Hsr. 100, Ch. 106)

Un cabrito que estaba en una casa se burlaba de un lobo que pasaba por delante. El lobo le dijo: «No eres tú el que se burla de mí, sino el lugar.»

La fábula muestra que las circunstancias arman de coraje contra los que son más fuertes.

99. El vendedor de estatuas (Hsr. 101, Ch. 2)

Un hombre que había tallado un Hermes de madera, lo llevó a la plaza para

venderlo. Como ningún comprador se acercaba y quería atraerse a alguien, empezó a vocear que vendía un dios bienhechor y pródigo en ganancias. Uno de los que había por allí, le dijo: «¡Eh, tú!, ¿por qué lo vendes, si es como dices, en vez de aprovecharte de sus ventajas?». El vendedor respondió: «Es que yo necesito una ayuda inmediata y éste acostumbra a conceder sus favores tarde.»

La fábula es adecuada para quien busca sin escrúpulos el lucro, sin preocuparse en absoluto de los dioses.

100. Zeus, Prometeo, Atena y Momo[16] (Hsr. 102, Ch. 124)

Zeus, Prometeo y Atena, que habían modelado, el primero un toro, Prometeo un hombre y la diosa una casa, eligieron a Momo como árbitro. Éste, envidioso de sus creaciones, empezó a decir que Zeus había cometido un fallo al no poner los ojos del toro en los cuernos para que pudiera ver dónde atacaba; a Prometeo le criticó porque no había colgado fuera las mientes del hombre, para que así no pasaran inadvertidos los malos y fuera bien visible lo que cada uno tenía en su cabeza. En tercer lugar, dijo que Atena debería haber puesto la casa sobre ruedas para que si uno iba a vivir con un malvado por vecino, pudiera desplazarse fácilmente. Entonces, Zeus, indignado con él por su envidia, le echó del Olimpo.

La fábula muestra que nada hay tan perfecto que, desde luego, no se haga acreedor de alguna crítica.

101. El grajo y los pájaros (Hsr. 103, Ch. 162)

Quería Zeus designar rey entre los pájaros y les fijó un día para que compareciesen ante él. El grajo, consciente de su propia fealdad, mientras se paseaba entre los pájaros, iba recogiendo las plumas caídas y se las colocaba encima. Cuando llegó el día, convertido en un vistoso pájaro, se presentó ante Zeus. Mas cuando el dios estaba dispuesto a elegirlo rey en razón de su belleza, los pájaros, irritados, rodearon al grajo y cada uno le quitó la pluma que era suya. Y así sucedió que el grajo, despojado, volvió a ser grajo.

De igual modo, también los hombres que tienen deudas, mientras disponen del dinero ajeno, parecen ser alguien, mas cuando lo devuelven, se encuentran con que son los mismos que al principio.

102. Hermes y la Tierra (Hsr. 104, Ch. 109)

Cuando Zeus modeló al hombre y a la mujer mandó a Hermes que los llevara a la tierra y enseñase dónde se harían una cueva después de cavar. Hermes hizo lo ordenado y la Tierra, al principio, se resistió. Como Hennes insistía diciendo que era una orden de Zeus, la Tierra dijo: «Pues que caven lo que quieran, pero que paguen con sus suspiros y lágrimas.»

La fábula es oportuna para los que con facilidad toman las cosas prestadas, pero las pagan con dolor.

103. Hermes y los artesanos (Hsr. 105, Ch. 111)

Zeus ordenó a Hermes que derramara entre todos los artesanos el veneno de la mentira. Éste lo machacó y lo vertió sobre cada uno en partes iguales. Como sólo le faltaba el zapatero y aún quedaba mucho veneno, cogió todo el mortero y lo derramó sobre él. Ocurrió que desde entonces todos los artesanos son mentirosos, pero mucho más que todos, los zapateros.

La fábula va para el mentiroso.

104. Zeus y Apolo (Hsr. 106, Ch. 121)

Zeus y Apolo competían en tiro al arco. Apolo, tras tensar el arco, disparó la flecha, mientras que Zeus, de una zancada, cubrió tanta distancia como Apolo con el arco.

Del mismo modo, los que rivalizan con los más fuertes, además de que no se ponen a su altura, se exponen al ridículo.

105. Los años del hombre (Hsr. 107, Ch. 139)

Cuando Zeus inspiró vida al hombre, le dio una existencia corta. Pero éste, valiéndose de su inteligencia, cuando llegó el invierno, se construyó una morada y allí vivió. Pero he aquí que una vez que el frío se hizo intensísimo y Zeus llovía, el caballo, no pudiéndolo resistir, fue al galope a donde estaba el hombre y le pidió que le diera cobijo. Pero el hombre dijo que no lo haría a no ser que le diera una parte de sus años. El caballo accedió gustoso. No mucho después, se

presentó también el buey, tampoco él podía soportar el mal tiempo. De igual modo, el hombre dijo que no le acogería a no ser que le diera un determinado número de sus años, él le dio una parte y fue acogido. Por último, llegó el perro, que se estaba muriendo de frío y, tras ceder una parte de su edad, consiguió abrigo. Y esto es lo que ocurrió a los hombres: hasta que llegan al tiempo que les marcó Zeus, son puros y buenos; cuando llegan a los años que tienen del caballo, son fanfarrones y altaneros; llegados a los años del buey, son lentos y cuando cumplen la edad del perro, se hacen irascibles y gruñones.

Podría aplicarse esta fábula a un viejo colérico intratable.

106. Zeus y la tortuga (Hsr. 108, Ch. 125)

Al casarse, Zeus obsequió con un banquete a todos los animales. Sólo faltó la tortuga; intrigado Zeus, al día siguiente preguntó por qué motivo fue ella la única que no acudió al banquete. La tortuga respondió: «La propia casa es la mejor casa.» Zeus, indignado contra ella, la condenó a andar llevando su casa a cuestas.

Asimismo, muchas personas prefieren vivir con sencillez que tener una vida lujosa en casa ajena.

107. Zeus y la zorra (Hsr. 109, Ch. 119)

Zeus, admirado de la inteligencia y astucia de espíritu de la zorra, la hizo reina de los animales. Sin embargo, quería saber si después de haber cambiado de fortuna había cambiado también su codicia y, cuando la llevaban en una litera, soltó Zeus un escarabajo ante su vista. La zorra, incapaz de contenerse mientras veía revolotear al escarabajo en torno a la litera, dando un salto, indigno de su estado, intentó cazarlo. Zeus indignado contra ella, la devolvió a su antiguo rango.

La fábula muestra que los hombres que son viles, aunque tomen la apariencia más brillante, no cambian, desde luego, su naturaleza.

108. Zeus y los hombres (Hsr. 110, Ch. 120)

Cuando Zeus modeló a los hombres, mandó a Hermes verter en ellos la inteligencia. Éste, después de hacer partes iguales, la vertió sobre cada persona. Ocurrió que los pequeños, al quedar llenos de su porción, se hicieron sensatos, pero los altos, como el brebaje no les llegó a todo el cuerpo, se hicieron menos prudentes que los otros.

La fábula es adecuada para el hombre de cuerpo muy grande, pero con espíritu falto de inteligencia.

109. Zeus y el Pudor (Hsr. 111, Ch. 118)

Cuando Zeus modeló a los hombres, les infundió enseguida las diferentes facultades, pero sólo se olvidó del Pudor. Como no encontraba por dónde introducírselo, le mandó que entrara por el recto. Al principio, el Pudor se negó e indignó, después que Zeus le insistió mucho, dijo el Pudor: «Pero entro con esta condición, que si entra otro detrás de mí, me marcho inmediatamente.» De esto viene el que todos los maricones sean gente sin pudor.

Podría aplicarse esta fábula al lascivo.

110. El héroe3[17] (Hsr. 112, Ch. 131)

Un hombre que tenía en su casa a un héroe, le hacía ricos sacrificios. Y como sin cesar se gastaba y consumía mucho dinero en ofrendas, el héroe se le apareció de noche y le dijo: «Pero, hombre, deja de dilapidar tu hacienda, pues, si lo gastas, cuando seas pobre, me vas a echar las culpas.»

De igual modo, muchos, que por su propia estupidez acaban siendo desgraciados, echan la culpa a los dioses.

111. Heracles y Pluto (Hsr. 113, Ch. 130)

Cuando Heracles fue elevado a la categoría de dios e invitado a la mesa junto a Zeus, iba saludando con mucha amabilidad a los dioses, uno por uno. Pero cuando Pluto entró el último, Heracles bajó la vista al suelo y le volvió la espalda. Zeus, extrañado por lo sucedido, le preguntó el motivo por el que, después de haber saludado tan complacido a los demás dioses, sólo había

despreciado a Pluto. Heracles, dijo: «Pues le desprecio por lo siguiente, porque en el tiempo que estuve entre los hombres, lo veía frecuentar muy a menudo a los malvados.»

Esta fábula podría contarse de un hombre rico por la suerte, pero malvado por su conducta.

112. La hormiga y el escarabajo (Hsr. 114, Ch. 241)

En el verano, una hormiga que iba por el campo recogía granos de trigo y cebada, que almacenaba como alimento para el invierno. Un escarabajo se asombró de verla trabajar tanto, pues se agotaba cuando los demás animales, dejando a un lado los trabajos, se entregaban al descanso. La hormiga, por el momento, guardaba silencio, pero más tarde, cuando llegó el invierno y la lluvia empapó el estiércol, el escarabajo, hambriento, fue a pedirle que le diera algo de comida. Y la hormiga le dijo: «Escarabajo, si hubieras trabajado entonces, cuando te metías conmigo porque me esforzaba, no te faltaría ahora comida.»

Así, los que durante el tiempo de abundancia no se preocupan del futuro, caen en la mayor miseria cuando las circunstancias cambian.

113. El atún y el delfín (Hsr. 115, Ch. 132)

Un atún, perseguido por un delfín, escapaba impetuosamente, cuando estaba a punto de ser capturado, sin darse cuenta, fue a parar a la arena de una playa por culpa del fuerte impulso; empujado también por su marcha, el delfín fue proyectado al mismo sitio. Entonces, el atún, cuando al volverse lo vio entregar su alma, dijo: «Ya no me resulta penosa la muerte, pues veo que el que me la causa muere conmigo.»

La fábula muestra que los hombres soportan fácilmente las desgracias cuando ven también que las padecen sus causantes.

114. El médico en el entierro (Hsr. 116, Ch. 134)

Un médico que acompañaba a los parientes de uno que llevaban a enterrar, dijo a los que iban delante del cortejo que este hombre, si se hubiera quitado del

vino y se hubiera puesto lavativas, no se habría muerto. Uno de los presentes, respondiendo, dijo: «¡Eh, tú!, no es ahora cuando tienes que decir esto, cuando no sirve de nada, antes había que haberle aconsejado, mientras aún podía aprovecharse del consejo.»

La fábula muestra que hay que procurar la ayuda a los amigos cuando están necesitados, pero no ironizar después de producirse el desenlace.

115. El pajarero y el áspid (Hsr. 117, Ch. 137)

Un pajarero, cogiendo la liga y sus cañas, salió a cazar. Y, habiendo visto un tordo posado en un árbol alto, decidió capturarlo. Después de empalmar las cañas para que alcanzaran, observaba atento; toda su atención estaba puesta en el aire. De este modo, mientras tenía levantada la cabeza, pisó sin darse cuenta un áspid que estaba dormido que, volviéndose, le picó. Y él, sintiéndose morir, se dijo: «¡Qué desgraciado soy!

Yo que quería cazar a otro, sin darme cuenta, yo mismo me he convertido en una presa para la muerte.»

Así, los que urden trampas para su prójimo llegan a caer ellos mismos en la desgracia.

116. El cangrejo y la zorra (Hsr. 118, Ch. 150)

Un cangrejo, que salió del mar, vivía solo en una playa. Una zorra hambrienta que lo vio, ella, que nada tenía que llevarse a la boca, corrió hacia él y lo cazó. El cangrejo, cuando estaba a punto de ser devorado, dijo: «Me está bien empleado lo que me ha pasado por querer hacerme de tierra, yo que soy de mar.»

También así los que abandonan su propia actividad y se ocupan en lo que no les concierne, caen naturalmente en la desgracia.

117. El camello que quiso tener cuernos (Hsr. 119, Ch. 146)

Un camello, que vio a un toro orgulloso de sus cuernos, tuvo envidia de él y quiso llegar a tener unos iguales. Por eso, se presentó ante Zeus a pedir que le

concediera cuernos. Entonces, Zeus indignado contra él porque no le bastaba el tamaño de su cuerpo y su fuerza, sino que todavía ansiaba más, no sólo no le otorgó los cuernos, sino que incluso le quitó parte de las orejas.

Así, muchos y por ambición, al mirar a los demás con envidia, sin darse cuenta, quedan privados de lo que es suyo.

118. El castor (Hsr. 120, Ch. 153)

El castor es un animal cuadrúpedo que vive en los lagos. De él cuentan que sus genitales son útiles por sus propiedades curativas, y entonces, cuando alguien, descubriéndolo, lo persigue, como sabe por qué lo hacen, huye hasta una cierta distancia valiéndose de la velocidad de sus pies para protegerse. Pero cuando se ve cercado, se corta los genitales y los tira, así salva su vida.

De igual modo, son sensatos los hombres que, cuando corren peligro por culpa de su riqueza, la sacrifican para no poner en peligro su vida.

119. El hortelano que regaba sus hortalizas (Hsr. 121, Ch. 154)

Un hombre que se detuvo ante un hortelano que regaba sus hortalizas, le preguntó por qué las hortalizas silvestres estaban tan floridas y robustas, mientras que las cultivadas, tan endebles y secas. El hortelano dijo: «Porque para las unas la tierra es una madre y para las otras, una madrastra.»

Así, también los niños no están igual criados por una madrastra que por su propia madre.

120. El hortelano y el perro (Hsr. 122, Ch. 155)

El perro de un hortelano se cayó a un pozo. El hortelano, que quería sacarlo, se metió en él. Pero el perro, angustiado, cuando se le acercó, creía que le iba a hundir más y le mordió. El hortelano, dolorido, le dijo: «Me está bien empleado, ¿por qué, si te has tirado tú mismo, tenía que intentar yo sacarte del peligro?».

Esto va para el desagradecido que se porta mal con sus bienhechores.

121. El citaredo (Hsr. 123, Ch. 156)

Un citaredo inepto cantaba sin parar en una casa bien encalada, como las paredes devolvían el eco de su voz, él se creyó que tenía una voz muy bonita. Entonces, engreído ante esto, decidió que tenía que ir al teatro. Cuando llegó a la escena, como cantaba rematadamente mal, lo echaron a pedradas.

Así, también algunos oradores que en la escuela son prometedores, cuando llegan a ejercer su carrera política, aparecen como incapaces.

122. Los ladrones y el gallo (Hsr. 124, Ch. 158)

Unos ladrones que habían entrado en una casa, no encontraron otra cosa que un gallo, lo cogieron y se marcharon. Éste, cuando estaba a punto de ser sacrificado, les pidió que lo libraran, alegando que era útil a los hombres porque de noche los despertaba para ir al trabajo. Los ladrones, respondiendo, dijeron: «Pues precisamente por esto te sacrificamos, porque al despertar a los demás nos impides robar.»

La fábula muestra que lo que más contraría a los malos es lo que beneficia a los honrados.

123. El grajo y los cuervos (Hsr. 125, Ch. 161)

Un grajo que aventajaba a los demás grajos en tamaño, lleno de desprecio por los de su raza, se marchó con los cuervos y les pidió que le dejaran compartir su vida con ellos, pero los cuervos, que desconocían su forma y su voz, lo echaron a golpes. Y éste, rechazado por ellos, marchó de nuevo con los grajos que, indignados por su ofensa, no quisieron admitirlo. Y así ocurrió que fue excluido de ambas comunidades.

Igual pasa con los hombres que abandonando su patria prefieren otra tierra, en ésta son mal considerados por ser extranjeros y son rechazados por sus compatriotas por haberlos despreciado.

124. El cuervo y la zorra (Hsr. 126, Ch. 165)

Un cuervo que había robado un trozo de carne, se posó en un árbol. Y una zorra, que lo vio, quiso adueñarse de la carne, se detuvo y empezó a exaltar sus

proporciones y belleza, le dijo además que le sobraban méritos para ser el rey de Las aves y, sin duda, podría serlo si tuviera voz. Pero al querer demostrar a la zorra que tenía voz, dejó caer la carne y se puso a dar grandes graznidos. Aquélla se lanzó y después que arrebató la carne, dijo: «Cuervo, si también tuvieras juicio, nada te faltaría para ser el rey de las aves.»

La fábula vale para el insensato.

125. La corneja y el cuervo (Hsr. 127, Ch. 170)

La corneja, envidiosa del cuervo porque da oráculos a los hombres y predice el futuro y, por ello, éstos lo ponen por testigo, quiso lograr lo mismo. Entonces, cuando vio pasar a unos caminantes, se posó en un árbol y empezó a dar grandes graznidos. Los viajeros se volvieron asustados por sus gritos, uno de ellos dijo: «Vámonos, que es una corneja, sus gritos no dan presagios.»

Así, también los hombres que rivalizan con los que son más fuertes, no sólo no pueden igualarlos, sino que también se exponen al ridículo.

126. El grajo y la zorra (Hsr. 128, Ch. 160)

Un grajo hambriento se posó en una higuera. Pero al encontrar que los higos no estaban aún maduros esperó a que lo estuvieran. Una zorra, que le vio eternizarse, quería que le explicara el porqué, y dijo: «Pues estás equivocado, amigo al fiarte de la esperanza, que sabe alimentar las ilusiones, pero de ninguna manera dar de comer.»

La fábula es adecuada para el mentiroso.

127. La corneja y el perro (Hsr. 129, Ch. 171)

Una corneja, que ofrecía un sacrificio a Atena, invitó a un perro al banquete. Y el perro le dijo: «¿Por qué te gastas en hacer sacrificios en vano? Porque la diosa te odia tanto que hasta ha privado de credibilidad a tus presagios.» La corneja respondió: «Pues por eso mismo le hago sacrificios, porque sé que me aborrece, para que se reconcilie.»

Así, muchos, por miedo, no vacilan en favorecer a sus enemigos.

128. El cuervo y la serpiente (Hsr. 130, Ch. 167)

Un cuervo que no tenía comida, al ver una serpiente dormida en un sitio soleado, se lanzó sobre ella y la agarró. Ésta, revolviéndose, lo mordió; a punto de morir, el cuervo exclamó: «¡Qué desgraciado soy!, yo que había encontrado una presa fácil y muero por su culpa.»

Esta fábula podría decirse del hombre que por encontrar un tesoro pone en peligro su vida.

129. El grajo y las palomas (Hsr. 131, Ch. 163)

Un grajo, al ver en un palomar unas palomas bien nutridas, tras blanquearse él mismo, fue a participar de su comida. Ellas, mientras estuvo callado, lo admitieron creyendo que era mía paloma. Pero cuando en un momento determinado se olvidó y dio un graznido, las palomas, como no conocían su voz, lo echaron. Y perdiendo la comida que allí encontraba, tuvo que regresar con los grajos, pero éstos, que no lo reconocieron por culpa de su color, lo expulsaron también de su comunidad. Y así, por buscar dos sitios donde pillar lo que quería, no logró ninguno.

Así, también a nosotros debe bastarnos con lo propio, pensando que la ambición, además de no servir para nada, muchas veces nos priva incluso de lo que teníamos.

130. El estómago y los pies (Hsr. 132, Ch. 159)

El estómago y los pies discutían quién era el más fuerte. Entre otras cosas, los pies alegaban que hasta tal punto sobrepasaban en vigor, que incluso llevaban al mismo estómago; éste respondió: «Pues, anda éstos, si no tomara yo alimento, vosotros no me podríais llevar.»

Lo mismo pasa en los ejércitos, el número no es nada si los generales no piensan perfectamente lo que conviene.

131. El grajo que se escapó (Hsr. 133, Ch. 164)

Un hombre que capturó un grajo, le ató un hilo de lino a la pata y se lo dio a

su hijo. Pero el grajo, como no podía soportar el vivir con los hombres, aprovechando un momento de descuido, escapó y volvió a su nido. Mas como el hilo se enganchó en las ramas, no podía volar. Cuando estaba a punto de morir, dijo para sí: «¡Qué desgraciado soy!, yo, que por no aguantar la esclavitud de los hombres, sin darme cuenta, yo mismo me he quitado la posibilidad de salvarme».

Esta fábula podría ajustarse a aquellas personas que por querer salvarse de peligros medianos, sin darse cuenta, caen en desgracias más temibles.

132. El perro que perseguía a un león (Hsr. 135, Ch. 187)

Un perro de caza que vio a un león se puso a perseguirlo. Pero éste, volviéndose, dio un rugido; lleno de miedo, huyó. Y una zorra que lo vio, dijo: «¡Qué malo eres!, te pones a perseguir a un león y no aguantas ni el rugido.»

La fábula podría decirse de los petulantes que intentan meterse con los que son mucho más fuertes y que, al plantar éstos cara, se echan atrás.

133. El perro que llevaba un trozo de carne (Hsr. 136, Ch. 185)

Un perro, que llevaba un trozo de carne, estaba atravesando un río, y, al ver su propia imagen en el agua, creyó que era otro perro que tenía un trozo aún mayor.

Por eso, dejando caer el suyo, se tiró a aquél para quitárselo. Y ocurrió que se quedó sin los dos, uno no lo pudo cobrar porque no existía y el otro porque se lo llevó el río.

La fábula es apropiada para el ambicioso.

134. El perro dormido y el lobo (Hsr. 137, Ch. 184)

Un perro estaba dormido delante de un corral. Un lobo que lo vio comprendió que era posible devorarlo. El perro suplicó que, de momento, le dejara marchar, alegando: «Ahora estoy flaco y débil, pero mis amos van a celebrar una boda; si me sueltas ahora, después me podrás comer más gordo.» El lobo lo creyó y lo soltó. Cuando volvió a los pocos días y le vio dormir dentro de

la casa, lo llamó recordándole el trato. El perro, respondiendo dijo: «Mira, lobo, si otra vez me ves dormir a la puerta del corral, no esperes ya a las bodas.»

Así, las personas sensatas, cuando han escapado de algún peligro, en adelante, se guardan bien de ellos.

135. Los perros hambrientos (Hsr. 138, Ch. 176)

Unos perros hambrientos vieron unas pieles empapadas en un río; como no podían llegar a ellas, acordaron entre sí beber primero el agua para llegar luego a las pieles. Y ocurrió que de tanto beber reventaron antes de alcanzarlas.

Así, algunos, en la esperanza de conseguir ganancias, se meten en trabajos peligrosos y llegan a perderse antes de lograr lo que quieren.

136. El perro y la liebre (Hsr. 139, Ch. 182)

Un perro de caza, que había atrapado a una liebre, ora la mordía, ora le lamía los morros. Ésta, cansada, le dijo: «Pero bueno, deja de morderme o de besarme, para saber si eres mi enemigo o mi amigo.»

La fábula es apropiada para el hombre ambiguo.

137. El mosquito y el toro (Hsr. 140, Ch. 189)

Un mosquito, que se había posado en el cuerno de un toro y había estado allí mucho rato, cuando iba a marcharse, le preguntó al toro si quería que se fuera. El toro, respondiendo, dijo: «Pues si no me he enterado de cuando has llegado, tampoco me voy a enterar de cuando te marches.»

Uno podría servirse de esta fábula para el hombre débil que, tanto si está presente como ausente, no molesta ni es de utilidad[18].

138. Las liebres y las ranas (Hsr. 143, Ch. 191)

Las liebres, como reconocieron su propia cobardía, decidieron que tenían que despeñarse. Se acercaron así a un precipicio en el fondo del cual habla una laguna, entonces, las ranas, al oír el ruido de las pisadas, se tiraron al fondo de la

laguna. Y una de las liebres, al verlas, dijo a sus compañeras: «Ya no tenemos que tiramos, porque, mira por dónde, hay todavía animales más cobardes que nosotras.»

Del mismo modo, los hombres consuelan su propia desgracia con las calamidades ajenas.

139. La gaviota y el milano (Hsr. 144, Ch. 193)

Una gaviota, a la que le reventó el cuello por haberse tragado un pez, yacía muerta encima de la playa. Y un milano, al verla, dijo: «Te está bien empleado, porque habiendo nacido pájaro te quisiste buscar la vida en el mar.»

Así, los que abandonan sus propias ocupaciones y se dedican a otras que en nada les afectan son justamente desgraciados.

140. El león enamorado (Hsr. 145, Ch. 198)

Un león, enamorado de la hija de un labrador, la pidió por esposa. El labrador, que no se atrevía a entregar a su hija a una fiera, ni tampoco podía negarse por el miedo que le tenía, se le ocurrió lo siguiente: como el león lo apremiaba continuamente, le dijo que lo consideraba digno de desposar a su hija, pero que no se la podía dar a menos que se dejara arrancar los dientes y cortar las uñas, porque esto es lo que le daba terror a la muchacha. El león, por amor, se dejó hacer las dos cosas, entonces el labrador, perdido todo el respeto hacia él, en cuanto se presentó lo echó a palos.

La fábula muestra que los que se confían de modo complaciente a los vecinos, cuando quedan despojados de sus propias virtudes, los conquistan con toda facilidad quienes antes los temían.

141. El león y la rana (Hsr. 146, Ch. 201)

Un león, que oyó croar a una rana, se dio la vuelta hacia el ruido creyendo que era un animal enorme. Y luego de esperar un poco, cuando la vio salir de la charca, yendo hacia ella la pisoteó mientras decía: «Que a nadie le asuste el oído antes que la vista.»

La fábula es oportuna para el charlatán, incapaz de nada más.

142. El león viejo y la zorra (Hsr. 147, Ch. 196)

Un león, que se había hecho viejo y que era incapaz de procurarse el alimento por la fuerza, pensó que era imprescindible hacerlo por ingenio. Entonces se marchó a una cueva y allí recostado se hizo el enfermo, y así, a los animales que se acercaban para visitarlo los devoraba. Habían ya desaparecido muchos animales cuando la zorra, que había descubierto el truco, se presentó y, deteniéndose fuera de la cueva, le preguntó cómo estaba. «Mal», respondió el león, y al preguntar por qué no entraba dijo: «Pues yo entraría si no viera las huellas de muchos que entran, pero ninguna que salga.»

Así, los sensatos, al prever por algunos indicios los peligros, los evitan.

143. El león y el toro (Hsr. 148, Ch. 211)

Un león, que andaba al acecho de un toro enorme, decidió hacerse con él por medio de un engaño. Bajo pretexto de haber matado a un cordero, le invitó a celebrarlo con la intención de acabar con él cuando estuviera recostado a la mesa. Éste, cuando entró y vio muchos calderos y unos grandes asadores, pero ningún cordero, sin decir nada se marchó. El león le llamó la atención y le preguntó por qué motivo, sin haberle pasado nada malo, se marchaba sin decir palabra. El toro dijo: «No hago esto sin motivo, pues estoy viendo que todo no está preparado para un cordero, sino para un toro.»

La fábula muestra que a las personas sensatas no les pasan inadvertidas las artimañas de los malvados.

144. El león encerrado y el labrador (Hsr. 149, Ch. 197)

Un león entró en el establo de un labrador. Éste, como quería capturarlo, cerró la puerta del corral. Entonces el león, al no poder salir, mató primero a las ovejas y luego se volvió contra los bueyes. El labrador, temiendo por sí mismo, abrió la puerta. Cuando se marchó el león, su mujer, viéndole llorar, le dijo: «Pues te está bien empleado; ¿por qué se te ocurrió encerrar a una fiera como

esa, que debías temer desde lejos?»

Así, los que hostigan a quienes son más fuertes sufren naturalmente las consecuencias de su error.

145. El león y el delfín (Hsr. 150, Ch. 202)

Un león que andaba errante por una playa, como viera asomar la cabeza a un delfín, le invitó a hacer un pacto, diciendo que les convenía mucho ser amigos y aliados, porque uno era el rey de los animales marinos y él, el de los terrestres. El delfín aceptó complacido, y el león, después de no mucho tiempo, estando en guerra con un toro salvaje, llamó al delfín en su ayuda. Pero éste, aunque quería salir del mar, no podía, el león entonces lo acusó de traidor. Y él respondiendo dijo: «Pero no me hagas reproches a mí, sino a la naturaleza, que al hacerme un animal marino no me deja andar por la tierra.»

Así, por tanto, cuando pactamos una alianza hay que elegir a unos aliados tales que puedan estar a nuestro lado en los momentos de peligro.

146. El león que tuvo miedo de un ratón (Hsr. 151, Ch. 213)

Corrió un ratón por encima de un león que estaba durmiendo. Éste se levantó y se revolvió en todas direcciones buscando al que le había atacado. Una zorra que le vio, lo regañó por asustarse de un ratón siendo él un león. Entonces éste respondió: «No es que me preocupe un ratón, sino que me sorprende que alguien se haya atrevido a correr por el cuerpo de un león dormido.»

La fábula enseña que los hombres sensatos no deben despreciar las cosas más simples.

147. El león y el oso (Hsr. 152, Ch. 200)

Un león y un oso que encontraron un cervatillo se peleaban por él. Y tan ferozmente se atacaron que, cuando se les nubló la vista, cayeron medio muertos. Una zorra que por allí pasó, como los vio abatidos y el cervatillo tirado en medio, lo levantó y pasando por entre ellos se lo llevó. Ellos, incapaces de levantarse, exclamaron: «Desdichados de nosotros, ¡para una zorra nos hemos

dado esta paliza!»

La fábula muestra que con razón se duelen aquellos que ven a los recién llegados llevarse el fruto de sus esfuerzos.

148. El león y la liebre (Hsr. 153, Ch. 204)

Un león que topó con una liebre dormida iba ya a comérsela cuando, de pronto, vio pasar un ciervo y, dejando la liebre se puso a perseguirlo. La liebre entonces se despertó con el ruido y huyó. El león, después de mucho perseguir al ciervo, como no pudo darle alcance, volvió a por la liebre. Pero al encontrar que ya se había escapado dijo: «Me está bien empleado, porque al dejar la comida que ya tenía en la mano preferí la esperanza de una presa mayor.»

Así, algunas personas insatisfechas con una ganancia discreta, cuando van tras la esperanza de beneficios mayores, pierden sin darse cuenta lo que tienen entre manos.

149. El león, el asno y la zorra (Hsr. 154, Ch. 209)

El león, el asno y la zorra, una vez que hicieron comandita, salieron de caza. Como cobraron muchas piezas, el león mandó al asno que les hiciera el reparto. Éste hizo tres partes y les invitó a escoger, el león indignado dio un salto y lo destrozó, luego mandó a la zorra hacer el reparto. Ésta reunió todo en una parte y dejándose un poco para ella invitó al león a escoger. El león le preguntó quién le había enseñado a repartir así, la zorra contestó: «La desgracia del asno.»

La fábula muestra que los hombres se vuelven comedidos ante el infortunio de los vecinos.

150. El león y el ratón agradecido (Hsr. 155, Ch. 206)

Mientras dormía un león un ratón se puso a corretear por encima de su cuerpo. El león se despertó y estaba ya a punto de devorar al ratón. Éste pidió que le soltara, diciendo que si le salvaba, se lo agradecería. El león sonriendo le dejó escapar. Pero poco después sucedió que el león se salvó gracias al ratón. Pues unos cazadores que lo habían apresado le ataron con una cuerda a un árbol,

el ratón, al oír sus lamentos, acudió, royó la cuerda y cuando lo libró dijo: «Tú antes te reiste de mí porque no esperabas que yo te devolviera el favor; pero ahora sabes ya bien que entre los ratones hay agradecimiento.»

La fábula muestra que en los cambios de fortuna los muy poderosos llegan a estar necesitados de los más débiles.

151. El león y el asno cazan juntos (Hsr. 156, Ch. 208)

El león y el asno una vez que hicieron comandita, salieron de caza. Llegados a una cueva en la que había cabras monteses, el león se puso ante la entrada para acechar a las que salieran, el asno entró y se puso a dar saltos y rebuznar para asustarlas. Y el león dijo: «Pues ten bien seguro que yo mismo habría sentido miedo de no saber que eras un asno.»

Así, los que fanfarronean delante de quienes les conocen se prestan, naturalmente, al ridículo.

152. El bandido y la morera (Hsr. 157, Ch. 214)

Un bandido que dio muerte a un hombre en un camino, cuando se vio perseguido por los que allí se encontraban, se escapó manchado de sangre, dejando abandonada la víctima. Y unos caminantes que venían en sentido inverso le preguntaron de qué tenía manchadas las manos, dijo que se acababa de bajar de una morera. Y mientras decía esto, quienes lo perseguían llegaron y capturándole le colgaron de una morera. El árbol le dijo: «Pues no me pesa contribuir a tu muerte, porque después de haber cometido tú el crimen querías limpiarte las manos en mí.»

Así, en muchas ocasiones los que son buenos por naturaleza, cuando resultan calumniados por algunos, no dudan en portarse mal con ellos.

153. Los lobos y las ovejas[19] (Hsr. 158, Ch. 217)

Unos lobos, que andaban al acecho de un rebaño de ovejas, como no podían apoderarse de ellas por culpa de los perros que las guardaban, decidieron que había que hacerlo con una estratagema. Enviaron entonces emisarios a pedir que

las ovejas abandonaran a los perros, alegando que ellos eran la causa de su enemistad y que si se fiaban de ellos tendrían paz. Las ovejas, sin prever lo que pasaría, echaron a los perros. Los lobos, así, se adueñaron de ellas sin dificultad y dieron muerte a todo el rebaño que estaba sin guardar.

De igual modo, los estados que abandonan fácilmente a sus jefes no se dan cuenta que enseguida acaban sometidos por sus enemigos.

154. El lobo y el caballo (Hsr. 159, Ch. 225)

Un lobo que pasaba por un campo encontró cebada y como no podía usarla para comer, la dejó y se marchó. Pero se encontró a un caballo y le llevó al campo, diciendo que había encontrado cebada, pero que en vez de comérsela se la había guardado porque le daba gusto oír el ruido de sus dientes. El caballo respondiendo dijo: «¡Oye, tú!, si los lobos pudieran comer cebada, nunca hubieras preferido tus orejas al vientre.»

La fábula muestra que los que son malos por naturaleza, aunque alardeen de honradez, no tienen crédito.

155. El lobo y el cordero (Hsr. 160, Ch. 221)

Un lobo que vio a un cordero en un río quiso comérselo con un pretexto verosímil. Por eso, aunque estaba río arriba, le acusó de revolver el agua y no dejarle beber. El cordero contestó que estaba bebiendo con la punta de los labios y que, además, era imposible que él, que estaba más abajo, agitara el agua río arriba. El lobo, como fracasó con su acusación, dijo: «Pero el año pasado tú insultaste a mi padre.» El cordero replicó que hace un año aún no había nacido. El lobo entonces le dijo: «Pues aunque te salgan bien tus justificaciones no voy a dejar de comerte.»

La fábula muestra que para los que tienen el propósito de hacer daño no vale ningún argumento justo.

156. El lobo y la garza (Hsr. 161, Ch. 224)

Un lobo, que se había tragado un hueso, iba buscando quien lo curara. Se

encontró con una garza y le pidió que, mediante pago, se lo sacase. La garza metió su cabeza en el gaznate del lobo y se lo extrajo; después reclamó el salario convenido. El lobo respondiendo dijo: «¡Eh, tú!, ¿no estás satisfecha con sacar sana la cabeza de la boca de un lobo que encima pides sueldo?»

La fábula muestra que la mayor recompensa que se puede esperar del favor de los malvados es no sacar de ellos un perjuicio.

157. El lobo y la cabra (Hsr. 162, Ch. 220)

Un lobo que vio a una cabra pacer al borde de un barranco, como no podía llegar hasta ella, le pidió que bajara para que no se cayera en un descuido, afirmando que era mejor el prado en que él se encontraba, porque allí la hierba era mucho más abundante. La cabra le respondió: «No me llamas a mí para que coma, sino porque eres tú el que no tiene qué comer.»

De igual modo, los malvados, cuando quieren usar su maldad entre quienes los conocen, inútiles resultan sus argucias.

158. El lobo y la vieja (Hsr. 163, Ch. 223)

Un lobo hambriento andaba buscando comida. Cuando llegó a una granja y oyó que una vieja amenazaba a un niño que estaba llorando con echarlo al lobo si no se callaba, se puso a esperar creyendo que lo decía de verdad. Al caer la tarde, como ningún hecho acompañaba a las palabras, se dijo para sí mientras se marchaba: «En esta granja la gente dice unas cosas, pero hace otras.»

Esta fábula podría aplicarse a aquellas personas que no acompañan sus palabras con los hechos.

159. El lobo y la oveja (Hsr. 164, Ch. 230)

Un lobo harto de comida vio una oveja echada en el suelo, al darse cuenta que se había dejado caer por miedo, se acercó y la tranquilizó diciendo que si le contaba tres cosas que fueran verdad la dejaría marchar. Entonces la oveja empezó diciendo primero, que no habría querido encontrárselo; en segundo lugar, que si el destino se lo hubiera concedido, preferiría habérselo encontrado

ciego, y, en tercer lugar, dijo: «¡Así perezcáis de mala manera todos, malditos lobos!, que sin haber sufrido mal alguno de nuestra parte la guerra nos hacéis con maldad.» El lobo, entonces, comprendió que le había dicho la verdad y la dejó marchar.

La fábula muestra que en muchas ocasiones la verdad surte efecto, incluso entre los enemigos.

160. El lobo herido y la oveja (Hsr. 166, Ch. 231)

Un lobo, que había sido mordido por unos perros y dejado malherido, quedó tendido en el suelo, incapaz de procurarse alimento. Entonces vio a una oveja y le pidió que le trajera de beber de un río que corría por allí. «Porque si me das de beber —dijo—, yo mismo me procuraré comida.» La oveja respondiendo dijo: «Si yo te doy a ti de beber, tú me usarás a mí como comida.»

La fábula es oportuna para el malvado que tiende trampas con hipocresía.

161. El adivino (Hsr. 170, Ch. 233)

Un adivino instalado en la plaza andaba sacando dinero. Llegó uno de pronto anunciándole que las puertas de su casa estaban abiertas y que se habían llevado todo lo de dentro. Fuera de sí, dio un salto y gritando se fue corriendo por la calle para ver lo que había ocurrido. Uno de los que allí se encontraban, luego que lo vio, dijo: «¡Anda! ¿Tú que te dedicas a prever lo que les va a pasar a otros y no has adivinado lo que te pasa a ti mismo?»

Podría aplicarse esta fábula a aquellas personas que con negligencia administran su vida, mientras que tratan de atender a los asuntos que para nada les conciernen.

162. El niño y el cuervo (Hsr. 171, Ch. 294)

A una mujer que consultó a los adivinos sobre su hijo, aún pequeño, le predijeron que un cuervo lo mataría. Asustada por ello, la mujer preparó un arca muy grande y encerró allí al niño para impedir que el cuervo lo matara. Y todos los días a unas horas determinadas lo abría y le procuraba la comida necesaria.

Un día que tenía la tapa levantada y estaba colocando la manta, el niño se asomó imprudentemente y ocurrió que así el cierre[20] del arca se abatió sobre su mollera y lo mató.

La fábula muestra que lo que está marcado por el destino es ineludible.

163. Las abejas y Zeus (Hsr. 172, Ch. 234)

Las abejas, irritadas con los hombres por el expolio de su miel, fueron a ver a Zeus y le pidieron que les concediera fuerza suficiente para atacar con sus aguijones a quienes se acercaran a quitarles los panales. Entonces Zeus, irritado por su perversidad, hizo que cuando picaran a alguien perdieran el aguijón y después murieran.

Esta fábula convendría a los perversos, que consienten sufrir ellos el mal que hacen.

164. Los sacerdotes mendicantes[21] (Hsr. 173, Ch. 236)

Unos sacerdotes mendicantes tenían un burro en el que acostumbraban cargar su impedimenta cuando se ponían en camino. Pero un día el burro se murió de cansancio, entonces lo desollaron y con su piel hicieron unos panderos[22] y se sirvieron de ellos. Otros sacerdotes, cuando se los encontraron, les preguntaron dónde estaba el burro. «Se ha muerto —dijeron— y recibe ahora tantos palos como nunca aguantó en vida.»

Así, también algunos servidores, aunque eximidos de la esclavitud, no están libres de tareas de esclavos.

165. Los ratones y las comadrejas (Hsr. 174, Ch. 237)

Estaban en guerra los ratones y comadrejas. Los ratones, como sufrían derrota tras derrota, se reunieron en asamblea, pues creían que les pasaba esto por falta de jefes, por lo que, después de reflexionar, eligieron generales a algunos de entre ellos. Éstos, como querían distinguirse del resto de los ratones, se procuraron unos cuernos y se los pusieron. Una vez que se entabló la batalla ocurrió que todos los ratones fueron derrotados. Entonces, cuando los demás

corrieron a refugiarse en sus agujeros, en los que cabían con facilidad, los generales, que no podían entrar por culpa de sus cuernos, fueron capturados y devorados.

Así, para muchos el ansia de gloria es motivo de desgracia.

166. La hormiga (Hsr. 175, Ch. 242)

La hormiga de hoy antaño era un hombre que, dedicado a la agricultura, no le bastaba con su propio esfuerzo, al contrario, miraba con envidia a lo de los demás y no dejaba de robar los frutos de sus vecinos. Zeus, indignado por su codicia, lo metamorfoseó en este animal que se llama hormiga. Pero aunque cambió de forma no mudó el carácter, hasta el punto que ahora, cuando marcha por los campos, va recogiendo el trigo y la cebada de los demás y la guarda para sí.

La fábula muestra que los perversos por naturaleza, aunque se los castigue duramente, no cambian de carácter.

167. Las moscas (Hsr. 177, Ch. 238)

Una mosca que cayó en una olla de carne cuando estaba a punto de ahogarse en la salsa dijo para sí: «Pues yo me he hinchado de comer, de beber y de bañarme, aunque muera no me importa.»

La fábula muestra que los hombres soportan con facilidad la muerte cuando ésta llega sin dolor.

168. El náufrago y el mar (Hsr. 178, Ch. 245)

Un náufrago que fue arrojado a una playa se quedó dormido de cansancio. Al poco rato se despertó y cuando miró al mar le reprochó seducir a los hombres con su aspecto sereno, al tiempo que, cuando los tiene en su seno, volviéndose salvaje los hace perecer. La mar, tomando forma de mujer, le dijo: «Amigo, no me culpes a mí, sino a los vientos, porque yo soy por naturaleza tal como ahora me ves, mientras que los vientos, al caer de improviso sobre mí, me revuelven en olas y me hacen feroz.»

Así, también nosotros no debemos culpar por sus daños a los que los cometen cuando obedecen órdenes de otros, sino a quienes tienen la autoridad sobre ellos.

169. El muchacho libertino y la golondrina (Hsr. 179, Ch. 248)

A un joven libertino que se comió su patrimonio sólo le quedaba su manto; como viera una golondrina que se dejaba ver antes de tiempo, creyó que ya había llegado el verano y que no lo necesitaba, entonces cogió y lo vendió. Después volvió el mal tiempo e hizo mucho frío; cuando paseándose vio muerta en el suelo a la golondrina, le dijo: «Nos has perdido a ti y a mí.»

La fábula muestra que todo lo que se hace a destiempo es peligroso.

170. El enfermo y el médico (Hsr. 180, Ch. 250)

Un enfermo a quien el médico le preguntó cómo estaba dijo que había sudado más de lo normal. El médico dijo: «Eso es bueno.» Preguntado una segunda vez cómo se encontraba, dijo que había sido sacudido por escalofríos. El médico volvió a decir que esto era bueno. A la tercera, cuando apareció el médico y le preguntó por su enfermedad, dijo que le había sobrevenido una diarrea. El médico dijo que eso iba bien y se marchó. Uno de sus parientes que vino a verlo le preguntó cómo estaba, el enfermo dijo: «Yo me muero a fuerza de ir ben.»

Así, muchas personas son consideradas afortunadas por sus vecinos al juzgar por apariencias en cosas que por dentro les producen enorme dolor.

171. El murciélago, la zarza y la gaviota (Hsr. 181, Ch. 250)

El murciélago, la zarza y la gaviota, puestos de acuerdo entre sí, decidieron dedicarse al comercio. Así, el murciélago pidió prestado dinero y lo puso en el fondo común, la zarza puso un vestido y la gaviota compró cobre y lo entregó, después se hicieron a la mar. Pero se desató una fuerte tempestad, perdieron todo y fueron a parar salvos a tierra. La gaviota, desde entonces, se mete en el mar buscando su cobre, en la idea de que algún día lo encontrará. El murciélago, por

miedo a sus acreedores, no se muestra durante el día y tiene que salir de noche en busca de su comida. La zarza, por buscar su vestido, se engancha en los mantos de los caminantes a la espera de reconocer el suyo.

La fábula muestra que sobre lo que más nos interesamos es sobre lo que volveríamos a caer.

172. El murciélago y las comadrejas (Hsr. 182, Ch. 251)

Un murciélago que cayó a tierra fue capturado por una comadreja. Como vio que estaba a punto de morir pidió que le salvara la vida. La comadreja dijo que era imposible que lo soltara porque era, por naturaleza, enemiga de todos los pájaros. El murciélago dijo que él no era un pájaro, sino un ratón, así pudo librarse. Pero más tarde volvió a caer y de nuevo fue capturado por otra comadreja, a la que suplicó que lo dejara. Ésta dijo que era enemiga de todos los ratones, a lo que respondió que él no era un ratón, sino un murciélago, y así quedó libre. Ocurrió, pues, que por cambiarse dos veces el nombre consiguió su salvación.

De este modo, no debemos nunca persistir en los mismos medios, sino pensar que quienes se adaptan a las circunstancias consiguen a menudo escapar de los peligros más graves.

173. El leñador y Hermes (Hsr. 183, Ch. 253)

Un hombre, que estaba cortando leña a la orilla de un río, perdió su hacha, que la corriente arrastró. El hombre, sentado en la orilla, se lamentaba, hasta que Hermes se apiadó de él y se le presentó. Al saber del propio leñador la causa por la que lloraba, Hermes se zambulló y le ofreció, primero, un hacha de oro al tiempo que le preguntó si ésa era la suya. El leñador dijo que no, la segunda vez le presentó una de plata y de nuevo le preguntó si era la que había perdido, el leñador lo negó. A la tercera le trajo su propio destral y lo reconoció. Hermes, satisfecho por su honradez, se las regaló todas. El leñador se marchó y cuando volvió junto a sus compañeros les refirió lo sucedido. Uno de ellos quedó deslumbrado y quiso aprovecharse de una recompensa semejante. Así que cogió su hacha y se marchó al mismo río. Estaba cortando leña cuando adrede dejó caer a la corriente su destral, entonces, sentado, se puso a llorar. Se apareció

Hermes y le preguntó qué había ocurrido: «Que se me ha perdido el hacha», dijo. El dios le presentó una de oro y le preguntó si era esa la que había perdido, por culpa de la codicia se precipitó y dijo que sí. Entonces el dios no le concedió su gracia ni tampoco le restituyó su hacha.

La fábula muestra que la divinidad lo mismo ayuda a los honrados que desasiste a los deshonestos.

174. El caminante y la Fortuna (Hsr. 184, Ch. 261)

Un caminante, después de hacer un largo camino, quedó rendido de cansancio, se tumbó junto a un pozo y se durmió. Estaba a punto de caerse cuando la Fortuna se acercó y despertándole le dijo: «¡Eh, tú!, si te hubieras caído no habrías culpado a tu imprudencia, sino a mí.»

Así, mucha gente que tiene una desgracia por su culpa se la echa a los dioses.

175. Los caminantes y el plátano (Hsr. 185, Ch. 257)

Unos caminantes en verano, al mediodía, agotados de calor, vieron un plátano, fueron a refugiarse bajo él y tumbados a su sombra se reponían. Después de levantar la vista hacia el plátano, se dijeron uno al otro: «Qué inútil y estéril es este árbol para los hombres.» El plátano respondiendo dijo: «Ingratos, aún estáis disfrutando de mi servicio y me tratáis de inútil y estéril.»

Así, también entre los hombres algunos son tan desagradecidos que aun beneficiando a sus vecinos, su bondad no obtiene crédito.

176. El caminante y la víbora (Hsr. 186, Ch. 82b)

Marchaba un caminante en invierno cuando vio una víbora muerta de frío, le dio pena de ella, la cogió y se la puso en su propio regazo con la intención de que entrara en calor. La víbora, mientras se encontraba aterida de frío, estaba quieta. Pero cuando entró en calor, le lanzó un mordisco en el vientre. El hombre muriéndose dijo: «Me está bien empleado, ¿por qué salvé a ésta, que se estaba muriendo, cuando en realidad estaba decidida a matarme?»

La fábula muestra que la maldad que recibe un buen trato no corresponde

con quien se lo da y, encima, cobra alas contra sus bienhechores.

177. Los caminantes y la maleza (Hsr. 187, Ch. 258)

Unos caminantes que paseaban por la orilla del mar, cuando llegaron a una altura, vieron desde allí flotar a lo lejos unas brozas y creyeron que era un gran barco de guerra, por lo que esperaron pensando que iba a efectuar un abordaje. Cuando el viento empujó la maleza y se acercó un poco, esperaron con curiosidad, sospechando que no era ya un barco grande como antes. Pero cuando ya estuvo completamente cerca, al ver que se trataba de maleza, se dijeron entre ellos: «Hemos estado esperando tontamente una cosa que no era nada.»

Así, también algunas personas que de lejos parecen ser temibles, cuando llega la prueba resultan que no son nada.

178. El caminante y Hermes (Hsr. 188, Ch. 260)

Un caminante, que hacía un largo camino, hizo la promesa de entregar a Hermes, como ofrenda, la mitad de lo que pudiera encontrar. Casualmente se topó con una alforja en la que había almendras y dátiles, y la recogió creyendo que había dinero. Cuando sacudió la alforja y vio lo que encerraba se lo comió, cogió luego las cáscaras de almendra y los huesos de los dátiles y los puso sobre un altar, diciendo: «Líbrame, ¡Hermes!, del voto, porque ya he compartido contigo lo que encontré dentro y lo de fuera.»

La fábula es apropiada para el avaro, que por codicia embauca con sus sofismas incluso a los dioses.

179. El burro y el Jardinero (Hsr. 190, Ch. 273)

Un burro, que estaba al servicio de un jardinero, como comía poco y trabajaba mucho, pidió a Zeus que lo librara del jardinero y lo pusiera en memos de otro dueño. Zeus envió a Hermes y pidió que lo vendiera a un alfarero. Allí también lo pasaba mal, porque lo obligaban a llevar muchísima carga, y de nuevo invocó a Zeus. Zeus, por fin, decidió que lo vendieran a un curtidor. Y el burro, al ver lo que hacía su amo, dijo: «Pues era preferible para mí pasar

hambre llevando la carga a mis anteriores amos, que haber venido a parar aquí, donde, si muero, ni siquiera voy a tener la fortuna de disponer de una tumba.»

La fábula muestra que los sirvientes añoran más a sus primeros amos cuando tienen la experiencia de otros nuevos.

180. El burro que acarreaba sal (Hsr. 191, Ch. 265)

Un burro cargado de sal atravesaba un río. Al resbalar se cayó al agua y como se disolvió parte de la sal, se levantó más ligero. El burro se quedó contento de la caída. Más tarde, cuando otra vez pasó por un río, cargado de esponjas, creyó que si se dejaba caer de nuevo se levantaría más ligero, entonces resbaló adrede. Y le ocurrió que al empaparse de agua las esponjas no pudo levantarse y se ahogó allí.

Así, también algunos hombres no se dan cuenta de que por sus propias argucias se ven arrastrados a la desgracia.

181. El burro y la mula (Hsr. 192, Ch. 142 f)

Un arriero conducía a un burro y una mula con la carga a cuestas. El burro, mientras estuvo por el llano, soportaba el peso, pero cuando llegó a un monte, como no podía aguantar, pidió a la mula que le cogiera parte de su carga para poder transportar el resto. Mas la mula no prestó atención a sus palabras y el burro se despeñó y quedó reventado. El arriero no sabía qué hacer, y no sólo puso la carga encima de la mula, sino que también le cargó el propio burro después de desollarlo. Entonces, ésta, sumamente abrumada, dijo para sí: «Me está bien empleado, pues si hubiera aceptado aligerarle un poco la carga al burro cuando me lo pedía no tendría ahora que llevarlo a él y a su carga.»

Así, también algunos usureros, por codicia, al no ofrecer un poco más a sus deudores, pierden muchas veces su mismo capital.

182. El burro que llevaba una estatua (Hsr. 193, Ch. 266)

Un hombre conducía a la ciudad un burro cargado con una estatua de un dios. Como muchos de los que se lo encontraban se prosternaban ante la estatua,

el burro, creyendo que le adoraban a él, se puso muy orgulloso a rebuznar y no quiso ya seguir más adelante.

El arriero, que se dio cuenta de lo que pasaba, le dijo mientras le daba con la garrota: «¡Ah, mala cabeza!, no faltaba ya más, tú, un burro, adorado por los hombres.»

La fábula muestra que quienes fanfarronean de las virtudes ajenas se prestan al ridículo por parte de quienes los conocen.

183. El asno salvaje y el doméstico (Hsr. 194, Ch. 264)

Un asno salvaje, que vio a uno doméstico en un lugar bien soleado, se acercó para felicitarle por su cuerpo tan lustroso y por el pasto de que gozaba. Pero al verlo más tarde llevando la carga y seguido detrás por el arriero, que le pegaba con el palo, dijo: «Pues ya no te considero afortunado, porque veo que tu abundancia la tienes a base de males enormes.»

Así, no son envidiables las ventajas que van acompañadas de peligros y desgracias.

184. El burro y las cigarras (Hsr. 195, Ch. 278)

Un burro, que oyó a unas cigarras cantar, gozó con su armonía, y envidioso de su voz, les preguntó qué comían para entonar un canto tal. «Rocío», dijeron las cigarras. El burro, esperando alimentarse del rocío, murió de hambre.

Así, quienes desean cosas contrarias a la naturaleza, además de no alcanzarlas, sufren las mayores desgracias.

185. Los burros que recurrieron a Zeus (Hsr. 196, Ch. 262)

Los burros en una ocasión, hartos de llevar peso continuamente y de sufrir, mandaron embajadores a Zeus para pedir que pusiera fin a sus fatigas. Él, queriendo hacerles ver que era imposible, dijo que se librarían de su miseria cuando, a base de mear, formaran un río. Los burros tomaron en serio sus palabras y hasta hoy, donde ven la meada de alguno de ellos, allí mismo se paran a mear.

La fábula muestra que el destino marcado a cada uno es irremediable.

186. El burro y el arriero (Hsr. 197, Ch. 277)

Un burro, conducido por un arriero, después que anduvo un poco por el camino, abandonó la senda lisa y se fue por una escarpada. Como estaba a punto de despeñarse, el arriero lo cogió por la cola y trataba de hacerle volver atrás. Pero el burro se resistía enérgicamente, entonces el arriero soltándolo dijo: «Gana tú, porque mal triunfo te llevas.»

La fábula es adecuada para el pendenciero.

187. El lobo médico (Hsr. 198, Ch. 281)

Un burro que estaba pastando en un prado, cuando vio que un lobo venía hacia él, se hizo el cojo. El lobo se le acercó y le preguntó por qué cojeaba. Dijo que al saltar una valla había pisado una espina y le aconsejó que, primero, le quitara la espina, así luego se lo podría comer sin atravesarse al masticar. El lobo se dejó convencer y mientras tenía levantada la pata del burro y puesta toda su atención en la pezuña, el burro le sacudió una coz en la boca, quitándole los dientes. El lobo, que quedó muy maltrecho, dijo: «Me está bien empleado. ¿Por qué cuando mi padre me ha enseñado el oficio de carnicero he tenido que meterme a aprender el de médico?».

Así, también las personas que se ponen a hacer lo que no les compete se buscan naturalmente la desgracia.

188. El burro disfrazado de león (Hsr. 199, Ch. 267)

Un burro, que se puso una piel de león, andaba dando vueltas asustando a los animales irracionales. Viendo una zorra intentó también meterle miedo. Pero ella, que casualmente había oído su voz antes, le dijo: «Sabe bien que también yo me habría asustado si no te hubiera oído rebuznar.»

Así, algunos iletrados, que por sus humos parecen ser alguien, quedan al descubierto por su verborrea.

189. El burro y las ranas (Hsr. 201, Ch. 271)

Un burro, que llevaba una carga de leña, atravesaba una charca. Al resbalar se cayó, y como no podía levantarse se puso a gemir y lamentarse. Las ranas que había en la charca, oyendo sus lamentos, dijeron: «¡Eh, tú! ¿Qué habrías hecho si hubieras estado aquí tanto tiempo como nosotras, tú que te has caído un momento y gritas así?».

Esta fábula se podría aplicar al hombre flojo que apenas soporta las menores fatigas, mientras que otro aguanta con facilidad otras mayores.

190. El burro, el cuervo y el lobo (Hsr. 202, Ch. 274)

Un asno, que tenía una herida en el lomo, pacía en un prado. Un cuervo se posó encima y le picó la herida, el burro, del dolor, se puso a rebuznar y dar sal tos. El arriero, que estaba delante se echó a reír, un lobo que pasó por allí lo vio y dijo para sí: «¡Qué desgraciados somos los que al mismo tiempo, sólo en cuanto somos vistos, resultamos perseguidos y además damos pie a la risa!»

La fábula muestra que a los malvados se los descubre desde lejos.

191. El burro, la zorra y el león (Hsr. 203, Ch. 270)

Un burro y una zorra que se pusieron de acuerdo salieron a cazar. Apareció un león y la zorra, viendo el peligro que pendía sobre ellos, se acercó al león y le prometió entregarle al burro si le prometía librarla del peligro. Éste dijo que la dejaría marchar, y ella condujo al burro a una trampa y le hizo caer. Entonces el león, al ver que aquél no podía escapar, dio primero caza a la zorra y después se volvió contra el burro.

De igual modo, quienes maquinan contra sus socios, sin darse cuenta, muchas veces, perecen con ellos.

192. La gallina y la golondrina (Hsr. 206, Ch. 286)

Una gallina, que se encontró unos huevos de serpiente, después de incubarlos cuidadosamente abrió los cascarones. Una golondrina que lo vio le dijo: «Tonta, ¿por qué te pones a criar lo que cuando crezca comenzará por ti, la primera, a

hacer daño?».

De este modo, la maldad no se deja amaestrar, aunque se le prodiguen muchos cuidados.

193. El pajarero y la alondra moñuda (Hsr. 207, Ch. 283)

Un pajarero estaba preparando unas trampas para pájaros. Una alondra moñuda que lo vio preguntó qué hacía. Dijo que estaba fundando una ciudad y se retiró un poco. El ave creyó sus palabras, se acercó y al comer el cebo, sin darse cuenta, cayó en el lazo. El pajarero se acercó corriendo y la capturó. La alondra dijo: «¡Eh, tú! Si haces ciudades como ésta no vas a encontrar muchos habitantes.»

La fábula muestra que cuando las casas y las ciudades se quedan desiertas es porque quienes están a su frente son insoportables.

194. El pajarero y la cigüeña (Hsr. 208, Ch. 284)

Un pajarero, que había extendido unas redes para grullas, esperaba de lejos, impaciente, su caza. Una cigüeña se posó junto con las grullas. El pajarero corrió y la capturó con aquéllas. La cigüeña le pidió que la soltara, alegando que no sólo no era perjudicial para los hombres, sino que, al revés, era útilísima, porque al cazar serpientes y otros reptiles los mataba. El pajarero dijo: «Pues si de verdad no eres mala, te mereces un castigo por haberte posado con quienes lo son.»

Así, también nosotros debemos rehuir la compañía de los malos para no ser tomados como cómplices de su maldad.

195. La primera vez que se vio al camello (Hsr. 210, Ch. 148)

Cuando por primera vez se vio al camello, los hombres tuvieron miedo e, impresionados por su tamaño huyeron. Pero cuando, con el tiempo, comprendieron su mansedumbre, se atrevieron a acercarse. Y al comprobar que el animal era manso, llegaron a tenerle tal desprecio que le pusieron bridas y se lo dieron a los niños para que lo montaran.

La fábula muestra que la costumbre mitiga mucho el miedo que infunden las cosas.

196. La serpiente y el cangrejo (Hsr. 211, Ch. 290)

Una serpiente y un cangrejo vivían en el mismo lugar. El cangrejo se comportaba con la serpiente sencilla y honradamente, mientras que la serpiente era pérfida y malvada. El cangrejo continuamente la exhortaba a comportarse como es debido con él y a imitar su disposición. La serpiente no hizo caso. Indignado por ello, el cangrejo aguardó a que estuviera dormida y cogiéndola del cuello la mató, y al verla tendida muerta dijo: «¡Eh, tú! No es ahora, cuando has muerto, el momento en que debes ser recta, sino cuando te lo aconsejaba y no hacíais caso.»

197. La serpiente, la comadreja y los ratones (Hsr. 212, Ch. 289)

Una serpiente y una comadreja se peleaban en una casa. Los ratones que allí había, devorados siempre por una y otra, cuando las vieron pelearse, salieron confiados. Al ver a los ratones, dejaron su pelea y se volvieron contra ellos.

Así, también en los estados quienes se mezclan en las rivalidades de los demagogos se convierten, sin darse cuenta, en víctimas de los dos.

198. La serpiente pisoteada y Zeus (Hsr. 213, Ch. 291)

Una serpiente a la que habían pisado muchos hombres se dirigió por ello a Zeus. Y Zeus le dijo: «Pues si hubieras picado al primero que te pisó, el segundo no habría intentado lo mismo.»

La fábula muestra que quienes hacen frente a los primeros que atacan se vuelven temibles para los demás.

199. El niño y el escorpión (Hsr. 215, Ch. 293)

Un niño, delante de un muro, estaba cazando saltamontes. Había cogido muchos cuando vio un escorpión, como creyó que era un saltamontes, ahuecó la

mano y estaba a punto de dejarla caer. Entonces el escorpión levantó su aguijón y dijo: «Ojalá lo hubieras hecho, para que hubieras perdido también los saltamontes que has cazado.»

Esta fábula nos enseña que no hay que conducirse igual con los buenos que con los malos.

200. El niño ladrón y su madre (Hsr. 216, Ch. 296)

Un niño en la escuela robó la tablilla a un compañero y se la llevó a su madre. Ella no sólo no le regañó, sino que incluso le alabó. La segunda vez robó un manto y se lo llevó, la madre lo aprobó todavía más. Al crecer, con los años, cuando fue muchacho, se dedicó a robos mayores. Y una vez, sorprendido en flagrante, lo condujeron al verdugo con las manos atadas a la espalda. Su madre lo acompañó y, mientras se daba golpes en el pecho, el muchacho dijo: «Quiero decir una cosa a mi madre al oído.» Entonces ella se le acercó enseguida, y él le cogió la oreja y se la arrancó de un bocado. Ella le acusó de impío, pero él dijo: «Pues si me hubieras pegado entonces, cuando por primera vez te traje la tablilla que robé, no habría llegado a donde estoy, a punto de ser llevado a la muerte.»

La fábula muestra que lo que no se reprime desde el principio, crece hasta hacerse lo más grande.

201. La paloma sedienta (Hsr. 217, Ch. 301)

Una paloma, atormentada por la sed, que vio en un cuadro una crátera pintada, creyó que era de verdad Por eso, se tiró con mucho estrépito y, sin darse cuenta, chocó contra el cuadro. Y le ocurrió que, al romperse el borde de las alas, cayó a tierra y uno que estaba allí la capturó.

De igual modo, algunas personas que por un desee muy fuerte, sin reflexionar, se ponen manos a la obra se lanzan así a su propia destrucción.

202. La paloma y la corneja (Hsr. 218, Ch. 302)

Una paloma, que vivía en un palomar, alardeaba de su fecundidad. Y una corneja, que oyó sus palabras, dijo: «Amiga, deja de fanfarronear tanto por eso,

porque cuantos más hijos tengas tanta más servidumbre tendrás que deplorar.»

Así, también los más desafortunados de los servidores son los que más hijos engendran en la esclavitud.

203. El mono y los pescadores (Hsr. 219, Ch. 304)

Un mono, sentado en lo alto de un árbol, habiendo visto que unos pescadores echaban la red en un río, observaba lo que hacían. Cuando aquéllos extendieron la red y se alejaron un poco para almorzar, el mono descendió e intentó hacer él lo mismo, pues dicen que es un animal imitador. Pero al tocar las redes quedó atrapado. Se dijo para sí: «Me está bien empleado, pues, ¿por qué me he metido a pescar sin haber aprendido?»

La fábula muestra que el meterse a cosas que no atañen no sólo es inútil, sino perjudicial.

204. El rico y el curtidor (Hsr. 220, Ch. 309)

Un rico fue a vivir a casa de un curtidor; como no podía soportar el mal olor, le insistía para que se mudara de casa. Pero el curtidor daba largas diciendo que se mudaría enseguida. Esto se repetía continuamente, y ocurrió que, con el paso del tiempo, el rico se fue acostumbrando al mal olor hasta que dejó de molestar al curtidor.

La fábula muestra que Ja costumbre mitiga también lo desagradable.

205. El rico y las plañideras (Hsr. 221, Ch. 310)

Un rico, que tenía dos hijas, al morir una de ellas alquiló a unas plañideras. La otra hija dijo a su madre: «¡Qué desgraciadas somos! Es a nosotras a quienes concierne el duelo y no sabemos dar lamentos, mientras que éstas, a las que nada les toca, se golpean y lloran con tanta fuerza.» La madre respondió: «No te asombre, hija, si éstas se lamentan así es porque lo hacen por dinero.»

Igualmente, algunas personas, por el ansia de dinero, no vacilan en traficar con las desgracias ajenas.

206. El pastor y el perro (Hsr. 222, Ch. 312)

Un pastor, que tenía un perro enorme, acostumbraba tirarle los fetos y ovejas muertas. Un día que entró en el redil, el pastor vio al perro acercarse a las ovejas y mover el rabo y dijo: «¡Eh, tú! Que caiga sobre tu cabeza lo que estás deseando.»

La fábula es adecuada para el adulador.

207. El pastor y el mar (Hsr. 223, Ch. 311)

Un pastor que apacentaba a su rebaño en la orilla del mar, viéndolo tranquilo y manso, sintió deseos de navegar. Por ello, vendió su rebaño, compró dátiles, cargó un barco y se hizo a la mar. Pero se levantó una fuerte tempestad y la nave zozobró, perdió todo y apenas pudo volver a tierra. Cuando volvió la calma, como viese que en tierra un hombre exaltaba la tranquilidad del mar, dijo: «¡Pero hombre, lo que quiere de ti son dátiles!»

Así, en muchas ocasiones, las desgracias se convierten en lecciones para las personas sensatas.

208. El pastor y las ovejas (Hsr. 224, Ch. 316)

Un pastor, que condujo sus ovejas a un bosque, como viera una encina enorme cargada de bellotas, extendió su manto, se subió a ella y sacudió el fruto. Las ovejas, al comerse las bellotas, sin darse cuenta, devoraron también el manto. Cuando bajó el pastor y vio lo sucedido, dijo: «Malditos bichos, vosotras dais la lana para vestir a otros, en cambio a mí, que os doy de comer, incluso me arrebatáis el manto.»

A sí, también muchas personas, por simpleza, al beneficiar a quienes nada tienen que ver con ellos perjudican sus propios intereses.

209. El pastor y los lobeznos (Hsr. 225, Ch. 313)

Un pastor que encontró unos lobeznos los crió con mucho cuidado, en la idea de que cuando fueran mayores no sólo guardarían sus ovejas, sino que incluso robarían las de otros y se las traerían a él. Pero tan pronto como crecieron, en la

primera ocasión en que se encontraron seguros, aniquilaron al rebaño. Entonces el pastor dijo llorando: «Me está bien empleado, pues, ¿por qué tuve que salvar de pequeños a éstos, que de mayores había que matar?»

Así, quienes salvan la vida a los perversos, sin percatarse dan armas ante todo contra sí mismos.

210. El pastor bromista (Hsr. 226, Ch. 318)

Un pastor, que llevaba su rebaño bastante lejos de la aldea, se dedicaba a hacer la siguiente broma: se ponía a gritar pidiendo auxilio a los aldeanos diciendo que unos lobos atacaban a sus ovejas. Dos o tres veces los de la aldea se asustaron y acudieron corriendo, volviéndose después burlados; pero al final ocurrió que los lobos se presentaron de verdad. Y mientras su rebaño era saqueado, gritaba pidiendo auxilio, pero los de la aldea, sospechando que bromeaba, según tenía por costumbre, no se preocuparon. Y así, ocurrió que se quedó sin ovejas.

La fábula muestra que los mentirosos sólo ganan una cosa: no tener crédito aun cuando digan la verdad.

211. El niño bañista (Hsr. 230, Ch. 297)

En una ocasión en que un niño estaba bañándose en un río, corrió peligro de ahogarse. Al ver a un caminante, le pidió auxilio. Éste le reprochó por temerario, y el muchachito le dijo: «Ahora ayúdame; luego, a salvo, me haces los reproches.»

La fábula va dirigida a quienes, contra sí mismos, dan motivo a que los recriminen.

212. La oveja esquilada (Hsr. 212, Ch. 321)

Una oveja a la que estaban esquilando de mala manera dijo al esquilador: «Si quieres la lana corta más alto, pero si deseas mi carne, mátame de una vez y deja de torturarme poco a poco.»

La fábula es adecuada a los que se dedican sin aptitudes a un oficio.

213. El granado, el manzano y la zarza (Hsr. 233, Ch. 324)

El granado y el manzano por su fecundidad discutían. Como la discusión subió mucho de tono, una zarza que la escuchó desde una valla cercana dijo: «Amigos, dejemos de una vez de pelearnos.»

Así, en medio de las disensiones de los mejores, los donnadie intentan destacar.

214. El topo (Hsr. 234, Ch. 326)

Un topo, que es un animal ciego, dijo a su madre: «Veo.» Ésta, para ponerlo a prueba, le dio un grano de incienso y le preguntó qué era. El topo dijo que una piedrecita, la madre dijo: «Hijo, no sólo estás privado de la vista, sino que también has perdido el olfato.»

Así, algunos fanfarrones tanto hacen profesión de empresas imposibles que quedan al descubierto en cosas insignificantes.

215. Las avispas, las perdices y el labrador (Hsr. 235, Ch. 330)

En una ocasión unas avispas y perdices, empujadas por la sed, se acercaron a un labrador y le pidieron de beber, prometiéndole a cambio de agua, las perdices, cavar las vides y hacer así más hermosos los racimos, las avispas, rondar y mantener apartados con sus aguijones a los ladrones. Entonces el labrador dijo: «Pero si yo ya tengo un par de bueyes que sin prometerme nada lo hacen todo, mejor es que les dé de beber a ellos en vez de a vosotras.»

Esta fábula va para el desagradecido.

216. La avispa y la serpiente (Hsr. 236, Ch. 331)

Una avispa se posó en la cabeza de una serpiente y picándola de continuo con su aguijón la atormentaba. La serpiente, loca de dolor e incapaz de defenderse de su enemigo, metió la cabeza bajo la rueda de un carro, y de este modo murió con la avispa.

Va para los que tienen el valor de morir con sus enemigos.

217. El toro y las cabras monteses (Hsr. 242, Ch. 332)

Un toro, perseguido por un león, se refugió en una cueva donde había unas cabras monteses. Atacado y corneado por ellas, dijo: «Aguanto, no porque os tenga miedo, sino porque se lo tengo al que está en la boca de la cueva.»

Así, muchos, por miedo a los que son más fuertes, soportan incluso los ultrajes de los débiles.

218. Los hijos del macaco (Hsr. 243, Ch. 307)

Dicen que los monos traen al mundo dos crías, de ellas, a una le prodigan cariño y la crían con cuidado, mientras que a la otra la aborrecen y descuidan. Pero ocurrió que, por una casualidad divina, la que era tratada con más atención murió y la desdeñada llegó a mayor.

La fábula muestra que la fortuna es más poderosa que toda previsión.

219. El pavo real y el grajo (Hsr. 244, Ch. 334)

Las aves deliberaban para elegir un rey, el pavo real pretendía hacerse proclamar rey por su hermosura. Estaban dispuestas a ello las aves, cuando dijo el grajo: «Pero si cuando tú reines el águila nos ataca, ¿cómo nos vas a proteger?»

La fábula muestra que los soberanos deben estar adornados con la fuerza y no con la belleza.

220. El camello, el elefante y el mico[23] (Hsr. 246, Ch. 145)

Los animales irracionales querían elegir rey; el camello y el elefante, que se presentaron candidatos, rivalizaban en la esperanza de resultar preferidos a todos los demás, ya por su tamaño, ya por su fuerza. Pero el mico declaró que los dos eran impropios: el camello porque no tiene valor para enfrentarse a los malhechores, y el elefante porque es de temer que al ser él el rey nos ataque un gorrino, animal del que tiene mucho miedo.

La fábula muestra que en muchas ocasiones incluso las cosas más grandes

son imposibles por un pequeño motivo.

221. Zeus y la serpiente (Hsr. 248, Ch. 122)

Cuando las bodas de Zeus todos los animales le ofrecieron presentes. La serpiente, trepando, subió con una rosa en la boca. Pero Zeus al verla dijo: «De todos los demás, incluso de sus patas, acepto los regalos, pero de tu boca nada quiero.»

La fábula muestra que los favores de todos los malvados son de temer.

222. La cerda y la perra (Hsr. 250, Ch. 342)

Una cerda y una perra entre sí discutían. La cerda juraba por Afrodita[24] que, si no se apartaba, con sus dientes la despedazaría, la perra dijo que este juramento era absurdo, porque Afrodita detesta a la cerda de manera que, incluso si alguien come su carne, no le deja entrar en su templo. Entonces la cerda respondiendo dijo: «Pero, amiga mía, no hace esto porque me odie, sino para prevenir que nadie haga de mí un sacrificio.»

Así, los oradores hábiles en muchas ocasiones convierten los denuestos aducidos por sus rivales en alabanzas.

223. La cerda y la perra (Hsr. 251, Ch. 342)

Una cerda y una perra reñían por su fecundidad. La perra decía que ella era la que paría más pronto de los cuadrúpedos. La cerda respondiendo dijo: «Pero cuando dices esto, reconoce que echas al mundo cachorros ciegos.»

La fábula muestra que las cosas no se juzgan por la rapidez con que se hagan, sino por su perfección.

224. El jabalí y la zorra (Hsr. 252, Ch. 327)

Un jabalí junto a un árbol se afilaba los dientes. Una zorra le preguntó el motivo por el cual se los afilaba, sin que ningún cazador ni peligro lo apremiara. El jabalí dijo: «Pues no lo hago en vano, porque si el peligro me sorprende no

me voy entonces a entretener en afilarlos, pero sí podré servirme de ellos a punto.»

La fábula enseña que conviene, antes de los peligros, hacer los preparativos.

225. El avaro (Hsr. 253, Ch. 344)

Un avaro convirtió en dinero toda su hacienda y lo invirtió en un lingote de oro, lo escondió en una pared y se pasaba la vida yendo continuamente a vigilarlo. Uno de los obreros del lugar observó sus idas y venidas y sospechó la verdad, salió y le quitó el tesoro. El avaro, cuando volvió, encontró vacío el escondrijo, lloraba y se mesaba los cabellos. Alguien que le vio dolerse tanto y preguntó el por qué, le dijo: «No te aflijas, compañero, coge una piedra, ponía en el mismo sitio y piensa que tienes allí el tesoro, porque cuando lo tenías no te serviste de él.»

La fábula muestra que nada es el guardar si no le acompaña el uso.

226. La tortuga y la liebre (Hsr. 254, Ch. 352)

Una tortuga y una liebre discutían sobre quién era más rápida. Así, fijaron una fecha y un lugar y se separaron. La liebre, por su natural rapidez, descuidó el ponerse a la carrera, se tiró al borde del camino y se durmió. Pero la tortuga, consciente de su propia lentitud, no cesó de correr, y de este modo tomó la delantera a la liebre dormida y se llevó el premio del triunfo.

La fábula muestra que muchas veces el esfuerzo vence a la naturaleza descuidada.

227. La golondrina y la serpiente (Hsr. 255, Ch. 347)

Una golondrina, que había anidado en un tribunal, se echó a volar. Y una serpiente, que se deslizó dentro, se comió a sus polluelos. La golondrina, a su vuelta, encontró el nido vacío y, llena de dolor, se echó a llorar. Otra golondrina, en su intención de consolarla, le dijo que no sólo ella había tenido la desgracia de perder a sus hijos. Aquélla respondiendo dijo: «No lloro tanto por mis hijos cuanto porque he sido víctima de un crimen en el sitio en que quienes reciben un

agravio encuentran asistencia.»

La fábula muestra que las desgracias son más difíciles de soportar cuando se sufren por parte de quienes menos se espera.

228. Las ocas y las grullas (Hsr. 256, Ch. 353)

Las ocas y las grullas en el mismo prado estaban picoteando. Aparecieron unos cazadores y las grullas, más ligeras, se pusieron a salvo, pero las ocas, que se quedaron rezagadas por tener un cuerpo más pesado, fueron capturadas.

Lo mismo pasa también entre los humanos, si en un estado se produce una revolución, los pobres, al ser más ligeros de equipaje, con facilidad pasan de una ciudad a otra, pero los ricos, retenidos por lo exagerado de sus haciendas, acaban siendo destruidos.

229. La golondrina y la corneja (Hsr. 258, Ch. 348)

La golondrina y la corneja reñían por su belleza. La corneja, replicando a la golondrina, dijo: «Pues tu belleza sólo florece con la primavera, mientras que mi cuerpo resiste también el invierno.»

La fábula muestra que la resistencia del cuerpo es mejor que la belleza.

230. La tortuga y el águila (Hsr. 259, Ch. 351)

Una tortuga, que vio el vuelo de un águila, sintió también deseos de volar. Se fue a visitar al águila y le pidió que le enseñara al precio que quisiese. El águila le dijo que era imposible, sin embargo, le insistió y apremió. Entonces, la cogió y levantándola por el aire la dejó caer sobre una roca, donde fue a estrellarse, se rompió y murió.

La fábula muestra que muchas personas, en su afán de emulación, se perjudican a sí mismas.

231. La pulga y el atleta (Hsr. 260, Ch. 356)

En una ocasión una pulga, de un salto, fue a posarse en el pie de un atleta

que hacía ejercicio, la pulga, en su salto, le dio un mordisco. El atleta, irritadísimo, tenía prestas las uñas para aplastar a la pulga. Pero ella, con su impulso natural, dio un salto, se escapó y se libró de la muerte. Entonces el atleta lamentándose dijo: «¡Heracles!, cuando me has ayudado así contra una pulga, ¿qué ayuda me vas a dar contra mis rivales?»

La fábula nos enseña que no hay que invocar enseguida a los dioses por cuestiones sin importancia e inofensivas, sino por necesidades más apremiantes.

FÁBULAS DE LA RECENSIÓN Ia AUSENTES DE LA PRIMERA RECENSIÓN

232. Las zorras en el río Meandro[25] (Hsr. 231, Ch. 29)

Un día las zorras se congregaron a orillas del Meandro con la intención de beber de sus aguas. Pero como el agua se arrastraba con un fuerte fragor, trataban de animarse unas a otras sin atreverse a entrar. Entonces una de ellas tomó la palabra para hacer de menos a las demás y burlarse de su cobardía, ella, dándoselas de valiente, saltó al agua. La corriente la arrastró al centro y las otras, apostadas en la orilla del río, le dijeron: «No nos dejes, vuélvete para señalarnos el paso por donde podamos beber sin peligro.» Pero aquélla, arrastrada por la corriente, dijo: «Tengo un encargo para Mileto y quiero llevarlo allí, a la vuelta os lo señalo.»

Va para los que por fanfarronería se meten en un peligro.

233. El cisne y su amo (Hsr. 247, Ch. 174)

Dicen que los cisnes cantan cuando van a morir[26]. Una vez un hombre encontró un cisne que estaba en venta y habiendo oído decir que el cisne es un animal muy melodioso, lo compró. Un día que tenía invitados se acercó al cisne y le pidió que cantara en la fiesta. El animal, entonces, permaneció en silencio, pero después, un día, cuando sintió que iba a morir, entonó su propio treno, el amo que lo oyó, dijo: «Pues si tú no cantas más que cuando vas a morir, yo he sido tonto cuando te pedí cantar en lugar de sacrificarte.»

Así, algunas personas lo que no quieren hacer de grado lo tienen que cumplir a la fuerza.

234. El lobo y el pastor (Hsr. 165, Ch. 229)

Un lobo seguía a un rebaño de ovejas sin molestarlo. El pastor, al principio, se guardaba de él como de un enemigo y lo vigilaba con miedo. Pero como aquél le acompañaba continuamente sin hacer daño ni intentar en absoluto robar, entonces pensó que tenía más un guardián que un acechador. Una vez que tuvo necesidad de ir a la ciudad, dejó sus ovejas con el lobo y se marchó. Entonces comprendió el lobo que era su ocasión y mató a la mayor parte. Al volver el pastor y ver destrozado el rebaño dijo: «Me está bien empleado, ¿por qué he confiado a un lobo mis ovejas?»

De igual modo, las personas que depositan su hacienda en manos de ambiciosos, como es lógico, la pierden.

235. La hormiga y la paloma (Hsr. 176, Ch. 242)

Una hormiga sedienta, que bajó a una fuente con la intención de beber, se estaba ahogando. Pero una paloma, posada en un árbol cercano, cortó una hoja y se la tiró, la hormiga se subió a ella y se salvó. Mas un pajarero, que andaba apostado y con los lazos preparados, quería capturar a la paloma. La hormiga salió y le mordió un pie. El pajarero, al sacudirse, movió los lazos y entonces la paloma escapó y se puso a salvo.

Incluso los más insignificantes son capaces de proporcionar grandes servicios a sus benefactores.

236. Los caminantes y el cuervo (Hsr. 227, Ch. 255)

A unos que marchaban a resolver un asunto les salió al paso un cuervo tuerto. Se volvieron y uno de ellos aconsejó regresar: «Porque eso es lo que el ave presagia», el otro respondiendo dijo: «¿Cómo puede éste adivinamos el porvenir, él que ni siquiera ha previsto su propia mutilación para evitarla?»

Igualmente, quienes en sus propios asuntos andan mal aconsejados son también inadecuados para aconsejar a sus vecinos.

237. El hombre que compró un burro (Hsr. 200, Ch. 263)

Un hombre que iba a comprar un burro lo tomó a prueba, y llevándolo con los demás burros de su propiedad lo puso delante del pesebre. El burro se apartó de los demás y se fue al lado del más perezoso y tragón. Y como no hacía nada, le ató el ronzal, lo condujo a su dueño y se lo devolvió. Éste le preguntó si le había podido poner a prueba tan a prisa, el hombre respondió: «Yo no necesito más prueba, pues sé que es igual que el compañero que de entre todos eligió.»

Cada uno es considerado tal como los compañeros con los que se relaciona.

238. El pajarero y las palomas (Hsr. 219, Ch. 282)

Un pajarero extendió sus redes, en las que ató unas palomas domésticas; luego se alejó y, a distancia, esperaba con atención lo que iba a pasar. Se acercaron unas palomas silvestres y se enredaron en los lazos. El pajarero salió corriendo y procuró capturarlas. Las silvestres reprochaban a las domésticas que, siendo de la misma especie, no les habían indicado antes la trampa, pero éstas respondieron: «Pues nos viene mejor cuidar del interés de nuestros amos que dar gusto a nuestra parentela.»

Pasa lo mismo con los sirvientes, no hay que hacer reproches a los que por cariño a sus propios dueños faltan a la amistad de los de su mismo linaje.

239. El juramento (Hsr. 214, Ch. 299)

Uno, que de un amigo recibió en depósito una cantidad de dinero, concibió la idea de quedárselo. Y como éste le invitaba a prestar juramento, se marchó preocupado al campo. Al llegar a las puertas de la ciudad vio a un cojo, le preguntó quién era y a dónde iba. Éste le respondió que era el Juramento y que iba contra los impíos. Le hizo una segunda pregunta: cada cuánto tiempo solía volver a visitar las ciudades. «Cada cuarenta años, a veces treinta» —respondió—. Entonces, el hombre, sin vacilar, juró al día siguiente que no había recibido el depósito. Pero el Juramento cayó sobre él y lo llevó a un precipicio, el hombre le recriminó alegando que había dicho que no volvería en treinta años y que no le había dado un solo día de seguridad. El Juramento respondió: «Pero debes saber bien que cuando alguien me molesta demasiado, acostumbro a volver el mismo día.»

Los malvados no tienen fijado de antemano el castigo de la divinidad.

240. Prometeo y los hombres (Hsr. 228, Ch. 322)

Prometeo, según el mandato de Zeus, modeló a los hombres y a los animales. Zeus, cuando vio que eran mucho más numerosos los animales, le ordenó hacer desaparecer determinado número de bestias transformándolas en hombres. Después de poner en práctica la orden, ocurrió que los que desde un principio no fueron modelados como hombres, al cobrar forma humana tienen alma de animal.

La fábula es un argumento a propósito de los hombres brutos e irascibles.

241. La cigarra y la zorra (Hsr. 245, Ch. 335)

Una cigarra en un árbol alto cantaba. Y una zorra que quería comérsela ideó lo siguiente: se puso enfrente a admirar la armonía de su voz y la invitó a bajar, alegando que tenía deseos de ver qué animal tenía un canto tal. La cigarra, que sospechó el engaño, arrancó una hoja y la dejó caer. La zorra se acercó corriendo como si fuera la cigarra y ésta dijo: «Te has equivocado, amiga, si creías que iba a bajar, pues yo me guardo de las zorras desde el momento en que vi en los excrementos de una de ellas las alas de una cigarra.»

A los hombres sensatos las desgracias de sus vecinos les hacen más prudentes.

242. La hiena y la zorra (Hsr. 241, Ch. 341)

Dicen que las hienas mudan cada año su naturaleza, convirtiéndose unas veces en machos, otras en hembras. Y he aquí que una hiena, al ver a una zorra, le reprochó el que no quería ser su amiga. La zorra le respondió: «No me lo reproches a mí, sino a tu naturaleza, que hace que no sepa si tendré una amiga o un amigo.»

Va para el hombre ambiguo.

243. Las hienas (Hsr. 240, Ch. 340)

Dicen que las hienas cada año mudan su naturaleza y se hacen unas veces machos y otras hembras. He aquí que un día una hiena macho montó a una

hembra contra naturaleza. Ésta le dijo: «Amigo, piensa que esto que estás haciendo pronto te lo van a hacer igual.»

Va para los magistrados que hacen rendir cuentas a los que están bajo su autoridad y a su vez se ven obligados por éstos a dar cuenta de todo lo pasado.

244. El loro y la comadreja (Hsr. 261, Ch. 355)

Un hombre que compró un loro le dejó andar libre por la casa. El loro, que estaba amaestrado, pegó un salto y se posó en el hogar y desde allí cotorreaba de manera muy agradable. Una comadreja que lo vio, le preguntó quién era y de dónde venía. Dijo el loro: «El amo me acaba de comprar.» Respondió la comadreja: «Bicho impúdico, ¿cómo siendo un recién llegado te atreves a chillar de tal modo? A mí, que he nacido en esta casa, no me consienten los amos levantar la voz, y si alguna vez me atrevo a hacerlo, se enfadan y me echan a la calle. Y tú, en cambio, osas sin ningún temor decir lo que te viene en gana.» El loro contestó: «Señora de la casa, lárgate lejos de aquí, porque los amos no soportan de igual modo mi voz que la tuya.»

Va para el avieso que por envidia lanza vituperios contra sus vecinos.

OTRAS FÁBULAS ESCOGIDAS DE OTROS CÓDICES DE ESOPO

245. El cobarde y los cuervos (Hsr. 290, Ch. 47)

Un hombre, que era cobarde, marchó a la guerra. Al graznar los cuervos, dejó las armas y se quedó quieto. Luego las volvió a coger y se puso otra vez en marcha, graznaron de nuevo, se detuvo y al fin les dijo: «Vosotros, graznad tan fuerte como podáis, pero no vais a probar mi carne.»

La fábula concierne a los sumamente cobardes.

246. La mujer y el borracho (Hsr. 278, Ch. 88)

Una mujer tenía un marido borracho y como quería quitarlo del vicio imaginó la siguiente argucia. Aguardó a que estuviera dormido de la borrachera e insensible como un muerto, se lo echó a los hombros, lo llevó al cementerio, lo depositó y se marchó. Cuando sospechó que había vuelto ya en sí, volvió y llamó a la puerta del cementerio. Dijo el borracho: «¿Quién llama a la puerta?» Respondió la mujer: «Soy yo, que traigo la comida a los muertos.» Dijo él: «No me traigas de comer, sino de beber, buena mujer, porque me das mucha tristeza al recordarme la comida y no la bebida.» La mujer se golpeó el pecho mientras decía:

«¡Ay qué desgraciada soy!, nada he conseguido con mi argucia, porque tú, marido, no sólo no te has corregido, sino que te has hecho peor; tu defecto se ha convertido en un hábito.»

La fábula muestra que no hay que echar raíces en el mal comportamiento, porque llega un momento en que, aun sin querer, se impone al hombre como hábito.

247. Diógenes de viaje[27] (Hsr. 65, Ch. 98)

Diógenes el cínico estaba de viaje cuando llegó a un río muy caudaloso y se detuvo ante la imposibilidad de pasarlo. Uno que se dedicaba a vadearlo al verlo perplejo se acercó y lo pasó. Diógenes, complacido por su amabilidad, se reprochaba su pobreza, que le impedía corresponder con su bienhechor. Estaba todavía pensando en esto cuando vio a otro caminante que tampoco podía pasar; el hombre corrió hacia él y lo cruzó. Entonces, Diógenes se acercó y le dijo: «Pues yo ya no te estoy agradecido por tu ayuda, porque veo que esto no lo haces por una decisión juiciosa, sino por manía.»

La fábula muestra que quienes favorecen a quienes nada se merecen junto con las personas serias, no obtienen el reconocimiento de su servicio, al contrario, se les acusa más bien de insensatez.

248. Diógenes y el calvo (Hsr. 65a, Ch. 97)

Diógenes el filósofo cínico, insultado por uno que era calvo, dijo: «Yo no habría insultado jamás. Al contrario, alabo los cabellos que han abandonado una cabeza tan miserable.»

249. El camello danzarín (Hsr. 142, Ch. 147)

Un camello al que su amo le obligaba a bailar dijo: «No sólo soy horrible bailando, sino también cuando ando.»

La fábula se dice del falto de gracia en todo lo que hace.

250. El nogal (Hsr. 141, Ch. 152)

Un nogal que estaba al lado de un camino y al que los caminantes le tiraban piedras, lamentándose, dijo para sí: «Qué desgraciado soy, yo, que cada año me atraigo insultos y pesares.»

La fábula va para los que sufren a causa de sus propios bienes.

251. La alondra moñuda (Hsr. 271, Ch. 169)

Una alondra moñuda, presa en un lazo, lamentándose, decía: «¡Ay de mí!, ¡soy el ave más desgraciada e infeliz! A nadie he robado oro ni plata ni nada precioso y un pequeño grano de trigo me ha traído la muerte.»

La fábula va para quienes, por una mezquina ganancia, se exponen a un gran peligro.

252. El perro, el gallo y la zorra (Hsr. 268, Ch. 180)

Un perro y un gallo que lucieron amistad caminaban juntos. Al sorprenderlos la noche, llegados a un bosque, el gallo se subió a un árbol y se posó en las ramas; el perro se durmió abajo, en un hueco del árbol. Cuando pasó la noche y llegó el alba, el gallo, conforme a su costumbre, cacareó muy alto. Y una zorra que lo oyó quiso comérselo, acudió y se detuvo al pie del árbol y le gritó: «Eres una buena ave y útil a los hombres; baja para que entonemos los dos el canto de la noche y gocemos juntamente.» El gallo, respondiéndole, dijo: «Vete, amiga, abajo, a la raíz del árbol, y llama al vigilante para que acompañe tocando la madera.» Y la zorra fue a llamarlo; el perro, de pronto, dio un salto y despedazó a mordiscos a la zorra.

La fábula muestra que del mismo modo las personas sensatas, cuando se les presenta un peligro, fácilmente se ponen en guardia contra él.

253. El perro y el caracol (Hsr. 265, Ch. 181)

Un perro tenía la costumbre de tragarse huevos; al ver un caracol abrió su boca y se lo tragó, cerrándola violentamente creyendo que era un huevo. Pero sintió una pesadez en sus entrañas, se sintió mal y dijo: «Me está bien empleado por haber creído que todas las cosas redondas son huevos.»

La fábula nos enseña que quienes se meten en un asunto sin reflexionar, sin darse cuenta, se ven enredados en situaciones engorrosas.

254. El perro y el carnicero (Hsr. 134, Ch. 183)

Un perro se metió en una carnicería; mientras estaba ocupado el carnicero, el perro robó un corazón y se escapó. Pero el carnicero se volvió mientras lo veía

escapar y dijo: «¡Eh, tú!, dondequiera que estés te tengo vigilado; no me has quitado un corazón, al contrario, me lo has dado.»

La fábula muestra que en muchas ocasiones los accidentes son una enseñanza para los hombres.

255. El mosquito y el león (Hsr. 267, Ch. 188)

Un mosquito dijo acercándose a un león: «Ni te tengo miedo ni tampoco eres más fuerte que yo, y si no ¿cuál es tu fuerza?, ¿arañar con tus uñas y morder con tus dientes? Esto también lo hace la mujer que se pelea con su marido. Yo, en cambio, soy mucho más fuerte que tú. Si quieres, peleamos.» Y tocando su trompeta el mosquito acometió, picándole en la parte sin pelo del hocico, al lado de las narices. Entonces, el león, aturdido de dolor, al rascarse con sus garras, se rindió. El mosquito, al vencer al león, tocó su trompeta entonando el canto de la victoria y echó a volar. Entonces, se enredó en una tela de araña y, al ir a ser devorado, lamentaba que él que hacía la guerra a los animales más grandes perecía a manos de un bicho miserable: la araña.

256. Las liebres y las zorras (Hsr. 169, Ch. 190)

Las liebres en una ocasión estaban en guerra con las águilas y llamaron en su ayuda a las zorras. Éstas dijeron: «Os habríamos ayudado si no hubiéramos sabido quiénes erais y contra quiénes combatíais.»

La fábula muestra que los que entran en discordia con los más fuertes son objeto de burla a la par que fracasan.

257. La leona y la zorra (Hsr. 167, Ch. 194)

Una leona, que sufría los reproches de una zorra porque no echaba al mundo más que una sola cría, dijo: «Sí, pero es león.»

La fábula muestra que lo bueno no está en el número, sino en su virtud.

258. El león viejo, el lobo y la zorra (Hsr. 269, Ch. 205)

Un león viejo yacía enfermo en su antro. Se acercaron a visitar a su rey todos los animales, salvo la zorra. Entonces, el lobo aprovechó la ocasión para acusar a la zorra delante del león de no considerar en nada al señor de todos ellos y que por eso no había acudido a visitarlo. Entre tanto, se presentó la zorra y oyó las últimas palabras del lobo. Entonces, el león lanzó un rugido a la zorra, pero ella pidió la oportunidad de defenderse; dijo: «¿Y quién de los aquí reunidos te ha sido de tanta utilidad como yo, que he ido por todos sitios a pedir y aprender remedios para ti de los médicos?». El león enseguida pidió que dijera el remedio. Dijo la zorra: «Desollar a un lobo vivo y ponerte encima su piel aún caliente.» El lobo, entonces, cayó muerto al instante; la zorra, riéndose, dijo: «No hay que excitar así al señor a la animosidad, sino a la benevolencia.»

La fábula muestra que al conspirar contra otro se atrae uno su propia trampa.

259. El león, Prometeo y el elefante (Hsr. 292, Ch. 210)

Un león se quejaba a menudo a Prometeo de que le había hecho grande y hermoso, de que le había armado la mandíbula con dientes y las patas con garras y de que le había hecho la más fuerte de las bestias. «Pero, aun siendo tal —decía—, me da miedo del gallo.» Entonces, Prometeo dijo: «¿A qué me acusas a la ligera?, porque tienes todo cuanto yo pude modelar y en cambio tu ánimo se tambalea sólo ante eso.» Entonces, el león lloraba y se acusaba a sí mismo de cobardía y, al fin, sentía deseos de morir. Con este estado de ánimo se encontró casualmente con un elefante, le saludó y se paró a hablar con él. Y al ver que movía continuamente las orejas, dijo: «¿Qué te pasa?, ¿no te puede estar quieta un poco la oreja?» Y el elefante, mientras por azar revoloteaba en torno suyo un mosquito, dijo: «¿Ves este ser minúsculo, zumbón?, si me entra en el oído, estoy muerto.» Entonces, el león dijo: «¿Por qué tengo aún que morirme, siendo tan poderoso y más feliz que el elefante, cuando el gallo es más fuerte que el mosquito?»

Se ve que el mosquito tiene tanta fuerza como para dar miedo incluso a un elefante.

260. El lobo orgulloso y el león (Ch. 219)

Un lobo erraba un día por lugares desiertos, declinaba ya el sol hacia su

puesta, cuando, al ver lo largo de su propia sombra, dijo: «¿Que tenga yo miedo del león siendo tan grande? Con un pletro[28] que tengo de tamaño ¿no voy a ser el rey de todas las fieras juntas?» Pero al lobo orgulloso se lo comió un valiente león, mientras gritó arrepentido: «La presunción nos es causa de desgracia.»

261. El lobo y el cordero (Hsr. 161, Ch. 222)

Una vez, un lobo persiguió a un cordero y éste se refugió en un templo. El lobo le llamaba diciendo que el sacerdote lo iba a sacrificar a la divinidad si lo pillaba. El cordero dijo: «Pues prefiero ser víctima del dios que perecer a manos tuyas.»

La fábula muestra que para quienes están amenazados de muerte es mejor morir con honor.

262. Los árboles y el olivo (Hsr. 293, Ch. 252)

Los árboles una vez se obligaron a ungir un rey para ellos y dijeron al olivo: «Sé nuestro rey.» Y les contestó el olivo: «¿Renunciar yo a mi aceite, que tanto me han estimado la divinidad y los hombres, para ir a ser soberano de los árboles?» Entonces dijeron los árboles a la higuera: «Ven aquí, sé nuestro rey.» Y les respondió la higuera: «¿Renunciar yo a mi dulzor y a mi excelente fruto para ir a ser rey de los árboles?» Entonces dijeron los árboles al espino: «Ven aquí, sé nuestro rey.» Y dijo el espino a los árboles: «Si de verdad me ungís para reinar sobre vosotros, vamos, poneos bajo mi abrigo, y si no que salga el fuego del espino y devore a los cedros del Líbano»[29].

263. El asno y la mula (Hsr. 204, Ch. 272)

Un asno y una mula caminaban juntos. Entonces, el asno, al ver que la carga de ambos era igual, se indignaba e irritaba de que la mula, considerada digna de una doble ración, no llevara más peso. Pero cuando había hecho un poco de camino, el mulero, al ver que el asno no podía resistir más, le quitó la carga y se la echó a la mula. Habían avanzado algo más lejos, cuando vio que todavía el burro se cansaba más, le quitó de nuevo parte de la carga, hasta que al final le

cogió el resto y se la puso a la mula. Entonces, ésta miró al asno y le dijo: «¡Eh, tú! ¿Es que no te parece que con razón me merezco el doble de comida?»

Así, también nosotros debemos juzgar la disposición de cada uno, no por el principio, sino por el final.

264. El asno y el perro que viajaban juntos (Hsr. 295, Ch. 276)

Un asno y un perro caminaban juntos. Encontraron en tierra una carta sellada; el asno la cogió, rompió el sello, la abrió y la leyó de manera que la oyera el perro. La carta hablaba de pastos y forraje, de cebada y paja, quiero decir. El perro, aburrido de la lectura del burro, le dijo: «Lee un poco más bajo, amigo, quizá encuentres algo relativo a carne y huesos.» El asno leyó toda la carta sin encontrar nada de lo que el perro quería. Entonces replicó el perro: «Tírala al suelo, amigo, porque carece de interés.»

265. El pajarero y la perdiz (Hsr. 205, Ch. 285)

Un pajarero, a quien se le presentó tarde un huésped, no teniendo qué ofrecerle, se fue a por su perdiz amaestrada y estaba a punto de sacrificarla. Ésta le acusó de desagradecido, pues cómo si en muchas ocasiones le había sido útil al llamar y traicionar a sus congéneres, tenía ella que morir. El pajarero dijo: «Pues precisamente por eso te voy a sacrificar, porque ni siquiera libras a tus congéneres.»

La fábula muestra que los que traicionan a los suyos, no sólo se ganan el odio de sus víctimas, sino también el de aquéllos por quienes traicionan.

266. Las dos alforjas (Hsr. 229, Ch. 303)

Prometeo cuando modeló antaño a los hombres les colgó dos alforjas, una con los defectos ajenos y otra con los propios; la de los ajenos la puso delante y la otra la colgó detrás. Desde entonces ocurrió que los hombres ven de entrada los defectos de los demás mientras que no distinguen los suyos propios.

Podría aplicarse esta fábula al hombre impertinente que, ciego en sus propios asuntos, se cuida de los que en nada le conciernen.

267. El pastor y el lobo criado con los perros (Hsr. 276, Ch. 315)

Un pastor, que encontró un lobezno recién nacido, lo recogió y lo crió con sus perros. Cuando creció, si alguna vez un lobo arrebataba una oveja, él, junto con los perros, también lo perseguía. Y en las ocasiones en que los perros no podían dar alcance al lobo y, por ello, se daban la vuelta, aquél lo seguía hasta alcanzarlo y participar, en tanto que lobo, de la presa; luego, regresaba. Pero si ningún lobo de fuera robaba ovejas, él mismo, a escondidas, sacrificaba una víctima y se la comía con los perros, hasta que el pastor sospechó y comprendió lo que pasaba; lo colgó de un árbol y lo mató.

La fábula muestra que la naturaleza perversa no alimenta un carácter honrado.

268. El gusano y la serpiente (Hsr. 237, Ch. 33)

Había una higuera en el camino. Un gusano, que vio a una serpiente dormida, sintió envidia de su tamaño. Y al querer igualarla se echó a su lado e intentó estirarse, hasta que por esforzarse tanto, sin darse cuenta, se rompió.

Esto les pasa a quienes rivalizan con los más fuertes, pues revientan antes que poder alcanzarlos.

269. El jabalí, el caballo y el cazador (Hsr. 238, Ch. 328)

Un jabalí y un caballo pacían en el mismo lugar. El jabalí constantemente estropeaba la yerba y removía el agua, el caballo quería vengarse de él y recurrió a la ayuda de un cazador. Pero éste le dijo que no le podía ayudar de otra manera sino aceptando el freno y consentir en ser montado; el caballo se sometió por completo. Entonces, el cazador se montó en él, acabó con el jabalí y luego se llevó al caballo y lo ató al pesebre.

Así, muchos, por una cólera irracional, queriendo librarse de sus enemigos, se arrojan ellos mismos bajo el yugo de otros.

270. El muro y la estaca (Hsr. 296, Ch. 337)

Un muro perforado violentamente por una estaca gritó: «¿Por qué me

perforas si nada malo te he hecho?», y dijo la estaca: «No tengo yo la culpa, sino el que me arrea por detrás con fuerza.»

271. El Invierno y la primavera (Hsr. 297, Ch. 346)

El invierno se burló de la primavera y le reprochó que en cuanto aparecía a nadie dejaba reposar, pues uno se va al prado o al bosque, aquel a quien le gusta cortar flores, lirios o rosas y darles vueltas ante sus ojos y ponérselas en el pelo; otro, se embarca y cruza el mar, si hay ocasión, para ir a visitar a otros hombres y que ya nadie se cuida entonces de los vientos o del agua abundante de las lluvias. «Yo —dijo— me parezco a un jefe y a un señor absoluto y doy orden de no mirar al cielo, sino abajo, al suelo, ordeno tener miedo y temblar y, ocasiones hay, en que obligo a permanecer resignadamente en casa.» «Pues por eso —dijo la primavera— los hombres se ven libres con gusto de ti. En cambio, de mí les parece hermoso incluso el nombre y, por Zeus, sí, el más hermoso de los nombres, así, cuando me voy, se acuerdan de mí y cuando llego se llenan de alegría.»

272. La pulga y el hombre (Ch. 357)

Una pulga, una vez molestaba mucho a un hombre y, atrapándola, gritó: «¿Quién eres tú que me comes todos mis miembros y me picas sin ton ni son?». Clamó la pulga: «Vivimos así, no me mates; porque no puedo hacer mucho daño.» El hombre se rió y le dijo así: «Enseguida te voy a matar con mis propias manos; porque todo mal, pequeño o grande, absolutamente hay que impedirlo brotar.»

La fábula muestra que no hay que tener conmiseración del mal, sea grande o pequeño.

273. La pulga y el buey (Ch. 358)

La pulga una vez interrogó sil buey de esta guisa: «¿Qué te ha pasado para que a diario sirvas a los hombres, y esto siendo tú enorme y valiente, mientras que yo desgarro sus carnes con piedad y chupo ávida la sangre?». Dijo el buey:

«Yo no soy desagradecido con el linaje de los humanos, porque me quieren y me cuidan de manera extraordinaria y me frotan de continuo la frente y el lomo.» Dijo la pulga: «Pues para mí, desgraciada, el frote que te gusta es el destino más cruel cuando tengo la mala suerte de encontrármelo.»

Los fanfarrones de palabra son incluso derrotados por una persona sencilla.

VIDA DE ESOPO



FIG. 6

INTRODUCCIÓN

I. Versiones de la «Vida de Esopo»

1. *Ideas generales*

La «Vida de Esopo», una de cuyas versiones se traduce ahora por primera vez al castellano, corresponde al género de la literatura popular griega, siendo una de las escasas muestras que se nos han conservado de esta corriente literaria. La «Vida» esópica, en sus distintas versiones, que se estudiarán más adelante, debe encuadrarse en el *corpus* de la novelística antigua. Se trata de un terreno por el que existe interés[1], pero que quizá no está suficientemente explotado. La importancia de este género es mucha en relación con el influjo ejercido posteriormente. En particular, nos estamos refiriendo a las vidas noveladas, eminentemente satíricas y realistas, con un fondo e intención moralizantes. La «Vida de Esopo», al igual que la fabulosa historia de Alejandro[2], son piezas de autor anónimo, eminentemente populares, concebidas, en buena parte, para la distracción y moralización del pueblo común.

Las pretensiones históricas son más bien nulas, ofreciendo, todo lo más, el pretexto de una ambientación. Sin embargo, a pesar de su sencillez, suele darse una cierta elegancia literaria. Hay un factor diferenciador entre vidas como la de Esopo y la de Alejandro. El protagonista es un héroe cultural, no militar, lo cual apunta a algo mucho más antiguo que los pretextos literarios de época helenística e imperial. Nos referimos con esto a la tradición en la que se insertan las vidas, o mejor recopilaciones de hechos y dichos, de Homero, Hesíodo y los Siete Sabios. La «Vida de Esopo», en relación con estas otras que acabamos de mencionar, ofrece una serie de puntos de contacto y también de diferencias

importantes. En primer lugar, es común el hecho de que las refecciones tardías de la vida de Homero o el *Banquete de los Siete Sabios*, por ejemplo, adquieran características formales e ideológicas de la época en que se compusieron. En comparación con estos escritos la «Vida de Esopo», además de tener una extensión mayor, posee elementos más marcadamente novelescos. Realiza el retrato de un sabio que es la antítesis del sabio tradicional; describe el triunfo de un ingenio espontáneo, socarrón y grosero. Aquí radican muchos elementos claves para interpretar el auténtico significado de Esopo como héroe de una serie concatenada de hazañas. La figura de Esopo guarda, así, más relación con los héroes de la comedia aristofánica que con la figura de cualquiera de los Siete Sabios. Más adelante veremos en qué medida resultados como la *Vita Aesopi* tienen una raigambre mucho más antigua que las redacciones conservadas y sus conexiones con los orígenes de otros géneros literarios.

Si exceptuamos irnos pocos fragmentos papiráceos, la «Vida de Esopo» nos es hoy conocida tan sólo por las recensiones bizantinas, lo cual, desde luego, enmascara en parte aspectos formales. El material básico del que se parte para nuestro conocimiento de la «Vida» son el manuscrito *G* de Nueva York y la recensión de Westermann (*W*), así como una antigua versión latina, la del manuscrito Lollianus.

2. *Características de la «Vita»* G y W

La biografía novelada de Esopo se enriquece a partir de 1929 con la localización de un manuscrito, el 397 de la biblioteca Pierpont Morgan de Nueva York, conteniendo la Vida y Fábulas de Esopo[3]. Este códice, de los siglos X u XI, resultó ser el mismo que, tras las campañas napoleónicas en Italia, desapareció del monasterio de Grottaferrata, cerca de Frascati y del cual se conocía una descripción de P. Ramolino hacia finales del siglo XVIII[4]. Esta *Vita* del códice *G*, cuya traducción incluimos en el presente volumen, fue editada por primera vez por B. E. Ferry[5]. Antes del descubrimiento de esta versión (*G*), se conocían ya dos amplias redacciones, la publicada en 1845 por Antón Westermann[6], conocida por recensión *W*, edición no excesivamente cuidada desde el punto de vista crítico, y la versión elaborada hacia 1300 por el monje bizantino Máximo Planudes[7]. La redacción del códice de Grottaferrata (*G*) es la

más amplia y también la más antigua; por otra parte, presenta diferencias de lengua y estilo que son interesantes. Puesto que la reelaboración de Planudes no añade nada sustancial al texto de la recensión de *W*, que remonta a un arquetipo bizantino de, aproximadamente, finales del siglo XI, y la «Vita» *G* acompañaba originariamente a la colección Augustana de las fábulas, resulta necesario examinar las relaciones existentes entre el texto *W* y *G* de la «Vida de Esopo»[8].

El hecho que diferencia en mayor medida la «Vita» *W* y *G* es una mayor sobriedad en el lenguaje de *W* frente al carácter marcadamente popular y prolijo de *G*. En general, en *W* se aprecia una tendencia a evitar anomalías y vulgarismos, a la vez que la narración se acorta en muchos pasajes. Las pretensiones literarias en *G* son un tanto chocantes, aunque no exentas de cierta belleza, como por ejemplo la descripción que en el capítulo 6 se hace del prado, en el que Esopo se queda dormido en el momento más caluroso del día. A veces la minuciosidad de *G* consigue efectos cómicos, como por ejemplo en el capítulo 23, cuando se presenta a la nueva sofística en la persona de Janto y sus discípulos; aquí la estolidez de estos círculos pedantes queda bien reflejada en el lenguaje. Es muy probable que, como sostiene Perry, *W* sea una reelaboración más cuidada y abreviada de la redacción que fue a parar a *G*. Las mayores diferencias entre uno y otro texto se refieren a la alteración u omisión de determinados pasajes[9]. Algunas de las variantes más importantes son las siguientes. En la redacción *G* ocupan un lugar preminente Isis y las Musas; es precisamente Isis quien cura de la mudez a Esopo (G 4-8), mientras que en *W* es la Fortuna y no aparece mención alguna de las Musas. Una laguna importante en *G* es la que se encuentra tras el folio 49 y., correspondiendo al capítulo 75 y comienzos del 76. Se trata del pasaje de la proeza sexual de Esopo con la mujer de Janto. Es fácil suponer, como dice Perry[10], que la hoja se arrancó deliberadamente del códice por lo escabroso del tema. En la recensión *W* encontramos algo parecido, ya que sólo se ha conservado el pasaje en dos manuscritos, los de tradición más antigua, el *O* de la Biblioteca Bodleiana y el Lollianus, con la versión latina de la vida y fábulas de Esopo. El capítulo 100 presenta, en el códice *G*, el sacrificio que Esopo hizo a las Musas, al final de su estancia en Samos, poniendo en el centro de ellas a Mnemosine, ignorando a Apolo, por lo que el dios se irritó contra él como contra Marsias. Este hecho hay que conectarlo con la muerte de Esopo en la ciudad-santuario de Apolo en Delfos. Pues bien, en *W* falta todo esto, manteniéndose tan sólo el dato del

santuario dedicado a Esopo por los samios en prueba de agradecimiento por su comportamiento para con la ciudad. Dentro de la relación de Esopo con las Musas, típica de la tradición conservada en *G*, más adelante, en el capítulo 123, al final de la estancia de Esopo en Babilonia, el rey Licurgo dedica a Esopo una estatua de oro en medio de las Musas, la referencia a éstas no aparece en *W*. Más llamativa es la diferencia que se encuentra en 134, donde Esopo, huyendo de sus perseguidores delfios, se refugia en el templo de las Musas, según *G*, y en el de Apolo, según *W*. Cuando Esopo es definitivamente arrancado de su refugio y conducido a la muerte, tras contar la fábula del águila y el escarabajo, Esopo les recuerda que no se olviden de la advocación hospitalaria de Zeus. Esta alusión a Zeus Hospitalario que vemos en *G*, en la recensión *W* se cambia por la de Apolo.

3. *Cronología*

A juzgar por el papiro de Berlín núm. 11.628, datado por Schubart[11]hacia finales del II o principios del III d. C., parece que en esta época era bien conocida la Vida de Esopo. Los restantes fragmentos de papiros, de los siglos IV a VII, atestiguan la misma tradición, como *G* y *W*. Sin embargo, con independencia de la cronología para el arquetipo del que puedan derivar las redacciones de *G* y *W*, debemos fijamos en el hecho de que la cronología del tema de la «Vita Aesopi» remonta bastante más atrás que los documentos que acabamos de citar. En realidad, el tema esópico, es decir el hombre feo por fuera, pero *sophós* en su interior, es bastante más antiguo. De un lado, Esopo aparece ya desde el siglo III a. C. ligado a la leyenda de los Siete Sabios. Su habilidad de ingenio, expresada a través de máximas y fábulas, triunfa siempre, menos en Delfos, donde fracasa y es asesinado. Por otra parte, en la «Vida de Esopo» deben distinguirse una serie de elementos muy distintos: los tardíos, de época helenística e imperial, que guardan estrecha relación con los de otras novelas griegas, y los más antiguos, que bien proceden de Oriente, como la historia de Ahikar, o que circulaban por Grecia ya desde el siglo V a. C.

En efecto, en Grecia en el siglo V a. C. existe ya una síntesis, a propósito de la «Vida de Esopo», entre una biografía novelesca oriental y la transposición griega del tema del fármaco que debe ser sacrificado. Estas cuestiones, imprescindibles para comprender el significado de Esopo, se analizarán más

adelante. En relación con la cronología, ya Aristófanes[12] menciona expresamente la falsa acusación que los delfios lanzaron contra Esopo y cómo éste se defendió con la fábula del escarabajo y el águila. Heródoto[13] sitúa a Esopo en Samos, como esclavo de Yadmón y compañero de esclavitud de la hetera Rodopis, amante del hermano de Safo, vendida en Egipto por su amo, Janto de Samos. Aparece aquí ya una cierta conexión entre Esopo y Janto. La creencia de que Esopo era frigio o tracio y su presencia en Samos está también corroborada por el testimonio del historiador Eugaion de Samos[14], del V a. C., donde se alude a su intervención en la Asamblea[15].

Volviendo a la redacción conservada en *G* y *W*, el arquetipo de estos textos es muy probable que remonte al siglo I a. C. como *terminus post quem* y al siglo II d. C. como *terminus ante quem*. Perry[16]se inclina por esta datación, para el caso del texto de *G*, por el hecho del papel desempeñado por Isis, como madre de las Musas, en sus relaciones con Esopo, así como por el crecido número de latinismos del texto. Por esta época el culto de Isis estaba muy generalizado y además es bastante frecuente que en textos escritos en griego aparezcan términos o construcciones latinas. En lo que se refiere a la recensión de Westermann, su dependencia del texto conservado en *G* es grande, pues a pesar de las diferencias antes señaladas, existen similitudes importantes. Su arquetipo no puede datarse con precisión, lo más seguro, a juzgar por la tradición manuscrita de la «Vita» es que haya que situarlo no antes del siglo XI, tratándose con ello de una creación del renacimiento bizantino de este período.

4. *Fuentes papiráceas*

Los papiros han aportado nuevo material sobre la tradición literaria de la «Vida de Esopo», permitiendo ser interpretados sus fragmentos con el texto de *G* y *W*. Veamos de qué papiros se trata. En primer lugar el *PSI* 156[17], que procede de Luxor y, según los editores, data del siglo IV. Los primeros editores no lo identificaron; su adscripción a la «Vida de Esopo» se debe a Crusius[18]. La reconstrucción de este papiro es difícil por los problemas que de por sí hay ya en este punto de la *Vita W* y por existir aquí una laguna en el texto de *G*. Las correspondencias parciales con *G* y *W* son con los capítulos 1 y 2. El papiro de Oxirrinco 2.083[19], de finales del IV o principios del V, contiene un fragmento de

la «Vita» que corresponde fragmentariamente a los capítulos 59 a 62 del texto *G*. El papiro de Berlín 11.628[20] es de finales del siglo II o principios del ni; contiene parte del pasaje con las hazañas de Esopo en la corte de Nectanebo, es decir, los capítulos 121 final hasta el 124, cuando llega a Delfos. Por último, hay que señalar el papiro Golenischev, publicado inicialmente por H. Weil en 1885[21] de manera parcial; la edición completa fue hecha por G. Zereteli y O. Krüger en 1925[22]. El papiro comprende fragmentariamente el texto de la *Vita* entre los capítulos 124 y 133, es decir, desde la llegada de Esopo a Delfos hasta la fábula del ratón y la rana, cuando está a punto de ser despeñado.

II. Relación de la «Vida de Esopo» con los orígenes de la novela[23]

1. *La novela satírica y realista*

El género novelístico, que surge tardíamente en el ámbito literario griego, pero cuyas raíces son bastante más antiguas[24], encuentra sus asuntos preferentemente en los temas de viajes, llenos de peripecias, en la sátira de costumbres y en el erotismo, fundamentalmente. La novela antigua abarca un período de irnos cinco siglos, desde el II a. C. hasta principios del III d. C. Obras como *Las maravillas de más allá de Tule*, conocida por un resumen de Focio; *El asno o las metamorfosis*, de Lucio de Patras, novela resumida por Luciano y ampliada por Apuleyo, o el *Satiricón*, de Petronio, son algunos de los exponentes más conocidos y estudiados[25]. Dentro de este marco debe incluirse también la «Vida de Esopo», ya que ofrece con suma claridad los principales elementos de este tipo de novelas: una biografía cómica, con una gran carga de realismo, una crítica burlesca de aspectos de la sociedad contemporánea y un transfondo moralizador. No es difícil situar la «Vida» por delante incluso de las novelas citadas por varios motivos. Primero, por la antigüedad del tema esópico, que liga, en origen, los rasgos biográficos con el ingrediente fabulístico, y segundo, por la gran conexión de la *Vita* con temas que, en sí no son estrictamente novelísticos, como el sexual, el satírico, el del mundo al revés y el de la liberación, por citar los más importantes, y que son elementos que se hallan en la base de la comedia. En la *Vita*, tal y como hoy la conocemos, confluyen

muchas líneas, aparte de las mencionadas, las que inspiran, por ejemplo, la *Vita Homeri* herodotea, la leyenda de los Siete Sabios o el *Margites*. En época posclásica viene a sumarse la influencia de la comedia nueva menandrea, sobre todo con sus temas costumbristas.

2. *Contenido de la «Vida de Esopo»*

La *Vita*, como otras muchas novelas antiguas, nos presenta un personaje protagonista viajando de un lado para otro e inmerso en dificultades y aventuras. Esopo, un esclavo negro, de origen bárbaro, es feo, deforme y mudo, pero, a la vez, inteligente y piadoso. La misma diosa Isis le cura de su defecto, con lo que ya no existen trabas para expresar su agudeza e ingenio. Pasa de unos amos a otros, a todos aconseja y, de una u otra manera siempre sale airoso de los desprecios y engaños de que es víctima, tanto por parte de sus amos como de sus compañeros de esclavitud. Por fin, va a parar a manos de Janto, un filósofo de Samos gárrulo y pedante, en cuya servidumbre se desarrolla la mayor parte de la novela. Los numerosos episodios que jalonan la vida de Esopo en Samos giran en torno a diversos temas, pero siempre con una relación más o menos próxima con Janto, quien siempre queda chasqueado y en ridículo. Las aventuras en el fondo siempre vienen a ser las mismas, independientemente del pretexto que las motive o con quienes Esopo se relacione, sean otros esclavos, sean sus amos, pueblos o reyes. La constante es que, en definitiva, Esopo siempre prodiga consejos y enseñanzas con sus ingeniosas salidas. Esto lleva a procurarle la libertad, como premio a sus sabios consejos a la Asamblea de Samos y al rey Creso que culminan con la reconciliación entre el rey de Lidia y los samios. A partir de aquí las andanzas de Esopo corren paralelas a como cuando era un esclavo despreciable, aunque ahora sea el sabio consejero privado del rey de Babilonia, Licurgo. En este punto, capítulo 101-123, se aprovecha la antiquísima tradición asirio-babilónica de la *Vida de Ahikar*, que examinaremos más adelante. Esopo marcha también a Egipto, donde su inventiva resuelve los enigmas que obligan al faraón Nectanebo a convertirse en tributario de Babilonia. Vuelve Esopo a la corte de Licurgo y tras dedicársele en Babilonia un santuario junto con las Musas, como ocurrió en Samos, marcha a recorrer el mundo y llega a Delfos, donde sus habilidades fracasan y víctima de una falsa acusación de un robo sacrilego es despeñado, no sin antes ocurrir diversas

peripecias que dan pie a recriminaciones y a apólogos por parte de Esopo contra los delfios. Su asesinato impío lo castiga Zeus con una peste que los delfios deberán expiar.

3. *Elementos orientales*

Hemos aludido antes a influjos orientales, concretamente a la antigua tradición de Ahikar, el consejero de Sennaquerib. En efecto, no hay duda que la *Vida de Ahikar* era conocida por el autor de la *Vita Aesopi* y que la resumió y adaptó, helenizando algunos factores, para asimilarla a las andanzas de Esopo. Así, Sennaquerib —Assarhaddon en otras versiones—, es sustituido por Licurgo; su consejero Ahikar es Esopo; el hijo adoptivo de éste. Nadan, se convierte en Helio en la «Vita» *G* y en Eno en la recensión *W*. También se rehacen en la versión griega los dos discursos que Ahikar lanza a Nadan, uno inicial de consejos y otro final de reproches ante su traición, quedando convertidos en uno solo, el de la recriminación.

De la *Vida de Ahikar* se conocían a principios de siglo diversas versiones, una siria, otra árabe, dos armenias, una turca y una eslava[26]. El aprovechamiento griego de la historia de Ahikar para la biografía esópica se justifica por la afinidad de las tradiciones de ambos personajes, al menos en este punto de consejeros reales, pues también las diferencias son muchas. Quien compusiera la *Vita* sobre el s. I a. o d. C. conocía la leyenda de Ahikar, pero es que también es muy seguro que este conocimiento de la historia babilónica se diera ya en la Grecia del s. V a. C., verificándose una transposición de nombres, como es frecuente en la adaptación griega de leyendas orientales. Además, hay autores griegos que citan expresamente el nombre de Ahikar, como Estrabón (16.2.39), Diógenes Laercio (5.50), según el cual Teofrasto escribió un libro titulado *Akicharos*, o, ya más tarde, Clemente de Alejandría (*Strom*, 1.15.69), que cuenta que Demócrito tradujo al griego una estela de Ahikar[27]. Un gran apoyo a esta tesis del conocimiento temprano de la leyenda oriental en Grecia, fue el hallazgo de un papiro arameo del siglo V a. C. en Elefantina, en 1907, con una versión más de esta historia asiría, algo posterior —siglos VIII-VII a. C.— al reinado de Sennaquerib[28].

Veamos, a grandes rasgos, la historia de Ahikar y compárese con los hechos

de Esopo en Babilonia (v. caps. 101-123). Ahikar, secretario de Sennaquerib, adopta, a instancias de la divinidad, a su sobrino Nadan como hijo. Vienen después una larga serie de consejos a base de máximas para orientar a Nadan y la vida. Pero Nadan se porta vergonzosamente con Ahikar calumniándolo ante el rey con una carta falsa en la que le hace pasar por un traidor que trabaja para el faraón de Egipto. El rey ordena matar a Ahikar, pero su amigo Nabusemakh infringe la orden y lo esconde bajo la puerta de su casa. El faraón, enterado de la supuesta muerte de Ahikar, desafía a Sennaquerib a que le envíe un hombre capaz de construir una torre entre el cielo y la tierra. Tan sólo una persona como Ahikar era capaz de resolver problemas como éste, pero al estar muerto, el rey de Asiría perderá y tendrá que entregar sus tributos durante tres años, pues en caso contrario hubiera sido el faraón quien tendría que pagar. Nadan y sus compañeros son incapaces de resolver la cuestión. Entonces, Nabusemakh confiesa al rey que Ahikar vive. El rey se regocija y la traición de Nadan se descubre. Ahikar marcha a Egipto y sale airoso de la prueba construyendo la torre valiéndose de unas águilas atadas con cuerdas y montadas por niños. Ahikar regresa a Babilonia con la victoria conseguida para su rey y lleno de tesoros. A continuación, Ahikar reprende a Nadan a base de fábulas y máximas. Nadan muere de remordimientos.

A pesar de la enorme identidad existente entre el relato asirio y las hazañas de Esopo en Babilonia, sin embargo no cabe pensar en una correspondencia total entre Ahikar y Esopo. La figura de Esopo está inserta en un cuadro de viajes y aventuras mucho más amplio que el de Ahikar, que sólo se traslada a Egipto. Además la sabiduría gnómica de Esopo, de la mano siempre de la fábula, es constante, mientras que Ahikar sólo recurre a las sentencias en el adoctrinamiento a su hijo adoptivo, en la solución de los enigmas planteados por el faraón y en los reproches a Nadan. Por tanto, únicamente cabe considerar a la historia de Ahikar como un ingrediente más que ha ido a confluir, por obvias razones de contacto cultural entre Grecia y Oriente, con una tradición griega de Esopo bastante bien consolidada. La leyenda asiría está más en relación con las obras didácticas y morales que se formalizarán plenamente en la India, como el Pañchatantra, donde un sabio aconseja a un rey mediante apólogos, fábulas y sentencias. Ésta es una tradición que volverá luego a Occidente ya en la Edad Media a través de árabes y persas, como es el caso del Calila e Digna en España y sus repercusiones en el *Conde Lucanor*, etcétera.

4. *Elementos griegos. Tipos y temas en la «Vita Aesopi»*

En el siglo V a. C. en Grecia existe ya una síntesis en la que se concentran elementos de una biografía oriental, más o menos novelada, como la de Ahikar —no se olvide que la tradición siempre hace a Esopo bárbaro y más concretamente minorasiático— y una transposición popular de un elemento mítico como es el *fármaco*, identificado con el personaje que se mataba en Delfos[29]. Este tema del *fármaco*, típicamente griego, encaja plenamente con Esopo, ya que se trata de la expiación de la muerte injusta de algalien. Aquí, el motivo o pretexto para dar muerte a Esopo es el robo de una copa del templo de Apolo. Su sacrificio trae el dolor para, posteriormente, tras la expiación, lograr la liberación de los males. En realidad, la muerte del *fármaco* reasume el tema universal, sobre todo en oriente, de la desaparición temporal de las divinidades agrarias, que una vez al año mueren para volver a vivir. Recuérdese a Osiris en Egipto, Telepinu entre los hititas o Dionisio y Perséfone en Grecia.

Entre otros elementos griegos que terminan por configurar el tema de la «Vida» está el carácter de que se dota a Esopo. No es cuestión de preguntarse su historicidad o no, lo más probable es que sea un mero nombre, en el que se hicieron confluir líneas distintas. Primero, como decíamos antes, su carácter asiático: también la fábula lo es y además los griegos atribuyen su invención a Esopo. El nombre de este personaje, como el de su inseparable amo, Janto, recuerdan a sendos ríos de Asia Menor, el Aisepos en Frigia y el Janto, río y genio fluvial de Troya y también de la Licia, donde además da nombre a una ciudad. En segundo lugar, Esopo une además de su carácter de *fármaco* el papel de antihéroe, análogo al héroe de la comedia antigua, es decir que sus cualidades o aspectos negativos son los que salen triunfantes. Así, en efecto, Esopo, como ya recordamos antes, es monstruoso, lisiado, etcétera, en apariencia incapaz de ser mínimamente útil, pero se revela como todo lo contrario en oposición a los demás tipos que se le enfrentan.

Examinaremos esto más despacio. La relación Esopo-Janto es, en realidad, agonal. Ya el hecho de que Esopo sea negro frente al nombre de Janto, recuerda a los antiguos agones rituales de la localidad beocia de Eleúteras entre Janto y Melanto, es decir entre el «Rubio» y el «Negro» (recuérdese que también en Beocia hay un río Asopos). Janto, el filósofo sabio, rivaliza con su esclavo, siendo siempre vencido por éste, que acaba bien dejándole en ridículo, bien

demostrando mucho más ingenio y sacando al filósofo de los apuros en que él mismo se enreda. Dentro de esta relación amo-esclavo con predominio ingenioso y práctico de éste sobre aquél, aparecen una serie de temas típicamente griegos en buena parte paralelos a los que aparecen en comedia. Se trata, por ejemplo, de temas como el del mundo al revés; así el esclavo da lecciones al amo y aquél gana su propia libertad, la superación se da con estratagemas y engaños, etcétera. Una transposición de esto mismo aparece en las relaciones de Esopo, ya libre, con los reyes a que sirve. Tanto con Janto, como con Licurgo o con Nectanebo. Incluso cuando parece que ha fracasado, como en Delfos, su muerte conlleva un triunfo, pues los dioses castigan a sus matadores. En definitiva, puede verse cómo de un esquema básico, que viene de muy antiguo, como puede ser el del *fármaco*, surgen conexiones que después van predominando, como son los viajes, los rasgos cómicos, la alteración de valores, la fábula, etcétera.

Dentro de los tipos que se dan en la *Vita*, debemos fijarnos en la relación con los esclavos que son, en gran medida, las pequeñas escaramuzas, típicas del héroe cómico con los impostores menores, así como en personajes como Janto, que son impostores de más categoría, del tipo del *doctus* o sabio de la antigua comedia. El tema erótico y sexual no puede estar ausente. Este tema, así como las características y tipos que comporta, también tienen una raíz muy antigua. Remontan a los rituales agrarios. Los mismos rasgos físicos de Esopo, compensados con el favor que le dispensan los dioses, hacen de él un personaje fuera de lo común. La famosa proeza sexual de Esopo con la mujer de su amo (capítulo 75-76) recoge perfectamente ese carácter agrario y de ritual de la fecundidad, pues expresamente se alude, por parte de la mujer de Janto, a que le ha contratado para cultivar su campo y luego, cuando Janto los sorprende, se transpone el acto sexual con la recogida de los frutos. Dentro de esta línea están la historieta de la viuda (cap. 129) que se une al hombre sin mujer en un campo de labor, y la de la madre que tenía una hija tonta (capítulo 131), que copula con un labrador en un campo.

En resumen, la figura de Esopo, a través de los datos de esa auténtica novela que constituye su Vita, recoge características de los antiguos fármacos, fealdad, defectos físicos, etcétera; tiene, por tanto, enfrentamientos con tipos opuestos; es, en buena parte, un protegido de los dioses, equiparado a las Musas, por ejemplo; dispensa bienes con sus consejos y fábulas, incluso bienes materiales, como frutos a su amo y prodiga la fecundidad.

Aunque se estudie con más detención en la introducción del *corpus* de sus

fábulas, debemos mencionar aquí la vinculación de Esopo con la fábula. La fábula, un equivalente popular del mito, cuya utilización viene desde Hesíodo. Recuérdese a Arquíloco cuando lanza sus venablos contra Licambes, Neobula o sus rivales políticos a través de fábulas, algunas de ellas, como la del águila y la zorra, de origen acadio. En el caso de Esopo, como apunta Adrados[30], tenemos un personaje de origen oriental que cuenta fábulas —hasta aquí hay una relación con Ahikar y la creencia griega del origen oriental de la fábula— y que es muerto en Delfos. Después, esa misma figura se enriquece con elementos tradicionales: el amo que vence al esclavo, el componente erótico y restablecedor de la justicia, etcétera. Paralelamente, también la fábula se enriquece con las aportaciones orientales y las griegas autóctonas, pero siempre en relación con Esopo. En época postclásica es cuando aparecen en la «Vida de Esopo» materiales nuevos, como las escenas costumbristas, la influencia de las nuevas corrientes filosóficas, los viajes, etcétera. En este marco es donde surge un género como la novela, cuyos nuevos protagonistas, en medio de aventuras, prodigan su ingenio y erotismo. A partir del siglo IV a. C. es cuando la fábula se separa, casi plenamente, de tradiciones como la de *Vita* y pasa a formar otro subgénero literario: las colecciones de fábulas.

III. Repercusiones en la literatura occidental

1. *La transmisión del tema esópico*

El conocimiento en Occidente de la *Vita Aesopi* es, en parte, paralelo al de las fábulas, pues éstas penetraron por dos vías: la tradición latina y las versiones persas y árabes. Concretamente, las colecciones de Aviano y de Fedro, llamado Rómulo, fueron la fuente de numerosas fábulas medievales, difundidas por Europa a partir de los siglos XI y XII. Pero la colección más completa que trae a Occidente las fábulas esópicas en griego es la del bizantino Máximo Planudes, que hizo de embajador imperial en Venecia a principios del siglo XIV. Esta colección aparecía ya acompañadla de una *Vita*. Ésta era la situación en Bizancio, donde la costumbre era editar conjuntamente la «Vida» seguida de las fábulas. En Occidente cambió la situación precisamente cuando se traduce esta colección a que acabamos de referirnos. Rinuccio Aretino tradujo entre 1446 y

1448 la «Vida» y fábulas de Esopo. Esta traducción, dedicada al cardenal mallorquín Antonio Cerdá fue la que se imprimió por Bono Accursio en Milán sobre el año 1478, siendo hasta hoy el primer incunable de la literatura griega. La traducción de Rinuccio (también Remicius por corrupción del nombre) está en la base de numerosas traducciones, como la italiana de Francesco Tuppio (Nápoles 1485)[31]. Otra versión importante de Esopo es la del humanista Lorenzo Valla, que trabajó con Rinuccio. Su traducción latina, hecha en Gaeta a mediados del siglo XV, tuvo gran fortuna y sirvió en España de texto para los estudiantes de humanidades hasta la aparición de las primeras impresiones[32]. En España la traducción castellana procede de la que compuso en Alemania un médico de Ulm, el doctor Heinrich Steinhowel, impresa en Ulm por Johannes Zeiner, sin año, pero no antes de 1474 ni después de 1483 en que se hizo otra impresión en Augsburgo. La edición de Steinhowel, con texto latino y traducción alemana, contiene la *Vita Aesopi*, de Rinuccio, más una serie de fábulas tomadas ya de la tradición occidental, es decir el llamado Rómulo (Fedro) y Aviano, ya de la oriental, es decir la seguida por Rinuccio[33].

La edición de Steinhowel conoció múltiples reimpresiones, pero sin el texto completo, unas veces sólo en latín, otras sólo en alemán. De ella proceden las versiones castellanas más antiguas. La primera, muy difundida en España es la famosa *Vida del Ysopet con sus fábulas hystoriadas*, impresa en Zaragoza por el alemán Johan Hurus en 1489[34]. Existe otra edición en Toulouse del mismo año y la tercera es la impresa por Fadrique de Basilea en Burgos, 1496: *Libro del Ysopo famoso fabulador historiado en romançe*. Paralelamente a estas ediciones circularon las derivadas de la traducción de Lorenzo Valla. Aparte de la ya citada de 1480, tenemos una en Lérida, de 1493, otra en Valencia en 1495 y otra tercera posiblemente también en Valencia de 1498 (?). En resumen, tanto en España como en el resto de Europa la «Vida de Esopo» fue muy popular, en general casi siempre las versiones procedían de Steinhówel, generalizándose así un tipo de *Vita* que, en cambio, iba desapareciendo de las ediciones de colecciones de fábulas, sustituida por la de Planudes. En general, también las fábulas que acompañaban a la *Vita* resultaban un conglomerado de diferentes procedencias.

2. *Posibles influencias en la literatura picaresca*

Debe hacerse, por último, una alusión a la repercusión más importante que haya podido tener la generalización y popularidad del tema esópico en nuestra literatura. Según apunta Adrados[35] es muy probable una influencia profunda de la «Vida de Esopo» en el origen de un género como la novela picaresca. En efecto, a tenor de lo visto, es indudable la popularidad que tuvo la «Vida» en la Edad Media, durante los siglos XVI y XVII continúan las reediciones; concretamente, antes de 1554, fecha del *Lazarillo* existen varias ediciones de la «Vida»: Valencia, 1520; Sevilla, 1521, 1526 y 1533; Amberes, 1541 y 1550, y otras más sólo con fábulas[36]. El conocimiento y familiaridad con las andanzas de Esopo ha podido suministrar elementos suficientes para la creación de un nuevo género literario en el que son, a veces muy claras, las conexiones con fuentes griegas. En el caso concreto del *Lazarillo* se dan, desde luego, diversas transposiciones del tema amo-siervo, típico de la *Vita*, apareciendo también datos numerosos que no dejan de guardar cierta relación con elementos vistos en la Vita, como por ejemplo el tema sexual de la mujer con un siervo negro y feo, como Esopo, cuando Lazarillo narra las relaciones de su madre con un caballerizo negro. Los distintos amos de Lázaro, son transposiciones modernas de viejos tipos conocidos en la comedia griega y la novela antigua; así, el clérigo y el fraile son correlatos del tipo del doctus o sabio que queda superado por el ingenio del siervo, véase aquí a Janto. El escudero y el alguacil, reflejan el tipo del *miles*, etcétera.

Pero este influjo concreto de la «Vida de Esopo», contaminado con obras igualmente muy conocidas en ese tiempo en España, como el *Calila e Digna*, pueden muy bien haber suministrado tipos que aparecen, por ejemplo en el *Quijote*. El *Quijote* tiene ya de por sí bastante de una novela que ha bebido en fuentes muy diversas y, concretamente, el personaje de Sancho guarda una relación bastante probable con el filósofo *Sanctus*[37], forma que reviste el nombre de Janto en el manuscrito Lolliano que, como vimos en su momento, transmite una versión latina de la «Vida de Esopo».

La repercusión de la Literatura Griega en la Edad Media Española y sus frutos subsiguientes en la Edad Moderna es un terreno inmenso y, en buena parte, nuevo, que se abre al estudioso, pues hasta el presente pocas son las referencias a la Literatura Española en quienes más se han preocupado del influjo clásico en las literaturas occidentales[38]. Fue María Rosa Lida[39] quien comenzó a remediar esta situación de olvido, ya que, a pesar de que, en su

conjunto, la tradición clásica en España es menor que en otras literaturas nacionales, sin embargo ha dejado huellas suficientemente profundas como para motivar una investigación sistemática.

IV. Justificación de la presente traducción

En el momento de realizar al castellano la versión de las Fábulas Esópicas y de Babrio se pensó en la necesidad de incluir también la «Vida de Esopo». Esto por dos razones fundamentales: primero, porque en cierto modo se reanudaba así una tradición, la de editar juntos *Vita* y un *corpus* de fábulas, y, en segundo lugar, por el vacío existente en traducciones modernas de la Vita. Efectivamente, la que ofrecemos a continuación es la primera traducción al castellano que se hace de la redacción de la «Vida de Esopo», si exceptuamos las ya citadas del siglo XV a partir de la edición de Steinhowel. Naturalmente, después de lo que hemos expuesto a propósito de las características del texto de la Vita, nos hemos inclinado por elegir la versión más antigua, es decir la del manuscrito *G*. Sólo en aquellos pasajes donde existe alguna laguna importante damos la traducción del pasaje correspondiente de la recensión de Westermann (*W*). Creemos que esta traducción de la Vita, que ahora aparece en la Biblioteca Clásica Gredos, es la primera que se hace a cualquier lengua del códice *G*, a pesar de la que en 1952 anunciaba Perry[40], que haría H. C. Cunningham y que, desde luego, parece nunca llegó a publicarse.

Deben hacerse constar, por último, las dificultades que han rodeado la preparación de la presente traducción al no existir ninguna que pudiera arrojar alguna luz sobre los numerosos puntos en que es arriesgado decidirse por una versión determinada para pasajes y sobre todo palabras que son auténticos *hapax*. El diccionario de Liddell-Scott recoge en su suplemento sólo una pequeña parte del nuevo léxico que aporta el texto *G* de la Vita. En este sentido, consideramos que algo puede también aportar la tarea de esta versión.

Pedro Bádenas de la Peña

Madrid, Poitiers, Quimper.

VIDA DE ESOPO[*]

Libro del filósofo Janto y de su esclavo Esopo, sobre las andanzas de Esopo

1. El útilísimo Esopo, el fabulista, por culpa del destino era esclavo, por su linaje, frigio, de Frigia; de imagen desagradable, inútil para el trabajo, tripudo, cabezón, chato, tartaja, negro, canijo, zancajoso, bracicorto, bizco, bigotudo, una ruina manifiesta. El mayor defecto que tenía, aparte de su fealdad, era su imposibilidad de hablar; además era desdentado y no podía articular.

2. Su amo, que lo tenía siempre en silencio y sin hacer nada en su casa de la ciudad, lo mandó al campo… y uno de sus compañeros de esclavitud viendo al otro triste le dijo:

—Compañero, sé que estás pensando: quieres comer higos.

—Sí, por Zeus —respondió—, ¿cómo la sabes?

—Por la manera de mirar conozco tu intención. Así que voy a darte una idea de cómo nos los comeremos los dos.

—Pues no has dado ninguna buena idea —dijo el otro—, porque cuando venga el amo a buscar higos y no podamos dárselos, ¿qué va a pasar?

—Dile que Esopo, al encontrar por casualidad abierto el almacén, irrumpió en él y se comió los higos. Así, como Esopo no puede hablar, será castigado y tú satisfarás plenamente tu deseo.

Dicho esto se sentaron en torno a los higos y se los comieron, mientras decían:

—¡Ay de Esopo! Verdaderamente está echado a perder y nada le viene mejor que el que le peguen. Así, por una vez, nos vamos a poner todos de acuerdo y lo que se pueda romper, estropear o caer al suelo, decimos que lo ha hecho Esopo y nos evitaremos problemas en adelante.

Y así se comieron los higos.

3. A la hora de costumbre, al amo, después de tomar el baño y desayunar, le entraron ganas de higos, se fue a buscar el fruto y dijo:

—Agatopo, dame higos.

Al ver el amo que se lo tomaba a risa, se molestó y cuando supo que Esopo se había comido los higos, dijo:

—Que llame uno a Esopo.

Después que fue llamado se presentó. Y le dijo el amo:

—¡Maldito! ¡Así me has despreciado!, ¿de manera que has entrado en el almacén y te has comido los higos que había preparados para mí?

Esopo le oyó y como no podía hablar por el obstáculo de su lengua, clavó la vista en sus acusadores, que estaban presentes. Cuando estaba a punto de que lo azotaran se tiró a las rodillas del amo y suplicó que se contuviera un poco. El amo aguardó, Esopo, al ver que al lado había un cántaro lo cogió y, por señas, pidió agua tibia y luego de meter un cazo dentro, Esopo bebió el agua, se metió los dedos en la boca y, tras provocarse arcadas, arrojó el agua tibia que había bebido, porque no había probado absolutamente nada. Después de demostrar su inocencia por medio de esta argucia, reclamó que sus compañeros hicieran lo mismo que él para saber quién era el que se había comido los higos. Asombrado el amo de la ocurrencia de Esopo mandó que los otros, después de beber, vomitaran. Los esclavos se dijeron: —¿Qué vamos a hacer, por Hermes? Bebamos y no nos metamos los dedos del todo, sino sólo los nudillos.

Pero en cuanto bebieron el agua tibia, que es una cosa biliosa, los higos salieron a flote y nada más quitar el dedo los higos salieron danzando. El amo dijo:

—¿Veis cómo habéis acusado en falso a quien no puede hablar? ¡Desnúdalos!

Al llevarse éstos los azotes, aprendieron, sin duda, que quien trama un mal contra otro, sin darse cuenta se lo está haciendo a sí mismo.

4. Así pagaron su delito quienes faltaron contra uno que no podía hablar… Se encontraba Esopo cavando el campo, cuando casualmente una acólita de Isis, que andaba extraviada por el camino real, entró en el campo, donde fue a encontrarse con Esopo mientras cavaba. Al verle hacer una tarea tan penosa y sin saber la desgracia que tenía, dijo:

—¡Eh, hombre! si te sabes compadecer de las ánimas mortales enséñame el

camino que lleva a la ciudad, que me he perdido.

Esopo se volvió y cuando vio delante la figura humana de la diosa, como era piadoso, se prosternó y empezó a hacer señas con la cabeza, como queriendo decir:

—¿Por qué has abandonado el camino real y has entrado en esta finca?

Ésta se dio cuenta de que oía, pero que no podía hablar; empezó a asentir con la cabeza y decir:

—No soy de estos lugares, como ves soy sacerdotisa, ya que lo desconozco, porque me he perdido, te pido que me enseñes el camino.

Cogió Esopo la escardilla con que estaba cavando, tomó a ésta de la mano, la llevó a la arboleda y le ofreció pan y aceitunas de su zurrón; cortó también unas verduras silvestres, se las trajo y le obligó a comer. Ella comió. Luego la llevó a una fuente y se la enseñó por si quería beber. Una vez que hubo comido y bebido deseó lo mejor a Esopo. De nuevo le rogó con la cabeza que le hiciera el último favor y le mostrara el camino. Esopo la condujo al camino principal, el que atraviesan los carros, y una vez se lo hubo enseñado se marchó y volvió a dedicarse a su tarea.

5. La sacerdotisa de Isis, cuando volvió a tomar el camino, se acordó de la bondad de Esopo y, levantando las manos al cielo, dijo:

—¡Ornato de la tierra toda, Isis, la de mil nombres! Apiádate de este trabajador desgraciado, piadoso, porque lo ha sido, no conmigo, señora, sino con tu figura. Y si no quiere enderezar su vida con riquezas, a quien los dioses le privaron de ellas, al menos, concédele la gracia de hablar, porque tú eres capaz incluso de sacar de nuevo a la luz lo que ha caído en las tinieblas.

Ante esta súplica de la sacerdotisa, Isis, la señora, accedió, pues la palabra piadosa aprisa llega a los oídos de los dioses.

6. Esopo, agobiado por el fortísimo calor, dijo para sí:

—Tengo dos horas que me da el capataz para descansar; las voy a dormir para librarme del calor.

Eligió un lugar de la finca, lleno de vegetación, tranquilo, con árboles y umbrío, en el que, lleno de verde hierba, crecían en abundancia flores de muy vario color, que el bosque y húmeda pradera, que allí había, envolvían. Esopo se reclinó en la hierba, dejó en el suelo la azada y poniéndose el zurrón y la pelliza de cabezal se echó a descansar. Allí, por entre los árboles, el río resonaba. Había

un suave viento de poniente[1] que hacía soplar una brisa que agitaba la arboleda. Cantaba en las ramas intensamente la chicharra y, de los voraces pájaros multicolores, el gorjeo resonaba[2]. El empuje que venía del cielo, en el muy flexible pino, devolvía un murmullo como el del mirlo. Y el eco imitador de los sonidos, como un canto combinado, al unísono con todos los demás, abrumaba con su ruido. Esta mezcla de sonidos producía un susurro melodioso. Cautivado por esto, Esopo fue arrastrado a un dulce sueño.

7. Entonces precisamente, la diosa, la soberana Isis, se apareció con las nueve Musas y dijo:

—Miradlo, hijas, a este hombre, deforme de figura, pero capaz de vencer toda burla con su piedad. Éste, en una ocasión, mostró el camino a una diaconisa mía que andaba extraviada. Aquí estoy con vosotras para recompensar a este hombre. Así, yo le restituyo la voz y vosotras a la voz añadid la gracia del discurso excelente.

Tras decir esto y quitarle la aspereza de su lengua, la misma Isis le agració con la voz y persuadió además a las Musas para que cada una de ellas le agraciara con algo de sus propios dones. Éstas le otorgaron la inventiva de los razonamientos y la facultad de crear y construir en griego[3]. Una vez que la diosa expresó su deseo de que llegara a ser famoso se retiró. Las Musas también, después de conceder cada una sus favores, se subieron al monte Helicón[4].

8. Esopo, después de haber dormido y cuando, por obra de la naturaleza, estuvo arreglado su defecto, se despertó y dijo:

—¡Ay, qué bien he dormido! —mientras que empezaba a dar nombre a lo que veía: la azada, la alforja, la zamarra, el zurrón, el buey, el burro, la oveja.

—¡Hablo —exclamó— por las Musas! ¿De dónde he sacado yo el hablar? ¿De dónde lo he aprendido? Sin duda, porque fui piadoso con la sacerdotisa de Isis. De manera que hermosa cosa es ser piadoso. Así pues, espero concebir de los dioses provechosas esperanzas.

9. Contentísimo, cogió de nuevo su azadón y empezó a cavar. El capataz de la finca se metió con los trabajadores y pegó a uno de los compañeros de Esopo con un palo. Esopo no pudo contenerse y dijo:

—¡Hombre! ¿Por qué maltratas de manera tan cruel a quien no ha hecho nada malo y le pegas tan duramente, cuando tú a cada paso estás haciendo

muchas cosas mal y nadie te pega?

Zenas se dijo para sí:

—¿Qué es esto? ¿Esopo habla? ¡Por los dioses! Al haber empezado a hablar a nadie ha golpeado si no es a mí, que soy el que habla y el que da órdenes. Si yo a éste no le acuso con un pretexto me puede echar del puesto, porque cuando todavía estaba mudo me dio a entender por señas que «si viniera mi amo te haría salir del cargo, porque te acusaría por señas». Pues si por señas podía darse a entender, hablando será mucho más convincente. Así que no es buena cosa exponerse.

10. Conque gruñendo subió al caballo y se fue a la ciudad. Al llegar ante la casa del amo, saltó del caballo y, luego de atar la brida a la argolla del portal, entró en la casa y, encontrándose al amo, dijo:

—¡Amo!

—Zenas, ¿por qué estás agitado?

Zenas contestó:

—Una cosa prodigiosa ha ocurrido en tu finca.

—No será que ha dado frutos un árbol a destiempo —dijo— o que ha nacido una cosa en forma de hombre y con cuatro patas.

—No, amo.

—Pues entonces, ¿qué crees que es lo prodigioso? Cuéntame la verdad.

Zenas explicó:

—Esopo, el inútil, al que enviaste al campo a cavar, el barrigudo…

—¿Ha parido algo? —replicó el amo.

—Nada de eso, sino que era mudo y ha empezado a hablar.

Contestó el amo:

—¡Que te parta un rayo! ¿Qué crees que tiene eso de prodigioso?

—Sí y mucho.

—¿Por qué? ¿Si los dioses, irritados contra ese hombre, le privaron por poco tiempo de su voz y ahora, de nuevo reconciliados, le han hecho objeto de su favor, lo cual es precisamente lo que ha ocurrido, crees que es un prodigio?

—Sí, amo —repuso Zenas—, porque una vez que ha empezado a hablar se pone a decir todo tipo de cosas sobre el género humano. Y dice unas cosas tremendas de mí y de ti, que mis oídos no pueden escuchar.

11. El amo se inquietó y dijo a Zenas:

—Vete y véndelo.

A lo que contestó Zenas:

—¿Bromeas, tuno? ¿Es que no conoces su fealdad monstruosa? ¿Quién va a querer comprarlo y tener un mono en vez de un ser humano?

—Pues márchate —dijo el amo— y regálaselo a alguien. Y si ninguno lo quiere aceptar, azótalo y mátalo.

Zenas, con la potestad recibida del amo para hacer lo que quisiera, saltó de nuevo al caballo. Cuando llegó a la finca se dijo para sí:

—El amo me ha dado licencia para hacer todo lo que quiera con Esopo: venderlo, regalarlo, matarlo. En realidad, ¿qué mal me ha hecho para que lo mate? Lo venderé.

Así pues, servían a Esopo todas las circunstancias con las que le favorecían los dioses.

12. Sucedió que un mercader de esclavos cabalgaba del campo a la ciudad y puesto que quería llevarse género iba buscando por los campos acémilas para alquilar, y como no encontraba, se volvía a la ciudad. Zenas, que le conocía, le saludó efusivamente y dijo:

—¡Ofelio, maestro, salud!

—¡Zenas, jefe, salud! —dijo Ofelio—. Zenas, ¿no me puedes alquilar o vender algunas acémilas?

—¡No, por Zeus! —exclamó—. Pero puedo venderte un macho barato, si tú quieres.

El mercader, acostumbrado a vivir de esto, dijo:

—¿A mí, que soy un traficante, me preguntas si quiero comprar una cabeza barata?

—Vente a la finca —dijo el otro.

13. Zenas lo llevó al campo y dijo:

—Que se llegue uno de los esclavos al tajo y llame a Esopo.

Uno de los compañeros de esclavitud se marchó y al ver a Esopo que estaba cavando, le dijo:

—Esopo, tira el azadón y sígueme, que te llama el amo.

—¿Qué amo —preguntó—, mi amo natural o el administrador? Pues está clarísimo, haz la distinción y di: el administrador, y si no, el amo, porque también el administrador está uncido al yugo de la servidumbre como esclavo.

El compañero dijo para sí:

—¡Qué cambiazo! Desde que empezó a hablar se ha vuelto extrañísimo.

Esopo, después de tirar el azadón, dijo:

—¡Qué canalla es la costumbre de la esclavitud! por eso los dioses la odian. «Esopo, hazme el triclinio. Esopo, caliéntame el baño. Esopo, échame agua. Esopo, pon el pienso al ganado.» Todo cuanto es cansado o asqueroso o está lleno de dolor y humillación, todo se lo endilgan a Esopo. ¿Pues no me han dado los dioses parte en la facultad de hablar? El amo volverá y aprovechando la ocasión, tras acusarle, conseguiré que lo echen del cargo; pero ahora no hay más remedio que obedecer. Así que, guíame, compañero[5].

Cuando llegaron dijo éste:

—Aquí está Esopo, señor.

—¡Observa, jefe! —dijo Zenas.

14. El traficante se volvió, miró la pinta tan chocante de Esopo y dijo:

—Éste es el trompetero de la Geranomaquia[6]. ¿Éste es un hombre o una raíz de caña? Éste, si no tuviera voz, podría decirse que es un caldero con patas, un cubo de pienso o un huevo de oca. Zenas, maldito seas. ¿Por qué pudiendo haber terminado yo mi viaje me has hecho dar un rodeo, como si tuvieras algo bueno que venderme y no una mierda?

Y dicho esto se marchó.

15. Al marcharse, Esopo le tiró del manto y dijo:

—¡Escucha!

—¡Quita! —replicó el traficante—. ¡Mal rayo te parta! ¿Por qué me llamas?

—¿Por qué has venido aquí? —preguntó Esopo.

—Por tu culpa, para comprarte.

—Entonces —repuso Esopo—, ¿por qué no me compras?

—No me cargues, que no quiero comprarte —dijo el traficante.

—¡Cómprame, hombre! —decía Esopo—. ¡Por Isis, que te voy a ser útil!

El mercader le contestó:

—¿Y en qué me puedes ser útil? ¿Voy a comprarte para que luego me pese?

Esopo añadió:

—¿No tienes en tu almacén de esclavos muchachos sin educar que reclamen atención en todas y cada una de las cosas?

—Sí —replicó el traficante.

—Cómprame y házeme educador de ellos, porque, asustados por mi repugnante aspecto, pondrán fin a su impudicia.

—¡Por tu sordidez, buena idea! —Y volviéndose a Zenas le dijo—: ¿Por cuánto vendes a esta tiña?

—Trae tres óbolos —pidió Zenas.

—¿Cómo tanto? —dijo el traficante.

—Dame lo que quieras —consintió Zenas.

Y dándole algo menos, el traficante lo compró.

16. Al entrar en la ciudad llevó a Esopo al almacén de esclavos, y dos niños, a los que aún alimentaba su madre, cuando vieron a Esopo, empezaron a chillar y se escondieron. Esopo dijo al mercader:

—Ya tienes una prueba de lo que te decía, porque el hecho es que has comprado el remedio más rápido para los niños sinvergüenzas.

El traficante de esclavos se echó a reír y le dijo:

—En aquel triclinio están tus compañeros de esclavitud, entra y salúdalos.

Entonces, Esopo se acercó y vio a unos muchachos guapísimos y todos ellos revoltosos, como Apolos y Dionisos. Los besó[7], diciendo:

—¡Salud, compañeros!

—Lo mismo —le respondieron todos.

Siguió Esopo:

—Compañeros, soy vuestro, pero sin embargo soy una ruina.

Los esclavos comentaron entre ellos:

—¡Desde luego, por Némesis! ¿Qué le ha pasado al amo para comprar semejante elemento tan tiñoso?

—¿Pues sabes por qué lo ha comprado? —dijo uno.

—¿Por qué? —inquirió otro.

—Para hacer de él un amuleto que proteja al negocio.

17. El traficante se dirigió a sus esclavos y dijo:

—Muchachos, aceptad vuestro destino, por vuestro bien. No he encontrado acémilas ni para alquilar ni para comprar. Por tanto, tenéis que distribuiros la carga, porque mañana nos vamos a Asia.

Así pues, dividiéndose de dos en dos se distribuyeron los bultos. Esopo, después de tropezarse con todos, dijo:

—Os pido, compañeros, puesto que soy un recién comprado y tengo un

cuerpo débil, que me dejéis llevar la carga más ligera.

—No lleves absolutamente nada —le dijeron.

—Es feo que yendo todos mis compañeros cargados —contestó Esopo—, aparezca yo ante el amo como inútil. Los compañeros comentaron:

—¿Por qué es tan chulo? ¡Coge lo que quieras! —le dijeron.

18. Después de mirar por todos sitios, Esopo contempla la impedimenta del traficante para el viaje: una cesta, esteras, sacos llenos de menaje, cacharros, canastos. Al ver un canasto que había lleno de pan, que querían llevar entre cuatro, dijo Esopo:

—Dejadme a mí solo ese canasto.

Los esclavos se dijeron:

—No hemos visto nada más idiota que ese chiquilicuatro; pidió para llevar lo más ligero de todo y al final ha agarrado lo que más pesa.

—No es idiota —añadió otro—, sino un muerto de hambre, pues quiere tener los panes a mano y comer más que los demás; démosle el canasto.

Todos los que le rodeaban le dejaron el canasto. Esopo, cuando empezó a levantar el pesado cesto, se tambaleó todo él. Al verlo el mercader de esclavos se quedó asombrado y dijo:

—Mira qué animoso es Esopo para trabajar, da así valor a los demás para llevar su carga. Ya he amortizado su precio, pues esa carga es propia de una bestia.

19. Las otras parejas al levantar sus cargas se burlaban de Esopo. Una vez, pues, que salió al camino les enseñaba cómo pasear el canasto; cuando subía cuesta arriba daba la vuelta al cesto y lo arrastraba con los dientes hasta subir; la cuesta abajo la hacía sin esfuerzo, porque lo dejaba deslizarse y él subido encima se dejaba arrastrar. Malamente llegaron a una posada y dijo el traficante:

—Esopo, da pan a cada uno por yugo.

Al repartir pan a tantos esclavos, el canasto se quedó medio vacío. Después de reponerse se pusieron otra vez en camino. Esopo se quedó ligero de carga. Más adelante llegaron a otra posada y volvió a repartirles pan, quedando el canasto vacío. Entonces se echó el cesto al hombro y, corriendo, se puso el primero de todos. Los esclavos se dijeron:

—¿Quién es el que va corriendo el primero, alguno de nosotros o un forastero?

—No sé —contestó uno—, creo que es el recién comprado, el lisiado, el que cogió el canasto que ni una acémila podía acarrearlo.

—No sabes —repuso otro— lo espabilado que es ese hombrezucho.

—Los hombrezuchos esos —añadió otro—, disminuidos de aspecto, tienen cabeza; porque pidió llevar los panes, que se van gastando por estar a mano, mientras que nosotros llevamos las piezas, las mantas y las cosas de metal, que no se pueden gastar.

—¡Ay, es digno del toro[8], el tío! —dijo otro.

20. Al final del viaje llegaron a Éfeso. Entonces, el traficante hizo su negocio con la venta de los esclavos. Pero se reservó tres para él, dos muchachos, de los que uno era un gramático y otro un citarista y Esopo, puesto que ni aquéllos ni Esopo habían alcanzado el precio necesario. Un amigo del traficante le dijo:

—Si quieres sacar un buen precio de los esclavos cruza a la isla de Samos, pues es rica, y Janto, el filósofo, que vive allí, tiene una escuela y muchos de Asia y Grecia forman parte de su círculo. Alguien te comprará al gramático para tener un compañero de gimnasio con vista a su formación. Otro, alguien refinado, te comprará al citarista para saborear el placer al lado de los jovencitos. Y a ése, alguien te lo comprará, si es que la divinidad está irritada, y lo hará capataz o portero o cocinero.

Quedóse convencido el traficante con la opinión de su amigo; se montó en una barca con sus esclavos y cruzó a Samos. Después de desembarcar y encontrar albergue adornó los esclavos para la venta.

21. Al citarista, que era guapo, lo vistió con una túnica blanca, le puso un calzado fino, le peinó el pelo, le dio un pañuelo para encima de los hombros y lo puso sobre el podio de venta. Al gramático, que tenía unos tobillos delgados, lo vistió con una gruesa túnica y lo calzó con un calzado grueso, para que el espesor de la ropa, junto con el del calzado, disimularan lo feo de sus piernas. También le peinó el cabello y le dio un pañuelo, después lo colocó en el podio. Como de Esopo no podía esconder ni adecentar nada, puesto que él entero era un adefesio, lo vistió con una túnica de tela de saco, luego le ciñó un girón y lo colocó en medio de los guapos. Muchos oyeron al subastador anunciando los esclavos y decían:

—¡Ah, qué majos son ésos!, pero ¿de dónde sale ese desastre? Ese anula a los demás. ¡Quítalo de ahí en medio!

Con todo, a pesar de las numerosas burlas, Esopo estuvo quieto, sin inmutarse.

22. Casualmente, la mujer de Janto pasó por aquel lugar en la litera, a hombros de los suyos. Después de oir al subastador llegó a su casa y, habiéndose encontrado a su marido, dijo:

—Marido, no tenemos muchos esclavos adultos, pues la mayoría del servicio corre a cargo de los pequeños. Por casualidad están anunciando esclavos. Acércate al lote y cómprame un esclavo decente.

—Lo haré —dijo Janto.

Y Janto, después de acercarse y saludar a sus discípulos y tras hablar un poco sobre el lenguaje, salió del estudio y al frente de sus alumnos llegó con ellos a la plaza.

23. Cuando vio de lejos a los dos esclavos decorosos y al otro lisiado se sorprendió por la ocurrencia del traficante y exclamó:

—¡Ah, muy bien, sí señor, por Hera! Muy ingenioso y filósofo, sumamente admirable y agudo el comerciante.

Los discípulos dijeron:

—Maestro, ¿qué alabas? ¿qué te llama la atención? Compártelo también con nosotros y no receles participar de lo bello.

Janto dijo:

—Mis filólogos. No penséis que la filosofía está asociada sólo a las palabras, sino también a los hechos. Porque en muchas ocasiones la filosofía tácita supera a la de las palabras o la viene a confirmar. Esto es posible observarlo con los danzantes, de forma que por medio del movimiento de las manos se dan a conocer a gran distancia todas aquellas cosas que son objeto de movimiento y la callada filosofía que hay en ello. Sin duda, ése, al tener dos esclavos hermosos y uno inservible, puso al inservible en medio de los hermosos, para que la fealdad de éste hiciera ver a las claras la belleza de los otros. Pues si no se hubiera colocado lo horrible al lado de lo excelente, no se podría contrastar la percepción de la belleza.

Los discípulos exclamaron:

—Eres divino, maestro, extraordinario, al haber apreciado tú la idea de este hecho.

Janto añadió:

—No obstante, acercaos conmigo para comprar uno de los esclavos, pues me hace falta para el servicio.

24. Habiéndose parado ante el primer esclavo le preguntó:

—¿De dónde eres?

—Capadocio —contestó.

—¿Cuál es tu nombre?

—Lígiris —dijo.

Janto continuó preguntándole.

—¿Qué sabes hacer?

—Yo, todo.

Esopo, de pie, no hacía más que reírse. Los discípulos, viéndole reír[9] y (viendo también) su espantoso rostro, que se había puesto sombrío y dejando ver tan sólo sus dientes, les pareció que estaban viendo un prodigio monstruoso. Se dijeron entre sí:

—¿No es una chepa con dientes?

—¿Qué, ha visto que le ha hecho reír? —dijo otro.

—No se ríe, tirita de horror, sepamos qué cuenta —añadió otro. Y, acercándose, le tiró por detrás y dijo: Listo, ¿por qué te ríes?

Esopo, volviéndose hacia él, le dijo:

—¡Lárgate, borrego de agua!

El discípulo, perplejo por lo dicho, se retiró. Janto dijo al traficante:

—¿Cuánto vale el citarista ese?

—Mil denarios —contestó.

Como encontró exagerado el precio se dirigió al otro esclavo y preguntó:

—¿Tú de dónde eres?

—Lidio —respondió.

—¿Cómo te llamas?

—Filócalo.

Janto inquirió:

—¿Qué sabes hacer?

—Todo —dijo el esclavo.

Esopo se echó a reír de nuevo. Los discípulos, al verlo, dijeron:

—¿Pero, por qué tiene que reírse por todo?

—Si quiero oír otra vez «cabrón de agua», no tengo más que hacerle una pregunta —añadió otro.

Janto dijo al traficante:

—¿Por cuánto vendes al gramático?

—Por tres mil denarios —contestó.

Janto, después de oír esto, se desanimó, dio media vuelta y se marchó. Los discípulos le dijeron:

—Maestro, ¿no te gustaron los esclavos?

—Sí —contestó—, pero mi intención es no comprar esclavos excesivamente caros, sino hacerme con unos baratos.

Uno de los discípulos dijo:

—Si tu propósito es no comprar algo costoso, compra a ese feo, pues te hace el mismo servicio y nosotros, en común, te daremos lo que valga.

—Tiene gracia —dijo Janto— que vosotros me deis el dinero para comprar un esclavo, pero mi hermosa mujer no soportará verse servida por un esclavo horrible.

Los discípulos contestaron:

—Maestro, con frecuencia tus enseñanzas son que no hay que dejarse convencer por la mujer.

25. Janto dijo:

—Conozcamos primero si sabe algo, no sea que malgastéis vuestro dinero en vano.

Acercándose a Esopo le dijo:

—¡Salud!

Y Esopo:

—¡Pero, si no me duele nada![10].

Y los discípulos:

—¡Qué bueno, por las Musas! ¡Claro que no le duele nada!

Así, pues, se quedaron perplejos con lo atinado de sus palabras. Entonces le preguntó Janto:

—¿Qué eres?

—Soy humano —contestó Esopo.

—No digo eso —repuso Janto—, sino dónde has nacido.

—En el vientre de mi madre —dijo Esopo.

—Todo lo coge al revés —exclamó Janto—. No te estoy preguntando eso, sino en qué lugar has nacido.

—Eso no me lo dijo mi madre —contestó Esopo—, quizá en el dormitorio,

quizá en el triclinio.

—Dime de dónde eres, por razón de tu nacimiento —inquirió Janto.

—Frigio —dijo Esopo.

—¿Qué sabes hacer?

—Yo, absolutamente nada.

—¿Por qué nada? —preguntó Janto.

—Porque los muchachos esos que están contigo lo saben todo.

Los discípulos exclamaron:

—¡Ay, qué cándido! Esos otros respondieron mal, puesto que un hombre no está instruido en todo. Por eso ha dicho éste que nada sabe, por eso se reía.

26. —¿Quieres que te compre? —preguntó Janto.

—¿Es que piensas tenerme a mí ya como consejero —contestó Esopo— para tomar consejo de mí? Si quieres comprarme, cómprame. Si no quieres, lárgate, no me importa. Pues el hombre que me vende, al no tener redes, no arrastra por la fuerza a los que no quieren y nadie te da a ti garantía para que me compres, sino que tienes potestad de elegir conforme a tu propia voluntad. Si quieres comprarme, paga el precio: abre la bolsa. Y si no quieres, no te burles de mí.

Janto respondió:

—Muy charlatán eres.

—Los gorrioncitos cotorros se venden caros —respondió Esopo.

Los discípulos exclamaron:

—¡Bien por Hera! Esopo ha dado una lección al maestro.

Dijo Janto entonces:

—Quiero comprarte, pero no empieces a escaparte.

—Eso, si quiero hacerlo —replicó Esopo—, no voy a pedirte a ti consejo, como tú a mí. ¿A quién corresponde escaparse, a ti o a mí?

—Está claro que a ti —dijo Janto.

—Pues no, es a ti.

—¿Por qué a mí?

—Porque si tratas bien a los esclavos —explicó Esopo—, nadie abandona una buena situación y marcha a una mala, dedicándose uno a andar errante y a pasar, además, hambre y miedo. Mientras que si tratas mal a los esclavos no estoy a tu lado ni una hora, ni media, ni un instante.

Le replicó Janto:

—Uno así escapa a la menor. De todos modos, cuanto estás diciendo es

propio de un ser humano, pero tú eres un inútil.

—No me mires el aspecto —repuso Esopo—, sino ten más bien en cuenta mi alma.

—¿Qué es el aspecto? —preguntó Janto.

—Lo que ocurre con frecuencia cuando se va a comprar vino a la taberna: vemos unos vasos feos, pero buenos por su sabor.

27. Janto, después de alabar lo decidido de sus palabras, acercándose al traficante, le dijo:

—¿Por cuánto vendes a éste?

—¿Quieres burlarte de mi negocio? —respondió el mercader.

—¿Por qué? —preguntó Janto.

—Pero ¿por qué has desechado a esos que valen más y te fijas en este esclavo miserable? Cómprame uno de aquéllos y ten éste de propina —dijo el mercader.

—De todas formas, ¿cuánto vale éste? —insistió Janto.

—Lo compré por sesenta denarios, me ha gastado quince, echa la cuenta.

Los de los impuestos, al oír que se habían vendido esclavos importados, preguntaron quién los había vendido o quién los había comprado. A Janto le daba apuro decir que había comprado un esclavo por setenta y cinco denarios. El traficante también tenía vergüenza, así que se callaron. Esopo, entonces exclamó:

—El sujeto de la venta he sido yo, el que me vendió es ése y el que me compró, éste. Si ellos se callan está claro que yo soy libre.

—Yo he comprado un esclavo por setenta y cinco denarios —saltó Janto.

Los del arbitrio se echaron a reír, dieron por bueno a Janto y sus discípulos el precio de Esopo y, despidiéndose, se retiraron.

28. Esopo seguía detrás. Era el momento más abrasador del día; el sol estaba en su cénit y el camino desierto por el calor. Janto, tras remangarse la ropa, empezó a orinar a la vez que andaba. Habiéndolo visto Esopo se enfadó; luego, lo agarró del vuelo del manto, tiró de él y le dijo:

—Véndeme, porque a buen seguro que no vas a soportar que yo me escape.

—¡Esopo! ¿Qué te ha pasado? —preguntó Janto.

—¡Véndeme! —dijo Esopo—. No puedo servirte.

Janto le dijo:

—El que te ha traído, sin duda, es uno de los que acostumbran a echar a perder con calumnias casas bien fundadas; alguno, tras hablarte, me ha calumniado, tratándome de ser malo con los esclavos o de borracho, pegón, glotón o irascible. No hagas caso de las calumnias. La calumnia, agradable de oír, provoca enfados inútiles; así, desde luego, están los indicios tocante a mi persona.

Esopo contestó:

—Una meada te ha calumniado, Janto. Pues cuando tú, el propio amo, que no tiene miedo a nadie, ni que al entrar en casa vas a probar los golpes, ni tampoco tienes que aguantar el castigo de las cadenas o de algo peor, sino que, teniendo potestad sobre ti mismo, no has dado siquiera media hora de descanso para unas necesidades físicas, al contrario, te has meado sobre la marcha, ¿qué otra cosa puedo hacer yo, que soy un esclavo, sino responder que, sin duda, habrá que cagar corriendo?

—¿Por eso te has inquietado? —dijo Janto.

—Desde luego que sí.

—Quería evitar tres cosas bien sencillas, cuando me he meado sobre la marcha —respondió Janto.

—¿Cuáles son? —preguntó Esopo.

—Lo caliente que está el suelo, lo apremiante del mear y el ardor del sol —alegó Janto.

—¿Cómo?

—Ves que el sol está en su punto más alto y que con el calor la tierra abrasa; me orino cuando se me han juntado que el suelo hirviendo me quema los pies y que las ganas de orinar me suben hasta las narices y que el sol me inflama la cabeza. Por querer evitar estas tres cosas me he meado sobre la marcha.

—Me has convencido —dijo Esopo—, bien pensado. Sigue andando entonces.

—No sabía que había comprado yo al amo de sí mismo —exclamó Janto.

29. Cuando llegaron a la casa le dijo Janto:

—Esopo, como mi mujer es escrupulosa, espera ante la puerta hasta que te anuncie a ella, para que no vea de pronto tu fealdad y, reclamando la dote, salgo corriendo.

Le dijo Esopo:

—Si tú estás a las órdenes de tu mujer, vete y hazlo enseguida.

Así pues, una vez dentro, dijo Janto:

—Señora, ya no me puedes murmurar ni decir que te sirven mis esclavos. Mira el que yo te he comprado.

Dijo la mujer de Janto:

—Te doy las gracias, señora Afrodita, eres grande; verdaderos son tus sueños. Puesto que mientras dormía, al punto vi un sueño en el que me habías concedido en gracia la compra de un esclavo bellísimo[11].

—Aguarda, señora —dijo Janto—, la hermosura que jamás has visto al natural; paso por alto, al decir esto, a Apolo, a Endimión o Ganímedes[12].

Las esclavas se rieron y una de las niñas dijo:

—¡A mí el amo me ha comprado un hombre!

—¡No, a mí! —añadió otra—, pues yo lo he visto en sueños.

—Otra podrá estar más segura —terció una.

—¿Entonces, eres tú la más segura?

—¿Lo eres tú?

30. Y empezaron a pelearse. La mujer de Janto dijo:[13]

—¿Dónde está lo que has aludido con toda esta loa?

—Señora, delante de la puerta —repuso Janto—. Es una regla de educación no entrar en una casa extraña sin haber sido llamado. Me ha seguido y espera ante la entrada hasta que se le llame.

Dijo la mujer de Janto:

—Que vaya una a llamar al recién comprado.

Una, que era lista, mientras las demás muchachas se peleaban, dijo para sí: —Yo salgo ahora y me hago novia de él antes que las demás. Se adelantó y dijo:

—¿Dónde está el recién comprado?

Esopo se volvió y dijo:

—Aquí, esclava.

—¿Eres tú el recién comprado? —preguntó ella.

—Yo soy —contestó Esopo.

—¿Dónde tienes el rabo? —preguntó la moza.

Esopo miró a la esclava y comprendió que se había burlado de él como si fuera un mono. Dijo entonces:

—No tengo el rabo detrás, como tú sospechas, sino delante.

—Aguarda ahí —dijo la esclava—, no entres y echen a correr todos al ver este monstruo.

Volvió a entrar y, al ver que todavía estaban peleándose sus compañeras, dijo:

—¿Por qué no prendo fuego a vuestras Musas, chicas? ¿Por qué os pegáis por ese hombre? Ved primero su belleza.

Salió una y dijo:

—¿Dónde está el señor, el que se acaba de comprar, hermoso mío?

—Aquí —respondió Esopo.

La esclava exclamó:

—¡Que Afrodita dé su merecido a tu horrible persona! ¿Por tu culpa me he peleado, basura? ¡Maldito seas! ¡Ven aquí dentro! y no te me pegues, ve lejos de mí.

Esopo entró y se detuvo frente a la señora de la casa.

31. La mujer de Janto, cuando vio la repugnante figura de Esopo, se volvió a Janto y le dijo:

—¡Aaay, Janto, qué astutamente, sabia y adecuadamente has actuado! Querías tomar otra mujer y no te atrevías a decirme a la cara: «Vete de mi lado». A sabiendas de lo escrupulosa que soy me has traído a éste adrede, para que, incapaz de soportar el verme servida por él, me fuera con los míos dejando esta casa. Así que, devuélveme la dote, que yo me voy a largar.

—¡Ay de mí! —dijo Janto dirigiéndose a Esopo—. Palabras viperinas me dijiste por mearme en el camino, mientras andaba, y ahora, ¿no le dices nada a ésta?

—Pues que se vaya con la dote al infierno —exclamó Esopo.

—¡Calla, basura! —replicó Janto—. ¿No te das cuenta que la quiero más que a mí mismo?

—¿Quieres a tu mujer? —preguntó Esopo.

—Sí, y mucho.

—¿Así que, quieres que se quede?

—Sí quiero, desgraciado.

—Te responderé como lo deseas.

Esopo, entonces, abriéndose de piernas, en medio de todos, gritó:

—¡Si Janto el filósofo está dominado por su mujer, mañana haré saber ante los que lo oigan qué basura despreciable es él!

—Bien, Esopo —dijo Janto.

32. Esopo dijo a la señora:

—Mujer, esto es lo que quieres para ti: que tu marido salga a un sitio cualquiera para comprarte un esclavo, de edad adecuada, hermosísimo, guapísimo, de ojos preciosos, rubio.

—¿Para qué? —preguntó la mujer de Janto.

—Para que el esclavo guapo —repuso Esopo— te siga al baño, y luego el esclavo guapo quite de tu cuerpo tus ropas, y luego, el esclavo guapo, al salir tú del baño te eche por encima el vestido de tela fina y, sentándose a tu lado, te calce los zapatos y juegue luego contigo y te vea a ti como algo agradabilísimo, comprado a precio de plata, y luego, tú le respondas con una sonrisa y, viendo al muchacho, te pongas cachonda y les llames al dormitorio para que te dé un masaje en los pies y después, tú, aturdida, lo arrastres contigo y lo beses dulcemente y hagas lo que te convenga con una desmesura vergonzosa, de manera que el filósofo se sienta avergonzado y burlado. ¡Bien, Eurípides! Había que haberte cubierto de oro la boca cuando exclamabas:

Temible es la furia de las olas marinas,
temible el hálito de un río y del fuego ardiente,
temible la miseria, temibles mil otras cosas más[14],
salvo que no hay desgracia más temible que una mujer.

Tú, siendo la prudente mujer de un filósofo, que quiere verse servida por esclavos hermosos, le procuras una injuria desmedida y un inmenso desprecio. Tú me pareces querer follar y no haces lo propio por miedo a que yo te haga ver la cólera de un hombre recién comprado, grandísima puta.

—¿De dónde me has sacado esta desgracia? —dijo la mujer de Janto.

A lo que Janto añadió:

—Y además de haberte dicho esto, señora, cuida que no te vea cagando o meando, porque a la vista de ello Esopo sería de claro como un Demóstenes.

—¡Por las Musas! —dijo la mujer de Janto— terriblemente impulsivo y astuto me parece el esclavo. Bueno, estoy cambiando de opinión sobre él.

—¡Esopo! —dijo Janto—, la señora ha cambiado de opinión sobre ti.

—¡Gran cosa! —respondió Esopo— si he calmado a una mujer con un susto.

—¡Menudo trásfuga! —dijo Janto.

33. Dijo la mujer de Janto:

—Esopo, es evidente que por lo dicho eres locuaz, pero yo me he equivocado con el sueño; pues yo creía que me iban a comprar un esclavo guapo y tú, en cambio, eres espantoso.

—No te extrañes, señora —respondió Esopo— por haber patinado con el sueño, porque no todos los sueños son verdad. Pues Zeus agració con la mántica al jefe de las Musas cuando se lo pidió, de manera que sobresalía sobre todos los que se dedican a los oráculos. El jefe de las Musas, al ser admirado por todos los humanos, creyó que superaba en inteligencia a todos los demás dioses y se convirtió en el más fanfarrón de todos. Por ello, quien es más grande que él[15], se irritó y no consintió en que ése tuviese tanto poder entre los hombres. Fabricó Zeus unos sueños verdaderos que, mientras se duerme, decían lo que iba a suceder. Cuando el capitoste de las Musas descubrió que nadie iba a tener necesidad de él por causa de la mántica, imploró a Zeus que se reconciliara con él y no le anulara el don de la profecía. Zeus se reconcilió con él y fabricó así otros ensueños para los hombres, de forma que les enseñasen cosas falsas mientras dormían, para que, al verse equivocados sobre su exactitud, recurrieran de nuevo a la facultad profética originaria. Por esta razón, si se presenta previamente una visión, descubre que es verdad lo soñado. Así que, entonces, no te asombres porque hayas visto en sueños una cosa y luego haya salido otra, pues no era de los primeros el que tú has visto, sino que a ti se te ha presentado uno de los falaces, engañándote con falsos ensueños.

34. Janto, tras alabar a Esopo y apreciar su sensatez y lo ingenioso de sus razonamientos, dijo:

—Esopo, coge un saco y sígueme para comprar verduras de la huerta para cocer.

Esopo se echó el saco al hombro y le siguió. Janto, cuando llegó en compañía de Esopo a la huerta, se encontró con el hortelano y dijo:

—Dame verdura para cocer.

El hortelano agarró la hoz y cortó repollos, acelgas, espárragos pericos y demás hierbas de condimento, hizo un fardo sencillo y se lo dio a Esopo. Janto abrió la bolsa y dio el dinero por las verduras.

35. El hortelano dijo:

—Esto, ¿para qué, maestro?

—El precio de las verduras —dijo Janto.

—¿Y a dónde me lleva ese dinero? —contestó el hortelano—. Tanto la huerta como lo que hay plantado te produce una miseria. Considérame tan sólo digno de una palabra.

—¡Por las Musas! —repuso Janto—. No voy a coger ni el dinero ni la verdura si no me dices antes para qué te pueden servir mis palabras siendo tú un hortelano; porque no soy ningún artesano, ni un herrero para hacerte una azada o un escardillo, sino que soy un filósofo.

—Me podrás servir de mucho, amo —dijo el hortelano—; pues ando preocupado por una pequeña cuestión y no puedo dormir por las noches, pensando y buscando por qué la tierra la cavo, la riego, le dedico mucho cuidado y crece más deprisa lo silvestre de la tierra que lo plantado por mí.

Janto, después de escuchar una cuestión propia de un filósofo y sin posibilidad de resolverla enseguida, dijo:

—Todo se rige por la divina providencia.

36. Esopo, que estaba detrás de Janto, soltó una carcajada.

—¡Esopo! —dijo Janto—, ¿te ríes o te burlas?

—¡No de ti! —contestó Esopo.

—Pues, ¿de quién? —preguntó Janto.

—Del maestro que te enseñó —replicó Esopo.

—Maldito —dijo Janto—, ofendes a toda Grecia, pues he estudiado en Atenas con filósofos, oradores y gramáticos. ¿Es que acaso te está a ti permitido entrar en el Helicón de las Musas?[16].

Insistió Esopo.

—Si nada tienes que decir, hay que reírse de ti.

—¿Pero es que el problema tiene otra solución? —repuso Janto—. Porque las cuestiones de la naturaleza, gobernadas por la divinidad, es imposible que los filósofos puedan investigarlas. ¿Acaso puedes tú resolverlo?

—Espera, que lo voy a resolver —dijo Esopo.

37. Janto, confundido, le dijo:

—¡Listo!, es absurdo que yo, que he hablado ante auditorios tan importantes, hable ahora en los huertos, así que sígueme.

Al marcharse, Janto explicó al hortelano:

—Tengo un esclavo muy instruido, este que nos acompaña, habla con él y te resolverá el problema.

—¡Mira éste! —exclamó el hortelano—, ¿sabe las letras esta tiña?

Esopo se sonrió y dijo al hortelano:

—Como tú, desgraciado.

—¿Desgraciado yo?

—¿Acaso no eres un hortelano? —inquirió Esopo.

—Sí —contestó.

—¿Y te irritas, entonces, al oír que te llamo desgraciado, si eres un hortelano? Así, que buscar saber por qué motivo cuando plantas en la tierra, cavas, riegas y tienes mucho cuidado, dices que crecen más deprisa las plantas silvestres, que crecen solas de la tierra, que las que tú cuidas…[17].

38…

…[18] para que no me molestes haciendo más o menos de lo que se te ordena. Coge un lecito y unas toallas y vayamos al baño.

Esopo se dijo para sí:

—Los amos picajosos en lo que toca al servicio son responsables de su propia infelicidad. Yo voy a enseñarle a este filósofo, para que aprenda a cómo debe dar las órdenes.

Así que Esopo cogió lo que se le dijo, pero sin poner aceite en el lecito y siguió a Janto al baño. Janto se quitó la ropa y se la dio a Esopo diciendo:

—Dame el lecito.

Esopo se lo dio. Janto tomó el lecito, lo volcó y se encontró que estaba vacío, y preguntó:

—Esopo, ¿dónde está el aceite?

—En casa —respondió Esopo.

—¿Por qué?

—Porque tú me dijiste: «Coge un lecito y toallas», pero no dijiste aceite —contestó Esopo—. No debo hacer nada más que lo que se me dice, porque si me salgo de lo ordenado me ganaría unos azotes.

Esopo se quedó tranquilo con esta respuesta.

39. Janto se encontró en el baño a unos amigos, le mandó a Esopo que diera la ropa a los esclavos de sus amigos y le dijo:

—Esopo, vete a casa y después que se hayan majado las verduras, conforme

a la manía de mi mujer, haznos un cocido[19]. Echalo en el puchero, añade agua y ponlo en el hogar, coloca debajo leña y enciéndela, si se apagara, sopla; ¿ves?, lo haces así.

—Lo haré —contestó Esopo.

Se marchó a casa y entró en la cocina, echó un garbanzo en el puchero y lo puso a hervir. Janto, después de tomar el baño con sus amigos, dijo:

—Señores, ¿podéis almorzar frugalmente conmigo?, porque tenemos cocido. No conviene juzgar a los amigos por el lujo de la comida, sino aceptarlos por su buena voluntad; ya que, en ocasiones, los exiguos bienes de quienes son amables poseen un encanto mucho más agradable, cuando el que procura su disfrute invita a él con cariño.

—Vayamos —dijeron los amigos.

40. Janto les llevó a la casa y dijo:

—Danos de beber *después* del baño[20].

Esopo echó agua templada de la bañera en un cántaro y se lo dio a Janto.

—¿Qué es esto? —dijo Janto.

—Algo de beber *del* baño —contestó Esopo.

Después, Janto, de mal humor, dijo:

—Pon la jofaina.

Esopo puso la jofaina sin agua mientras se quedaba de pie.

—¡Otra vez! ¿Qué es esto? —dijo Janto.

Esopo contestó:

—Dijiste: «pon la jofaina», no «echa agua y lávame los pies».

—Quítame las sandalias y haz eso —dijo Janto.

Luego, dirigiéndose a sus amigos, dijo:

—Señores, veo que no compré un esclavo, sino que me he mercado un maestro. Ahora puesto que lo deseáis, levantémonos y vayamos al triclinio.

41. Como la bebida se alargaba, dijo Janto:

—Esopo, ¿está el cocido?

—Sí.

—Pues dame para ver si está a punto —dijo Janto.

Esopo trajo en una cuchara un solo garbanzo y se lo dio a Janto. Probó Janto el garbanzo y dijo:

—Está bien, está en su punto. ¡Hala, ponlo!

Esopo puso un plato, echó el caldo y dijo:

—Pues comed ya que está a punto.

—¡Eh, que sólo has echado caldo! ¿Dónde está el cocido? —preguntó Janto.

—El cocido ya te lo has comido —repuso Esopo.

—¿Pero sólo has cocido un garbanzo? —dijo Janto.

—Sí, me dijiste: «haz un cocido». Una cosa es un *cocido* y otra *cocido*.

42. Janto dijo:

—Para que no parezca que estoy ofendiendo a los amigos, vete y prepara inmediatamente con vinagre las cuatro patas de cerdo que compraste.

Esopo echó las patas en la cazuela y las puso a cocer. Janto, buscando un pretexto para azotar a Esopo, se levantó y le dijo:

—Esopo, vete y trae de la despensa vinagre y échalo en la cazuela.

Mientras iba Esopo a la despensa, entró Janto en la cocina y después de sacar una pata del puchero, la escondió. Cuando volvió Esopo y vio tres patas en el puchero, comprendió que Janto le había quitado aposta una pata porque quería tener un pretexto contra él. Vio entonces en el establo de Janto un cerdo bien cebado, preparado para degollar con ocasión del cumpleaños de la mujer de Janto, enseguida, le ató el hocico con una cuerda y le cortó una pata. Luego de trincharla y chamuscarla al fuego, la echó en el puchero en lugar de la robada. Janto, sospechando que Esopo se fugara al no encontrar la pata, se levantó, salió y echó la pata en el caldero. Llegó a haber así cinco patas. Pero ni Esopo ni Janto supieron que había cinco.

43. Pasado un rato, dijo Janto a Esopo:

—¿Has cocido las patas de cerdo?

—Sí —respondió Esopo.

—Pues tráelas —dijo Janto.

Esopo puso un plato, vació el puchero y salieron cinco patas; cuando las vio, Janto se quedó lívido y preguntó:

—Esopo, ¿cuántas patas tiene un cerdo?

—De acuerdo. Aquí hay cinco y al cerdo de ahí fuera le tocan tres.

—¡Señores, éste me está volviendo loco! —exclamó Janto.

Y replicó Esopo:

—Pues no tenías que haberme puesto cortapisas y yo te habría servido con procedimientos más honrados. Pero no te arrepientas amo, porque tu manera de

mandar va a serte más útil que la ley; ello te enseñará a no meter la pata ante tus auditorios. Pues lo que se dice de más, por añadir o quitar, es un error de aúpa.

Janto, sin encontrar motivo para azotar a Esopo, se calló.



FIG. 7

44. En los días siguientes, fue Esopo con Janto a las tertulias y se hizo muy conocido. Entonces, una vez, uno de sus discípulos preparó un banquete e invitó a Janto, con Esopo y a los demás discípulos. Janto le dijo a Esopo:

—Coge lo necesario para la comida y sígueme; me refiero a la cesta, la bandeja, las servilletas, la antorcha, las sandalias y si se me ha olvidado alguna otra cosa ya te lo diré.

Esopo cogió todo y le siguió. En la comida, Janto agarró unas cosas y se las dio a Esopo, que las guardó en la cesta. Janto se volvió a Esopo y le preguntó:

—¿Tienes todo lo que te he dado?

—Lo tengo —contestó.

—Pues lleva todo eso a la que es tan buena —dijo Janto.

—Lo haré.

Cuando salió, se dijo Esopo:

—Ahora es el momento de dar salida a la inquina que tengo contra el ama, porque encima que me ha comprado se burla de mí y me pone verde y porque ha tirado y pisoteado la verdura que me dio a mí el hortelano y no me dejó agradar a mi amo con ese regalo. Voy a demostrarle yo que a un criado diligente no le hace falta una mujer. Puesto que el amo me dijo: «da estas raciones a la que es tan buena», ahora verá quién es la que es tan buena para él.

45. Llegó por fin Esopo y cuando entró en la casa dejó la cesta, llamó a la mujer de Janto y enseñándole todas las raciones dijo:

—Examina, señora, si falta algo o está mordisqueado.

—Todo está bien e intacto, Esopo —dijo la mujer de Janto—. ¿Me lo ha mandado el amo?

—No —contestó Esopo.

—¿Y a quién se lo ha mandado? —preguntó la mujer.

—A la que le quiere.

—¿Y quién le quiere, esclavo?

—Aguarda un momento y verás quién le quiere.

Esopo miró entonces a una noble perra criada en casa, la llamó y dijo:

—Ven, Loba, toma.

Y la perra acudió corriendo. Esopo le dio de comer y la perra devoró todo. Esopo se volvió a donde tenía lugar el banquete y se puso detrás de Janto.

46. Janto preguntó:

—¿Qué hay, Esopo, se lo diste?

—Se lo di —respondió Esopo.

—¿Se lo comió?

—Sí, se comió todo.

—¿Y pudo comérselo todo?

—Sí —dijo Esopo— porque tenía hambre.

—¿Se lo comió con gusto? —preguntó Janto.

—Sí, se lo comió con gusto.

—¿Y qué dijo?

—No dijo nada, pero siempre te está deseando.

—Tengo que cuidar de ella —dijo Janto.

En cambio la mujer de Janto decía a sus esclavas:

—Muchachas, yo ya no puedo vivir con Janto. Que me devuelva mi dote y me marcho. Porque después que ha preferido a la perra en vez de a mí, ¿cómo voy a vivir con él?

Así que entró en su cuarto y se quedó muy triste.

47. El rato de la bebida se prolongaba mucho y dio lugar a una larga conversación y, como suele ocurrir entre eruditos, se propusieron cuestiones variadas. Uno de los discípulos preguntó:

—¿Cómo les sobrevendría una gran perturbación a los hombres?

Esopo, que estaba detrás de su amo, dijo:

—Si resucitando los muertos reclamaran lo que es suyo.

Se produjo entonces una carcajada general y un gran murmullo entre los discípulos y dijeron:

—El esclavo que ha comprado hace poco Janto es uno más de nosotros aquí presentes.

Uno de los discípulos dijo:

—A mí me dijo un día que era una oveja marina[21].

—A veces habla por sí mismo, otras, lo que ha aprendido de Janto —añadió otro.

—Como todos vosotros —contestó Esopo.

Los discípulos dijeron a Janto:

—Por las musas, maestro, deja beber a Esopo.

Janto le dio permiso y Esopo bebió.

48. Uno de los presentes preguntó a los demás:

—¿Por qué no chilla la oveja que llevan al sacrificio y en cambio el cerdo da grandes gruñidos?

Como nadie encontraba solución a la pregunta, respondió Esopo:

—Porque la oveja tiene una leche muy aprovechable y unas lanas para hacer buenos vestidos, periódicamente se le esquila su pesado pelo y al ordeñarla vuelve a sentirse a gusto, de modo que cuando se la conduce al sacrificio, sin sospechar que va a sufrir nada malo, sigue contenta y no huye al aparecer el cuchillo. Por el contrario, el cerdo gruñe mucho por eso mismo, porque no tiene lanas aprovechables ni leche. Chilla con razón al saber que lo llevan al sacrificio

por lo útil de su carne.

Los discípulos dijeron:

—Está clarísimo, por las Musas.

49. Cuando se marcharon todos, Janto regresó a su casa, entró en el dormitorio y empezó a hacer carantoñas y dar besos a su mujer. Ella apostrofó a Janto diriéndole:

—No te me acerques, golfo, que estás liado con los esclavos, mejor, con las perras. Devuélveme mi dote.

—Maldita sea mi suerte —exclamó Janto—, ¿qué faena me ha vuelto a hacer Esopo?

La mujer le dijo:

—Seduce y posee a aquella, a la que mandaste tanta comida.

—¿No decía yo que Esopo me ha armado un jaleo? —dijo Janto—, ¡Que llame uno a Esopo!

50. Esopo entró y Janto le dijo:

—¿A quién le diste las raciones?

—A mi me dijiste: «dale esto a la que es tan buena» —repuso Esopo.

La mujer de Janto dijo:

—¡Yo no tomé nada! ¡Mira donde está, no lo niegues delante de mí!

—¡Mira, trásfuga, dice que no ha tomado nada! —exclamó Janto.

—¿A quién me dijiste que diera las raciones? —insistió Esopo.

—A la que es buena —dijo Janto.

—¿Pero quién es la que te quiere? —repuso Esopo.

—¿Pues quién va a ser, miserable?

—Aprende quién es quien te quiere —dijo Esopo llamando a la perra—. Ésta es la que te quiere. Porque tu mujer dice que te quiere, pero no te quiere. Y esto es prueba de ello. Porque ésta, que tú crees que te quiere, por menos de nada te está reclamando la dote y quiere abandonarte. Mientras que a la perra, desuéllala, mátala, pégala, échala y no se marchará de tu lado, al contrario, olvidándose del arrebato, volverá a ti y meneando el rabo buscará otra vez al amo. Tenías que haberme dicho entonces: «lleva esto a mi mujer» (pero no «a la que es buena»). Porque no es ésta quien te quiere, sino la perra.

Janto entonces dijo a su mujer:

—Ves, señora, que no ha sido mía la culpa, sino del trabalenguas que ha

armado éste. Encontraré un buen pretexto para azotarlo y vengarte.

51. Al día siguiente, Janto invitó a sus discípulos, que ya le habían invitado a él, y dijo:

—Esopo, como he invitado a unos amigos a almorzar, ve a cocinar algo que esté bien, si es que hay algo bueno en esta vida.

Esopo dijo para sí:

—Voy a enseñarle yo a éste a no mandar bobadas.

Así que se fue al carnicero y compró lenguas de cerdos sacrificados, volvió a casa y unas las hirvió, otras las asó y otras las aderezó, el caso es que las preparó todas. A la hora señalada llegaron los invitados y Janto dijo:

—Esopo, danos algo de comer.

Y Esopo trajo para cada uno una lengua cocida y sirvió salsa de vinagre y salmuera. Los discípulos dijeron:

—Ah, Janto, también tu banquete está rebosante de sabiduría, nada hay en ti que no sea laborioso, pues de inmediato, al principio de la comida ya han puesto las lenguas.

52. Después de tomar dos o tres copas, dijo Janto: —Esopo, danos de comer.

Esopo presentó de nuevo a cada uno una lengua asada, sal y pimienta. Los discípulos dijeron:

—Divino, maestro, extraordinario, por las Musas. Porque toda lengua con el fuego se excita y más con la salsa y la pimienta; ya que lo salado se mezcla con lo picante de la lengua para realzar lo sabroso y excitante. Janto, después de volver a beber, dijo por tercera vez:

—Tráenos de comer.

Esopo trajo a cada uno una lengua aliñada. Los discípulos se dijeron uno a otro:

—¡Demócrito! A mí me duele la lengua de comer lenguas.

Otro discípulo añadió:

—¿No hay otra cosa de comer? Allí donde Esopo se esfuerza, nada bueno hay.

Los discípulos, al comerse las lenguas aliñadas, se sintieron con ganas de devolver. Janto entonces dijo: —Esopo, danos de comer a cada uno otro plato. Esopo presentó un puré de lengua. Los discípulos, que ya no podían levantar las manos, dijeron:

—Esopo es el autor de este desastre; hemos sido derrotados por las lenguas.

Janto preguntó:

—Esopo, ¿tenemos otra cosa?

—No hay nada más —respondió.

53. Janto le dijo:

—¿Que no hay nada más, maldito? ¿No te dije que «si había algo bueno en la vida, algo dulce», lo compraras?

Esopo contestó:

—Te tengo que agradecer que me llames la atención delante de unos filólogos. Me dijiste: «si hay algo bueno en la vida, muy dulce o importante, cómpralo». ¿Qué hay más útil o importante en la vida que la lengua? Aprende que por medio de la lengua se ha organizado todo saber y cultura. Sin la lengua nada hay, nada se puede dar, ni tomar, ni comprar. Por la lengua se enderezan los Estados, se precisan los decretos y las leyes. Así que, si por medio de la lengua está toda la vida organizada, nada hay más poderoso que la lengua.

Los discípulos dijeron:

—Sí, por las Musas, bien dicho. Tú te has equivocado, maestro.

Los discípulos se marcharon. Durante toda la noche se encontraron mal, aquejados de diarrea.

54. Al día siguiente, los discípulos se lo reprocharon a Janto, éste les dijo:

—Filólogos, no fue mía la culpa, sino de ese esclavo inútil, Esopo. ¡Hala!, hoy os volveré a dar una comida y le daré las órdenes delante de vosotros.

Entonces llamó a Esopo y le dijo:

—Puesto que te ha dado por parlotear por todos lados, vete al mercado y si hay algo podrido, lo que esté peor, cómpralo.

Esopo lo oyó sin inmutarse, se fue a la carnicería y volvió a comprar todas las lenguas de cerdos sacrificados, volvió y las preparó para la comida. Llegó Janto a casa con sus discípulos y se tumbó con ellos a la mesa. Después de beber primero algo, dijo:

—Esopo, danos algo de comer.

Esopo sirvió a cada uno una lengua en salazón con salsa de vinagre y salmuera. Los discípulos comentaron:

—¿Qué es esto, otra vez lenguas?

Janto se quedó lívido y los discípulos se dijeron:

—Igual quiere arreglarnos con vinagre el estómago de la diarrea de ayer.

Luego de beber un par de veces, dijo Janto:

—Danos algo de comer.

Esopo sirvió a cada uno una lengua asada. Los discípulos exclamaron:

—¡Ah! ¿Qué es esto? ¿El imbécil de ayer vuelve a ponernos malos con las lenguas?

55. —¿Qué es esto otra vez, desgraciado? —dijo Janto—. ¿Por qué has comprado esto? ¿No te dije: «vete al mercado y lo que peor encuentres, lo que esté podrido, cómpralo»?

Esopo se explicó:

—¿Qué mal no hay que no venga por culpa de la lengua? Por la lengua hay odios, por la lengua hay insidias, engaños, peleas, celos, discordias, guerras. Así que, nada hay peor que la maldita lengua.

Uno de los discípulos, asistentes al banquete de Janto, dijo:

—Maestro, si te fías de éste, te va a volver loco. Porque su espíritu es como su físico. Ese esclavo insultante y pérfido no vale ni un óbolo.

Esopo le contestó:

—Calla, discípulo, tú sí que me pareces ser sumamente pérfido, tú, que no tienes la manera de Janto y que por lo bajo enciendes con chispas la cólera del amo y excitas al amo contra el criado. Ésta no es la manera de conducirse una persona que se ocupa de sus cosas, sino la de un entrometido, el meterse en los asuntos ajenos.

56. Janto, buscando un pretexto para azotar a Esopo, le dijo:

—Esopo, cuando lo necesito, cultivo también la filosofía para mi propio esclavo, has llamado entrometido a mi amigo; demuéstrame, pues, si el hombre es un entrometido.

—Pues es muy entrometido —replicó Esopo—, porque muchas personas al comer y beber lo de los demás, se meten donde no les importa, mientras que algunos otros, al hacer memoria de sus propios defectos, no se mezclan en los de los demás.

Respondió Janto:

—Pues si dices que el hombre no es un entrometido, te daré otra orden y anularé la que te di antes. Mañana, organizará otro el banquete y tú, después de marcharte, me vas a invitar a la comida a una persona que no sea entrometida. Y

si se mete en algo que no le importe, a la primera callaré, la segunda la perdonaré, pero a la tercera, te haré desollar y tendrás tu merecido.

57. Esopo escuchó lo que le dijo Janto, al día siguiente se fue a la plaza y buscó una persona que no fuera entrometida[22]. Cuando llegó a la plaza encontró que se había entablado una pelea y había mucha gente congregada. Y encontró, en uno de los lados, a uno que estaba sentado y leyendo. Esopo se dijo para sí:

—Llamaré a éste, parece que no es entrometido y me libraré de la paliza.

Así que, se acercó a él y le dijo:

—¡Oye, tú eres la persona ideal! Janto, el filósofo, enterado de tu mansedumbre, te invita a comer.

Éste le respondió:

—Iré, me encontrarás delante de la puerta.

Esopo se marchó y preparó la comida. Janto le preguntó:

—Esopo, ¿dónde está la persona que no es entrometida?

—Delante de la puerta está —respondió Esopo.

A la hora convenida le hizo entrar y se reclinó junto con los amigos.

58. Janto mandó que se diera, primero al huésped, vino con miel. Éste dijo:

—No, señor. Bebe tú primero, luego tu mujer y después, nosotros, tus amigos.

Janto hizo una seña a Esopo, como diciendo «primera intromisión», pues de alguna manera se mostró entrometido. Se sirvió luego una fuente de pescado y Janto se descolgó con lo siguiente:

—Yo, que he dado tantos condimentos, se me ha chafado la comida, porque no hay ni especies, ni aceite, ni ajilimójili. ¡Que se azote al cocinero!

El huésped dijo:

—Calma, señor, nadie tiene la culpa, todo está bueno.

Janto hizo un nuevo guiño a Esopo, como diciendo: «mira la segunda». Se trajo luego un pastel con mucho sésamo. Janto lo probó y dijo:

—Llama al pastelero. ¿Por qué el pastel no tiene miel ni pasas?

El huésped añadió de nuevo:

—Señor, también el pastel está bueno, nada le falta a la comida. No pegues en balde a los esclavos.

Janto volvió a hacer una seña a Esopo, dándole a entender «mira, la tercera».

—¡Qué le voy a hacer! —dijo Esopo.

Cuando se levantaron de la mesa, Esopo fue colgado y azotado. Janto le dijo:

—Tienes bastante con esto y si no me invitas a una persona que no sea entrometida, te ataré y te haré pedazos.

59. Al día siguiente, salió fuera de la ciudad[23]. Entonces, vio a un hombre con aspecto de campesino, pero de modales urbanos, que llevaba un borriquillo cargado de leña, que evitaba el trato con la gente e iba hablando con el burro. Esopo se fijó en este hombre preocupado de lo suyo, nada entrometido por tanto y le siguió. El campesino, montado en el burro, le decía a medida que andaban:

—¡Arre! Para que lleguemos deprisa y se pueda vender la leña a doce ases, tú te llevarás entonces dos en hierba y yo otros dos para mí, los ocho restantes los guardaremos para cuando hagan falta, no sea que venga una enfermedad o una súbita tempestad nos deje sin recursos. Porque si hoy comes cebada y luego te sobreviene algo adverso, no podrás comer ni hierba ni cebada.

60. Esopo, al oír esto, dijo para sí:

—¡Por las Musas! ¡Sí que este hombre me parece que no es entrometido! Me acercaré a él.

Luego que estuvo a su lado, le dijo:

—¡Salud, abuelo!

El campesino correspondió al saludo. Esopo le preguntó:

—¿Cuánto vale la leña?

—Doce ases —contestó el hombre.

Esopo se dijo:

—Es cierto, la vende por lo mismo que pensaba. Abuelo, ¿conoces a Janto, el filósofo? —preguntó luego.

—No, hijo —dijo el campesino.

—¿Por qué? —preguntó Esopo.

—Porque no soy entrometido: sin embargo, oigo hablar de él.

—¡Que la suerte sea contigo! Yo soy esclavo suyo —dijo Esopo.

—¿Es que te he preguntado yo si eres esclavo o libre? ¿Qué me importa a mí eso? —le dijo el campesino.

Esopo le contestó:

—De verdad que eres prudente. Abuelo, tu leña está comprada. Lleva el burro a casa de Janto.

—Pero no sé dónde está la casa —dijo el campesino.
—Sígueme y lo sabrás.

61. Esopo lo llevó a la casa, descargó la leña y le pagó diciéndole:
—Abuelo, mi amo te pide que comas con él. Así que, deja el burro en el patio que ya se le atenderá.
El campesino entró al banquete y no se preocupó de por qué motivo se le invitaba. Así que pasó lleno de barro como estaba y con el calzado puesto. Dijo Janto:
—¿Es éste el que no es entrometido?
Janto, viendo que Esopo proclamaba ampliamente las excelencias del campesino, preguntó a su mujer:
—Señora, ¿quieres que demos una lección a Esopo?
—Me encantaría —contestó la mujer.
—Haz como te digo —dijo Janto—, levántate y ofrece la jofaina al huésped como si tuvieras que lavarle los pies. Entonces, él descubrirá tu rango dándose cuenta de que eres la señora de la casa y no te dejará, sino que te dirá: «Señora, ¿no hay un esclavo para que me lave los pies?». Entonces quedará como un entrometido y Esopo sufrirá su castigo.
La mujer de Janto, por el odio que tenía a Esopo, se ciñó una toalla, se echó otra por los hombros y ofreció la jofaina al huésped. El huésped se dio cuenta de que era la dueña de la casa y dijo para sí:
—Janto es un filósofo; si hubiera querido habría ordenado que un esclavo me lavara los pies, pero, si por hacerme un honor, ha obligado a su propia mujer a lavarme los pies, no puedo yo hacer un desprecio, así que no voy a meterme en nada, al revés, ofreceré los pies y dejaré que me los laven.
Una vez lavado se apoyó en el triclinio.

62. —¡Por las Musas, sí que es prudente! —comentó Janto.
Mandó en primer lugar que dieran de beber vino con miel al huésped. Éste pensó:
—Primero deben beber los señores de la casa, pero por concederme este honor, el filósofo ha ordenado que me den de beber a mí el primero, así que no diré nada.
Y tomando la copa bebió. Janto dio orden de que trajeran la comida. Se trajo un plato de pescado. Janto dijo al campesino:

—Come.

El campesino empezó a devorar como Caribdis[24]. Janto, después de probar la comida y con la intención de provocar al campesino, para que con sus palabras se mostrara entrometido, dijo:

—¡Muchacho, llama al cocinero!

Éste acudió. Janto le dijo:

—Dime, trásfuga, ¿por qué al coger lo necesario no echaste suficiente aceite, ni salmuera, ni pimienta? Desnudadlo y azotadlo.

El campesino pensó:

—Está bien guisado y nada falta. Si Janto está enfurecido con su propio cocinero y quiere castigarlo, no me meteré en nada.

El desgraciado cocinero fue azotado. Janto, mientras, se pensaba:

—Creo que este hombre es mudo o idiota, no habla en absoluto.

Después de la comida se trajo el pastel. El campesino, que no había visto un pastel ni en pintura, comenzó a hacer trozos cuadrados, tragándoselos como si fueran ladrillos.

63. Janto lo probó y gritó de nuevo:

—¡Que llame alguien al pastelero!

Se presentó el pastelero y dijo Janto:

—¡Maldito! ¿Por qué el pastel no tiene miel, ni pimienta, ni piñones y además también está agrio?

El pastelero respondió:

—Señor, si el pastel está crudo échame a mí la culpa, pero si no tiene miel y se ha agriado, no soy yo el culpable, sino la señora; porque, después de hacer el pastel, le pedí miel, pero me dijo: «cuando salga del baño se la echo». Así que, se retrasó y por no coger a tiempo la miel, se pasó el pastel.

—Pues si ha sido por culpa del descuido de mi mujer, ahora mismo la haré quemar viva —replicó Janto, que dirigiéndose a su mujer dijo—: ¡Tú, señora, responde! ¡Eh, Esopo, trae sarmientos aquí dentro y haz una pira!

Esopo, después de traer los sarmientos, hizo una gran pira. Janto cogió a su mujer y la condujo al medio, mientras estaba pendiente del campesino por si saltaba ofendido y no se lo consentía.

64. El campesino ni se inmutó, al contrario, reclinado, seguía bebiendo. Se dio cuenta de que Janto lo estaba poniendo a prueba y le dijo:

—Señor, si has decidido hacerlo, espera un poco, hasta que me marche yo al campo y traiga a mi mujer, entonces, las quemaremos a las dos.

Janto, asombrado del valor de este hombre tan prudente, dijo:

—Esopo, reconozco que me has vencido; basta de jugar conmigo, déjalo ya y sírveme con buena voluntad.

—Ya no me despreciarás, amo, y conocerás el afecto de tu siervo.

65. Al día siguiente dijo Janto a Esopo:

—Ve y mira si hay gente en los baños[25].

Esopo, cuando iba por el camino, se encontró con un general. El general, que conocía a Esopo, le preguntó:

—Esopo, ¿a dónde vas?

—No sé —contestó.

—¿Te pregunto que a dónde vas y dices: «no sé»? —dijo el general. El general mandó que lo llevaran al calabozo. Entonces Esopo dijo:

—Señor, ves como tenía razón, no sabía que me iban a llevar al calabozo.

El general, perplejo, lo soltó.

66. Esopo se fue a los baños y vio una nutrida masa de gente que iba a bañarse y delante de la entrada del baño había una piedra tirada, puesta imprudentemente y cada uno que entraba pegaba un tropezón y maldecía al que había puesto la piedra, pero ninguno la cambiaba de sitio. Esopo se asombraba de la estupidez de los que tropezaban, hasta que uno, después de tropezar, exclamó:

—¡Maldita sea la suerte del que puso la piedra aquí!

Y después de cambiar la piedra de sitio entró. Esopo volvió al lado de Janto y le dijo:

—¡Amo he encontrado una sola persona en el baño!

—¿Una sola? —dijo Janto—. Es el momento de bañarse uno a sus anchas. Lleva lo necesario para el baño.

Cuando entró Janto y vio bañándose a un gentío enorme dijo:

—Esopo, ¿no me dijiste: «he encontrado una sola persona en el baño»?

—Desde luego que sí —respondió—. ¿Ves esa piedra? estaba delante de la entrada y todos los que se están bañando tropezaron con ella, pero ninguno tuvo un gesto de inteligencia humana para cambiar la piedra de sitio. Contra todos estos que tropezaron, una sola persona, después de darse cuenta, cambió la

piedra para que a quienes entraran no les pasara lo mismo. Consideré que aquél era un hombre en lugar de los demás. Así que te dije la verdad.

—Esopo no desperdicia nada para defender aquello en que se equivoca —comentó Janto.

67. Janto, después de bañarse y de pedir a Esopo que le llevara la comida, se puso a comer. Pero, por adelantar la bebida, el culo de Janto experimentó un retortijón de la natural necesidad que le obligó a retirarse. Salió también Esopo y se quedó a su lado con un paño y un sextario[26] de agua. Entonces, Janto le preguntó:

—¿Me puedes decir por qué motivo, mientras cagamos, miramos a menudo nuestra propia mierda?

Esopo le respondió:

—Porque antiguamente hubo un hijo de un rey que por molicie y placer se pasaba mucho tiempo cagando, tanto tiempo, hasta que un día no se dio cuenta y cagó su propio seso. Desde aquel día los hombres, cuando cagan, se agachan por miedo a que también ellos caguen sus sesos. Pero tú no tengas ningún agobio por esto, pues no vas a cagar los sesos porque no los tienes.

68. Volvió a entrar Janto y se dejó caer en el triclinio. Continuaba la ronda de bebida y Janto se puso un poco alegre. Y como es natural entre filósofos, empezaron a proponer problemas y cuestiones. Surgió una discusión por la exposición de problemas y empezó Janto a discutir, pero la cosa no trascurrió como en un simposio, sino como ante un auditorio. Esopo se dio cuenta de que iba a tener lugar la típica pelea y dijo:

—Dioniso, cuando descubrió el vino, hizo la mezcla en tres tazas y enseñó a los hombres cómo hay que servirse de la bebida: primero, por placer; segundo, por alegría, y tercero, por pena. Por lo cual, amo, bebiendo la taza del placer y la de la alegría, deja la de las penas a los jóvenes, puesto que tienes auditorios en los que lo has demostrado.

Janto, borracho ya, dijo:

—¿No callas, burro? ¿Eres consejero de Hades?

—Espera y vete al Hades —replicó Esopo.

69. Uno de los discípulos, viendo que Janto se irritaba, preguntó:

—Maestro, ¿le es posible todo al hombre?

—¿Quién ha empezado a discursear sobre el hombre diciendo que es capaz y apto para todo? —inquirió Janto.

El discípulo acudió al absurdo y planteó esta cuestión:

—¿Es posible que alguna persona se beba toda el agua del mar?

—Eso es fácil; yo me la bebo —dijo Janto.

El discípulo añadió:

—Y si no te la bebes, ¿qué?

Janto, vencido ya por el mucho vino bebido, dijo:

—Me lo apuesto por mi hacienda; si no puedo bebérmela, me quedaré en la indigencia.

Los presentes echaron sus anillos y aceptaron la apuesta. Esopo, que estaba a los pies de Janto, le dio con el puño en el tobillo y advirtió:

—¿Qué haces, amo? ¿No te das cuenta? ¿Cómo vas a poder beberte el mar?

—¡Cállate, basura! —dijo Janto sin darse cuenta de la apuesta que había hecho.

70. Habiéndose levantado temprano, Janto quería lavarse la cara y dijo:

—Esopo.

—¿Qué hay, amo?

—Echame agua en las manos.

Esopo cogió el sextario y se la echó. Janto se lavó la cara y al no ver su anillo, dijo:

—Esopo, ¿qué le ha pasado a mi anillo?

—No sé —respondió Esopo.

—¡Ah! —gimió Janto.

—Mira por donde, coge todo cuanto puedas de tu hacienda a escondidas y guárdala para mejor ocasión, porque tu fortuna ya no es tuya —dijo Esopo.

—¿Qué dices? —preguntó Janto.

Esopo le explicó:

—Ayer, mientras bebías, apostaste por tu hacienda que te beberías el mar y diste como prueba tu anillo.

—¿Y cómo voy a poder beberme el mar?

—Yo que estaba a tus pies te dije: «déjalo, amo, ¿qué estás haciendo?, es imposible» y no me hiciste caso.

Janto se tiró a los pies de Esopo diciéndole:

—Te lo suplico, Esopo, a ver si es posible, por tu inteligencia, encontrar un

pretexto para ganar o para anular la apuesta.

Esopo le respondió:

—Ganar, no puedo, pero voy a hacer que se anule lo dicho.

—¿De qué forma? ¿Dime qué piensas? —interrogó Janto.

71. Dijo Esopo:

—Cuando venga el árbitro de la apuesta con el adversario diciendo que te bebas el mar, no digas que no, al contrario, ponte como si estuvieras borracho. Coge una mesa, ordena que la sirvan y que se presenten los esclavos. Esto dará lugar a un espectáculo; acudirá todo el mundo a verlo porque tú te vas a beber el mar. Cuando veas que está todo lleno de gente, llenas una taza con agua de mar y cuando hayas hecho venir al juez de la apuesta, di: «¿qué apuesta hice?» y él te dirá: «que te bebas todo el mar». Y tú dices: «¿nada más?», «no», te dirá. Entonces, tú pones testigos de esto y dices: «Ciudadanos, muchos son los ríos, hinchados por las lluvias e inagotables, que fluyen al mar. La única apuesta que hice fue beber el mar y no los ríos que desembocan en él. Así que, el adversario cierre las desembocaduras de los ríos, para beber únicamente el mar. Si imposible del todo es cerrar las bocas de los ríos que hay en el mundo, también es imposible que yo me beba el mar». De este modo, unido un imposible con otro imposible, se romperá la apuesta.

72. Janto se quedó estupefacto de su habilidad de ingenio, se puso muy contento y esperó. El que propuso la apuesta llegó con los notables de la ciudad ante la puerta, llamó a Janto y dijo:

—Cumple la apuesta o entrega tu hacienda.

—Da razón de la tuya —dijo Esopo— porque ya tenemos el mar medio vacío.

El discípulo le replicó:

—Esopo, vas a ser mi esclavo y no el de Janto.

—Entrega mejor tu hacienda a mi amo y no digas tonterías —respondió Esopo.

Dicho esto, mandó que trajeran un lecho y lo pusieran en la orilla, se colocó también una mesa y encima unas copas. Acudió toda la gente, llegó Janto y se echó. Entonces, Esopo se puso a su lado, llenó las copas con agua de mar y ofreció una a su amo. El discípulo murmuró:

—Maldita sea, ¿de verdad se bebe el mar?

73. Mientras Janto se acercaba la copa a su boca, dijo:

—Que venga el árbitro.

Acudió y le dijo Janto:

—¿Qué apuesta hice?

—La de beberte el mar —le respondió su discípulo.

—¿Nada más?

—No.

Entonces, dijo Janto a la concurrencia:

—Ciudadanos, sabéis que muchos son los ríos, hinchados por las lluvias e inagotables, que fluyen al mar. Yo sólo aposté beberme el mar, pero no los ríos; que mi contrincante cierre las bocas de los ríos, para que no me los beba mezclados con el mar.

El filósofo ganó y se levantó un clamor de la multitud vitoreando a Janto. El discípulo, tirándose a los pies de Janto, dijo:

—Maestro, eres grande, has vencido, lo reconozco. Te pido, por favor, que anules la apuesta.

Y la apuesta se anuló.

74. Esopo dijo a Janto:

—Amo, he salvado tu fortuna; soy digno de alcanzar la libertad.

—¿No estás a gusto? —dijo Janto— porque eso no lo pensaba yo.

Esopo se quedó triste, no por no conseguir la libertad, sino por el desagradecimiento, pero se aguantó. Entonces Janto le dijo:

…… [27]

75. Un día que Esopo estaba solo, se desnudó y frotándose las manos y agitándose, empezó a hacer el acto deshonesto, propio de los pastores[28]. La mujer de Janto, sorprendiéndole súbitamente desde la casa, preguntó:

—Esopo, ¿qué es eso?

—Me hace bien y es útil para el vientre —dijo.

Ella, cuando vio el tamaño y el grosor de su miembro, quedó cautivada y olvidándose de su fealdad, se consumió en deseos. Le llamó aparte y dijo:

—Si me haces ahora sin rechistar una cosa agradable, estarás más contento que tu amo.

Él respondió:

—Sabes que si mi amo se entera me va a pagar, con razón, con una desgracia no pequeña.

La mujer, sonriendo, dijo:

—Si me haces diez veces el amor, te regalaré un manto por vestido.

—Júramelo —replicó Esopo.

Ella, ya cachonda, se lo juró. Esopo la creyó y como quería también vengarse de su amo, realizó su deseo hasta nueve veces y exclamó:

—Señora, otra no puedo.

Ésta, habiéndole sacado el gusto, le recordó:

—Si no me satisfaces diez veces, no recibirás nada.

Entonces, muy cansado, se corrió en el muslo y dijo:

—Dame el manto, porque te lo reclamo ante el amo.

Ella le contestó:

—Yo te asalarié para cultivar mi campo, pero tú te pasaste de la valla y trabajaste el del vecino. Así que, házmelo una vez más y toma el vestido.

76. Entonces, Esopo se acercó a Janto, que venía y le dijo:

—Amo, júzgame junto con mi ama.

Janto al oírlo dijo:

—¿Qué?

—Amo —repuso Esopo—, la señora iba conmigo, cuando vio un ciruelo cargado de fruto. Se fijó en una rama que estaba llena, se encaprichó y dijo: «Si eres capaz de tirarme con una piedra diez ciruelas, te doy un manto.» Con que yo disparé, acerté con una sola piedra y le conseguí las diez, pero una de ellas fue a caer al estiércol y ahora no quiere darme el manto.

Oyendo esto la mujer dijo a su marido:

—Reconozco haber recibido las nueve, pero no cuento la que cayó al estiércol, que tire, pues, de nuevo, me deje caer una ciruela y que se lleve el manto.

Esopo contestó:

—Ya no doy fruto para más.

Entonces, Janto sentenció que se le diera el manto a Esopo y le dijo:

—Esopo…[29] como estoy cansado, ven conmigo afuera, antes de que sea la hora de comer para dar una vuelta. Y a la vez, vas a sacudir el ciruelo y llevas a tu señora la ciruela que falta, para que tengas tu manto.

La mujer dijo:

—Que se haga así, señor. Yo, como has mandado, le daré el manto.

77. Janto le dijo a Esopo:

—Como soy augur[30], sal y mira delante de la puerta a ver si hay algún ave de mal agüero. Si ves posada delante de la puerta una pareja de grajos, avísame, pues es señal de buena suerte para el que lo ve.

Salió Esopo fuera y vio, por casualidad, posada una pareja de grajos ante la puerta, volvió a entrar y le dijo a Janto:

—Amo, es el momento para que salgas, porque hay posada una pareja de grajos.

—Vamos —dijo Janto.

Pero cuando salió, uno de los grajos echó a volar, el amo se adelantó y al ver uno sólo, dijo:

—Maldito, ¿no te dije: «llámame si ves una pareja de grajos»? ¿y me has avisado habiendo visto uno solo?

—Uno de ellos echó a volar —dijo Esopo.

—Ahora te has vuelto a equivocar —dijo Janto—. Desnudadle. Traed unas correas.

Fue azotado a conciencia. Aún le estaban azotando cuando llegó un esclavo de uno de los amigos de Janto para invitarlo a comer. Esopo dijo:

—Amo, me estás azotando injustamente.

—¿Por qué injustamente? —preguntó Janto.

—Porque tú dijiste —respondió Esopo— que una pareja de grajos era una buena señal y traía buena suerte; yo vi a la pareja y cuando me llegué a anunciártelo, echó uno a volar. Tú saliste, viste un solo grajo y fuiste invitado a comer. En cambio, yo que vi a la pareja me he llevado los golpes. Con que los augurios y demás señales, son cosa vana.

Janto se asombró de esto y dijo:

—Dejadlo, no le azotéis ya.

Dicho esto se marchó a comer.

78. Salió Janto con Esopo a las afueras y se entretenía charlando con Esopo leyendo las inscripciones conmemorativas y los epitafios. Esopo se fijó en unas letras, que no formaban palabra, grabadas en un monumento: Α Β Δ Ο Ε Θ Χ. Janto preguntó qué inscripción era y qué significaba, pues se molestó mucho al no entenderlo.

—Esopo ¿qué significa? —preguntó.

Esopo, viéndolo perdido, él, con la inspiración de la gracia divina y de las Musas, dijo:

—Amo, si por lo que diga esta estela encuentro un tesoro ¿qué me darás?

El amo le oyó y dijo:

—La mitad del tesoro y la libertad.

79. Esopo, que lo oyó, cogió una buena concha, bajó los cuatro escalones del monumento, hizo un agujero en la tierra, sacó un tesoro y se lo dio a su amo, diciendo:

—Amo, dame lo prometido.

—¡Por los dioses! —replicó Janto— no te lo voy a dar, si no me dices con qué truco encontraste el tesoro. Porque es obligatorio que me enseñes la clave.

Esopo le contestó:

—Amo, quien depositó aquí este tesoro, era un filósofo. Se fijó y lo ocultó bajo un número de señales. Porque ves cómo grabó las iniciales de las palabras, pues dice[31]: A baja, B peldaños, Δ cuatro, O cava, E encontrarás, Θ un tesoro, X de oro.

—Pero ¡por Zeus! porque seas así de seguro y de listo, no vas a conseguir lo prometido.

Esopo, dándose cuenta de que se quedaba sin la promesa hecha, dijo:

—Amo, pues en consecuencia te anuncio que voy a devolver el tesoro a su dueño.

—¿Y quién es el dueño del tesoro? —preguntó Janto.

—El rey Dinisio el Bizantino —dijo Esopo.

—¿Y de dónde lo has sabido?

—Por las letras, pues ellas lo dicen.

—¿Cómo?

—Escucha lo que dicen: A devuelve, B al rey, Δ Dinisio, O lo que encontraste, E aquí, Θ el tesoro, X de oro.

80. Janto vio que tenía razón y dijo:

—Esopo, toma la mitad del tesoro y date por contento.

—No me lo des como un favor, sino como algo que debe darse y que está estipulado.

—¿Cómo?

—Las letras lo indican, pues dicen: A tomad, B marchad, Δ repartid, O lo que encontrasteis, E aquí, Θ el tesoro, X de oro.

—Un buen demonio eres tú —dijo Janto—. Vamos a casa para repartir el tesoro y para que obtengas tu libertad.

Cuando llegó Janto a casa, temiendo que cogiera de alguna parte el tesoro, conforme a la prescripción del rey, mandó que ataran a Esopo y lo encerraran. Esopo le dijo:

—Dame la libertad y ten tú el tesoro.

—Muy bien —dijo Janto— para que con el derecho que te dé la libertad, llegues a tener más fuerza para la acusación del rey. No me vas a convencer.

—Mira, amo, —dijo Esopo— si no me das la libertad de grado, tú mismo me la darás por fuerza.

—Estate tranquilo que no te hago ni caso.

81. Por aquellos días tuvo lugar un comido y el pueblo se congregó en el teatro. El custodio de las leyes trajo la constitución de la ciudad y el sello público[32]y lo puso en medio diciendo:

—Ciudadanos, elegid custodio de las leyes al que queráis, para que vigile las leyes y el sello del tesoro, propiedad de la ciudad, en el futuro.

Entonces, cuando ya los ciudadanos decidieron encomendar su confianza a una persona, bajó un águila que arrebató el anillo y salió volando. Los samios, angustiados, se sumieron en una confusión enorme, por creer que se trataba de un presagio importante. Inmediatamente, convocaron a adivinos y sacerdotes para que interpretaran el prodigio. Sin embargo, ninguno pudo resolver el augurio, se levantó de entre la multitud un anciano y dijo:

—Samios, en estas circunstancias, debemos tener en cuenta quiénes se llenan la tripa con las ofrendas y se juegan convenientemente la hacienda. Ignoráis que no es fácil explicar un presagio; puesto que si no hay alguien preparado, no se puede interpretar un prodigio. Entre nosotros está Janto, el filósofo, al que toda Grecia conoce. Pidámosle que resuelva el presagio.

Los asistentes le pidieron y suplicaron a gritos a Janto, que estaba sentado, que enjuiciara el presagio.

82. Janto se levantó en medio y como no encontraba ninguna explicación racional para hablar, se lomó un plazo para interpretar el presagio. Cuando estaba para disolverse la asamblea, bajó otra vez el águila y dejó caer el anillo en

el regazo de un esclavo público. Pidieron entonces a Janto que estudiara también la explicación del segundo presagio. Él lo prometió y salió de mal humor.

83. Cuando se fue a su casa dijo:

—Necesito otra vez la ayuda de Esopo para obtener la solución del portento.

De manera que al entrar dijo:

—Llama a Esopo.

Esopo apareció atado y Janto dijo:

—Soltadle.

—No quiero que me suelten —contestó Esopo.

—Pues te suelto para que tú sueltes una cosa —replicó Janto.

—Luego me sueltas por razón de mi propia utilidad.

—Cálmate, Esopo, pon fin a tu irritación.

Después que Esopo quedó libre dijo:

—¿Qué quieres, amo?

Janto le explicó el presagio. Esopo se comprometió a ayudarlo.



FIG. 8

84. Al día siguiente, Esopo, que quería disgustarlo, le dijo:

—Amo, estoy dispuesto a responderte sobre el asunto de la cuestión; te diré que es imposible, porque no soy adivino.

Janto, que lo oyó, perdió las esperanzas y sintiéndose avergonzado ante los samios, pensó en suicidarse. Y dijo:

—Ya se ha cumplido el tiempo para la solución del prodigio y no soporto el deshonor de que, siendo un filósofo, no haya podido cumplir lo prometido.

Dicho esto, cuando llegó la noche, se procuró una soga y salió de casa.

85. Esopo, acostado en su cuarto, vio salir al amo a deshora, al darse cuenta de lo que iba a hacer, le siguió, sin guardarle resentimiento por lo del tesoro. Al verlo fuera de la puerta y debajo de un árbol tirando una cuerda y a punto de echársela al cuello, Esopo le gritó desde lejos:

—¡Espera, amo!

Janto se volvió y vio a Esopo acudir corriendo a la luz de la luna y dijo:

—Me ha pillado Esopo. ¡Esopo! ¿por qué me voy a apartar del camino que me merezco?

—Amo, —le dijo Esopo— ¿dónde está tu filosofía? ¿dónde está el orgullo de tu educación? ¿dónde tu concepto de la moderación? Quita, amo ¿así, tan a la ligera y cobardemente te has lanzado a la muerte, para perder, colgado, la dulce vida? Reflexiona, amo.

—¡Déjame, Esopo! —replicó Janto—, pues soportaré la muerte con dignidad antes que tener una vida deshonrada ignominiosamente para siempre.

—Tira la cuerda, amo. Yo me esforzaré por resolverte el presagio.

—¿De qué forma? —preguntó Janto.

—Llévame contigo al teatro —explicó Esopo— e inventa para la masa un pretexto verosímil a partir del presagio por medio del aderezo de la filosofía y preséntame a mí como discípulo tuyo. Seré invitado a hablar precisamente por eso y lo resolveré.

86. Con lo dicho, Esopo le convenció para que cambiara de opinión. Al día siguiente, fue Janto y empezó a hablar así:

—Puesto que nuestro canon de filosofía racional se ha alejado de todo tipo de medidas y además yo no soy intérprete de prodigios, ni adivino del vuelo de las aves; mas sin embargo, como fuese necesario que tuviera lugar este servicio a

la ciudad, por medio del estudio de mi escuela, así, yo, por mi propio honor, puesto que soy filósofo, os voy a ofrecer un esclavo, a quien hasta tal punto me lo he vuelto a la filosofía, que os resolverá el prodigio.

Dicho esto, presentó a Esopo.

87. Los samios, viendo a Esopo, se echaron a reír y gritaron:

—¡Que se traiga otro intérprete para resolver este prodigio! ¡Qué monstruo! Es una rana, un cerdo corredor o un cántaro con chepa o el primipilario[33] de los monos, se parece a una botija o al arcón de un carnicero o a un perro en un canasto.

Esopo oyó esto, sin tener en cuenta los insultos, se armó de tranquilidad y comenzó a hablar así:

88. —Samios, ¿por qué os mofáis de mí después de mirarme fijamente? No hay que mirar la facha, sino fijarse en la sensatez. Porque es absurdo meterse con la manera de pensar de una persona por la forma de su cuerpo. Ya que muchos, con un pésimo cuerpo, tienen una mente sensata. Así que, nadie, por ver menospreciada la talla de una persona, desprecie lo que no ha visto, es decir, su inteligencia. Pues ningún médico por ver al enfermo pierde la esperanza, sino que, después de palpar la herida, descubre su importancia. Por mirar alguien el barril, pero sin sacarle gusto ¿sabrá alguna vez cuál es? La Musa se pone a prueba en los teatros y Afrodita, en las camas. Por tanto, también la sensatez, en las palabras.

Así pues, los samios encontraron que sus palabras no eran igual a su aspecto y comentaron entre ellos:

—Por las Musas, sí que es ingenioso y capaz de hablar. ¡Animo, resuelve el presagio! —le gritaron.

Cuando Esopo notó que lo alababan, aprovechó la ocasión de tener libertad de palabra y comenzó a decir:

89. —Samios, no es posible que un esclavo elocuente interprete un presagio a los ciudadanos libres. Otorgadme, por ello, la libertad de palabra para lo que diga, para que, si acierto, reciba, como hombre libre, los honores convenientes y, si me equivoco, no me castiguéis como esclavo, sino como hombre libre. Con que, si me concedéis la posibilidad de expresarme, propia de la libertad, con entera franqueza, empezaré a hablar.

90. Los samios entonces dijeron a Janto:

—Nos parece oportuno, Janto, que des la libertad a Esopo.

—Haz libre a Esopo —dijo el prítano[34].

A lo que Janto repuso:

—No daré la libertad a un esclavo que me ha servido perfectamente durante mucho tiempo.

El prítano, viendo que Janto se oponía a ello, dijo:

—Toma su precio y transfiéremelo, entonces, yo lo manumiteré en nombre de la ciudad.

Janto pensó que lo había comprado por setenta y cinco denarios, para que no pareciera a la gente que manumitía a Esopo por mor del dinero, se levantó allí en medio y dijo:

—Janto, por reclamarlo el pueblo de Samos, deja libre a Esopo.

91. Después de ocurrir esto, Esopo salió y dijo:

—Samios, os habéis ayudado a vosotros mismos y habéis tomado una decisión en favor de vuestra propia libertad; porque el prodigio es una advertencia de un asedio a la ciudad y de vuestro avasallamiento. Habrá antes una guerra. En efecto, quiero explicaros esto: el águila es el rey de las aves y él tiene más fuerza que las demás. Después de precipitarse volando, arrebató de las leyes el anillo del estratego y lo tiró en el regazo de un esclavo público; ello arrastra la confianza de quienes son libres al incierto yugo de la esclavitud. Así que, la solución del presagio es esta: uno de los que ahora reina querrá esclavizar vuestra libertad, anular las leyes y ratificarse en su propia fuerza.

92. Todavía estaba diciendo esto Esopo, cuando apareció un correo del rey Creso con un manto ribeteado en blanco buscando a los magistrados de los samios. Al oír que tenía lugar una asamblea, se presentó en el teatro y entregó la carta a los magistrados. Éstos la abrieron y la leyeron. Aparecía escrito lo siguiente:

«Creso, rey de los lidios, a los magistrados, consejo y pueblo de Samos, salud. Os exijo que desde ahora mismo cedáis los asuntos de gobierno y un tributo. Si no os avenís a ello, os perjudicaré en la misma medida en que mi reino es poderoso.»

93. Los magistrados resolvieron con el pueblo prometer ceder para no

arrastrar a la ciudad a semejante enemistad con el rey. Honraron a Esopo como a un auténtico adivino por el cumplimiento de la profecía y le rogaron que diera su consejo sobre si mandaban a alguien o se negaban. Esopo les dijo:

—Samios, vuestros próceres han mantenido la opinión de conceder un tributo al rey, y me preguntáis si hay que ceder o no. Si digo «no cedáis» me mostraré como un enemigo para el rey Creso.

La muchedumbre gritó:

—Da tu opinión.

A lo que Esopo respondió:

—No daré mi opinión. Os lo diré con una fábula.

94. Por encargo de Zeus una vez señaló Prometeo a los hombres dos caminos: uno, el de la libertad, y otro, el de la esclavitud. Y el camino de la libertad lo hizo en sus comienzos escalpado, de difícil salida, abrupto y seco, lleno de obstáculos[35], todo él peligrosísimo, pero al final tenía una llanura lisa, con paseos, llena de frutos en el bosque, con agua, para que se llegara al descanso de las fatigas con el final. En cambio, el camino de la esclavitud lo hizo al principio liso, cubierto de flores, con una perspectiva agradable y mucha suavidad, pero su final era de difícil salida, todo seco y escarpado.

95. Comprendieron los samios lo que les convenía por las palabras de Esopo y unánimemente gritaron diciendo al correo que elegían el camino abrupto. El correo se marchó y mostró con claridad al rey todo lo dicho por Esopo. Creso, cuando lo escuchó, convocó a los ejércitos y mandó que se armaran. Sus amigos le animaron diciendo:

—Señor, vayamos a la isla; sometámosla y arrastrémosla hasta el Atlántico. Pongámosla como escarmiento a las demás naciones para que no se le ocurra a otra oponerse a un rey tan poderoso.

Un pariente, con su asentimiento, le dijo:

—Te juro, por tu sagrada corona, que con lo que tú mismo estás armando, no podrás hacerte dueño de los samios mientras siga vivo Esopo, el que les da los consejos. Pide por una carta que te entreguen a Esopo, diciendo: «si queréis algo en lugar de él, pedidlo y yo os lo concederé».

96. Cuando Creso oyó esto ordenó al mismo que le había dado el consejo que partiera hacia Samos, ya que no tenía ningún otro embajador más adecuado

e inteligente. Inmediatamente, zarpó hacia Samos y, cuando hubo convocado una asamblea, trató de convencer a los samios de que era mejor que le entregaran a Esopo que el que se apartaran de la amistad del rey. La muchedumbre exclamó:

—Llévatelo, que se quede el rey con Esopo.

Esopo se adelantó y dijo:

—Samios, también para mí es preferible morir a los pies del rey. Pero quiero deciros una cosa, para que después de mi muerte la grabéis sobre mi tumba[36].

97. Hubo un tiempo en que los animales hablaban el mismo lenguaje que los hombres. Digo, que los lobos y las ovejas habían tenido una guerra entre ellos. Mientras ganaban los lobos despedazaban a las ovejas, mas cuando los perros se aliaron con las ovejas, éstos pusieron en fuga a los lobos. Perseguidos los lobos por los perros, enviaron un embajador a las ovejas. Así que, llegó el lobo, se puso en medio y como si fuera un orador, dijo a las ovejas: «Si no queréis guerrear ni que se os haga la guerra, entregadnos los perros y dormid con toda tranquilidad, sin tener ningún temor de la guerra.» Las ovejas, que eran tontas y se dejaron convencer, entregaron a los perros y los lobos los despedazaron. Después de un tiempo, los lobos se apoderaron de las ovejas. Así que, a vosotros, según la fábula, os conviene no traicionar a la ligera a quienes son honrados.

98. Los samios se dieron cuenta de que estas palabras las había dicho por ellos y retuvieron a Esopo. Pero Esopo no quiso, al contrario, se marchó con el embajador a la corte de Creso. El rey, cuando vio a Esopo, se irritó y dijo:

—Aquí está el que me impidió someter una ciudad y no dejó que recibiera tributos. Aun cuando eres una persona accesible, sin embargo, resultas un enigma y un monstruo humano.

—Señor rey, —dijo Esopo— no he sido traído a la fuerza ante ti; por mi propia voluntad estoy presente a tus pies. Sufrís lo mismo que les pasa a los heridos, ante lo doloroso de lo sucedido gritáis súbitamente. Pues bien, las heridas son la ciencia de los médicos y mi palabra curará tu cólera. Yo, si muero a tus pies, mancharé de vergüenza tu reino; pues siempre tendrás a tus amigos dándote consejos nocivos, ya que, considerando que han muerto a tus manos los que te habían aconsejado bien, en el futuro, siempre te darán consejos contrarios a los intereses de tu reino.

99. El rey se quedó asombrado de él y sonriéndose dijo:

—¿Podrás añadir algunas palabras sobre el destino reservado a los hombres?

Y Esopo dijo:

—Hubo un tiempo en que los animales hablaban el mismo lenguaje de los hombres y había un pobre sin nada que comer que tenía que coger saltamontes, los que llaman chicharras, los salaba y los vendía al precio que quería. Capturó una vez un saltamontes y quiso matarlo. Viendo lo que le esperaba le dijo al hombre «no me mates en vano» porque no he hecho daño ni a una espiga; al contrario, con la armonía acompasada de mis alas y mis patas, canto tan feliz. Soy solaz de los caminantes. El hombre se compadeció con sus palabras y lo dejó con su madre en un lugar desierto. De la misma manera, yo también me prosterno ante tus rodillas. Ten piedad de mí; porque, ni soy poderoso como para perjudicar a un ejército, ni de tanto porte como para dar un falso testimonio contra alguien y dejar que se convenza sin razón por la hermosura de mi facha. Con un cuerpo miserable soy útil cantando la existencia sensata de los mortales.

100. Le cayó simpático al rey con sus palabras y dijo:

—Yo te perdono la vida; pide lo que quieras y te lo concederé.

Esopo le respondió:

—Haz las paces con los samios.

—Hechas están —contestó el rey.

Esopo se echó a sus pies y le dio las gracias. Luego, Esopo redactó para él sus propios discursos y fábulas, las que había referido hasta aquel momento y las dejó en su biblioteca. Recibió del rey unas cartas para los samios en donde reconocía haber hecho las paces con ellos gracias a Esopo y cargado de muchos presentes, zarpó hacia Samos. Reunió a la asamblea y leyó las cartas del rey. Los samios, al conocer que Creso se había reconciliado con ellos por medio de Esopo, votaron honores para él y llamaron a aquel lugar Esopeo, donde él había sido transferido. Esopo hizo sacrificios a las Musas y les construyó un templo, colocó en medio de ellas a Mnemósine[37], no a Apolo. Apolo se irritó con él como contra Marsias[38].

101. Esopo pasó mucho tiempo en Samos y después de recibir muchos honores decidió recorrer el mundo. Hablaba ante los auditorios. Recibió una fortuna y después de recorrer todas las tierras, Esopo llegó a Babilonia, en la que

reinaba Licurgo[39]. Después de enseñar su filosofía se hizo muy famoso entre los babilonios, de tal manera que el rey se llegó a prendar de sus cualidades por la inteligencia que tenía y le hizo administrador.

102. En aquellos tiempos, los reyes tenían la costumbre de cobrarse entre sí tributos por medio de un combate de honor, porque no concurrían ni en guerras ni en batallas. Escribían, pues, problemas de filosofía en cartas y el que no encontraba la solución pagaba unos tributos al remitente. Ensopo, como solucionaba los problemas que le enviaban a Licurgo, forzaba al rey a estar satisfecho; él mismo los mandaba a los reyes en lugar de Licurgo y como no los descubrían tenían que pagar los tributos. De esta forma prosperó el reino de los babilonios. De manera que, no sólo se adueñó de los pueblos bárbaros, sino que también la mayor parte de los pueblos hasta Grecia le quedaron subordinados.

103. Esopo conoció en Babilonia a un muchacho de noble linaje, como no tenía descendencia, lo prohijó y lo presentó al rey como heredero suyo en sabiduría. Le prodigó una educación con todo cuidado. El jovencito se dedicó a hacer el amor con una concubina del rey y estaba contentísimo retozando y abrazándola. Al verlo, Esopo se indignó profundamente y lo amenazó, diciendo que el que contraviniendo la ley ponía la mano en una pertenencia real se merecía la muerte.

104. El muchachuelo llevó muy a mal las palabras de Esopo, persuadido por sus amigos, calumnió a Esopo ante el rey, escribió una carta falsa con el nombre de aquél a los enemigos de Licurgo, como si Esopo estuviera dispuesto a ayudarles, la selló con el anillo de Esopo y se la entregó a Licurgo diciendo:

—Mira cómo conspira tu fiel amigo contra tu reino.

El rey, convencido por el sello, se encolerizó y dio orden a Hermipo, guardia personal suyo, de apresar a Esopo por traidor. Pero éste no lo detuvo porque era amigo suyo de verdad. Como nadie se cuidó de investigar si lo tenía en la cárcel, comunicó al rey que Esopo había muerto. Helios, entonces, se hizo cargo del puesto de Esopo.

105. Pasado un tiempo, oyó Nectanebo, rey de Egipto, que Esopo había muerto y envió una embajada a Licurgo con unas cartas y problemas para que los resolviera, a sabiendas de que, después de Esopo, nadie de entre los

babilonios sería capaz de resolverlos. El problema era éste:

«Nectanebo, rey de Egipto, saluda a Licurgo el babilonio. Quiero construir una torre alta que no toque ni la tierra ni el cielo. Mándame a los que la construyan y a uno que pueda responder a lo que le pregunte. Recibe por mi parte el tributo de diez años[40]. Pero si no puedes responder, mándame los tributos de diez años por todas las tierras bajo tu mando.»

106. Cuando Licurgo leyó la carta se quedó consternadísimo por el súbito contratiempo. Ordenó que vinieran sus amigos, entre los que estaba Hermipo, y les dijo:

—¿Podéis resolver el problema de la torre u os decapitaré a todos?

—No sabemos cómo se puede construir una torre sin tocar el cielo ni la tierra —repusieron sus amigos.

Pero uno de ellos, que era un cobarde, respondió:

—Majestad, nosotros deseamos realizar todo lo que tú ordenas. Pero ante una cosa semejante somos incapaces y no tenemos salida. Así pues, te rogamos que nos disculpes.

El rey, encolerizado, mandó a la guardia que les quitara la vida a todos. Licurgo la emprendió a golpes con su propio rostro y empezó a mesarse los cabellos y a lamentarse por Esopo y decía mientras lloraba:

—He perdido al pilar de mi reino por mi insensatez.

Y no probó comida ni bebida.

107. Comprendió, pues, su guardia personal el apuro del rey y quiso revelar oportunamente su falta. Dijo:

—Señor, pienso que hoy es el último día para mí.

—¿Qué dices? —le preguntó Licurgo.

Y éste respondió:

—Al no haber cumplido una orden del rey, he dado refugio a mi propia desgracia.

—¿Qué secreto te guardas? —preguntó el rey.

—Esopo vive —contestó.

Cuando lo oyó. Licurgo pasó de la desesperación a ponerse muy contento y le dijo a Hermipo:

—Si es verdad que Esopo vive, sería capaz de una cosa bien ventajosa: hacer que lo que dices es tu último día sea tu salvación. Porque al guardarme a aquél

has protegido mi salvación. No te dejaré sin recompensa y te llamaré salvador nuestro.

Licurgo ordenó que lo trajeran. Al presentarse Esopo sucio, con el pelo largo y pálido por el larguísimo encierro, se volvió el rey y se echó a llorar. El rey mandó que lo atendieran y, después de vestirlo, le besó.

108. Esopo, cuando se repuso, fue a besar al rey y se defendió relatando cómo le acusó en falso el hijo adoptivo y, bajo juramento, le presentó la verdad. El rey quiso prender a Helios por haber pecado contra su padre, Esopo intercedió diciendo que el que ha muerto tiene la muerte como una excusa de su existencia vergonzosa y el que está vivo es que ha dado un giro a su propia conciencia. El rey perdonó a aquél la vida y dijo a Esopo:

—Toma, lee la carta del rey de los egipcios.

Esopo cuando conoció el problema se sonrió y dijo:

—Respóndele de este modo: «Te mandaré a los que van a construir la torre y al que responderá a las cuestiones cuando llegue el invierno.»

Tras escribir tal como dijo, Licurgo envió el mensaje a Egipto con unos embajadores y recompensó a Esopo con el cargo de administrador supremo de sus asuntos y le puso a Helios a su disposición. Esopo tomó al muchacho y le dirigió un discurso de amonestación. Empezó así:

109. —Atiende a mis palabras, Lino, hijo mío, con las que antes fuiste educado y me las devolviste con desagradecimiento. Guárdalas ahora, pues, como un tesoro que se te confía. Respeta, primero, a la divinidad, como es debido. Honra al rey, porque su poder goza de igual rango. Honra a tu maestro de la misma manera que a tus padres, porque, por naturaleza, hay que tratarlos bien y hay que devolver el doble de agradecimiento a quien ha amado por adelantado. Toma el necesario alimento cotidiano, todo cuanto puedas, para que al día siguiente estés más activo y así estés sano. Si oyes algo en el palacio real, que muera dentro de ti, para que no seas tú el que muera enseguida. Manten fidelidad a tu mujer para que no sienta el deseo de probar la experiencia de otro hombre; porque este linaje de las mujeres es liviano y cuando se ve poco adulado, piensa en hacer lo que no debe. No discursees bebido haciendo gala de tu educación, porque al caer inoportunamente en sofismas quedarás en ridículo.

Abrete camino con lo más agudo de tu lengua. No tengas celos de los que obran bien, al revés, congratúlate con ellos y participarás con ellos de su bien

obrar, porque quien es envidioso, sin darse cuenta, se perjudica a sí mismo. Cuídate de tus esclavos, hazlos partícipes de lo que tienes para que no sólo te respeten como a su señor, sino para que te honren como a su bienhechor. Domina tu ánimo. Si aprendes algo fuera de lugar, no te avergüences, pues es mejor que te llamen pedante que inculto. Guárdate de tu mujer y no le des a conocer nada que no deba ser, porque al ser una especie hostil para la convivencia, sentada todo el día prepara sus armas, maquinando cómo adueñarse de ti.

110. Examina tu vida diaria con vistas a recoger lo provechoso y a atesorarlo para mañana, pues es mejor legarlo a los enemigos que, vivo, estar falto de amigos. Sé afable y sociable con los que te encuentres, porque, debes saber que el rabo procura pan al perro y la boca, palos. Enorgullécete con la mesura, no con el dinero, porque a éste, el tiempo se lo lleva y, la otra, permanece inalterable. Si eres feliz, no guardes rencor a tus enemigos, mejor es que les hagas bien, para que se arrepientan al saber que fueron injustos con un hombre como tú. Pudiendo tener piedad, no vaciles, dála en abundancia, pues sabes que la fortuna no es perseverante. Al hombre maledicente y que calumnia aunque sea tu hermano, después de probado, recházalo a tiempo, porque esto no lo hace por ser benévolo, sino que aplicará tus palabras y tus hechos contra otros. No te alegres con una fortuna grande, ni te entristezcas con una pequeña.

Dicho todo esto al jovencillo, Esopo se marchó. Lino, agobiado por haber sido injusto con él y por haber sido fustigado por sus palabras, dejó de comer y se murió. Esopo lo enterró con toda pompa y le lloró.

111. Después de esto, hizo llamar a unos pajareros y les mandó que capturaran cuatro águilas. Una vez capturadas, les arrancó las plumas de los extremos, con las que se cree que vuelan y así, ordenó que las criaran y enseñaran a levantar niños. Cuando crecieron, podían llevar niños. Y levantándolos se echaban a volar atadas con unas cuerdas; mientras estaban atadas obedecían a los niños, llevándolos al sitio que querían. En el verano, Esopo se despidió del rey y zarpó hacia Egipto con los niños y las águilas, junto con muchos sirvientes y bagaje para asombro de los egipcios.

112. A su llegada a Menfis, se hizo saber al rey Nectanebo que Esopo estaba allí. Con gran disgusto lo oyó, hizo venir a sus amigos y les dijo:

—Señores, he sido pillado en una trampa, pues entendí que Esopo había

muerto; por eso invité a Licurgo por carta.

Tras lo dicho, ordenó que Esopo bajara de la nave. Al día siguiente llegó Esopo y saludó al rey. Nectanebo mandó que todos sus generales y gobernadores se pusieran vestiduras blancas, igualmente él se echó por encima un manto de lino impoluto y se puso unos cuernos en la cabeza. Cuando se sentó en el trono mandó entrar a Esopo.

113. Al ver la impedimenta se asombró. Y dijo Nectanebo a Esopo:

—¿A quién me parezco? ¿Cómo ves a todos los que me rodean?

—Te pareces a la lima y los que te rodean, a las estrellas.

114.[41] Al día siguiente, Nectanebo, revestido de púrpura, se presentó con los suyos llevando muchas flores e hizo entrar a Esopo. Una vez que entró, le preguntó:

—¿A quién me ves parecido, a mí y a los que me rodean?

Esopo respondió:

—Tú te pareces al sol en primavera y quienes te rodean, se parecen a los frutos de la tierra, pues como rey posees el purpúreo encanto que se desprende de tu presencia y reúnes también los floridos frutos.

El rey, asombrado de su inteligencia, le entregó unos presentes.

115. Al día siguiente, Nectanebo se puso una vestidura blanca y sus amigos unas rojas, se sentó y cuando entró Esopo preguntó:

—¿A quién me parezco?

—Tú, —dijo— al sol y los que te rodean, a sus rayos. Pues así como el sol es brillante y sin mancha, tú también te has mostrado a ti mismo ante los hombres que quieren verte, eres resplandeciente como el sol y éstos, ardientes, como sus rayos.

El rey, maravillado, le dijo:

—Ocurre que Licurgo para nada es dueño del reino que pretende.

Esopo sonrió y dijo:

—No menciones su nombre a la ligera, porque Licurgo se distingue tanto como Zeus de lo que hay por el mundo. Pues éste hace aparecer el sol y la luna y equilibra las estaciones. Si quiere encolerizarse, hace temblar su propio templo y también truena de manera espantosa, relampaguea temiblemente y produce terremotos. Igualmente, también Licurgo, con el esplendor de su reino, oscurece

y eclipsa al vuestro. Pues con su excelencia a todo pone fin.

116. Nectanebo comprendiendo la sagacidad de Esopo y lo atinado de su lengua, le dijo:

—¿Me trajiste a los que van a construir la torre?

—Dispuestos están —respondió Esopo— tan pronto tú señales el lugar.

El rey, impresionado, marchó fuera de la ciudad con Esopo y dio las medidas para el edificio. Esopo puso en una esquina del terreno medido a las águilas y dio orden a los niños de que se montaran en las águilas y echaran a volar al cielo. Cuando llegaron arriba, gritaron:

—¡Poned el barro, los ladrillos y las vigas y todo cuanto hace falta para la obra!

Nectanebo exclamó:

—¿De dónde me has sacado unos hombres volado res?

—Pues Licurgo —replicó Esopo— tiene hombres voladores. ¿Y tú, siendo un mortal, quieres rivalizar con un rey que es igual a un dios?

—Me has vencido, Esopo, —contestó Nectanebo— Pero_respóndeme a lo que te pregunto.

—Di ¿qué quieres? —repuso Esopo.

117. Dijo Nectanebo:

—Me hice traer de Grecia unas yeguas muy prolíficas, pero si oyen relinchar a las yeguas de Babilonia, abortan.

Esopo le dijo:

—Mañana te daré la respuesta de esto.

Cuando se fue Esopo a su casa, mandó a los suyos que le cogieran un gato vivo. Cazaron uno enorme y empezaron a azotarlo en plena calle…[42]. Los egipcios al verlo corrieron a casa de Esopo y se quejaron a gritos. Esopo, ordenó que soltaran al gato. Fueron los egipcios a quejarse a gritos de Esopo ante el rey. Y éste mandó llamar a Esopo, cuando entró, le dijo:

—Has hecho mal, es una imagen de la diosa Bubastis[43], a la que adoran los egipcios.

118. Esopo alegó:

—Pues se portó mal con Licurgo esta noche; porque tenía un gallo joven y de pelea que, además, le daba las horas y el gato lo ha matado esta noche.

—¿No te da vergüenza mentir tan a las claras? —preguntó Nectanebo— ¿pues cómo pudo un gato ir en una noche de Egipto a Babilonia?

Y contestó Esopo:

—¿Cómo pueden las yeguas de aquí oír relinchar a las mías y abortar?

El rey, viendo su inteligencia, sintió miedo, no fuera que por quedar derrotado tuviera que pagar los tributos al rey Licurgo.

119. Inmediatamente hizo venir a los profetas de Heliópolis, expertos en cuestiones físicas. Éstos hablaron con el rey sobre Esopo y les invitó a ir a una comida con Esopo. Así que, a la hora convenida acudieron y se reclinaron para comer. Entonces, uno de los heliopolitanos dijo a Esopo:

—Nosotros hemos sido enviados para exponerte unas preguntas de la divinidad para que tú las resuelvas.

—Exponed las vuestras propias y las del dios —dijo Esopo—, porque, tratándose de un dios, conviene saber la intención de cada uno. ¡Hala, decid lo que queráis!

120. Éstos dijeron:

—Hay un templo y una única columna y, encima de la columna, doce ciudades y cada una de ellas está cubierta por treinta vigas y, alrededor de cada una de ellas, corren dos mujeres.

Esopo les contestó:

—Este problema en mi tierra lo resuelven los niños. El templo es el mundo, porque lo contiene todo; la columna es el año, porque es lo que está fijo de manera inalterable; las ciudades que hay encima, son los doce meses, porque permanentemente están regidas por ellos; las treinta vigas son los treinta días, el tiempo que comprende el mes, y las dos mujeres que dan vueltas son el día y la noche, pues uno sigue al otro[44].

Después de esto se levantaron del banquete.

121. Al día siguiente, el rey Nectanebo reunió al consejo de los suyos y dijo:

—Veo que, por culpa de este ser repugnante y maldito, tengo que mandar los tributos al rey Licurgo.

Uno de sus amigos le dijo:

—Preguntémosle un problema, digamos «¿qué es lo que ni hemos visto ni oído?» y lo que sea, si lo adivina con su imaginación, diremos que lo hemos oído

y visto y viéndose pillado con esto, le habremos vencido.

El rey se puso muy contento al oírlo, creyendo que había encontrado su triunfo. Cuando Esopo estuvo presente, le dijo el rey Nectanebo:

—Explícame aún una cosa y te entregaré los tributos para Licurgo. Dinos lo que nunca hemos visto ni oído.

Esopo respondió:

—Dame tres días y te responderé.

Cuando salió del palacio, reflexionó Esopo consigo mismo: «Lo que quiera que le diga contestarán que lo han visto.»

122. Esopo, que era muy astuto, se sentó y falsificó una escritura de préstamo, por la que se le habían prestado a Nectanebo, por parte de Licurgo, mil talentos de oro e hizo constar una fecha vencida después de la concesión. Pasados los tres días, Esopo se presentó al rey Nectanebo y lo encontró con sus amigos a la espera de que no pudiera resolver el problema. Esopo presentó el manuscrito y dijo:

—Leed este documento.

Los amigos del rey Nectanebo, fingiendo, dijeron:

—Eso lo hemos visto y oído muchas veces.

Entonces Esopo añadió:

—Saludo a los testigos. Que se devuelva al instante el dinero, porque venció el plazo del pago.

El rey Nectanebo, que oyó esto, dijo:

—¿Cómo sois testigo de lo que yo todavía no debo?

—Jamás vimos ni oímos nada —replicaron ellos.

Esopo, entonces, les dijo:

—Si os parece bien así, el problema está solucionado.

123. Nectanebo se dirigió a Esopo y le dijo:

—Bienaventurado Licurgo por poseer una sabiduría tal en su reino.

Y entregándole los tributos de tres años le despidió con unas cartas de paz. A su llegada a Babilonia, Esopo contó a Licurgo todo lo que se había hecho en Egipto y le hizo entrega del dinero. Entonces, Licurgo dedicó a Esopo una estatua de oro al lado de las de las Musas y el rey hizo una fiesta grandísima en honor de la sabiduría de Esopo.

124. Esopo se despidió del rey porque quería marcharse a Delfos, pero le juró que regresaría a su lado, a Babilonia y que pasaría allí el resto de su vida. En su paso por las diversas ciudades enseñaba su sabiduría y sus conocimientos. Llegó a Delfos y comenzó allí sus explicaciones en público. La gente, al principio, le escuchaba con agrado, pero no le hacía caso. Como vio Esopo que las personas tenían el mismo color de piel que las hortalizas, les dijo:

—*Cual el linaje de las hojas, tal es el de los mortales*[45].

125. Además, también les provocó diciendo[46]:

—Delfios, sois iguales a un madero que flota en el mar; pues cuando lo vemos a mucha distancia flotar sobre las olas creemos que es algo importante pero, después, al acercarnos a él y llegar a su lado, encontramos que es pequeño y que no vale la pena. Del mismo modo, yo, cuando estaba lejos de vuestra ciudad, estaba admirado con vosotros, creyendo que érais ricos y grandes de espíritu. Pero al veros, me he equivocado, encuentro que sois inferiores a los demás hombres, tanto en raza como en ciudad; tenía sobre vosotros una impresión vana. Pues nada indigno hacéis de vuestros padres.

126. Cuando oyeron esto los delfios le dijeron:

—¿Quiénes son nuestros padres?

—Unos esclavos —respondió Esopo— y si no lo sabéis aprendedlo. Tenían una antigua ley los griegos para que, si tomaban una ciudad, se mandara la décima parte del botín a Apolo, es decir, de cien bueyes, se mandaban diez, de cabras, lo mismo e igual de todo lo demás, de dinero, de hombres, de mujeres. De éstos sois vosotros descendientes, gentes sin libertad, iguales a cautivos. Por venir de aquéllos, os habéis convertido en los esclavos de todos los griegos.

Por decir esto se le expulsó de la ciudad.

127. Los magistrados, al ver la injuria que les había hecho, pensaron: «Si le dejamos andar fuera de la ciudad, recorrerá otras ciudades y nos deshonrará más.» Determinaron, pues, apresarlo con un engaño. Además, Apolo estaba resentido por el ultraje de Samos porque no le entronizó con las Musas[47]. Como los delfios no tenían un motivo razonable, maquinaron una trampa para que los habitantes de los pueblos de alrededor no pudieran ayudarlo. En la puerta de la ciudad se pusieron al acecho de su esclavo y después de que se hubo

dormido, provocaron el conflicto. Escondieron entre los equipajes que llevaba una copa de oro del templo. Esopo, ignorante de lo que llevaba en su equipaje, se puso en camino hacia la Fócide.

128. Unos delfios fueron en su persecución, lo ataron y lo llevaron a la fuerza a la ciudad. Él gritaba:

—¿Pero por qué me lleváis atado?

Éstos respondieron:

—Has robado el tesoro del templo.

Esopo, que no sabía nada, dijo llorando:

—Quiero morir si me encontráis algo semejante encima.

Los delfios, después de sacudir su equipaje, encontraron la copa. Y haciéndolo saber a la ciudad, le escarnecieron a golpes y en medio de un tumulto. Esopo, pensando que en ello se escondía una conjura, preguntó a los delfios, pero no le hicieron caso. Esopo dijo:

—¡Que sois mortales, no vayáis contra la voluntad de los dioses!

Y en venganza, lo encerraron en la cárcel. Esopo, al no encontrar la manera de salvarse, dijo:

—Ahora, yo, que soy un mortal, ¿cómo podré escapar al destino?



FIG. 9

129. Llegó un amigo suyo que suplicó a los guardianes y entró a verlo. Entre lágrimas le dijo:

—¿Por qué ha pasado esto?

Esopo le contó una fábula[48]:

—Una mujer que había enterrado a su marido, sentada al lado de su tumba, lloraba continuamente. Uno de los caporales, al verla, sintió deseos de acostarse con ella y dejó los bueyes en el campo, se acercó a ella y fingió llorar. Dejó ella de hacerlo y le preguntó «¿Por qué lloras?». El caporal contestó: «He enterrado a mi mujer, que era prudente y buena y cuando lloro alivio mi pena.» Ella respondió: «Yo también estoy privada de mi buen marido, pero al llorar alargo el peso de mi pena.» El hombre le dijo: «Pues si nos ha sucedido la misma desgracia y estamos en la misma situación ¿por qué no nos entendemos? yo te querré como a aquella y tú quiéreme como a tu marido.» Dijo esto y convenció a

la mujer. Pero mientras hacía el amor con ella, alguien desató a sus bueyes y los ahuyentó. El caporal, cuando se dio cuenta y no encontró sus bueyes, con el alma atormentada, se puso a gritar. La mujer le dijo: «¿Por qué lloras?». El caporal respondió: «Mujer, justamente ahora es cuando tengo por qué lamentarme.» Igual me preguntas tú por qué me lamento, cuando ves tú mismo el destino que tengo.

130. El amigo, afligido por él, le preguntó:

—¿Por qué se te ocurrió ofenderlos en su propia patria y ciudad y estando además a su merced? ¿dónde está tu conocimiento? ¿dónde está tu dialéctica? ¿tú que diste consejos a ciudades y pueblos, te has vuelto insensato para ti mismo?

Esopo le colocó otra fábula:

131. —Una mujer tenía una hija tonta. La madre pedía a los dioses que su hija recuperara el juicio, mientras ella oraba, la doncella, la escuchaba a menudo. He aquí que un día fueron al campo. Ella dejó a la madre fuera de la granja y vio que un hombre forzaba a una burra y le preguntó al hombre: «¿Qué haces?». «La inspiro inteligencia» —dijo—. La tonta se acordó de la súplica de su madre y dijo: «Inspírame a mí también inteligencia.» El hombre se negaba a la tentación, diciendo: «No hay nada más desagradecido que la mujer.» «No tienes razón, señor, —respondió ella—. Mi madre te lo agradecerá y te dará la recompensa que quieras; pues hace rogativas para que tenga inteligencia.» Entonces, el hombre la desvirgó. La chica, muy contenta, corrió hacia su madre y le dijo: «Tengo inteligencia, madre.» «¿Cómo la has conseguido, hija?», preguntó la madre. La tonta le explicó: «Un hombre me metió dentro una cosa grande, rojiza, robusta por fuera y que corría por dentro.» Cuando oyó la madre la explicación de su hija, dijo: «Hija, has perdido también la inteligencia que antes tenías.» Lo mismo me ha pasado a mí, amigo. Pues he perdido también la inteligencia que antes tenía viniendo a Delfos.

El amigo de Esopo se marchó llorando a lágrima viva.

132. Los delfios entraron a donde estaba Esopo y dijeron:

—Hay que tirarte hoy por un precipicio, pues así hemos decidido ejecutarte, por ser reo de robo sacrilego y blasfemia, para que no seas digno de sepultura. Prepárate.

Esopo, cuando les vio amenazándole, dijo:

—Escuchad una fábula.

Los delfios le dejaron hablar. Y Esopo dijo:

133. —Cuando los animales hablaban el mismo lenguaje, un ratón se hizo amigo de una rana y la invitó a comer. La llevó a un granero muy opulento, en el que había pan, carne, queso, aceitunas, higos secos y dijo: «Come.» Cuando se quedó bien llena, la rana dijo: «Ven tú también a mi casa a comer, para llenarte bien.» Le llevó a una charca y dijo: «Nada.» «No sé nadar», dijo el ratón. La rana le contestó: «Yo te enseñaré.» Y con una cuerda ató la pata del ratón a la suya, saltó a la charca y arrastró al ratón. El ratón, ahogándose, dijo: «Aun estando muerto me vengaré de ti viva.» Al decir esto el ratón, la rana se sumergió y lo ahogó. Flotaba el ratón en el agua y un cuervo lo arrebató con la rana atada y al comerse al ratón, arrampló también con la rana. Así se vengó el ratón de la rana. Lo mismo yo, señores, al morir seré vuestra ruina. Pues incluso los lidios, babilonios y casi toda Grecia cosecharán el fruto de mi muerte.

134. Después de decir él esto, ni así se dejaron convencer los delfios, al contrario, lo llevaron al precipicio. Esopo se refugió en el templo de las Musas. Ni así tuvieron compasión de él. Mientras lo arrastraban a la fuerza dijo:

—Delfios, no despreciéis este templo.

La .iij. fabula del mur ⁊ rana ⁊ del millano.

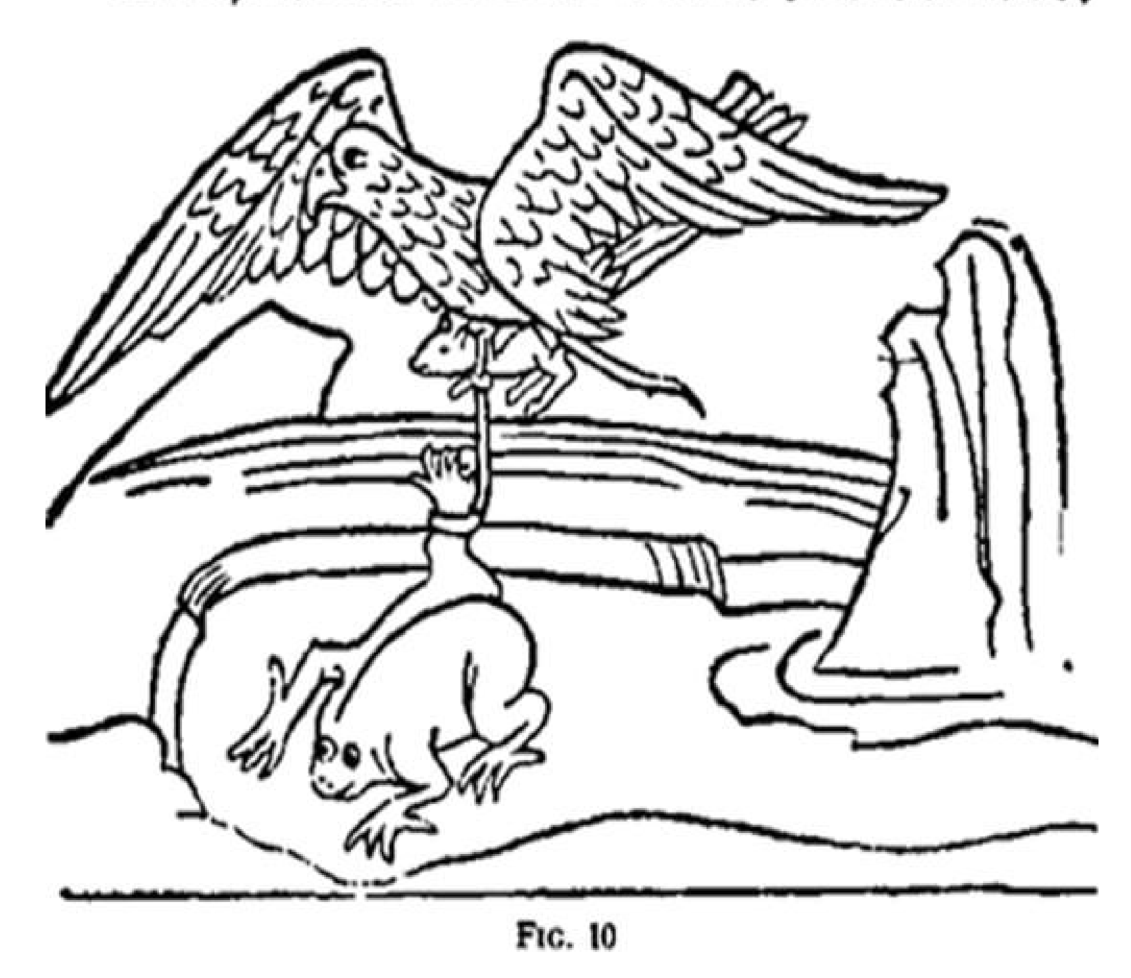


Fig. 10

135. Así una liebre[49], cuando era perseguida por un águila, se refugió junto a un escarabajo pidiéndole que la salvara. El escarabajo suplicó al águila que no desdeñara su ruego. Le obligó a jurar por Zeus que no despreciaría su pequeñez. Pero el águila golpeó con el ala al escarabajo, se llevó la liebre y, después de desgarrarla, se la comió.

136. El escarabajo, irritado, acompañó en su vuelo al águila y espió su nido, en el que estaban los huevos que juntaba el águila, cuando ésta se marchó, el escarabajo los cascó. A su regreso, el águila se quejó rabiosamente, mientras buscaba al responsable para despedazarlo. Cuando llegó el momento, el águila puso un huevo en un lugar altísimo. El escarabajo, que lo supo, volvió a hacer lo mismo. El águila lloraba a sus crías diciendo que era la cólera de Zeus para que se hiciera más escasa la raza de las águilas.

137. Con la experiencia, el águila, irritada, no guardó los huevos en el nido, sino que subió al Olimpo y puso los huevos encima de las rodillas de Zeus y le dijo: «Dos veces me desaparecieron los huevos, pero a la tercera los pongo ante tu vista, para que me los protejas.» El escarabajo lo supo, se llenó de estiércol, subió a donde estaba Zeus y revoloteó ante su vista. Zeus, cuando vio un animal impuro, temió que le saltara encima y, olvidándose de que tenía unos huevos en el regazo, los rompió.

138. Al suceder esto, Zeus supo que el escarabajo había sido ofendido por el águila y al llegar ésta ante Zeus, le dijo: «Con razón has perdido tus crías por haber ofendido al escarabajo.» El escarabajo añadió: «No sólo me ha ofendido a mí, sino que también ha cometido una gran impiedad contra ti, pues cuando la obligué a jurar por ti, no se arredró, sino que mató a quien había pedido refugio. No cejaré si no le propinas el máximo castigo.»

139. Como Zeus no quería reducir la raza de las águilas, convenció al escarabajo para que depusiera su cólera; pero al no hacer éste caso, cambió Zeus la época de puesta de las águilas a cuando no aparece en la tierra el escarabajo. Igual vosotros, delfios, no profanéis este templo en el que yo me he refugiado, aunque el templo sea pequeño, recordad lo del escarabajo y reconciliaos con Zeus hospitalario y Olímpico.

140. Los delfios no se dieron por satisfechos, lo sacaron y lo pusieron al borde del precipicio. Esopo, al ver su destino, exclamó:

—Puesto que de todas maneras os hablo y no me hacéis caso, escuchadme esta fábula. Un labrador que envejeció en el campo y nunca había visto la ciudad, pidió a sus hijos que, mientras viviera, le llevaran a ver la ciudad. Los hijos le uncieron los asnos al carro y le dijeron: «Conduce sólo y ellos te llevarán a la ciudad.» Pero se echó la noche y vino una tormenta, los asnos se desviaron del camino y fueron a un lugar escarpado. El viejo, cuando vio el peligro, dijo: «Zeus, ¿en qué te he ofendido para perecer así y además esto, no por culpa de unos caballos, sino de unos miserables asnos?» Pues igual yo, tengo el disgusto de que muero a manos, no de unos hombres respetables, sino de unos miserables esclavuchos.



FIG. 11

141. A punto estuvo de que lo despeñaran, cuando todavía contó otra fábula. Dijo[50]:

—Un hombre estaba enamorado de su propia hija y consumido de pasión, mandó al campo a su mujer, se apoderó de su hija y la violó. Ella dijo: «Padre, estás haciendo un sacrilegio, preferiría entregarme a cien hombres que a ti.» Lo mismo me pasa con vosotros, delfios, preferiría antes rodar por Siria, Fenicia, Judea, que morir estúpidamente a vuestras manos.

Pero los delfios no se arrepintieron.

142. Esopo los maldijo, puso por testigo al jefe de las Musas[51] para que oyera que moría injustamente y se arrojó por el precipicio. Así puso fin a su vida. Los delfios fueron presa de una peste[52] y recibieron un oráculo de Zeus para expiar la suerte de Esopo. Después, cuando lo supieron las gentes de Grecia, de Babilonia y los samios, vengaron la muerte de Esopo.

Origen, educación[53], hazañas y muerte de Esopo.

Muchos creen que lo que se descubre con facilidad es fácil también de despreciar.

FÁBULAS DE BABRIO

INTRODUCCIÓN

1. La personalidad histórica de Babrio

La literatura griega antigua que conocemos en la actualidad es un porcentaje mínimo de lo que se escribió: quizá poco más de un 10 por 100. A pesar de esta cifra tan decepcionante son más de dos mil los autores de los que conservamos restos. Estos restos van desde los numerosos volúmenes de Galeno, Hipócrates, Plutarco, Platón, Aristóteles, etcétera, con centenares de miles de palabras cada uno, a las escasas palabras de algún poeta lírico o trágico de segunda fila. De muchos de estos autores conocemos su vida con cierto detalle; conocemos su filiación, rasgos de su personalidad, incluso, a veces, algunos de sus problemas privados… Otros muchos, en cambio, no son para nosotros más que nombres: ignoramos el siglo en que vivieron, no tenemos seguridad alguna de las atribuciones que se les han hecho de determinadlas obras, dudamos incluso de si se trata de un solo autor o de varios del mismo nombre. Babrio pertenece más bien al segundo grupo por lo que de él sabemos.

Hasta comienzos del siglo III d. C. ningún autor menciona a Babrio o a sus fábulas. A partir de entonces aparecen alusiones a su persona o citas literales de sus fábulas en Pseudo Dositeo[1], Juliano[2], Libanio, Temistio, Aviano, así como en las *Tabulae Assendelftianae*[3] y otros lugares. Por otra parte, autores anteriores a esta fecha y que se ocuparon personalmente de las fábulas como Fedro (primera mitad del siglo I d. C.), Luciano (siglo III d. C.) o Plutarco (I/II d. C.), no hacen alusión a nuestro poeta.

De estos datos podemos deducir con seguridad que Babrio vivió antes del siglo III d. C. Ya no es tan seguro deducir del argumento a *silentio* de Luciano y Plutarco que tuvo que vivir con posterioridad a la fecha de la muerte de estos escritores: al menos en teoría pudo ser contemporáneo de ellos y no serles

conocido o pudo serles conocido y a pesar de ello no lo citaron por cualquier razón. Por estas causas discrepo de Crusius[4] que lo coloca a finales del siglo II d. C. («man wird daher Babrios kaum weit vor den Anfang des 3. Jhdts. hinaufrücken dürfen»).

Los papiros en este caso apenas nos sirven para fijar con mayor exactitud la época en que vivió nuestro autor: el papiro de Oxirrinco 1249 contiene partes de varias fábulas de Babrio. Sus editores, Grenfell y Hunt dicen que la letra del papiro «apenas podría ser posterior a finales del siglo II *y probablemente puede ser bastante anterior*» («and may easily be appreciably earlier»; cursivas mías). Todavía menos indicativos son otros papiros que recogen fragmentos de Babrio, como el *PBouriant* 1 o el *PAmherst* 26, ya que ambos son probablemente del siglo IV d. C. Además de estos datos externos, podemos acudir a la obra misma de Babrio para intentar encontrar alguna clave que nos permita encuadrarlo cronológicamente con mayor precisión.

El prólogo con que comienza la parte 2 (tras la fábula 107), va dirigido a un cierto «hijo del rey Alejandro». El prólogo de la parte 1 va dedicado a un tal Branco, al que también se menciona en la fábula 74. Se ha discutido si Branco y el hijo del rey Alejandro son la misma persona. Prescindamos de esta cuestión de momento y tratemos de averiguar quién puede ser el tal rey.

Existen en la antigüedad varios reyes de nombre Alejandro. Sin embargo, a juzgar por una serie de alusiones a los sirios (ver el prólogo de la segunda parte) y árabes (fábulas 8 y 57), etcétera, debe tratarse de un reyezuelo que menciona Josefo en *Antigüedades Judías* 18.140: «Alejandro tiene un hijo de nombre Tigranes, igual que su hermano, que es enviado por Nerón como rey de Armenia. Éste a su vez tiene un hijo, Alejandro, que se casa con Iotape, hija de Antioco, rey de Comagena. Vespasiano lo nombra rey de Cetis de Cilicia. La descendencia de Alejandro, ya desde su nacimiento, abandonó los servicios (religiosos) de sus paisanos judíos, pasándose a las tradiciones griegas.»

Suponiendo que nuestro rey sea el que nombró Vespasiano para Cilicia y considerando que Vespasiano fue emperador entre el 69 y el 79 d. C. tendríamos una fecha bastante precisa en la que Babrio habría actuado como preceptor del «hijo del rey Alejandro». Además, el dato que añade Josefo de que los hijos del Fey Alejandro abandonaron la tradición judia para aceptar la cultura griega, coincide muy bien con el hecho de que en esta corte provinciana existiese un preceptor de lengua y cultura griega como Babrio.

Al ser Babrio preceptor de una corte de Siria se explica muy bien que nuestro poeta diga (prólogo de la segunda parte) que la fábula es un invento de los antiguos sirios, lo cual es históricamente correcto, pero era ignorado por los griegos. En este ambiente sirio, Babrio entró en contacto con las antiguas literaturas mesopotámicas, descubrió la mayor antigüedad de éstas con respecto a la literatura griega y tuvo acceso directo a las fábulas mesopotámicas como lo demuestra su versión de la fábula 84, «El mosquito y el toro», que difiere de la tradición esópica y coincide con la versión babilonia encontrada en tablillas cuneiformes. Asimismo las fábulas 138 y 143 no aparecen en otros autores griegos o romanos y parecen más bien tomadas directamente de un modelo mesopotámico. Como decíamos más arriba, sus alusiones directas a los árabes, a los que dice conocer personalmente (fábula 57), son otras pruebas de la estancia de Babrio en Siria.

Se ha discutido si el joven Branco de la primera parte y el hijo del rey Alejandro, de la segunda, son o no la misma persona, Crusius en su artículo citado y Perry[5], entre otros autores, sostienen que más bien debe tratarse de personas diferentes. Los argumentos para defender esta tesis son fundamentalmente: 1) que si Branco fuese hijo de un rey sirio la explicación de que la fábula era un invento sirio debería estar ya en la primera parte, y, 2) que entre la fecha de la primera y segunda parte pasan varios años, como se deduce del segundo prólogo, en el que Babrio dice que ha tenido muchos imitadores que le han plagiado. Ahora bien, si han pasado muchos años, Branco ya no sería un niño al que se dirigía su preceptor con un tono tan escolar como el que Babrio emplea en el segundo prólogo. Además de este hecho, Crusius, Perry y otros autores notan que el nombre de Branco no está documentado en la literatura griega fuera de estos pasajes de Babrio y concluyen que se debe tratar de una ficción literaria, un nombre inventado para referirse a un alumno ideal.

Comparto la deducción de Crusius y Perry de que Branco no debe ser el mismo que el «hijo del rey Alejandro» al que se dedica la segunda parte. Sin embargo, en cuanto al nombre de Branco, no documentado en otros lugares de la literatura griega, no me satisface la idea de la ficción literaria y por ello aventuro otra hipótesis: Branco no está documentado porque no es un nombre griego, sino semítico. En la corte del rey Alejandro se debería hablar, además del griego, una lengua semítica como arameo o siriaco. En el nombre Branco (Bránchos) podría haber un primer elemento *Bra* que sería una metátesis del semítico *Bar* «hijo

de». Estas metátesis son frecuentes en los préstamos semíticos: piénsese en el nombre del oro, *chrusós*, que en griego tiene una aspirada + *r* + vocal y en cambio en las lenguas semíticas el orden es aspirada + vocal + *r*. En cuanto al segundo elemento del nombre Branco pudiera ser *Nechosh*, es decir. *Bar Nechosh* («hijo del bronce») > *Branchosh* > Bránchos. En este sentido (nombre semítico frente a ficción literaria) pueden recordarse también Baroüchos de Josefo *AJ* 10.94, Barouch de los LXX, etcétera, en los que la ípsilon puede haberse confundido con una gamma, como ocurre frecuentemente.

Es una lástima que no existan diccionarios específicamente de nombres propios de estas lenguas semíticas (o al menos yo no los conozco) para poder comprobar la existencia de este nombre u otras formaciones semejantes.

En todo caso Josefo al hablar del rey Alejandro no especifica si tuvo un hijo o varios hijos. Literalmente dice «la descendencia de Alejandro ya desde su nacimiento…». Este abstracto colectivo, «descendencia», más bien suele referirse a varias personas. Es, pues, muy probable que el rey Alejandro tuviera varios hijos. Este supuesto, podría haber ocurrido que Babrio hubiese sido preceptor de un príncipe Branco, hijo del rey Alejandro y años después fuese preceptor de otro «hijo del rey Alejandro». Admito que esta hipótesis mía carece de pruebas. La ofrezco sólo como una posibilidad que no se ha presentado, que yo sepa, todavía.

Dejando aparte todas estas suposiciones podemos aceptar como verosímil que el rey Alejandro que menciona Babrio sea el nombrado por Vespasiano. Según esto nuestro autor habría vivido en el siglo I d. C. y habría sido preceptor en el último tercio del siglo.

Existe otro dato indirecto que aboga por esta fecha: en el prólogo de la segunda parte, Babrio dice que fue él el primero en versificar las fábulas esópicas («una vez que abrí yo la puerta, antes que nadie, han entrado otros por ella…»), lo cual puede ser verdad en griego, pero no en latín, ya que Fedro es anterior a Babrio. Pues bien, Quintiliano en su *Institutio Oratoria* (I 9. 1), que es de finales del siglo I, dice que a los alumnos debe contárseles las fábulas *viva voce*, con sencillez; que después ellos deben ponerlas por escrito *poniendo en prosa los versos de las fábulas*. Considerando que Quintiliano[6] abogaba por que los escolares empezasen aprendiendo griego, ya que el latín lo iban a dominar de todas formas, es de suponer que estuviese pensando en las fábulas de Babrio y/o en las de sus imitadores a los que este alude en el segundo prólogo.

De todos estos datos, como se ve bien escasos, podemos concluir que Babrio vivió a finales del siglo I. Una vez averiguado su encuadramiento cronológico, vamos a intentar ahora deducir algunas informaciones más referentes a su persona.

El nombre *Babrius* no es un nombre griego: no está documentado en la literatura griega, si exceptuamos a nuestro poeta. Por otra parte, hasta tal punto resultaba extraño a los griegos, que los autores bizantinos que hablan de él dudan de cómo puede ser el nominativo. Piénsese que en los manuscritos de las fábulas aparecería sólo el genitivo en el título *Babríou mythíamboi* o similar. De este genitivo *Suda* deduce dos nominativos: Babrías y Bábrios. En cambio, para el fabulista latino Aviano, del IV d. C., el nombre no ofrece dificultad y lo menciona correctamente en nominativo como Babrius. Por otra parte, este nombre aparece en inscripciones latinas como *CIL* I 1412, y otras. Parece ser que es en un principio, un nombre umbro que posteriormente se aplica a libertos romanos y que, sin duda, tiene que ver con barba, con una metátesis muy frecuente de la *r* (cf. español *probe/pobre*, etc.). Se puede suponer que su nombre completo fuese Valerio Babrio, ya que el Codex Harleianus 3521 dice *Babríou Baleríou… stíchoi*. Por su parte el codex A, que es el más antiguo que poseemos, dice *Balebriou mythíamboi*, que parece un error por haplología de *Bále*[*ríou Ba*]*brío*u. Sin embargo, el *praenomen* Valerio no es seguro: puede tratarse de un error del copista, ya que resulta sospechoso que ni la *Suda*, ni Aviano, ni ningún autor de la antigüedad lo mencione. En todo caso, la latinidad del nombre Babrio es segura y de ella podemos deducir que nuestro poeta era romano de nacionalidad. Esta deducción se corrobora, además, con otros datos de tipo métrico y lingüístico.

En efecto, en los versos de Babrio aparece acentuada *siempre* la penúltima sílaba de la palabra que forma el último pie. Véase, por ejemplo, el comienzo de la obra con acentos en *anthrṓpon, chryseiēn, állēn* y *sidēreiē*.

Este rasgo, que descubrió Crusius, distingue a Babrio de toda la poesía yámbica griega y lo asimila a la latina en la que el verso coliàmbico tiene que aparecer siempre acentuado en la penúltima sílaba, de acuerdo con las leyes de acentuación latinas. En efecto, al ser la penúltima sílaba larga, por exigencias del metro (tanto en griego como en latín), en esta segunda lengua es obligado que el acento recaiga sobre esa sílaba. Esto no es necesario en griego, en donde el acento es libre y puede recaer por lo tanto en la última, penúltima o

antepenúltima.

Existen otros fenómenos métricos en los versos babrianos que delatan la educación latina de su autor. Además de la métrica, el latín se deja traslucir en una serie de construcciones que no parecen muy puras en griego: tras el *epizetein pará tinos* de 28.3 parece estar un *quaerere ex aliquo*, tras el *eis ethos baínei* de 106.27 se intuye el latín *in consuetudinem uenire*, el empleo de *cheír* en el sentido de mano (en el juego de cartas o dados) en 131.4 es nuevo en griego y parece responder a una acepción del latín *manus* que hemos conservado en las lenguas románicas, etcétera. Todos estos datos de tipo métrico y lingüístico[7] abundan, junto con la cuestión del nombre, en la corrección de la hipótesis de una patria latina para nuestro poeta.

Este romano que por azar de la vida se encuentra de preceptor de una corte siria a finales del siglo I d. C. es un hombre culto, conocedor de la literatura griega en grado eminente y también, como hemos dicho, de la literatura mesopotámica. En un reciente estudio María Jagoda Luzzatto ha descubierto en Babrio ecos de Homero, Hesíodo, Semónidas, Teognis, Píndaro, Safo, Sófocles, Eurípides, Esquilo, Aristófanes y, lo que es más interesante (y a veces desconcertante), de los LXX, literatura judeo-alejandrina y poetas tardíos. Estos ecos consisten en temas, fórmulas, léxico, etcétera, y varían mucho en el grado de fidelidad con respecto al modelo: a veces los paralelismos son evidentes e innegables. Otras veces son más discutibles y pueden deberse a tópicos retóricos de escuela o a simples casualidades.

En todo caso el carácter culto de Babrio era conocido ya desde el siglo pasado. La autora italiana menciona un estudio de Zachariae (*De dictione babriana*[8], Göttingen, 1875) en el que se afirma que «Babrius in primis in Homeri carminibus multum versatus, fabulis locutiones, constructiones, verba homérica inseruit» y se descubren incluso paralelos con otros poetas, como Píndaro. Remitimos al artículo de M. J. Luzzatto para todas las influencias de la poesía homérica, arcaica y clásica y vamos a detenernos un momento en las influencias posteriores.

Resultan chocantes los paralelos de Babrio con la versión de los LXX. Este hecho no ofrece dificultades de tipo cronológico, ya que esta traducción de la Biblia es anterior a la era cristiana, pero sí resulta muy extraño porque un griego «normal» del siglo I d. C. en principio no conocía los LXX ni la literatura grecojudía de la época. La única cita conocida de un texto griego que haga

referencia a la Biblia es el tratado De lo sublime que en IX 9 se refiere a Moisés e incluye el versículo del Génesis «dijo Dios (…): hágase la luz, y se hizo; hágase la tierra, y se hizo». En este punto, pues, Babrio es un caso aparte y los paralelos no pueden negarse: cf. Babr. 19.8 *bótrys pépeiros* = *Gen*. 40.10 *bótrys pépeiros*, Babr. 18.8 *exochḗ pétrēs* = *Ib*. 39.28 *ep' exochḗ pétras*, Babr. 108.10 *stámnoi mélitos* = 3 *Reg*. 12.24, 14.3 *stámmon mélitos*, etcétera, etcétera (cf. Luzzatto artículo citado para más ejemplos). Además de estas «*iuncturae* tipiche» como las llama Luzzatto, existen una serie de «termini singoli» usados en las mismas acepciones por Babrio y los LXX y, lo que es más importante, una serie de cuestiones de contenido que demuestran, sin lugar a dudas, la influencia de los LXX sobre nuestro autor. Tal es el caso de la fábula 58 que difiere totalmente del clásico mito de Pandora: Zeus no mete en «la tinaja» todas las cosas malas sino que, como Yahveh en el paraíso, incluye «todas las cosas buenas» si el hombre consigue superar la prueba del deseo de conocer (cf. paralelo del *Génesis*). Pero el hombre deseoso de saber cae en la tentación, abre la tinaja y se le volatilizan todas las cosas buenas. Sin embargo, Zeus, como Yahveh misericordioso le deja al hombre la esperanza que le promete alcanzar un día la felicidad perdida. Crusius encontraba injustificable la variación tan radical del mito clásico. Visto a la luz del *Génesis* ya no parece tan injustificable: hay una contaminación entre el mito de Pandora y el del Paraíso terrenal.

Un problema realmente desconcertante es el de los paralelos con poetas tan tardíos como Opiano y sobre todo Nonno y Museo. Estos paralelos existen (cf. Luzzatto, artículo citado); lo difícil es explicarlos. La autora italiana los considera *puzzling*. Una cosa es clara: Babrio pudiera ser contemporáneo de Opiano, que debe ser de la segunda mitad del siglo II. Sin embargo, nunca puede ser contemporáneo de Nonno y Museo (ambos del IV-V) porque los testimonios del Pseudo Dositeo y de las tablillas de Palmira son concluyentes a este respecto. En el caso de Opiano se puede decir que es éste el que sufrió la influencia de Babrio o que ambos tienen fuentes comunes.

Nuestro poeta conocía, pues, la literatura griega arcaica, clásica y helenística, la literatura judeo-alejandrina (por lo menos los LXX) y la literatura babilonia. Era por lo tanto un poeta culto, pero no un *poeta doctus* a los que desprecia: en el prólogo de la segunda parte polemiza con aquellos que «andan produciendo poemas que parecen acertijos de una musa sabia», refiriéndose a ese tipo de poetas tardíos de los que abunda la Antología Palatina, alejandrinos y

gongorinos en las peores acepciones de estos términos que, realmente, convierten la poesía en un acertijo erudito. Babrio es culto, pero no culterano. Su estilo es, a pesar de los ecos literarios, claro, sencillo, popular. Su léxico es con frecuencia prosaico y coloquial: prefiere *thēríon* a *thḗr*; usa siempre *plḗres*, nunca *pléos*; prefiere *próbaton* a *oīs*, etcétera.

En el capítulo dedicado a la segunda sofística, Lesky[9]afirma que la mayoría de los poetas de esta época habían pasado por la escuela de retórica. Sin duda, esto es lo que ocurrió con Babrio: no sólo se explicarían así sus conocimientos literarios sino su experiencia en cuestiones métricas, metodológicas y técnicas. En este sentido es muy interesante el estudio de los dos prólogos: en ambos hace referencia a los yambos que él dulcifica (con la inclusión del espondeo final obligado y las numerosas sustituciones a lo largo de los versos); la polémica con sus imitadores en el segundo prólogo indica una toma de postura metodológica típica de los rectores; la abundancia de términos técnicos demuestra su paso por la escuela.

De todos estos hechos podemos concluir que Babrio es un poeta culto, formado en una escuela retórica de las que existían en la época de la segunda sofística, buen conocedor de la literatura griega, de la cultura judía helenizada y de la babilonia. Estos datos, junto con los de su nacionalidad y cronología que dábamos más arriba parecen bastante averiguados. Todo lo demás son suposiciones sin mayor fundamento. En el imaginativo libro de Léon Herrmann[10], aparte de otras fantasías se supone que Caius Iulius Valerius (es decir, Babrio) nació en Siria (quizá en Antioquía), emigró a Roma bajo Claudio, escribió un sinfín de obras (*La novela de Niño*, *Sobre la diosa Siria*, *Sobre la astrología*, *Vida de Homero*, *Batracomiomaquia*, *Fábulas y La novela de Alejandro*), fue un cortesano oportunista, etcétera. Este libro resulta una sorprendente obra que ofrece una gran cantidad de datos e hipótesis muy novedosas pero, a nuestro juicio, no demasiado fiables.

2. La obra de Babrio

Si escasos son los datos que poseemos sobre la vida de Babrio, no son mucho más abundantes los que poseemos sobre su obra.

Actualmente y a partir sobre todo del codex Athous del British Museum

(Addenda 22087), del siglo X, que es el principal manuscrito babriano, disponemos de 143 fábulas en verso, ordenadas alfabéticamente por la primera palabra de la fábula. De éstas, el manuscrito A tiene sólo las 122 primeras y el primer verso de la fábula 123. Las otras 21 fábulas proceden de otras fuentes. Al comienzo de esta tirada se incluye un prólogo que empieza por gamma (*geneḗ*) y tras la fábula 107 (*leōn agreúsas*) se incluye el segundo prólogo que empieza por m (*mýthos*). La fábula 108 continúa el orden alfabético del segundo prólogo (*mýon*), que procede regularmente hasta la o. A partir de la letra pi (fábula 130) el orden alfabético se rompe debido a las diferentes fuentes de donde proceden las fábulas finales y se echan en falta una serie de letras. Se puede conjeturar que debió existir una colección ordenada de la alfa a la omega totalmente y, dadas las letras que faltan, se puede pensar que el número de fábulas debía rondar las 200.

Evidentemente esta ordenación alfabética con los dos prólogos no puede ser la originaria: sabemos que entre el primer libro y el segundo pasaron varios años y no es verosímil pensar que Babrio escribiese en un principio un libro de fábulas hasta la lambda y años después empezase un segundo libro a partir de la *my*. La misma ordenación alfabética parece más bien un procedimiento escolar, mnemotécnico, que la forma en que se publicarían las fábulas por vez primera. En todo caso esta ordenación alfabética y en dos libros debe ser muy antigua: ya Aviano en su prefacio hace alusión a los dúo uolumina de la obra babriana, lo que nos hace pensar en una edición semejante a la del Athous. Por otra parte, el arquetipo de este manuscrito debe ser anterior al siglo IV como se demuestra por su parentesco con el *PAmherst* que es del III/IV. Frente a esta tradición resulta chocante el dato que da la Suda de que los libros de Babrio son 10. Parece fácilmente demostrable que la *Suda* participa de una tradición diferente de la de A: en las citas de este léxico no aparecen los epimitios interpolados que encontramos en A y algunas fábulas aparecen en una versión más extensa y verosímilmente más correcta que la de A. Frente a esto el conjunto de las citas de la Suda resulta más pobre y con menos visos de autenticidad que el texto de A. Ante esta situación decidirse por los *dúo uolumina* de Aviano y del A o por los *biblía déka de Suda* es una cuestión casi de preferencias personales. Nosotros pensamos que es más verosímil la tesis de Aviano y de la *traditio* y que el dato de la *Suda* es un error sin más.

Además de esas 200 fábulas ordenadas en dos libros, a nuestro autor se le han atribuido otras muchas obras a las que nos referíamos más arriba. El libro de

Herrmann, ya mencionado, pretende colocar a Babrio en «une place d'honneur parmi les écrivains grecs» y para ello lo hace autor de todo anónimo u obra de autoría discutible de la época. A la espera de pruebas más concluyentes que las que presenta Herrmann, nosotros no admitimos por ahora esas atribuciones y seguimos considerando a Babrio únicamente como el autor de fábulas esópicas versificadas.

3. Modelos, fuentes e imitadores de Babrio

Al tratar más arriba de la personalidad de Babrio apuntábamos, siguiendo a M. J. Luzzato, una serie de autores griegos en la obra babriana. Además de éstos, Babrio debe haber sacado la materia prima de sus fábulas de algún lugar. Sabemos que a partir de la época clásica circulaban una serie de colecciones de fábulas en prosa. Es conocida, por ejemplo, una colección que hizo Demetrio de Faleron (IV-III a. C.), que no ha llegado hasta nosotros, y que parece haber sido el texto canónico de Esopo de la época romana, como sostiene Perry[11]. Además de ésta, célebre por su autor, existían otras muchas anónimas, como la *Augustana* que nos es bien conocida[12]. Evidentemente Babrio no tomó su material de la *Augustana*: existen muchas fábulas en esta colección que no están en Babrio e inversamente hay fábulas en Babrio que no están en la *Augustana* o que están en otra versión (véase a modo de orientación el índice de las fábulas de Babrio con referencia al número de Esopo, cuando existe coincidencia). Así pues, Babrio, que menciona expresamente a Esopo en el primer prólogo, pudo haber versificado las fábulas a partir de la colección de Demetrio Falereo o de cualquier otra colección desconocida, o bien pudo haber sacado su material directamente de la transmisión oral: las fábulas circulaban de boca en boca y eran bien conocidas del público en general como lo demuestran las frecuentes alusiones de poetas, prosistas y oradores a ellas. Es conocida la escena del *Fedón* en la que Platón nos cuenta cómo su maestro pasaba el tiempo versificando fábulas en la víspera de su ejecución[13]. En este pasaje, Sócrates reconoce que versifica fábulas «que conoce de memoria». Este pudo haber sido también el caso de nuestro poeta.

En cuanto a las fábulas que aparecen en Babrio y sin embargo no están presentes en lo que hoy conocemos de Esopo, Crusius en su artículo de la *RE* ya

mencionado[14] señala un número muy grande de posibles fuentes tanto en autores griegos como romanos. Quizá es ingenuo pensar que todos estos autores son la fuente directa de Babrio. Parece más verosímil imaginarse que tanto nuestro autor como sus antecesores conociesen las fábulas por transmisión oral y/o por colecciones.

Hay, sin embargo, otra fuente a la que hemos aludido más arriba: la literatura neobabilonia o asiría. La fábula 84, del mosquito y el toro, discrepa de la versión esópica (cf. Esopo 37) y coincide en cambio con una fábula babilonia publicada por primera vez en 1927 por E. Ebeling a partir de tablillas cuneiformes. Nuestro poeta, según esto, no sólo había conocido la tradición fabulística griega, sino también la mesopotámica. Quizá pudo haber conocido Babrio, en este sentido, la versión original del *Libro de Ahikar* asirio, del que se dice que Demócrito había hecho una versión que conocieron Teofrasto y Demetrio de Faleron[15].

Nuestro poeta se queja en el segundo prólogo de que es él el primero a quien se le ocurre versificar las fábulas esópicas[16] y que en seguida siguen sus pasos una serie de plagiarios. No podía imaginarse Babrio hasta qué punto ello iba a ser así: desde sus contemporáneos a un falsificador profesional del siglo XIX llamado Minoides Mynas, muchos son los intentos de hacer pasar por babriano lo que no eran más que versificaciones de la cosecha propia de estos imitadores. Ante este hecho incuestionable los editores han reaccionado de manera diferente: Rutherford se ha excedido quizá en atetizar lo que él consideraba espúreo. Crusius, en cambio, recoge en su edición de Teubner muchos textos que no parecen ofrecer garantías de autenticidad. Nosotros hemos seguido en este punto la edición de Perry que utiliza un realismo muy convincente. Para mayor información sobre los imitadores de Babrio, véase la introducción a la edición de Perry.

4. Ediciones y traducciones de Babrio

Al no tratarse aquí de una edición del texto de Babrio, sino de una traducción, no creemos que esté indicado inventariar los manuscritos y papiros que nos han transmitido el texto de este autor. Esta relación se encuentra en cualquiera de las ediciones que mencionaremos a continuación.

La primera edición de Babrio es la de J. F. Boissonade, París 1844, que fue quien descubrió el manuscrito A. A ésta le siguen enseguida las de C. Lachmann

(Berlín, 1845), G. C. Lewis (Oxford, 1846) y F. W. Schneidewin (Leipzig, 1853). Th. Bergk en *Anthologia Lyrica* (Leipzig, 1868[2]) edita también a nuestro autor. En 1875 publica A. Eberhard su edición crítica en Berlín. Aparecen después las ediciones de M. Giltbauer (Viena, 1882), W. G. Rutherford (Londres, 1883) que mencionábamos anteriormente y, por fin, la edición teubneriana de Crusius, Leipzig, 1897, en sus versiones *maior* y *minor*. Ni que decir tiene que esta edición sigue siendo válida y, en muchos aspectos, permanece insuperada. Quizá debido a ello se ha tardado tanto en hacer nuevas ediciones. Recientemente ha aparecido la edición cíe B. E. Perry en Loeb Classical Library (Londres, 1965) a partir de la que se ha hecho esta traducción y, finalmente, la de L. Herrmann, Latomus, Bruselas, 1973.

En cuanto a traducciones conocemos una alemana de 1846 (W. Hertzberg, *Babrios' Fabeln übersetzt in deutschen Choliamben*, Halle), una inglesa de J. Davies, Londres, 1860, y una francesa de E. Lévèque (*Les fables ésopiques de Babrius*. París, 1890). Ya en este siglo Denison B. Hull publicó su *Aesop's Fables told by Valerius Babrius* (University of Chicago Press, 1960) en pareados, a partir de la edición de Rutherford además de las traducciones de Perry y Herrmann, cuyas ediciones son bilingües. En español no conocemos ninguna traducción y es muy verosímil que nunca se haya traducido a Babrio del griego. Es probable, pues, que ésta sea la primera vez que se traduce a Babrio al español.

Con respecto a la bibliografía sobre Babrio consideramos suficiente la que hemos citado en esta introducción. El que desee un mayor repertorio bibliográfico, puede acudir a las ediciones de Perry o Herrmann o al artículo de M. J. Luzzatto.

JAVIER LÓPEZ FACAL

FÁBULAS DE BABRIO

Prólogo

Al principio había una raza de hombres justos, Branco, hijo mío, a la que llaman edad de oro[1]; después de ésta dicen que vino otra de plata, y ahora estamos en la tercera, la de hierro. En la edad de oro también los otros animales tenían voz articulada y conocían las palabras con las que nosotros hablamos unos con otros, y celebraban asambleas en medio de los bosques. Hablaba incluso el pino y las hojas de laurel y el pez nadador conversaba con el marinero amigo, y los gorriones trataban con el campesino de cosas inteligentes. La tierra producía de todo sin pedir nada a cambio y entre mortales y dioses reinaba la camaradería. Veis a aprender que esto es así, y a conocerlo, del viejo sabio Esopo que nos ha contado fábulas en el arte libre de las musas[2]. A cada una de ellas yo ahora las voy a hacer florecer en mi memoria, recreándolas, para presentarte como un panal lleno de miel, suavizando los duros versos de los amargos yambos[3].

1. El león y el arquero

Un hombre fue a una montaña a cazar, hábil en el disparo del arco. Se produjo una desbandada de los animales todos, llenos de miedo. Sólo el león envalentonado le provocaba a que luchase con él. «Espera», le dijo el hombre, «no te apresures ni cantes victoria. Tan pronto como te encuentres con mi mensajero sabrás qué tienes que hacer.» A continuación, alejándose un poco, dispara y la flecha se metió en el blando vientre del león. Éste, lleno de miedo, se lanzó a la huida hacia sotos solitarios. No lejos de él estaba la zorra, que le pidió que tuviese ánimo y se parase. «No me vas a liar tú», le dijo, «ni a coger en la trampa. Pues si manda un mensajero tan amargo ya sé cómo es de terrible él

personalmente.»

2. El labrador que perdió la azada

Un labrador sachando la viña perdió la azada y se puso a averiguar si alguno de los campesinos presentes la había robado. Todos negaban. No sabiendo qué hacer los llevó a todos a la ciudad para someterlos a juramento, pues se cree que de los dioses, los simples viven en el campo y en cambio los que están dentro de la muralla son veraces y todo lo vigilan. Cuando entraron por las puertas y se lavaron los pies en la fuente y depositaron los morrales en el suelo voceaba el pregonero que se pagarían mil dracmas por la información del robo del que había sido objeto el templo de dios. Oyendo esto nuestro hombre dijo: «¡Qué pérdida de tiempo haber venido! Pues ¿cómo va a conocer el dios a otros ladrones si ni siquiera conoce a sus propios rateros y busca con recompensa a algún hombre que sepa algo?»

3. La cabra y el cabrero

Una vez un cabrero llamaba a las cabras porque quería llevarlas al redil, y unas venían y otras no. A una desobediente que seguía en un barranco comiendo las hojas tiernas de la avena y del lentisco le tiró una piedra de lejos y le rompió un cuerno. Entonces le suplicaba: «Por Pan[4], que vela sobre estos valles, cabritilla, compañera de esclavitud, no me denuncies al amo, cabrita mía, pues te acerté sin querer al tirar la piedra.» Y ella le dijo: «¿Y cómo voy a ocultar una cosa tan evidente? Aunque yo calle, el cuerno grita.»

4. El pescador y los peces

Un pescador recogió la red que había echado un momento antes y resultó que estaba llena de manjares variados. Los peces pequeños escurriéndose hacia el fondo se escapaban por los muchos agujeros del aparejo y, en cambio, los grandes eran cogidos y quedaban extendidos en el barco. En cierta manera es una salvación y libra de malos pasos el ser pequeño. Pues al de gran apariencia raramente lo verás consiguiendo esquivar los peligros.

5. Los gallitos de Tanagra

Hubo una pelea de gallitos de Tanagra que tienen, según se dice, un valor como el de los hombres. De ellos, el que quedó peor —pues estaba lleno de heridas— se fue con la cabeza gacha a un rincón de la casa, avergonzado. El otro, al punto saltó a la azotea y agitando las alas se puso a cantar. Pero un águila se lo llevó levantándolo del tejado y entonces el que quedó rondaba a las hembras impunemente, llevándose la mejor parte como premio de su derrota.

Hombre, tampoco tú seas nunca fanfarrón cuando la suerte te eleva a ti más que a otro. Pues a muchos ha salvado el no haber triunfado.

6. El pescador y el pescadito

Un pescador que rastrillaba toda la costa del mar y se ganaba un agradable modo de vida con una fina caña, pescó una vez un pescadito con la tanza de crin de caballo, de esos que ya sirven para la sartén. Éste, esperando convencerlo, le suplicaba así: «¿Qué vas a ganar, o en cuánto me vas a vender? Pues no soy mayor sino que apenas ayer la faneca, mi madre, me echó sobre esta piedra. Así que, suéltame, no me mates por nada. Cuando después de llenarme de algas marinas me haga grande y digno de banquetes de ricos, entonces vuelves aquí y me coges.» Así musitaba palpitando suplicante, pero no iba a conseguir convencer al viejo con sus halagos. Éste, a la vez que lo atravesaba en su agudo junco, le decía: «El que no aprovecha lo pequeño, pero seguro, por perseguir lo incierto, es un estúpido.»

7. El caballo y el asno

Un hombre tenía un caballo al que acostumbraba a llevar de la brida de vacío. En cambio echaba la carga sobre un burro viejo. Muy cansado éste se fue a tratar con el caballo: «Si quisierais compartir conmigo algo de la carga, probablemente me salvaría. Si no, me voy a morir.» El otro le dijo: «No sigas, no me molestes.» Siguió el asno arrastrándose en silencio pero, abatido por el cansancio, se cayó muerto como había predicho. El dueño inmediatamente colocó al caballo junto a él y después de desatar toda la carga le echó encima las albardas de la acémila y le añadió la piel del asno al que había desollado. Y el

caballo dijo: «¡Ay que mala decisión, pues en donde no quise compartir un poco, la necesidad me ha echado encima aquello mismo, pero en su totalidad!»

8. El árabe y el camello

Un árabe, después de cargar a un camello, le preguntaba si prefería ir por el camino de arriba o por el de abajo. Y el camello no sin inspiración le dijo: «Y el camino recto, ¿está cerrado?»

9. El pescador y la flauta

Un pescador tenía flautas y las tocaba con arte. Y así, una vez, esperando que le llegaría abundante comida sin esfuerzo, con la sola dulzura de sonido de la flauta, dejó la red y empezó a gorjear con virtuosismo. Cuando se cansó de soplar y de tocar en vano, lanzó la red y la sacó llena de peces. Viéndolos en tierra palpitantes unos por un lado y otros por otro, les decía con sorna mientras lavaba el aparejo: «Bailad ahora sin la flauta. Más os hubiera valido haber bailado antes cuando yo os tocaba la danza.» [No es posible hacer una ganancia sin trabajo y zascandileando. Pero cuando has conseguido lo que querías a base de cansarte, tienes la ocasión de ironizar y burlarte].

10. Afrodita y la esclava

Un hombre estaba enamorado de una esclava suya, fea y de mal carácter, y le daba con prontitud todo lo que le pedía. Ella, llena de oro y arrastrando fina púrpura sobre sus piernas, se enzarzaba en continuas pe leas con el ama de casa. Honraba a Afrodita[5], como la causante de esta situación, encendiéndole lámparas y cada día, sin excepción, le ofrecía sacrificios, hacía votos, le suplicaba y le pedía, hasta que una vez la diosa, cuando estaban ellos dormidos, se le vino en sueños y apareciéndose a la esclava le dijo: «No me estés agradecida como si yo te hubiese hecho hermosa. Yo estoy irritada con éste, al que tú le pareces bella.»

Todo lo que se goza con lo feo como si fuese hermoso está tocado por obra de los dioses y es corto de entendederas.

11. La zorra con el fuego al rabo

Uno que quería deshacerse: de una zorra, enemiga de sus viñas y huertas, con un exótico castigo, le ató un poco de estopa al rabo, le prendió fuego y la dejó escapar. Pero a ella un Espíritu vigilante la encaminó hacia los labradíos del que le había hecho daño, con el fuego al rabo. Era la época de la cosecha y la mies estaba llena de hermosos y esperanzadores frutos. El hombre la seguía llorando por su mucho trabajo perdido, pero su cereal no llegó a ver la era.

Es necesario ser templado y no irritarse sin medida, pues hay un castigo de la ira, del que ojalá me guarde, que descarga su peso sobre los irascibles.

12. El ruiseñor y la golondrina

Una golondrina se fue volando largo desde los labradíos y encontró al ruiseñor de voz aguda que estaba en el bosque solitario, llorando a Itis[6] prematuramente muerto en la primavera de su vida. Por el canto se reconocieron ambos y volaron al encuentro y empezaron a hablar. La golondrina dijo: «Querida, ¿estás viva? Hoy te veo por primera vez después de lo de Tracia. Siempre nos ha separado un cruel espíritu y ya de solteras estábamos lejos una de otra. Pero vente al campo junto a las casas de los hombres. Vivirás en la misma tienda y en amistad conmigo y les cantarás a los labradores y no a las fieras. [Deja de vivir a la intemperie del bosque y ven a habitar conmigo una casa y un techo que nos cubra a ambas]. ¿Por qué te van a empapar la espalda el rocío y la helada de la noche? ¿Por qué te quema el calor y todo te desgarra? Ea, tú que cantas tan bien, no te atormentes.» A ésta por su parte el ruiseñor de voz aguda le respondió: «Déjame quedarme en estas rocas inhabitadas y no me separes de este soto montañoso. Después de lo de Atenas evito a mi marido y a la ciudad. Toda casa que veo y el encuentro con los hombres me reabre la herida de antiguas desgracias.»

Es un cierto consuelo en la desgracia la palabra sensata y la música y la huida de la masa. En cambio produce dolor el convivir en las horas bajas con los que vieron a uno floreciente.

13. El campesino y la cigüeña

Un campesino fijó en los surcos unas tupidas redes y cogió grullas, enemigas de las simientes. Una cigüeña, cojeando, le suplicaba de esta manera (pues también había caído en la trampa una cigüeña): «Yo no soy grulla, no destruyo los sembrados. Soy una cigüeña y el color bien me distingue, y la cigüeña es el animal más noble de todos los que vuelan. Atiendo a mi padre y lo cuido cuando está enfermo.» Y el campesino le dijo: «Cigüeña, de qué tipo de vida disfrutas, no lo sé, pero me consta que te he cogido junto con las que destruyen mi trabajo. Muérete, pues, con las que has caído.»

Si te tratas con los malos, serás odiado como ellos, aunque tú mismo no hayas hecho ningún daño a los demás.

14. El oso y la zorra

Un oso presumía de amar al hombre extraordinariamente, diciendo que ni siquiera se llevaría a rastras el cadáver de uno de ellos. La zorra le dijo: «Yo preferiría que te llevases al muerto y no tocases al vivo.»

El que en vida me hace daño, que no me llore de muerto.

15. El ateniense y el tebano

Un ateniense iba de camino con un tebano y, como es lógico, se pusieron a hablar. El cuento en su discurrir llegó hasta los héroes y el diálogo se fue haciendo largo y no muy necesario. Por fin el tebano entona las alabanzas del hijo de Alcmena[7] que había sido el mayor de los hombres y ahora también de los dioses. El de Atenas dijo que mucho mejor había sido Teseo, porque en realidad había disfrutado de una suerte de dioses y en cambio Heracles de una propia de esclavos. Y en diciendo esto venció, pues era orador de mucha labia. Y el otro, como buen beocio, no teniendo la misma competencia en el hablar le dijo con su rústico ingenio: «¡Para! Has ganado. Por lo tanto deja que Teseo se irrite con nosotros y Heracles con los atenienses.»

16. El lobo y la nodriza

Una nodriza del campo amenazaba al niño cuando lloraba: «Cállate, si no, te

tiro al lobo.» Un lobo que lo oyó creyó que la vieja hablaba en serio y se quedó a esperar una comida preparada, hasta que el niño se durmió al atardecer y él hambriento y con la boca abierta como buen lobo, se marchó después de haber esperado en vano. La loba que vivía con él le preguntó: «¿Cómo vienes sin traer nada, como hacías antes?». Y él le dijo: «¿Cómo iba a traerlo, si confié en una mujer?»

17. El gato trampero

Un gato que tendía una trampa a las gallinas de la casa se quedó colgado de un clavo como un saco. Lo vio un gallo astuto, de espolón retorcido y con su voz chillona le decía con sorna: «He visto ya muchos sacos y sé bien cómo son, y ninguno tenía dientes de gato vivo.»

18. El viento norte y el sol

Entre el viento norte y el sol dicen que se entabló una discusión a propósito de quién le quitaría la pelliza a un campesino que iba de camino. Sopló el norte primero, como cuando sopla desde Tracia, pensando que se la arrancaría a su portador por la fuerza. Pero éste no sólo no aflojó sino que al entrarle frío, se ciñó los bordes con las manos por todas partes y se sentó, reclinando la espalda en el saliente de una roca. El sol en cambio, al principio asomó suave, librando a nuestro hombre del frío del nortazo y después fue añadiendo más calor. De pronto le entró calor al labrador y él mismo tiró el manto y se desnudó. El norte fue así derrotado en la competición. Y dice la fábula: «Procura, hijo, la delicadeza. Conseguirás hacer más por la persuasión que por la violencia.»

19. La zorra y las uvas

Un racimo de negras uvas estaba colgado de un ribazo. Viéndolo tan lleno una astuta raposa saltó muchas veces intentando tocar con los pies el fruto purpúreo, pues estaba maduro y en sazón para la vendimia. Cuando se cansó inútilmente, porque no consiguió tocarlo, se marchó contentando así su pesar: «Estaban verdes las uvas, no maduras, como yo creía.»

20. Heracles y el carretero

Un carretero venía conduciendo un carro desde una aldea cuando éste se le metió en una profunda vaguada. A pesar de que debería echar una mano, se quedó inactivo y empezó a rezarle a Heracles, el único de todos los dioses al que realmente veneraba y honraba. Entonces se le apareció el dios y le dijo: «Agarra las ruedas y aguijonea a los bueyes. A los dioses se les debe rezar cuando hace algo uno mismo, sino es rezar en vano.»



FIG. 12

21. Los bueyes y los carniceros

Una vez unos bueyes intentaron dar muerte a los carniceros porque éstos tenían una profesión que era su enemiga. Así que se reunieron para la batalla, afilando ya los cuernos. Pero uno de ellos, muy viejo, que había arado mucha tierra, les dijo: «Esta gente nos degüella con experiencia y nos mata sin tortura.

Si caemos en manos de personas inexpertas, entonces tendremos una muerte doblemente dolorosa. Pues nunca faltará el que sacrifique al buey, aunque falte el carnicero.»

El que se apresura en huir de sus calamidades presentes conviene que atienda a que no se tope con algo peor.

22. El hombre maduro con dos amantes

Un hombre que había alcanzado ya la etapa intermedia de la vida (pues no era joven, ni tampoco viejo, pero agitaba ya una melena entreverada de pelos canos y negros) se ocupaba todavía de amoríos y rondas y estaba en amores con dos mujeres, una joven y una vieja. La muchacha procuraba que su amante aparentase joven, la vieja que pareciese de su edad. Y así a cada ocasión la moza le arrancaba las canas que encontraba entre el pelo y la vieja, en cambio, le arrancaba los pelos negros, hasta que se lo dejaron calvo a base de tirarle del pelo cada una de ellas.

Nos ha contado esta fábula Esopo para mostrarnos cuán digno de lástima es el que cae en las mujeres. Ellas son como el mar que seduce con sonrisas y después ahoga.

23. Mejor perder el buey que coger al ladrón

Un boyero buscaba en un gran bosque a un toro que había perdido. Hizo una promesa a las ninfas del bosque [y al Hermes de los pastores, y a Pan, y a los de alrededor] de que ofrecería un cordero si cogía al ladrón. Al superar una cresta ve al hermoso toro convertido en banquete de un león. Entonces el infortunado jura que ofrecerá incluso un buey si consigue huir del ladrón.

De aquí parece que podemos aprender a no enviar a los dioses una súplica atolondrada ante un problema que se nos ha venido encima ocasionalmente.

24. El sol y las ranas

Eran las bodas del Sol, en la estación del verano y los animales organizaban alegres rondas en honor del dios, incluidas las ranas que bailaban en las charcas.

Entonces un sapo las paró en seco al decirles: «Ésta no es para nosotros una ocasión de peanes[8], sino de meditación y de tristeza. Pues si él sólo seca todas las charcas, ¿qué desgracias no nos pasarán si en casándose tiene un hijo igual que él?»

Muchas personas vanas se alegran sobremanera de cosas que en absoluto les han de proporcionar alegrías.

25. Las liebres que pensaban suicidarse

Las liebres llegaron a la decisión de no vivir más y de arrojarse todas ellas a las negras aguas de la laguna por ser las más débiles de los animales y las de ánimo menos resuelto, expertas sólo en huir. Cuando estuvieron junto a la ancha laguna y vieron la masa de ranas en la orilla que se encogían y saltaban al lodo profundo ante su presencia, se detuvieron y dijo una de ellas llena de valor: «Volvámonos, ya no hay necesidad de morir, pues veo otros animales más desvalidos que nosotros.»

26. El labrador y las grullas

Unas grullas escarbaban en la finca de un labrador recién sembrada de pan de trigo. Éste durante mucho tiempo las echaba blandiendo una honda vacía que les producía mucho miedo, pero cuando se acostumbraron a sus disparos de aire dejaron de preocuparse y a partir de entonces dejaron de huir. Entonces aquél ya no actuaba como antes, sino que disparaba piedras y les daba a más de una. Y ellas, al dejar el sembrado, se gritaban unas a otras: «Huyamos al país de los pigmeos[9]. Este hombre parece que ya no piensa en asustarnos, sino que empieza ya a hacer algo.»

27. La comadreja atrapada

Uno, que había cogido en una trampa a una comadreja y la había atado, intentaba ahogarla en una confluencia profunda de varias aguas. Al decirle ésta: «¡Qué mal me pagas lo útil que te he sido cazándote ratones y lagartos!», le contestó: «De eso soy testigo, pero también estrangulaste todas las gallinas y

dejaste vacía toda la casa, haciéndome más daño que favores.»

28. El sapo hinchado

Un buey, al ir a beber, pisó una cría de sapo. Al llegar su madre —que no estaba presente— preguntó a sus hermanos que dónde estaba el pequeño. «Ha muerto, madre. Hace menos de una hora llegó un cuadrúpedo enorme y allí yace bajo su pezuña, despanzurrado.» Y la madre sapo, hinchándose, preguntó si el animal era así de tamaño. «Para, no te infles», le dijeron. «Antes reventarás por la mitad que acercarte a su dimensión.»

29. El caballo viejo

Una vez, un caballo viejo fue vendido para moler y, uncido a la muela, se pasaba toda la tarde moliendo. Entonces, suspirando, dijo: «¡Y pensar en aquellas carreras del hipódromo…! ¡A qué metas tengo que dar vueltas ahora para estos molineros!»

No te ensalces demasiado en la arrogancia de la juventud, porque para muchos la vejez transcurre entre miserias.

30. Hermes en venta

Después de haber esculpido una estatua de Hermes[10]en mármol blanco, un escultor intentaba venderla y unos hombres andaban en comprarla. Uno de ellos la quería para una estela funeraria (ya que se le había muerto un hijo recientemente) y el otro, un artesano, la quería para consagrarla como tal dios. Era tarde y como el escultor no había llegado a vender, quedó de acuerdo con ellos en enseñársela de nuevo cuando volviesen por la mañana. Y al dormirse el escultor vio al mismo Hermes en las puertas de los sueños, que le decía: «Ea, ahora se está pesando mi destino; o sea, que tú vas a hacer de mí o un muerto o un dios.»

31. Los ratones eligen generales

Las comadrejas y los ratones de siempre estaban en guerra unos contra otros, una guerra sin tregua, llena de sangre. Y vencían las comadrejas. Los ratones pensaron que la causa de su derrota residía en que no tenían generales bien visibles y en que siempre se enfrentaban a los peligros en desorden. Así que eligieron a los mejores en cuanto a linaje, a fuerza y a inteligencia, y a los demás nobles en el combate. Éstos los organizaron militarmente y los distribuyeron en tribus, banderas y falanges, como hacen los hombres. Cuando todo estaba organizado y todos estaban en formación, un ratón se llenó de valor y provocó a una comadreja. Los generales iban en cabeza con unas finas briznas de muros de adobe ajustadas al extremo superior de la frente y así eran los más visibles de entre toda la multitud. De nuevo los ratones salieron en desbandada tras la batalla. Los otros que se habían salvado estaban ya en las madrigueras, pero a los generales, al querer entrar, no les permitían las briznas que sobresalían de sus cabezas meterse dentro del agujero [Y fueron los únicos en ser cogidos allí delante de sus escondrijos] La victoria y un trofeo[11] se impuso sobre ellos al llevarse cada comadreja un ratón general.

Dice la fábula: «Para vivir sin peligro es mejor la mediocridad que la brillantez.»



FIG. 13

32. La comadreja novia

A una comadreja que una vez se enamoró de un hombre guapo la sagrada Cipris[12], madre de los deseos, le concedió cambiar de forma y adquirir la de mujer, de una mujer tan hermosa que ¿quién no desearía poseerla? Al verla él se dispuso a casarse con ella, pues a su vez se había quedado prendado. Al levantarse el banquete pasó corriendo un ratón y la novia saltó del asiento[13], bien tapizado, y se puso a perseguirlo. Se deshizo así el banquete de bodas y Amor se marchó después de haber jugado bien su partida. Pues resultó derrotado por la naturaleza.

33. El labrador y los estorninos

Era por la puesta de las Pléyades, la estación de la siembra y un labrador, después de haber arrojado el trigo en el barbecho se quedó a su lado vigilándolo porque había llegado una negra tribu de grajos chillones y de estorninos, en

número incontable, que son la plaga de los sembrados. A éste le seguía un muchacho con una honda vacía. Los estorninos, por la costumbre, oían cuando le pedía la honda y antes de que disparase se escapaban. Entonces, el labrador inventó otro procedimiento y llamando al chico se lo enseñó: «Chico, tenemos que engañar a esta astuta tribu de pájaros», le dijo, «así que cuando vengan, yo te pido pan y tú no me traes pan, sino la honda.» Llegaron los estorninos y se pusieron a picar en la finca. Nuestro hombre pidió pan, según el plan acordado, y los pájaros no huyeron. Pero el chico le llevó la honda llena de piedras y el viejo empezó a disparar y alcanzó a uno en la cabeza, a otro en una zanca, a otro en el hombro, y los demás huyeron del campo. Se los tropezaron unas grullas y les preguntaron qué había pasado, y uno de los grajos dijo: «Huid de la raza malvada de los hombres, que han aprendido a decirse mías cosas y a hacer unas obras muy otras.» [Terrible tribu la que actúa con engaño].

34. El niño y las entradas del toro

A Deméter[14]un toro sacrificó una muchedumbre campesina que previamente había alfombrado la ancha era con pámpanos. Tenían mesas llenas de carne y tinajas de vino. Uno de los niños que había comido de manera insaciable se abotargó con las entrañas del toro y se fue a casa con el vientre hinchado y dolorido. Al caer en los blandos brazos de la madre empezó a vomitar al tiempo que le decía: «¡Pobre de mí, me muero! Parece, madre, que se me caen todas las entrañas.» Y ella le dijo: «Animo y arroja, no dejes nada. Pues no vomitas tus entrañas, sino las del toro.»

Esta fábula se podría aplicar al que gastó la herencia de un huérfano y después se queja cuando tiene que pagarla.

29. Los hijos de la mona

Dos hijos pare una mona con dolor y tras el parto no es la misma madre para ambos, sino que a uno, por una preferencia desgraciada, lo acurruca en su regazo con demasiada fuerza y lo ahoga. Al otro, en cambio, lo arroja de sí como algo sobrante e inútil y éste, yéndose a un lugar solitario, sobrevive. Así es también el carácter de muchos hombres de quienes debes ser siempre enemigo más que amigo.

30. La encina y la caña

A una encina de raíz arrancó el viento en la montaña y dio con ella en el río. Y éste le arrastraba entre sus remolinos en su enormidad de árbol plantado por hombres de otras generaciones. Muchos juncos había en ambas orillas bebiendo el agua ligera del río. Y a la encina le causó extrañeza de cómo uno que era débil y frágil no había caído y ella, en cambio, semejante roble, había sido arrancada de raíz. Sabiamente, el junco le dijo: «No te extrañes. Tú luchaste con los vientos y fuiste vencida. Nosotros, en cambio, con nuestro blando carácter nos doblamos por poco que el viento nos mueva la cima.» Así habló la caña, y la fábula nos revela que no hay que luchar contra los poderosos, sino ceder.

31. El ternero y el buey

Un ternero, que andaba suelto por el campo y nunca había sido uncido bajo el yugo, le decía a un buey que, cansado, arrastraba el arado: «Desgraciado, ¡menudo trabajo soportas!» El buey se callaba y seguía abriendo la tierra. Pero un día que los campesinos iban a hacer un sacrificio a los dioses al viejo buey se le desunció y se le envió a pastar, mientras que el novillo, nunca sometido, fue atado por los cuernos con una soga y arrastrado para que llenase el altar de sangre. Y entonces el viejo de esta manera le hablaba: «Para esto precisamente eras mantenido sin trabajar y ahora, tú joven, adelantas al viejo en el sacrificio. No es el yugo quien te rozará el cuello, sino el hacha.»

Alabanza para los trabajos, peligro en la ociosidad.

32. Los leñadores y el pino

Unos leñadores que habían cortado un pino del campo le metieron unas cuñas para que abriera y les resultara a ellos más fácil el trabajo después. El pino, quejándose, decía: «¿Cómo voy a hacer reproches al hacha que no está emparentada con mi raíz? En cambio, estas malvadas cuñas de las que soy su madre… Me van a romper en pedazos, metiéndoseme una por un lado y otra por otro.»

La fábula nos revela a todos que nunca padecerás nada tan terrible de parte de los ajenos, como puede ser un sufrimiento causado por los propios.

33. Los delfines y él cangrejo

Los delfines, de siempre, tenían diferencias con las ballenas. Ante ellos se presentó un cangrejo para actuar de mediador, como si alguien sin renombre en la república pudiese hacer la paz en las luchas facciosas de los tiranos.

34. El camello en el río

Cruzaba un río de rápida corriente un jorobado camello y en él cagó. Y como la bosta lo adelantase, dijo: «Mal ando cuando ya va delante de mí lo que debería estar atrás.»

Esta fábula de Esopo podría decirla una ciudad en la que dominasen los últimos en lugar de los primeros.

41. El lagarto y la serpiente

Dicen que se rompió por el medio de la espalda un lagarto que intentó igualar a una serpiente en longitud. Te harás daño y nada más conseguirás si tratas de imitar a uno que te excede en mucho.

42. El perro agasajado

Uno celebraba un brillante banquete en la ciudad después de haber hecho un sacrificio. Su perro se encontró con un perro amigo y le invitó a que viniese a su casa a comer, y éste fue. Pero el cocinero lo levantó por una pata y lo arrojó por encima del muro a la calle. Al preguntarle los otros perros que cómo había comido, dijo: «¿Cómo iba a comer mejor si ni siquiera recuerdo por qué camino salí de allí?»

43. El ciervo enamorado de sus cuernos

Un ciervo, de rápidos pies y bellos cuernos, estaba bebiendo el agua tranquila de una laguna. Cuando vio en ella su imagen reflejada se dolió de sus pezuñas y sus patas y en cambio se sintió muy orgulloso de sus cuernos por lo

hermosos que le resultaban. Pero allí estaba Némesis[15] que vigila lo de la tierra y el ciervo, de pronto, vio a irnos cazadores junto con sus redes y sus cachorros ventores. En viéndolos huyó, ya sin calmar su sed, y cruzó la ancha llanura con ligeras pisadas. Pero cuando llegó al bosque arbolado se le engancharon los cuernos entre el ramaje y lo cazaron. «¿Qué es esto?», dijo, «pobre infeliz, ¡qué engañado estaba! los pies de los que me avergonzaba me salvaron y en cambio me han traicionado los cuernos de los que estaba tan orgulloso.»

Cuando juzgues tus propios asuntos no des nada por seguro de antemano, ni por el contrario descartes nada o pierdas la esperanza: hasta tal punto nos fallan a veces nuestras expectativas.

44. El león y los tres toros

Tres toros pastaban siempre juntos. Un león que los acechaba para hacer presa en ellos pensó que no podría vencerlos en bloque y así, enfrentándolos a base de falsedades y calumnias, consiguió enemistarlos. Separándolos luego unos de otros se dio un fácil banquete con cada uno de ellos.

Si quieres realmente vivir sin peligros, desconfía de los enemigos y trata de conservar a los amigos.

45. El cabrero y las cabras monteses

Zeus estaba nevando. Un cabrero para huir de la tormenta llevó a sus cabras, blancas de la espesa nieve, a una cueva deshabitada. Allí se encontró con unas cabras monteses, de largos cuernos, que se habían refugiado con mayor rapidez y que eran más numerosas, más grandes y mejores que las de su rebaño. A éstas les echó hojas que había recogido del bosque y a las suyas las dejó que pasaran hambre. Cuando amaneció, encontró a éstas muertas y las otras ya no estaban, sino que andaban abriéndose camino por los matorrales inaccesibles de las montañas peladas. El cabrero volvió a casa en el ridículo, sin una cabra. Esperando mayores ganancias ni siquiera sacó provecho de las que tenía en un principio.

46. El ciervo enfermo

Un ciervo, que tenía sus ligeros miembros entumecidos de haber vivido en el bosque, estaba echado en un campo cubierto de espesa hierba y lentiscos, del que conseguía fácilmente forraje cuando le entraba el hambre. Comenzaron a hacerle visitas rebaños de animales de todas clases, pues se trataba de vecinos muy amables. Cada uno que llegaba pastaba un poco de hierba y se volvía al bosque, olvidándose del enfermo. El ciervo, por hambre y no por la enfermedad, se fue quedando en los huesos, sin haber alcanzado la duración de la vida doble de la de un cuervo[16]. Si no hubiera tenido amigos habría llegado a viejo.

47. La unidad hace la fuerza

Entre los antiguos habla un hombre muy viejo que tenía muchos hijos. Cuando iba a terminar ya su vida les pidió que le trajesen, si la había, una gavilla de finos juncos. Uno de ellos se la trajo: «Intentadme hijos, con toda vuestra fuerza, romper los juncos así entrelazados unos con otros.» Pero ellos no podían. «Intentadlo ahora de uno en uno.» A medida que los rompían con toda facilidad, les dijo: «Hijos míos, de igual manera si coincidís todos irnos con otros, nadie podrá haceros daño, por mucha fuerza que tenga. En cambio, si cada uno toma una decisión al margen del otro, os pasará lo mismo que a cada uno de los juncos.»

La hermandad es el mayor bien de los hombres: incluso a los humildes los eleva a las alturas.

48. El hermes cuadrangular y el perro

A la vera de un camino había un hermes[17] cuadrangular y bajo él se levantaba un montón de piedras. Se le acercó un perro y le dijo: «En primer lugar te saludo, Hermes. Después quiero ungirte, no se diga que paso de largo al lado de un dios y más de un dios de los atletas.» Y éste le respondió: «Si no te acercaras a lamerme el aceite que ya tengo ni me echaras la meada, te estaría agradecido. Fuera de esto, no me dediques otros honores.»

49. El trabajador y la Fortuna

Un trabajador, sin darse cuenta, se quedó dormido de noche cerca de un pozo. En sueños, le pareció oír a la Fortuna, puesta a su lado, que le decía: «Tú, ¿no vas a despertarte? Si te caes yo llevo las culpas de parte de los hombres y me quedo con la mala fama. Porque siempre me acusan a mí indiscriminadamente de todas las desgracias y meteduras de pata que les pasan por culpa de ellos mismos.»

49. La zorra y el leñador

Huía una zorra y detrás de ella corría veloz un cazador. Estaba cansada cuando ve a un leñador y le dice: «Por tus dioses salvadores, escóndeme en estos chopos que has cortado y no me delates al cazador.» El otro juró que no la entregaría y entonces ella se escondió. Llegó el cazador y le preguntó al hombre si la zorra se había metido allí o había continuado huyendo. «No la he visto», dijo, pero señalando con el dedo le mostraba el lugar donde se había escondido la astuta. El cazador no se detuvo, sino que, creyendo en sus palabras, continuó camino. Una vez pasado el peligro caliente la raposa se arrastró de debajo del frondoso chopo, remoloneando con una zalamería sarcástica. Y entonces el viejo le dijo: «Debes agrádecerme el haberte salvado la vida.» «Por supuesto», dijo ésta, «¿no he sido yo testigo de la escena? Que te vaya bien, y no pienses que escaparás al dios del Juramento, porque me salvaste de palabra, pero me habrías matado con el dedo.»

La divinidad es sabia y no engañable. Y nadie que crea que ha perjurado en secreto eludirá el castigo.

50. La viuda y la oveja

Cierta viuda tenía en casa una oveja. Queriendo sacarle más lana la esquiló sin arte, cortándole el vellón tan cerca de la carne que le produjo heridas. La oveja, dolorida, le dijo: «No me tortures, porque ¿cuánto más te va a pesar en la balanza mi sangre? Si lo que deseas es mi carne, señora, para eso está el carnicero que me sacrificará en un momento y si lo que quieres es el vellón de lana y no la carne, de nuevo tienes al esquilador que me esquilará bien y me dejará sana y salva.»

51. El carro y el carretero

Unos robustos bueyes arrastraban sobre sus hombros un carro de cuatro ruedas hacia la ciudad. El carro chirriaba y el carretero se irritó de manera que, acercándose, dijo para que le oyeran: «¡Maldito trasto! ¿Por qué crujes si eres llevado por hombros de otros que van callados?»

Es típico del mal individuo quejarse mucho cuando otros trabajan, como si fuera él el que se cansase.

52. El lobo y la zorra veraz

Una desgraciada zorra, que se topó con un lobo, le pidió que la dejase viva y no matase a un animal tan viejo. Y éste le dijo: «Si me dices tres verdades, te dejaré vivir, por Pan[18].» Y ella le contestó: «En primer lugar, ojalá no me hubieses encontrado; en segundo lugar, caso de tropezarte conmigo, ojalá fueses ciego, y en tercer lugar, ojalá no llegues, por lo menos tú, a la madurez, no vaya a ser que te encuentres de nuevo conmigo.»

54. El eunuco y el vidente

Un eunuco fue a consultar a un vidente acerca de la posibilidad de tener hijos. El vidente, extendiendo el hígado[19] sagrado, le dijo: «Cuando miro esto parece que vas a ser padre, pero cuando miro tu cara, ni siquiera me pareces un hombre.»

55. El buey y la burra

Un hombre tenía un solo buey y araba unciéndolo junto con una burra, solución de pobre, pero obligada. Cuando se terminó la labor y fue a desatarlos la burra preguntó al buey: «¿Quién le va a llevar los aperos al viejo?». Y el buey le replicó: «Quien acostumbra a hacerlo.»

56. Zeus y la mona madre

Zeus fijó premios para aquel de entre todos los animales que tuviese hijos más hermosos y a todos los observaba con mirada crítica. Llegó también la mona, creyéndose madre de una belleza, alzando en su regazo un macaco chato, desnudo. Estalló la risa entre los dioses por aquello y la madre dijo así: «Zeus sabrá de quién es la victoria, pero para mí que éste es el más hermoso de todos.»

Para mí esta fábula parece revelar que todo el mundo juzga hermoso al suyo.

57. El carro de Hermes y los árabes

Hermes[20]llenó un carro de mentiras, engaños y todo tipo de trapacerías y se fue a través de la tierra pasando directamente de una tribu a otra y distribuyendo a cada una pequeña parte de sus mercancías. Cuando llegó al país de los árabes e iba a cruzarlo dicen que inesperadamente se le rompió el carro y se detuvo. Éstos, como si se tratase de la carga preciosa de algún mercader, se dedicaron a desvalijarlo y lo dejaron vacío, no permitiendo que continuase viaje hacia otras gentes, a pesar de que todavía quedaban. De aquí que los árabes sean, como yo mismo he experimentado, mentirosos e impostores y que en su lengua no haya ni una palabra de verdad.

58. Zeus y la tinaja de las cosas buenas

Zeus reunió todas las cosas buenas en una tinaja, la tapó y la colocó entre los hombres. Pero el hombre, incontrolable, deseoso de saber qué había dentro, removió la tapa y dejó que se fuesen volando a casa de los dioses y huyesen de la tierra. Sólo quedó la esperanza retenida por la tapa. Por ello, a los hombres únicamente les queda la esperanza que nos promete damos cada uno de los bienes que huyeron.

59. Zeus, Poseidón, Atena y Momo

Dicen que Zeus y Poseidón y en tercer lugar Atena tuvieron una disputa a propósito de quién era capaz de crear una cosa bella. Crea Zeus al hombre, el más notable de los animales, Palas[21] una casa para los hombres y Poseidón por su parte un toro. Momo fue elegido juez por ellos, ya que todavía vivía entre los

dioses. Como éste parece haber nacido para odiar a todos empezó por criticar en el toro el que no estuviesen los cuernos debajo de los ojos para que pudiese ver en dónde golpeaba; del hombre que no tuviese unas puertas o que no se le pudiese abrir el pecho[22] para que fuese visible al prójimo lo que maquinaba, y en cuanto a la casa que no tuviese ruedas de hierro en los cimientos y no pudiese cambiar de lugar juntamente con sus dueños cuando éstos estuvieran de viaje.

¿Qué nos dice la fábula en su descripción? Intenta crear algo y que la envidia no sea el Juez. Nada hay que agrade completamente al reprochador.

56. El ratón que se cayó en la sopa

En una cazuela de sopa sin tapadera se cayó un ratón y ahogado por la grasa y dando ya los últimos suspiros, dice: «He comido y he bebido y me he llenado de todo tipo de delicadezas. Ha llegado el momento de morirme.»

Serás entre los hombres ramo este goloso ratón si no rechazas lo que es dulce pero dañino.

61. El cazador y el pescador

Venía un cazador de cazar del monte y venía también un pescador con la nasa llena de peces. Resulta que se encontraron el uno y el otro y el cazador prefería los peces del mar y en cambio el pescador prefería la caza del campo. Así que intercambiaron lo que tenían y a partir de entonces se cambiaban siempre las capturas, de manera que conseguían comidas más agradables para ambos. Hasta que alguien les dijo: «Pero así echaréis a perder la apetencia de estas cosas por la costumbre y de nuevo cada uno buscará lo que tenía antes.»

62. La mula

Una mula que, ociosa, comía forraje en el pesebre, empezó a retozar un día y se echó a correr diciendo, a la vez que movía los músculos: «Mi madre es una yegua y yo de ninguna forma soy inferior a ella en la carrera.» De pronto detuvo la carrera bajando la cabeza avergonzada: se acordó súbitamente de que su padre era un asno.

63. El culto al héroe

En el patio de la casa de un hombre piadoso había una capilla dedicada a un héroe. En ella le hacía sacrificios, cubría de guirnaldas los altares y rociaba con vino[23], a la vez que le dedicaba siempre esta oración: «Salve, el más querido de los héroes, haz a éste tu casero rico en bienes.» Y el héroe, apareciéndosele a la hora de medianoche, le dijo: «Ningún héroe, mi buen amigo, podría conceder algo bueno. Esto pídeselo a los dioses. De todos los males que acompañan a los hombres, nosotros somos los donantes. Yo te proporcionaré muchos, aunque me pidas uno solo. Por todo esto tú sabrás si me sigues haciendo sacrificios en el futuro.»

64. El abeto y la zarza

Discutían un abeto y una zarza entre sí. El abeto se alababa con muchos argumentos: «Soy hermoso y de buen tamaño y crezco recto hasta convivir con las nubes; soy la viga maestra de la casa y la quilla de los barcos. Con semejante árbol, tú, espina, ¿cómo vas a compararte?». La zarza le replicó: «Si te acuerdas de las hachas que te están cortando continuamente, incluso tú preferirías ser una zarza.»

Toda persona distinguida tiene mayor gloria que los inferiores, pero también soporta mayores peligros.

65. La grulla y el pavo real

Discutía una grulla cenicienta con un hermoso pavo real, que agitaba sus alas doradas. «Yo con éstas», dijo la grulla, «de cuyo color tú te burlas, vuelo hasta cerca de los astros y del Olimpo[24]. Tú, en cambio, con esas, de reluciente oro, revoloteas a ras de tierra como un gallo y no se te ve en lo alto.» Preferiría ser admirado con un traje raído que vivir sin gloria con ricos vestidos.

66. Las dos bolsas de Prometeo

Prometeo[25] era uno de los dioses y uno de los primeros. Dicen que fue

quien formó al hombre de la tierra para que fuese el señor de los animales, y dicen que le colgó dos bolsas llenas de todos los defectos de los hombres, la de delante de los ajenos y de los propios la de atrás, que era la mayor. Por esto, creo yo, se ven tan exactamente los fallos de otros y se ignoran los de casa.

67. El león y el onagro asociados

Un asno salvaje y un león se asociaron para la caza. El león sobresalía en valor, el asno por la rapidez de sus pies. Cuando tuvieron un abundante botín de animales el león repartió e hizo tres partes, y dijo: «Me llevo la primera porque soy el rey. Me llevo la segunda en calidad de socio a partes iguales. Y esta tercera te puede sentar mal si no quieres escaparte ya.»

Mide tus posibilidades. No te alies o asocies para ningún asunto con un hombre más poderoso que tú.

68. Zeus y Apolo disputan por el arco

Tras hacer con el arco un largo disparo decía Apolo a los dioses: «Nadie dispararía más lejos que yo, ni siquiera Zeus.» Entonces Zeus se enfrentó a Febo en aquel juego. Hermes echó las suertes en el casco de Ares y le tocó a Febo, quien tensando la cuerda de oro de su arco hasta convertirlo en un círculo, soltó el primero la flecha con rapidez y la clavó dentro del jardín de las Hespérides[26]. Y Zeus, cruzando esta misma distancia, se detuvo y dijo: «¿A dónde tiro yo, hijo, si no tengo espacio?» Y así se llevó la victoria en el arco sin disparar siquiera.

69. El perro y la liebre a la carrera

Un perro no inexperto en la caza levantó de debajo de un matorral a una liebre de patas peludas y se puso a perseguirla. Pero se quedaba atrás en la carrera. Entonces un cabrero en broma le dijo: «Este que es más pequeño que tú resulta que es más rápido.» Y el perro le replicó: «Uno corre de diferente manera cuando trata de coger a otro, que cuando trata de salvarse a sí mismo de algún mal.»

70. La Guerra y el Exceso

Cuando los dioses se casaron y cada uno tuvo su cónyuge se presentó la Guerra, después de todos, a elegir en el último tumo del sorteo. Se casó con el Exceso[27], que era el único que quedaba y lo amó de manera tan extraordinaria, según dicen, que lo sigue a dondequiera que vaya. ¡Ojalá que el Exceso no visite a las naciones ni a las ciudades de los hombres y que no gane el favor de la gente, porque tras él vendrá inmediatamente la Guerra!

71. El labrador y la mar

Viendo un labrador un barco lleno de marineros, que ya estaba sumergido en una ola hinchada por la parte de la proa, dijo: «¡Oh mar, ojalá nunca fueses navegado, pues eres un elemento hostil e inmisericorde para los hombres!» Lo oyó la mar y, adoptando una voz de mujer, le contestó: «No me calumnies, pues no os soy yo la causa de estos males, sino los vientos de la tempestad en cuyo medio me hallo. Si me ves sin ellos y me navegas dirás que soy más suave que tu tierra.»

¡A cuántas cosas buenas por naturaleza las malas pervierten, de manera que parezcan malas de por sí!

72. Adornarse con plumas ajenas

Una vez Iris, purpúreo heraldo del cielo, propuso a los alados un concurso de belleza, a celebrar en la morada de los dioses. Al punto fue oída la noticia por todos y a todos les entró el deseo de los premios divinos. Goteaba de una roca, inaccesible aun para una cabra, una fuente y en ella había un agua como de verano y muy clara. Allí llegó toda la tribu de los pájaros y se lavaba sus rostros y zancas y sacudía las plumas y peinaba las crestas. Llegó también a aquella fuente un grajo, viejo, hijo de cuervo, que colocándose una pluma de aquí y otra de allá dentro de sus hombros mojados se adornó él solo profusamente con las de todos y se fue hacia los dioses más ancho que un águila. Se pasmó Zeus e iba a darle la victoria si no es por la golondrina que, como buena ateniense, lo descubrió, tirándole la primera de las plumas. Y el grajo le dijo: «No me delates[28].» Pero a continuación siguieron desplumándole la tórtola y el tordo y

el arrendajo y la alondra, que juega en las tumbas, y el halcón, que acecha a los pajaritos pequeños y los demás del mismo modo. Y se descubrió que era un grajo.

Hijo, adórnate con tus propios adornos, porque si te engalanas con los de otros, te verás privado de ellos.

62. La voz del milano

El milano tenía antes otro timbre de voz, más agudo, pero al oír a un caballo que relinchaba con buen tono, quiso imitarlo y no consiguió la mejor voz que pretendía, ni la originaria.

74. El hombre, el caballo, el buey y el perro

Un caballo, un buey y un perro llegaron a casa de un hombre ateridos de frío. Éste, abriéndoles las puertas de par en par, los condujo adentro y tras calentarlos junto a un hogar lleno de fuego les ofrecía algunas de sus existencias: cebada al caballo, algarrobas al buey de labor. El perro estuvo a su lado junto a la mesa. Como pago a su hospitalidad correspondieron al hombre dándole cada uno una parte de los años que le correspondía vivir. El caballo dio en primer lugar y por eso cada uno de nosotros en sus primeros años es de carácter retozón. Después dio el buey. Por ello al llegar a la mitad de la vida se cansa uno con su esfuerzo, se es trabajador y se acumula riqueza. El perro dicen que dio los últimos años. Por eso, Branco, todo el que envejece tiene un carácter de perros y sólo le mueve la cola al que le da la comida, y siempre está ladrando y no le gustan los extraños.

75. El médico Incompetente

Había una vez un médico incompetente. Cuando todos los demás le decían al paciente: «No temas, te salvarás.

La enfermedad es larga pero llegarás a encontrarte mejor» [el incompetente, haciendo su aparición, le decía]: «No te engaño —dice—, ni te tiendo trampas, pero conviene que tengas todo preparado, porque vas a morir. No durarás mucho

más allá del día de mañana.» Esto decía y en adelante ya no volvía a hacer visitas. Con el tiempo el paciente se recuperaba de la enfermedad y salía de nuevo pálido, sosteniéndose apenas con los pies.

Y el médico, al encontrarlo, le decía: «¿Qué hay?».

Y le preguntaba que cómo estaban los de abajo[29]. Y aquél le respondía: «Pues están en paz, bebiendo el agua del Leteo. Pero Perséfone y el gran Plutón hace poco estaban lanzando terribles amenazas contra todos los médicos, porque no dejan morir a los enfermos. Estaban haciendo recuento de todos y entre los primeros iban a inscribirte a ti. Pero yo me asusté y me acerqué a ellos al punto, les toqué el cetro y les declaré, bajo juramento, que en realidad tú no eres médico y que habías sido calumniado en este sentido.»

76. El caballero y mi caballo

Un caballero alimentaba a su caballo con cebada y buen heno mientras duraba la guerra, considerándolo como un noble acompañante en las batallas. Cuando la guerra terminó y a continuación vino la paz y el caballero dejó de recibir la soldada del Estado, entonces a nuestro caballo muchas veces se le veía transportando gruesos troncos del bosque a la ciudad y llevando diferentes cargas para ganar un salario, salvando su alma a base de miserable paja y llevando sobre su lomo arreos muy diferentes de los de caballero. Pero cuando de nuevo ante las murallas se oyó otra guerra y la trompeta convocaba a todos a limpiar el escudo, a aprestar los caballos y a afilar el acero, nuestro hombre embridando de nuevo al caballo lo llevaba como para montarlo. Pero éste se cayó despatarrado ya sin fuerzas y dijo: «Alístate en la infantería. Pues tú que me cambiaste de caballo en asno, ¿cómo me harás ahora de nuevo caballo?»

77. El cuervo y la zorra

Estaba un cuervo con un pedazo de queso en el pico. Una zorra taimada, que deseaba el queso, engañó al pájaro con estas palabras: «Cuervo, hermosas son tus alas, tus ojos brillantes, tu cuello digno de verse. Exhibes un pecho de águila y en uñas sobresales de entre todos los animales. ¡Lástima que tal ave sea muda y no grazne!» Se envaneció el corazón del cuervo con estas alabanzas y dejando caer el queso de la boca se puso a graznar. Lo cogió la astuta y con burla le dijo:

«Resulta que no eras mudo, sino que hablas. Tienes de todo, cuervo, lo único que te falta es inteligencia.»



FIG. 14

78. El cuervo enfermo

Un cuervo que había caído enfermo le dijo a su madre, deshecha en lágrimas: «No llores, madre. Reza más bien a los dioses para que me recupere de esta terrible y dolorosa enfermedad.» «Y, ¿qué dios te va a salvar? —dijo ella—, ¿qué dios tiene altar que no haya sido desvalijado por ti?»

75. La perra que perdió un pedazo de carne.

Una perra robó carne de una cocina y se fue con ella al río. Viendo en el agua reflejada una imagen de la carne mucho mayor que el natural, soltó su pedazo y

se lanzó tras la imagen. Pero no encontró ésta ni la que había tirado y, así hambrienta, recorrió el camino de vuelta.

La vida de todo hombre insaciable es insegura y se consume en vanas esperanzas de negocios.

80. El camello a ni dueño borracho

El dueño de un camello, que estaba algo bebido, quiso obligarle a que bailase al son de la flauta y de los platillos de bronce. Pero el camello dijo: «¡Ojalá pudiese andar por un camino sin hacer el ridículo, cuanto más voy a bailar una danza de guerra!»

81. El mono y la zorra

Dijo un mono a una raposa: «Esa tumba que ves es de mi padre y antes de mi abuelo.» La raposa dice al mono: «Miente cuanto quieras, ya que no hay manera de demostrar la verdad.»

Es típico del hombre malo no huir de la mentira si ésta pasa inadvertida fácilmente.

82. El león ofendido por un ratón

Estaba durmiendo un león cuando un ratón le pasó corriendo por encima de su ruda melena. Se irritó el león y erizando la melena saltó de su guarida. Una zorra comentó en broma el que se excitase tanto ante un ratón, quien dominaba a todos los animales, y entonces éste dijo: «No es que tema, so desgraciada, que el ratón me desgarre la piel y huya, pero ha estado a punto de deshonrar mi melena.»

Procura impedir ya desde el principio la audacia de los insolentes por pequeña que sea, y no permitas que hagan burla de ti tus inferiores.

83. El mozo de establo y el caballo

Un mozo de caballerías, después de vender la cebada del caballo a los

posaderos y de pasarse toda la tarde bebiendo se ocupaba durante el día de cepillarlo y peinarlo. Entonces, el caballo le dijo: «Si quieres que yo esté reluciente de verdad, no me vendas la comida.»

Cuando se quiere a alguien hay que tener en cuenta las cosas oportunas y convenientes: de nada valen los adornos al que carece de lo más necesario.

84. El mosquito y el toro

Un mosquito se posó en el cuerno curvo de un toro y tras una pausa breve le dijo en un zumbido: «Si te peso y te hago doblar el cuello me voy a sentar sobre el chopo del río.» Y el toro le dice: «Me trae sin cuidado tanto si te quedas como si te vas, porque no me di cuenta ni de cuando llegaste.»

Resulta ridículo el que sin ser nada alardea en presencia de superiores, como si fuera alguien.

85. El perro general

Una vez surgió entre perros y lobos la hostilidad. Un perro aqueo fue elegido[30] general por la asamblea de los perros. Era experto en las batallas, pero vacilaba y era tardo en actuar. Los otros le amenazaron en el caso de que no avanzase y no ejecutase correctamente la batalla. «Escuchad —le dijo—, por qué razón dejo pasar el tiempo y por qué tomo precauciones. Es necesario siempre tomar decisiones de antemano. Todos nuestros enemigos, según yo lo veo, pertenecen a una sola raza. En cambio, de entre nosotros unos han venido de Creta, otros son molosos, otros acarnienses, otros dólopes, otros presumen de chipriotas o tracios, otros de diferentes lugares… ¿para qué seguir? No tenemos un mismo color, como ellos, sino que unos somos negros, otros cenicientos, otros fuego y con manchas blancas en el pecho, otros blancos. ¿Cómo podría yo —dijo— dirigir unas tropas tan dispares contra quienes tienen todo igual entre sí?»

La unidad es el mayor bien de los hombres, y la disensión debilita y esclaviza.

84. La zorra con el estómago hinchado

Un viejo roble tenía una oquedad en la raíz. En él había un zurrón de pastor todo andrajoso y completamente lleno de carne y pan del día anterior. Se metió en él una zorra y se comió todo el zurrón. Su estómago, como es natural, se hinchó y ya no podía salir fuera de aquel estrecho agujero. Otra zorra que acudió a sus lamentos le dijo, burlándose: de ella: «Quédate aquí hasta que tengas hambre, porque no conseguirás salir hasta que tengas el estómago tal como estaba al entrar.»

87. El perro y la liebre

Un perro, levantando una liebre en el monte, se puso a perseguirla. Cuando la alcanzaba le mordía y después, cambiando de opinión, le movía la cola y la tocaba como a un amigo. La liebre le dijo: «Sé un animal normal. Si eres amigo, ¿por qué muerdes? Si eres enemigo, ¿por qué me mueves la colla?»

Son impredecibles las intenciones de los hombres en los que ni podemos confiar ni desconfiar.

87. La alondra, el Librador y sus amigos

Érase una alondra copetuda que había anidado entre el trigo, de esas que contestan al canto de la calandria al amanecer. Y tuvo hijos y los alimentó con las cabezas del trigo y ahora ya eran ellos copetudos y tenían alas vigorosas. El dueño del campo vino de inspección y mando vio que la mies amarilleaba, dijo: «Ha llegado la hora de llamar a todos los amigos para segar.» Uno de los crestados polluelos de la alondra lo oyó y se lo fue a comunicar a su padre, instándole a que mirase a dónde los trasladaba. Pero éste le dijo: «Todavía no ha llegado el momento de huir, pues el que confía en amigos no suele darse mucha prisa.» Cuando volvió otra vez y vio las espigas cayéndose bajo los rayos del sol decidió que al día siguiente ofrecería un jornal a los segadores y un jornal también a los gavilladores. Entonces la alondra dijo a sus polluelos: «Ahora sí ha llegado la hora, hijos, de huir de este sitio, porque va a segar él personalmente y no se fía ya de los amigos.»

88. El lobo y el cordero

Una vez un lobo viendo a un cordero descarriado del rebaño no se lanzó sobre él para arrebatarlo por la fuerza, sino que se puso a buscar una queja presentable de su hostilidad: «Tú el año pasado, aunque eras pequeño, me insultaste.» «¿Yo a ti el año pasado? Pero si no hace un año que nací.» «Bueno, ¿no estás tú segando este campo, que es mío?» «Todavía no he empezado a comer hierba ni a pastar.» «¿No has bebido de esta fuente en la que yo bebo?» «Las ubres de mi madre me han dado de beber hasta ahora.» Entonces, apoderándose del cordero, dijo mientras lo comía: «No vas a dejar sin cena al lobo por muy hábil que seas en desmontarme toda la acusación.»

89. El león furioso

Un león estaba rabioso. Viéndolo desde el bosque un cervatillo dijo: «¡Desgraciados de vosotros! ¿Qué no hará éste de loco cuando ni de cuerdo era soportable para nosotros?»

90. El toro y el cabrón

Huyendo de un león, un toro se metió en una cueva de pastores montañeses que parecía estar desierta. En ella un cabrón, que se había quedado atrás del cabrero, se lanzó contra él e intentó rechazarlo a cornadas. Éste le dijo: «No es a ti a quien trato de evitar, sino al león, así que dentro de un poco me encargaré de tus abusos. Cuando el león haya pasado de largo sabrás cuánto trecho media entre un cabrón y un toro.»

91. El cazador cobarde

Un cazador no muy atrevido rastreaba a un león por los bosques sombríos de las montañas. Se encontró con un leñador junto a un gran pino y le dijo: «Dime, por las ninfas, ¿has visto las huellas de un león que tiene por aquí su guarida?» Y el otro le respondió: «Parece que llegas guiado por un dios, porque te voy a enseñar ya al mismo león.» Palideció el cazador y castañeteándole los dientes dijo: «No me hagas un favor mayor del que necesito; dime dónde están las huellas y no me enseñes al león.»

92. La embajada de los lobos al rebaño

Se presentó una vez ante un rebaño una embajada de los lobos con una propuesta firme de paz, rubricada con juramentos, bajo la condición de que les entregasen a los perros para castigarlos, ya que éstos eran la causa de que siempre hubiese habido guerra y enemistad entre ambos bandos. El estúpido rebaño, que sólo sabe balar como borregos, estaba a punto de enviar a los perros. Pero entonces un carnero viejo con los pelos de la lana erizados desde la raíz dijo: «¡Bastante original resulta esta negociación! ¿Cómo voy a convivir con vosotros sin ninguna guardia, cuando ni siquiera ahora es posible pastar sin peligro por culpa de ellos, a pesar de que me protegen los perros?».

93. El lobo atragantado y la garza

A un lobo, una vez, se le atragantó un hueso. Le prometió a una garza que le daría unos honorarios dignos si metía su cuello dentro y le quitaba el hueso, remediándole sus molestias. Así lo hizo la garza y enseguida reclamó los honorarios. Y el lobo, enseñándole los dientes con una especie de sonrisa, le dice: «Bástete como paga de tus servicios médicos el haber sacado sana y salva tu cabeza de la boca del lobo.»

Si ayudas a los malvados no te llevarás una buena paga, sino que te darás por contento con que no te pase nada malo.

94. El ciervo sin cerebro

Un león enfermo estaba echado en un barranco pedregoso, lánguidamente despatarrado en el suelo. Tenía una zorra amiga que le hacía compañía, a la que le dijo un buen día: «Si quieres salvarme —porque me estoy muriendo de hambre por el ciervo que vive en aquel jaral leñoso que hay debajo de los pinos robustos, y ahora ya no tengo fuerzas para perseguir al ciervo—, si tú quisieras, me lo traerías a mis manos, apresándolo con tus dulces palabras.» Se fue la astuta y encontró al ciervo en el salvaje bosque retozando en la blanda hierba. Primero le hizo una reverencia, después lo saludó y le dijo que venía como mensajero de buenas noticias. «El león —dijo—, como sabes, es mi vecino y está mal, más aún, está cerca de la muerte. Ha estado pensando quién va a reinar

sobre los animales tras él. El jabalí es un bruto, el oso un perezoso, el leopardo es irritable, el tigre un fanfarrón y además siempre anda por libre. Piensa el león que el más indicado para reinar es el ciervo; es señorial de aspecto, vive muchos años, tiene unos cuernos temibles para todos los reptiles y que se parecen además a ramas de árbol y no como los de los toros. ¿Para qué decirte más sino que has sido confirmado y que vas a reinar sobre los animales de las montañas? Cuando esto ocurra, acuérdate, señor, de la zorra que fue quien primero te dio la noticia. A esto he venido. Ahora, adiós, amigo. Me vuelvo enseguida junto al león, no sea que me ande buscando otra vez, ya que le sirvo de consejera para todo. Pienso que también tú deberías ir, hijo, si prestas oídos a esta vieja cabeza. Te convendría venir a asistirle y a animarle en sus trabajos. Estos detalles convencen a los que están en sus últimos momentos y las almas de los moribundos están en sus ojos.» Así habló la astuta y la mente del ciervo se envaneció con aquellas palabras tan bien compuestas y se fue a la hueca cueva de la fiera sin saber lo que iba a pasar. El león, saltando de su cama atolondradamente, le rasgó las orejas con la punta de las garras, por haberse tirado a él tan aprisa. El pánico hizo huir al ciervo acobardado desde enfrente de la puerta al medio del bosque. La raposa se retorcía las manos, porque su trabajo había sido gastado en vano. El león se lamentaba y se mordía los labios tanto por el hambre como por la irritación. Llamó de nuevo a la raposa y le suplicó que inventase otro segundo engaño para cazar el ciervo. Y ésta, dándole vueltas a los pensamientos desde el fondo del alma, suspiró: «Es difícil lo que me mandas, sin embargo te voy a hacer el servicio.» Y así se fue tras las huellas del animal como un perro hábil, urdiendo artimañas y todo tipo de trapacerías. A cada pastor que se encontraba le preguntaba si había visto pasar a un ciervo, ensangrentado y éstos, cuando lo habían visto, le señalaban el camino a seguir, hasta que por fin lo encontró en un lugar sombrío, recuperando el respiro tras la carrera. Entonces, la zorra, con todo el papo y el rostro de la Desvergüenza, se plantó ante él. Un escalofrío recorrió la espalda del ciervo, sus piernas empezaron a temblar, la cólera inflamó su corazón y dijo de esta manera: [tú, ahora, me persigues por todas partes y yo huyo], «tú, odioso animal, esta vez no te vas a alegrar si te acercas a mí y te atreves a musitarme algo. Ve a raposear a otros que no te conozcan, elige y haz reyes a otros». Pero el ánimo de la zorra no se doblegó sino que, replicándole, dice: «¿Así de innoble y miedoso eres tú? ¿Así sospechas de tus amigos? El león quería darte buenos consejos y para despertarte de tu letargo anterior te tocó la oreja, como haría cualquier padre moribundo. Iba a

darle todo tipo de directrices de cómo gobernar tamaños dominios una vez que los heredases. Y tú no fuiste capaz de soportar el rasguño de una mano sin fuerzas, sino que te retiraste violentamente y así te desgarraste más. Él ahora está mucho más irritado que tú y al comprobar que no eres fiable en absoluto y que actúas con ligereza, dice que va a entronizar al lobo como rey. ¡Ay de mí, qué malvado tirano! ¿Qué puedo hacer? Tú eres la causa de todas nuestras desgracias. Ea, pues, pórtate con nobleza a partir de ahora. Deja de estar aterrorizado como una oveja del rebaño. Pues yo te juro por todas las hojas y las fuentes que ojalá seas tú solo el que me gobierne, que el león no es en absoluto tu enemigo, sino que con buenas intenciones te quiere nombrar señor de todos los animales.» De esta manera, liando al cervato, lo convenció a ir por segunda vez a la misma muerte. Después de encerrarse en el fondo de su guarida, el león, en solitario, celebró un banquete opíparo, a base de engullir la carne, de chupar el tuétano de los huesos y de devorar las entrañas. Por su parte, la que había traído la pieza se mantenía a un lado hambrienta, cuando de pronto, subrepticiamente, pudo apoderarse del cerebro[31] del ciervo que se había caído, e hincarle el diente. Tal fue la ganancia que obtuvo por lo que se había cansado. El león contaba una a una las entrañas y la única que le faltaba era el cerebro. Se puso a recorrer toda la cama y toda la casa, buscándolo. Y la astuta, para ocultarle la verdad, le dice: «No tenía cerebro, no busques en vano. ¿Qué cerebro iba a tener quien vino por segunda vez a la guarida del león?»

95. El lobo y el carnero

Pasaba un lobo a lo largo de un muro desde cuya altura un carnero se puso a lanzarle una serie de insultos. Y éste, rechinando los dientes, le dijo: «Es el sitio donde estás quien me ha insultado, no presumas tú.»

La fábula indica correctamente a todos que nadie, cuya fuerza dependa de las circunstancias, debe presumir de algo.

96. El león y el toro

Una vez un león urdió una trampa para apoderarse de un toro salvaje y así, haciendo como si fuese a ofrecer un sacrificio a la madre de los dioses, invitó al toro a ir al banquete. Éste, sin sospechar nada, dijo que iría. Llegándose y

deteniéndose a la puerta del león, cuando vio muchos calderos de bronce llenos de agua caliente, y cuchillos de sacrificio de desollar, recién lavados y nada más que un pollo cautivo junto a la puerta, se marchó huyendo a la montaña. El león se lo encontró más tarde y le reprochó que no hubiera acudido. Y él dijo: «Pero si fui, y te voy a dar una prueba: no había una víctima digna de tu cocina.»

97. El león enamorado de una muchacha

Un león, enamorado de una muchacha en edad núbil, fue a pedirla en matrimonio a su padre. El viejo, sin mostrar ninguna animosidad ni recelo, le dice: «Te la doy en matrimonio con mucho gusto. ¿Quién no emparentaría con un señor tan importante como el león? Sin embargo, el corazón de las jóvenes y de los niños es cobarde y tú tienes tales garras y tales dientes que ¿qué muchacha se atrevería a abrazarte sin miedo? ¿Quién no lloraría al verte? Considera estas cosas si pretendes matrimonio y deja de ser un animal salvaje para convertirte en un novio más.» El león, lleno de alegría y confiando en que le entregarían a la muchacha, se arrancó los dientes y después se cortó las uñas con un tranchete y se enseñó al suegro, pidiéndole la chica. Entonces empezaron todos a molerlo, dándole uno con un palo, otro con una piedra, otro con la mano, hasta que se quedó tirado en el suelo, a morir, inútil, como un cerdo, después de haber aprendido de la astucia de un viejo el principio de que es imposible que los hombres amen a los leones o los leones a los hombres.

Uno se hace daño a sí mismo sin darse cuenta cuando se esfuerza por tomar parte en cosas que la naturaleza no le ha concedido.

98. El león y el águila

Volando hasta un león un águila le propuso ser su socio. Y el león le dijo: «¿Qué impide el trato? Pero como prenda de que no abandonarás la palabra empeñada me vas a entregar las plumas remeras de tus alas, porque ¿cómo voy a fiarme de ti como amigo si no permaneces junto a mí?»

99. El lobo y el perro cebado

Un perro bien cebado se encontró con un lobo que empezó a examinarlo acerca de dónde lo habían alimentado para llegar a semejante tamaño y a semejante abundancia de grasa. «Un hombre generoso —dijo— es el que me da de comer.» «Y tu cuello —pregunta el lobo—, ¿cómo se puso blanco?» «Se ha rozado la carne con el collar de hierro que fundió mi amo y me puso al cuello.» Y el lobo, carcajeándose de él, le dice: «Me río yo de este lujo que te obliga a rozarte el cuello con un hierro.»

100. El lobo que se creía león

Nació entre los lobos uno tan corpulento que los otros le llamaban león. El muy necio no supo llevar tal honor y, abandonando a sus compañeros, se fue a buscar la compañía de los leones. Una zorra, burlándose de él, le dijo: «Que nada se me suba nunca a la cabeza como lo que ahora te ha cegado a ti. Porque, sin duda, entre lobos pareces un león, pero en comparación con los leones volverás a ser un lobo.»

101. El reinado del león justo

Reinó una vez un león nada irritable ni cruel ni, en absoluto, propicio a la violencia, sino afable y justo como pudiera serlo un hombre. Dicen que durante su reinado se convocó una asamblea de animales salvajes y que se ofrecieron reparaciones legales y se presentaron reclamaciones unos a otros. Cuando todos los animales rindieron cuentas, el lobo al cordero, el leopardo a la cabra montesa, al ciervo el tigre, y todos estuvieron en paz, dijo la liebre asustadiza: «¡Cuánto deseé yo siempre que llegase este día en el que incluso los débiles habrían de resultar temibles a los violentos!»

102. El león enfermo y la zorra astuta

Un león que ya no tenía fuerzas para ir de caza, porque estaba viejo por su mucha edad, se echó dentro de una cóncava cueva, como si estuviera aquejado por una enfermedad e hizo como que jadeaba, debilitando a propósito su voz, antes grave. Llegó el rumor a las casas de las fieras y todos se dolieron del león,

aparentemente enfermo, e iban cada uno por su cuenta a visitarlo. Uno tras otro se iba apoderando de ellos sin problemas y se los comía, habiendo encontrado así la abundancia en la vejez. Pero a una astuta zorra le entraron sospechas y, quedándose lejos, preguntó: «Rey, ¿cómo estás?» Y el otro le dijo: «Saludos, mi preferida entre los animales. ¿Por qué no te acercas en vez de mirarme de lejos? Ven, salada, y consuélame con tus cuentos variados ahora que estoy cerca de la muerte.» «Que te mejores —dice la zorra—, y perdona que me marche, pero no me dejan entrar las huellas de muchos animales de los que no me puedes enseñar ninguna que salga hacia aquí.»

Dichoso el que no se adelanta a meter la pata, sino que aprende de las desgracias de otros.

103. El perro mordedor

Un perro solía morder a traición. Su dueño hizo una esquila y se la ató al cuello, de manera que se le distinguiese bien desde lejos. Entonces el perro se fue por la plaza tocando la campana y dándose aires de importancia. Pero una perra vieja le dijo: «Desgraciado, ¿de qué presumes? No es una prenda de tu valor o de tu virtud lo que exhibes, sino una prueba de tu maldad.»

104. El león y el lobo

Una vez un lobo, apoderándose de una oveja de enmedio de un rebaño, se la llevaba a su casa. Pero tropezándose con él un león se la quitó. Y el lobo, manteniéndose a cierta distancia, gritaba: «Es una injusticia el haberme robado lo que es mío.» Y el león, divertido con esto, le decía al lobo con ironía: «¿Seguro que a ti te la han regalado unos amigos con todas las de la ley?»

105. El león aristócrata

Una vez un león trató de imitar el género de vida de los aristócratas y así, aprovechando que vivía en una espaciosa guarida, empezó a agasajar noblemente de entre los animales de las montañas a aquellos que le constaba que eran de buena familia. Con frecuencia se congregaba en su cueva una gran

afluencia de fieras de todas clases dentro de un espíritu de cortesía. Y el león les ofrecía banquetes y los entretenía según las leyes de la hospitalidad, ofreciendo a cada uno en abundancia su manjar preferido. Tenía por amiga una raposa que vivía con él en la cueva y con la que las más de las veces estaba en buenas relaciones. Pero el que repartía la comida era un mono viejo, encargado de distribuir las porciones de carne entre los comensales, y éste, si venía alguien que no era de los habituales, le ponía delante lo mismo que a su señor, es decir, de lo que el león acababa de conseguir en la caza. La zorra, en cambio, se llevaba una porción menor y además de restos del día anterior. Y una vez que ésta observaba un silencio ostensible y mantenía las manos alejadas de los alimentos del banquete, le preguntó el león cuál era la causa de aquella actitud: «Sabia zorra, habla como sueles. Pon manos al banquete con una cara más animada, amiga.» Y ella respondió: «¡Oh, tú el más noble de la raza de las fieras! Tengo el corazón encogido por una gran preocupación, pues no me duele sólo la situación presente, sino que lloro pensando en cómo va a ser el futuro. Porque si cada día se acerca un huésped diferente y esto se convierte en costumbre, pronto ya ni probaré los restos de carne del día anterior.» Y el león divertido y sonriendo, como hacen los leones, dijo: «Echale la culpa al mono, y no a mí.»

106. El león y el ratón

Un león cazó un ratón y lo iba a comer. Entonces el desgraciado ladrón doméstico, viéndose cerca de la muerte musitó una súplica con estas palabras: «Lo que es propio de tu dignidad es cazar ciervos y toros de largos cuernos y llenarte el estómago con su carne. En cambio, el comerte un ratón no es suficiente ni para tocarte la punta de los labios. Por ello te suplico que me dejes vivir. Quizá algún día te pague este favor a pesar de lo pequeño que soy.» Se rió la fiera y dejó vivir al suplicante. Poco después el león se topó con unos jóvenes aficionados a la caza y cayó en sus redes y quedó atado. El ratón saltó a escondidas de su agujero y, cortando la dura cuerda con sus dientecillos, dejó libre al león. Salvándole de este modo la vida le pagó un precio justo por el hecho de que él pudiera ver todavía la luz.

Es evidente la fábula para personas que tienen buena intención: salva a los pobres y no pierdas la esperanza en ellos ya que incluso a un león cogido en una trampa lo salvó un ratón.

Prólogo

La fábula, hijo del rey Alejandro, es un invento de los antiguos sirios[32], de aquellos que hubo hace tiempo, en la época de Niño y Belo. Dicen que el primero que contó fábulas a los hijos de los griegos fue Esopo, el sabio, y que Cibises[33] se las contó a los libios. Yo por mi parte las presento con una nueva forma poética, embridando con brida de oro el yambo[34] de la fábula, como si fuese un caballo guerrero. Una vez que yo abrí la puerta, antes que nadie, han entrado otros por ella y andan produciendo poemas que parecen acertijos de una musa sabia, gentes que no saben nada más que plagiarme. Pero yo compongo las fábulas en una lengua transparente y no afilo los dientes de los yambos, sino que los templo bien al fuego y les emboto los aguijones para ofrecerte a ti este segundo libro.

108. El ratón campesino y el ciudadano

Dos ratones, de los que uno llevaba una vida campesina y el otro tenía su agujero en una rica despensa, decidieron convivir el uno con el otro. Primero, el ratón casero fue a comer al campo, cuando acababa de salir la hierba. Al comer las raíces del trigo, minúsculas y húmedas, y amasadas además con negros terrones, dijo: «Llevas una vida como la de una miserable hormiga, comiendo restos de salvado en el fondo de la tierra. Yo tengo mucho y aún me sobra. Comparado contigo vivo en el cuerno de Amaltea[35]. Si me acompañas te sobrará cuanto quieras. Deja a los topos que hurguen en esta tierra.» Se llevó, pues, al ratón destripaterrones y lo convenció de que entrase en la casa del hombre por debajo del muro. Le enseñó dónde habla gran cantidad de cebada, dónde estaba el montón de las legumbres, los cacharros llenos de higos, las jarras de miel, los cestos de dátiles. El otro se quedó encantado con todo y se lanzó al ataque y cuando se llevaba a rastras un pedazo de queso de un cestillo, alguien abrió la puerta. Entonces, saltando asustado, huyó al fondo del estrecho agujero, bisbiseando cosas ininteligibles y apretándose contra su anfitrión. Esperó un poco y después, asomándose fuera, iba a tocar un trigo de Camiro[36] cuando entró otra persona a coger alguna otra cosa. Y ellos se escondieron

dentro. Entonces el ratón del campo dijo: «Que lo pases muy bien y te hagas rico con estos banquetes y que disfrutes con comida tan superabundante, que las más de las veces está llena de peligros. Lo que es yo no abandono mis frugales terrones bajo los que como la cebada sin miedo.»

109. El cangrejo y su madre

«No andes torcido —le dijo una cangreja a su hijo—, no te arrastres oblicuamente sobre la roca mojada.» Y él respondió: «Madre y maestra, primero anda tú derecha y en viéndote lo haré yo.»

110. El caminante a la perra

Uno, que iba a ponerse en camino, le dijo a su perra que estaba quieta: «¿Por qué abres la boca? Procura preparar todo, porque vas a venir conmigo.» Y la perra, meneándole la cola al amo, le dijo: «Yo ya tengo todo; eres tú el que estás tardando.»

111. El comerciante y el asno

Un minorista que tenía un asno, oyendo que la sal estaba a buen precio a orillamar, decidió comprar y, así, cargando generosamente al burro, se puso en camino de vuelta. Avanzado ya el camino, resbaló involuntariamente el asno y se cayó de pronto en una corriente, en la que se disolvió parte de la sal y se le aligeró la carga, de modo que se levantó con mayor facilidad y pudo continuar viaje hacia el interior sin esfuerzo.

Tras vender la sal volvió a cargar al asno, poniéndole encima una carga de sal aún mayor. Pero cuando éste cruzaba con esfuerzo la corriente, en la que precisamente se había caído la otra vez, se echó al suelo adrede y de nuevo, disolviéndose la carga, se levantó liviano y como ufano de haber conseguido algo. El comerciante se dio cuenta e irritado con el negocio de la sal, en otro viaje lo cargó de un montón de esponjas porosas también traídas del mar. El asno, con toda la mala intención, al acercarse a la corriente, se dejó caer a propósito. Pero empapándose todas las esponjas a una, la carga entera se hinchó,

y tuvo que continuar el camino con un peso doble a sus espaldas.

Con frecuencia uno cae en donde antes le había ido bien.



FIG. 15

112. El ratón y el toro

Un ratón mordió a un toro. Éste sintió dolor y se puso a perseguirlo, pero el ratón se le escapó, ocultándose en el fondo de su agujero. El toro, deteniéndose ante el muro, empezó a deshacerlo con los cuernos hasta que, agotado, se vino abajo y se echó a dormir, enfrente del mismo agujero. Entonces el ratón salió reptando y, mordiéndole de nuevo, se escapó. Se levantó el toro y se quedó desconcertado al no tener nada que hacer. Entonces el ratón le chilló con su vocecita: «No siempre el grande es el poderoso. A veces es una ventaja el ser pequeño y humilde.»

113. El pastor, el lobo y el perro

Un hombre, que recogía sus ovejas al atardecer dentro del aprisco, estuvo a punto de encerrar con ellas a un lobo de piel leonada. Viéndolo el perro le dijo: «¿Cómo puedes afanarte en salvar a las ovejas si nos metes a éste dentro?»

114. La lámpara y el lucero del alba

Una lámpara embriagada en aceite, por la tarde se jactaba ante los presentes de que era superior en brillo al lucero del alba y de que relucía con una luz más extraordinaria que todos los demás. Pero empezó a silbar el viento y al punto se apagó al ser alcanzada por su soplo. Encendiéndola por segunda vez le dijo uno: «Tú, luce, lámpara, y cállate, porque el brillo de las estrellas no muere jamás.»

115. El águila y la tortuga

Una vez una cansina tortuga le dijo a los cormoranes del lago, a las gaviotas y a las golondrinas de mar salvajes: «¡Ojalá también a mí me hubiese hecho alguien alada!». Volviéndose a ella le contestó un águila en broma: «Tortuga, ¿qué paga darías al águila si te levanto ligera en el aire?». «Te daré todas las riquezas del mar Rojo»[37]. «En ese caso, te voy a enseñar —le dice el águila.» Y levantándola boca arriba se perdieron entre las nubes y desde allí la arrojó a una montaña, en la que se hizo pedazos la recia concha de su espalda. Y ya expirando, ésta dijo: «Justo es que me muera, porque, ¿qué necesidad tenía yo de nubes y qué necesidad había de alas cuando incluso en tierra avanzaba con dificultad?».

116. La mujer, el marido y el amante

Mediada la noche un muchacho cantaba melodiosamente. Lo oye una mujer y, levantándose de la cama, se asoma a la ventana, y viendo a la luz de una luna brillante que era extraordinariamente atractivo, deja durmiendo a su marido y bajó del piso de arriba[38] Saliendo fuera de la puerta cumple totalmente su deseo. De pronto se despertó su marido y se puso a buscar en dónde estaba y al no verla dentro de casa no se quedó con la boca abierta, sino que salió él también a la calle. Y le dice a su mujer: «No te asustes y convence al chico a que venga a

dormir en nuestra casa.» Y así, en efecto, lo hizo pasar adentro. Después, también él, cuando ambos querían hacer algo de eso, se divertía con la mujer.

Y así fue la cosa. El sentido de la fábula es que es malo dejarse llevar por el deseo cuando uno puede vengarse.

117. Hermes y el hombre que pisó hormigas

Una vez un hombre que vio cómo se hundía un barco con toda su tripulación, dijo que los dioses tomaban decisiones injustas, pues por el hecho de haber embarcado a bordo un solo impío morían con él muchos inocentes. Y mientras esto decía vino a él un gran enjambre de hormigas, como a veces sucede, afanosas per comer las brozas del trigo. Le picó una y él se puso a pisotear a un montón de ellas. Entonces apareciéndosele, Hermes lo golpeó con su vara y le dice: «¿Cómo no vas a soportar que los dioses os juzguen a vosotros de la misma forma que tú juzgas a las hormigas?»

118. La golondrina que anidó en el Juzgado

Una golondrina gorjeadora, la vecina de los hombres, en primavera hizo su nido en un muro que resultó ser de la casa de los ancianos jueces. Y allí llega a ser madre de siete pajaritos [que todavía no habían echado sus plumas purpúreas]. Una serpiente vino reptando desde su agujero y los comió a todos, uno tras otro. Y la desgraciada lamentaba la muerte de sus hijos malogrados con estas palabras: «¡Ay de mí, qué destino el mío! De donde se hacen las leyes y decretos de los hombres tengo que huir yo, una golondrina, tras sufrir una injusticia.»

119. Hermes maltratado, da oro a cambio

Un artesano tenía una talla de Hermes. A pesar de que cada día le ofrecía libaciones y sacrificios, le seguía yendo mal en los negocios. Se irritó con el dios y cogiéndolo por una pierna lo estampó contra el suelo. Entonces, al rompérsele la cabeza, empezó a salir oro de ella y nuestro hombre decía, mientras lo recogía: «Hermes, eres un estúpido y un desconsiderado para con tus amigos, porque

cuando te suplicábamos no nos eras de ninguna utilidad y en cambio ahora que te hemos injuriado nos correspondes con muchos bienes. Yo no conocía esta nueva forma de piedad a ti debida.»

Esopo implica a los dioses en las fábulas con el fin de ponernos en guardia a unos contra otros. Nada conseguirás honrando a un imbécil, sino que te será más útil tratarlo deshonrosamente.

120. La rana médico

El habitante de las charcas que disfruta con la sombra, la rana, que vive junto a las acequias, se presentó una vez en tierra y dijo a todos los animales: «Médico soy, experto en unas drogas que quizá nadie conoce, ni el mismo Peán[39], que vive en el Olimpo y es el médico de los dioses.» «Y, ¿cómo? —dijo la zorra— ¿podrás curar a otro cuando no puedes salvarte a ti misma de estar tan amarilla?[40]».

121. La gallina enferma y el gato

Una vez enfermó una gallina y un gato, inclinándose sobre ella, le dijo: «¿Cómo estás? ¿Qué necesitas? Yo te traeré todo. Tú preocúpate sólo de ponerte buena.» Y ella le dijo: «Si te marchas de aquí no me moriré.»

122. El burro cojo y el lobo

Estaba cojo un burro por haber pisado una espina y viendo que había un lobo allí y temiendo ya una muerte clara así dijo: «Lobo, me muero, estoy a punto de expirar. Me alegro de haberte encontrado a ti, porque prefiero que me comas tú que un buitre o un cuervo. Pero hazme un pequeño favor, que no te creará problema: sácame la espina del pie para que mi espíritu se vaya al Hades libre de dolor.» Y en diciendo aquél: «No te negaré este favor» le extrajo la espina causante de la fiebre con la punta de las dientes. Liberado el burro de todo dolor y molestias le dio una coz al leonado en plena boca abierta y se escapó dejándole magulladas narices, cara y muelas. «¡Ay de mí! —dijo el lobo—, bien merecido me tengo esto, pues, ¿por qué he empezado ahora a curar a los cojos como un

médico, cuando lo único que sé de siempre es ser carnicero?»

123. La gallina de los huevos de oro

Una buena gallina ponía huevos de oro y su dueño pensó que dentro de ella encontraría una masa de oro que la empreñaba. Y así la sacrificó y descubrió que era igual que todas por dentro. Esperando conseguir una gran riqueza y apresurándose a ello se vio privado de las pequeñas ganancias.

124. El pájaro y el gallo

Se le presentó inesperadamente un amigo a un pajarero que iba a comer tomillo y apio. Tenía la jaula vacía porque no había cazado nada. Así que se levantó para sacrificar a una perdiz moteada que tenía domesticada para cazar, pero ésta le suplicó que no la matase, con estas palabras: «De ahora en adelante, [señor], ¿qué harás con la red cuando vayas de caza? ¿Quién te reunirá una bandada de pájaros gregarios que es un regalo para la vista? ¿Al eco de qué cantor te dormirás?» Dejó, pues, a la perdiz y decidió echar memo de un gallito papujado. Pero éste, desde su percha, lanzó un quiquiriquí y dijo: «¿En dónde te enterarás cuánto falta para el alba si me matas a mí, que soy tu adivinahoras? ¿Cómo sabrás cuándo se ha ido a dormir Orión del arco de oro?[41] ¿Quién te recordará tus trabajos mañaneros cuando las alas de los pájaros están llenas de rocío?» Pero nuestro hombre le contestó: «Sabes cosas muy útiles de las horas, pero debe tener [el amigo] algo de comer.»

125. El burro subido a un tejado

Subió un burro a un tejado y retozando rompió las tejas. Entonces un hombre fue corriendo hacia él y lo bajó golpeándolo con un palo. Y el burro, doliéndole todavía el lomo, le dijo: «Ayer o anteayer un mono hizo lo mismo y os divertía mucho.»

126. La Verdad refugiada en el desierto

Un hombre que caminaba hacia el desierto se encontró a la Verdad que estaba allí sola, y le dice: «¿Por qué razón, anciana, has dejado la ciudad y te has venido a vivir en la soledad?» Y ella le contestó al punto con su profunda sabiduría: «Entre los antiguos la mentira se hallaba solo en unos pocos, en cambio ahora se ha extendido a todos los hombres.»

Si se puede decir y quieres escuchar, la vida actual de los hombres es malvada.

127. Zeus Juez y Hermes[42]

(Zeus ordenó a Hermes que le anotase en trozos de pizarra[43] los pecados [e injusticias] de los hombres y que los amontonase en una cesta [colocada] a su lado para que, tras examinarlos) impusiese a cada uno el castigo debido. Como las pizarras están apiladas unas sobre otras, unas llegan antes y otras después a manos de Zeus para sufrir el examen. No conviene, pues, que nos admiremos si algunos malvados que han sido rápidos en cometer injusticia reciben tarde su castigo.

128. La oveja y el perro pastor

Una oveja dijo esto a su pastor: «Tú nos esquilas y te quedas con los vellones, nos ordeñas y haces queso con la leche, y nuestros hijos aumentan tus rebaños. A cambio no recibimos ventaja alguna de ti, ya que nuestro alimento viene todo él de la tierra y, ¿qué verdura nace en las montañas?: apenas una hierba rala y cubierta de rocío. Frente a esto mantienes a este perro en medio de nosotras, alimentándolo con la misma rica comida que a ti.» Oyendo estas palabras dijo el perro:

«Si no estuviera yo aquí dando vueltas por el medio no paceríais tranquilamente vuestra hierba. Gracias a andar corriendo yo en derredor mantengo alejado al ladrón vagabundo y al lobo perseguidor.»

129. El burro y el perrito de lujo

Un hombre mantenía a un burro y a un simpático perrito. El perrito se

divertía jugando graciosamente y saltando alrededor de su dueño con mil cabriolas, y éste a su vez lo cogía en el regazo. El burro, en cambio, por las tardes se cansaba moliendo el trigo de la amable Deméter y por las mañanas transportaba leña del bosque o cualquier otra cosa que hubiese que traer del campo. Y ya en la cuadra, atado al pesebre como un prisionero, comía su forraje de cebada como todos los días. Pero una vez herido en su corazón y lamentándose más que de costumbre, al ver al cachorro en medio de toda suerte de lujos, rompió la cuerda que le ataba al pesebre asnal y salió al medio del corral coceando sin medida. Quiso retozar en torno a su dueño, también él, y hacerse de querer y se echó en medio de la mesa y la rompió y después machacó toda la loza. A continuación, se fue a besar a su dueño, que estaba cenando, subiéndole por la espalda. Los criados cuando vieron a su dueño en medio de tamaño peligro lo salvaron de las mandíbulas del asno, golpeándolo por todas partes con varas de cornejo hasta que lo dejaron por muerto. Y éste, lanzando su último suspiro, decía: «He sufrido lo que merecía, desgraciado de mí. ¿Por qué no me quedé con las mulas en lugar de compararme, para mi ruina, con un diminuto perrito?»

130. La zorra y el lobo ante una trampa

Una zorra, que estaba no lejos de una trampa, daba vueltas en la cabeza sobre qué podía hacer. Un lobo que estaba cerca la vio, se acercó y le pidió permiso para coger la carne. Y ésta le dijo: «Ve y cógela en buena hora, ya que eres uno de mis amigos más cercanos.» El lobo se lanzó sin pensarlo y cuando se inclinó sobre la carne, movió el resorte, se soltó la barra y le golpeó la frente y los hocicos. «Si le das esta clase de regalos a tus amigos —dijo—, ¿cómo vas a encontrar algún amigo?».

131. La golondrina temprana y el jugador

Un joven que había perdido su hacienda jugando a los dados se reservó únicamente un vestido para no pasar frío, ya que era invierno. Pero una mala mano de dados lo privó también de éste. Antes de la primavera una golondrina dejó la Tebas de abajo[44] y apareció por allí fuera de estación. Al oírla gorjear suavemente dijo el joven: «¿Qué necesidad tengo yo de ropa de repuesto? Aquí

hay una golondrina y eso quiere decir calor.» En diciendo esto se fue de nuevo a la partida de dados y tras jugar un poco perdió el vestido que llevaba puesto. Cayó una nevada y una granizada de echarse a temblar y todo el mundo necesitaba nuevas prendas de abrigo. Y el joven, desnudo, mirando desde la puerta, vio a la golondrina parlanchína muerta de frío como un pollito. «Desgraciada —dijo—, ojalá no te hubiese visto. Porque te equivocaste y me engañaste también a mi.»

132. El lobo y la oveja

Una oveja solitaria vio a un lobo de pronto y se lanzó a la huida, consiguiendo meterse dentro de un aprisco que no estaba cerrado. Resulta que se estaba celebrando el sacrificio de una fiesta. El lobo no se atrevió a entrar dentro del cercado y desde fuera trataba de ganarse a la oveja con estas palabras: «¿No ves el altar lleno de sangre? Sal de ahí, no vaya a ser que te cojan y te sacrifiquen.» Pero ella le contestó: «No te preocupes de mi refugio; me vale perfectamente. Y si pasa lo que dices prefiero ser víctima de un dios que banquete de un lobo.»

133. El asno y la zorra

Un asno estaba comiendo las hojas picudas de un arbusto espinoso. Lo vio una zorra, se fue arrastrando hacia él y le dijo: «¿Cómo tú con esa lengua blanda y fofa consigues reblandecer y comer una comida tan dura?»

134. La cola de la serpiente

Una vez la cola de una serpiente decidió que ya no debía caminar la cabeza por delante y se negó a obedecerla en su reptar. «Ahora me toca a mí —dijo— dirigir la marcha.» Los otros miembros dijeron: «¿No vas a callarte? ¿Cómo vas a dirigimos, desgraciada, sin ojos ni nariz con los que todos los animales andan los caminos y enderezan al resto de sus miembros?» Pero no la convencieron y la parte racional fue vencida por la irracional. A partir de entonces la parte de atrás gobernaba a la delantera y la cola se convirtió en jefe, arrastrando a todo el

cuerpo en un movimiento ciego. Fue arrastrada al fondo de un pozo rocoso y se rozó la espina contra las piedras. La hasta entonces tan atrevida, moviendo la cola humildemente, empezó a suplicar: «Señora cabeza, sálvanos, si quieres. He sufrido la experiencia de una mala disputa que sólo ha producido desgracias. Si me pones donde estaba al principio te seguiré —decía—, y no pienses que en el futuro vamos a vemos más en líos por culpa de mi dirección.»

135. La perdiz y el gato

Uno que compró una perdiz la soltó para que anduviese libremente por la casa, porque le gustaba el animal. La perdiz, cantando sus gorjeos de costumbre, se fue por todo el corral hasta la cocina. El astuto gato le salió al encuentro y empezó diciéndole: «¿Quién eres tú? ¿De dónde has salido?» Y ella: «Me han comprado —dijo— recientemente.» Y el gato contestó: «Pues yo llevo mucho tiempo aquí y aquí mismo me parió mi madre, la cazarratones, y sin embargo no armo ruido y duermo junto al fuego del hogar. Tú, en cambio, acabas de llegar, recién comprada, como has dicho, y ya andas armando escándalo y chillando.»

136. El viejo timorato y el hijo único

Un viejo timorato tenía un hijo único que, a pesar de todo, era valiente y quería ir de caza. En sueños, el viejo se imaginó que éste caía muerto, víctima de un león y [temeroso] de que se cumpliese el sueño y se hiciese realidad la visión, escogió una hermosísima casa como residencia masculina[45], una casa alta, bien construida y llena de sol y en ella recluyó a su hijo bajo vigilancia. Con el fin de que tuviera algún entretenimiento para sus penas, colocó en las paredes variadas pinturas de animales, entre los que se dio forma a un león. Al verlo, las penas del muchacho iban a más y una vez, por fin, acercándose al león dijo: «Odioso animal por haberle mostrado tú a los ojos de mi padre aquel sueño engañador, me tienes aquí sometido a una vigilancia propia de mujeres. ¿Por qué [me dirijo] a ti con palabras en vez de actuar con violencia?» Y echó mano al muro [de la prisión] con ánimo de arrancarle los ojos al león cuando una astilla [de madera desgajada se le metió] bajo la uña y aunque [el padre] intentó hacer [todo lo posible] para curarle la inflamación sanguinolenta que se extendió por la carne [en poquísimo tiempo], no consiguió [nada el desgraciado]. A continuación se le

extendió una fiebre hasta las ingles [de modo que perdió la vida]. De esta manera el viejo no salvó a su hijo que iba morir por obra de un león inanimado.

Soporta noblemente lo que se te ha asignado por el destino y no te hagas el listo, porque de todas formas no escaparás a lo que debe ser.

137. El grajo que quiso ser águila

Un águila levantó con sus garras a un lustroso cordero del rebaño para dárselo a sus polluelos de comida.

Un grajo se lanzó entonces a hacer lo mismo y, así, tirándose en picado quedó enganchado en la espalda del cordero (y unos niños se apoderaron de él y lo torturaron). «Pago un justo castigo por mi locura —dijo—, pues, ¿por qué tenía que imitar a las águilas siendo un grajo?»

138. El cazador y la perdiz traidora

Un cazador iba a sacrificar una perdiz que había cazado para cenar algo al anochecer. Pero ella le suplicaba: «No hagas [eso, señor —dijo—, porque] si me dejas viva [te cazaré otras perdices en vez de mí…] atrayéndolas como reclamo…» «Precisamente por esta razón te [voy a sacrifi]car por tender trampas a tus consan[guíneos y ami]gos.»

139. El burro y la piel de león

Un asno se echó sobre las ancas una piel de león y empezó a presumir de ser terrible para todos los hombres. Saltaba y trotaba y se producía una huida entre los hombres [por su culpa] y una desbandada entre [todos] los rebaños. Sopló el viento, se le cayó la piel de la espalda y se vio que era un asno. Y entonces le dijo alguien [a la vez que él golpeaba con un palo]: «Asno naciste, [no te hagas el león].»

140. La cigarra y la hormiga

En el invierno una hormiga sacaba a airear de su hormiguero el grano que

había amontonado durante el verano. Una cigarra hambrienta le suplicaba que le diese algo de comida para seguir viviendo. «¿Qué hacías tú el verano pasado?», preguntó la hormiga. «No estuve haraganeando —dijo la cigarra—, sino ocupada todo el tiempo en cantar.» Riéndose la hormiga y guardando el grano dijo: «Pues baila en invierno ya que en verano tocaste la flauta.»

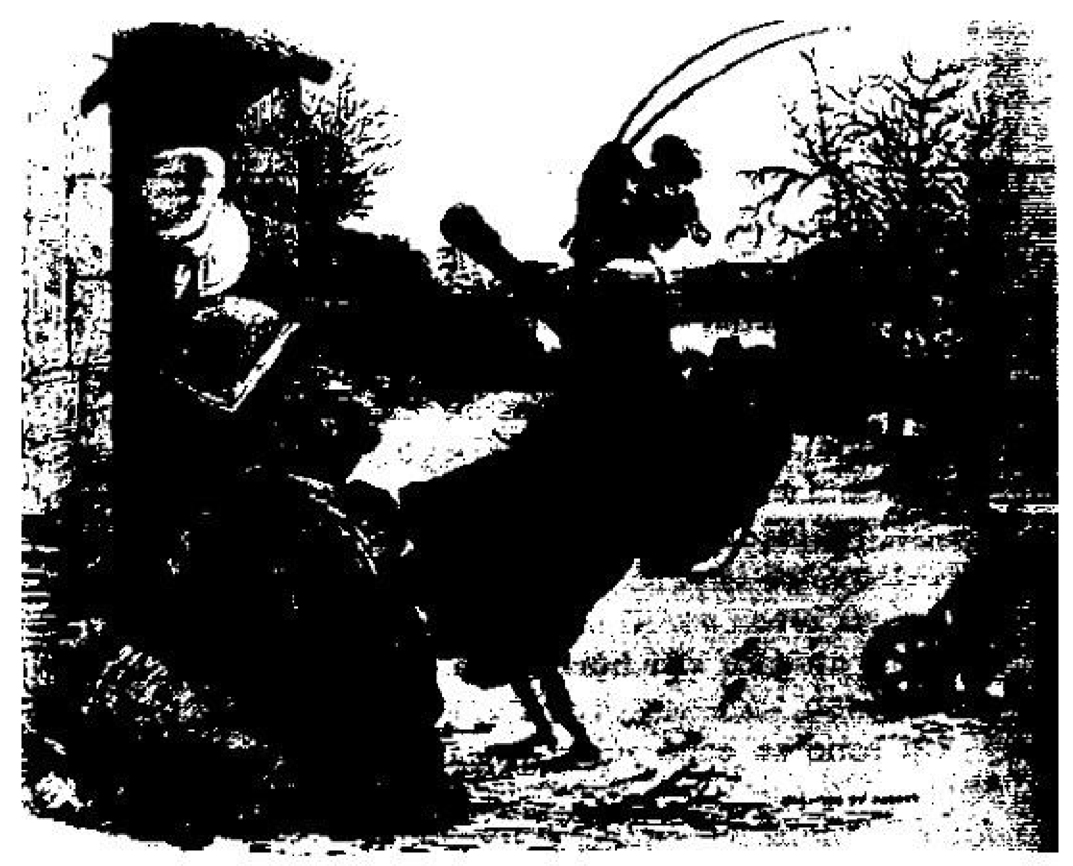


FIG. 16

141. El asno de los sacerdotes de Cibeles

Un asno no muy afortunado, sino nacido con mala estrella, fue comprado por una comunidad de sacerdotes mendicantes de Cibeles para transportar el remedio del hambre y la sed, así como la quincalla de aquellos mendigos sin escrúpulos. Éstos tenían por costumbre ir de aldea en aldea diciendo: «¿Qué campesino no sabe cómo fue mutilado el blando Atis[46]? ¿Quién no va a presentar las primicias de legumbres y grano al sagrado tambor de Rea?» [Se murió el asno de tanto trabajo y los sacerdotes hicieron panderos de su piel. Cuando los primitivos dueños del asno les preguntaron que qué había sido de él, respondieron que

había muerto y que estaba recibiendo ahora más golpes de los que recibiera en vida].

142. Las encinas y Zeus

Una vez las encinas, llegándose a presencia de Zeus, arriesgaron estas palabras de reproche: «Oh, Zeus, fundador de nuestra raza y padre de todas las plantas. Si íbamos a ser cortadas, ¿por qué nos creaste?» A esto Zeus, sonriendo, contestó así: «Vosotras mismas proporcionáis el instrumento que se vuelve contra vosotras. Si no hubierais engendrado todos los mangos, no habría hachas en casa de los campesinos.»

143. El campesino y la víbora

Un campesino cogió una víbora que estaba muriéndose de frío y la calentó. Ésta una vez que se despertó se le subió a la mano y, picándole de manera incurable, mató [al que quería recuperarla]. Al morirse dijo estas palabras, dignas de recuerdo: «Justo es lo que me ha pasado por haberme compadecido de un malvado.»

TABLAS DE CORRESPONDENCIA

1. *Fábulas de la Col. Augustana.*

Perry *Pe.*	*Hausrath* *Hsr.*	*Chambry* *Ch.*
1	1	3
2	2	5
3	3	4
4	4	8
5	5	10
6	6	17
7	7	14
8	8	19
9	9	40
10	10	42
11	11	24
12	12	37
13	13	23
14	14	39
15	15	32
16	16	12
17	17	41
18	18	26
19	19	31
20	20	35
21	21	22
22	22	34
23	23	21

Perry *Pe.*	*Hausrath* *Hsr.*	*Chambr* *Ch.*
24	24	30
25	25	28
26	26	27
27	27	43
28	28	55
29	29	56
30	30	53
31	31	52
32	32	45
33	33	51
34	34	46
35	35	60
36	—	50
37	37	54
38	38	64
39	39	349
40	40	65
41	41	36
42	42	83
43	43	68
44	44	66
45	45	70
46	46	73
47	47	292
48	48	75
49	49	74

Perry Pe.	Hausrath Hsr.	Chambry Ch.
50	50	76
51	51	81
52	52	80
53	53	86
54	54	173
55	55	89
56	56	91
57	57	87
58	58	90
59	59	77
60	60	78
61	61	84
62	73	95
63	63	96
64	64	177
65	66	254
66	67	246
67	68	256
68	69	114
69	70	67
70	71	101*
71	72	62
72	74	235
73	75	305
74	76	102
75	77	105
76	78	104
77	79	103
78	80	308
79	81	13
80	82	239
81	83	38
82	84	269
83	85	306
84	86	149
85	87	94

Perry Pe.	Hausrath Hsr.	Chambry Ch.
86	88	157
87	89	288d
88	90	108
89	91	110
90	92	117
91	93	276
92	94	175
93	95	116
94	96	299
95	97	49
96	98	115
97	99	107
98	100	106
99	101	2
100	102	124
101	103	162
102	104	109
103	105	111
104	106	121
105	107	139
106	108	125
107	109	119
108	110	120
109	111	118
110	112	131
111	113	130
112	114	241
113	115	132
114	116	134
115	117	137
116	118	150
117	119	146
118	120	153
119	121	154
120	122	155
121	123	156

Perry Pe.	Hausrath Hsr.	Chambry Ch.
122	124	158
123	125	161
124	126	165
125	127	170
126	128	160
127	129	171
128	130	167
129	131	163
130	132	159
131	133	164
132	135	187
133	136	185
134	137	184
135	138	176
136	139	182
137	140	189
138	143	191
139	144	193
140	145	198
141	146	201
142	147	196
143	148	211
144	149	197
145	150	202
146	151	213
147	152	200
148	153	204
149	154	209
150	155	206
151	156	208
152	157	214
153	158	217
154	159	225
155	160	221
156	161	224
157	162	220
158	163	223
159	164	230
160	166	231
161	170	233
162	171	294
163	172	234
164	173	236
165	174	237
166	175	242
167	177	238
168	178	245
169	179	248
170	180	250
171	181	250
172	182	251
173	183	253
174	184	261
175	185	257
176	186	82b*
177	187	258
178	188	260
179	190	273
180	191	265
181	192	142f*
182	193	266
183	194	264
184	195	278
185	196	262
186	197	277
187	198	281
188	199	267
189	201	271
190	202	274
191	203	270
192	206	286
193	207	283

Perry Pe.	*Hausrath Hsr.*	*Chambry Ch.*
194	208	284
195	210	148
196	211	290
197	212	289
198	213	291
199	215	293
200	216	296
201	217	301
202	218	302
203	219	304
204	220	309
205	221	310
206	222	312
207	223	311
208	224	316
209	225	313
210	226	318
211	230	297
212	232	321
213	233	324
214	234	326
215	235	330
216	236	331
217	242	332
218	243	307
219	244	334
220	246	145
221	248	122
222	250	342*
223	251	342
224	252	327
225	253	344
226	254	352
227	255	347
228	256	353
229	258	348
230	259	351
231	260	356

2. *Fábulas de la recensión Ia ausentes de la Primera Recensión.*

232	231	29
233	247	174
234	165	229
235	176	242
236	227	255
237	200	263
238	209	282
239	214	299
240	228	322
241	245	335
242	241	341
243	240	240
244	261	355

3. *Fábulas de otros códices.*

245	290	47
246	278	88
247	65	98
248	65a	97
249	142	147
250	141	152
251	271	169
252	268	180
253	265	181
254	134	183
255	267	188
256	169	190

Perry *Pe.*	*Hausrath* *Hsr.*	*Chambry* *Ch.*	*Perry* *Pe.*	*Hausrath* *Hsr.*	*Chambry* *Ch.*
257	167	194	266	229	303
258	269	205	267	276	315
259	292	210	268	237	33
260	—	219	269	238	328
261	161	222	270	296	337
262	293	252	271	297	346
263	204	272	272	—	357
264	295	276	273	—	358
265	205	285			

INDICE DE FABULAS ESÓPICAS

26. El pescador que batía el agua
27. Dijo la zorra a la máscara
28. El tramposo
29. El carbonero y el batanero
30. El náufrago y Atena
31. El entrecano y las dos prostitutas
32. El asesino
33. El fanfarrón
34. El hombre que prometía lo imposible
35. El hombre y el sátiro
36. El picaro
37. El ciego
38. El labrador y el lobo
39. La golondrina y los pájaros
40. El astrónomo
41. La zorra que acariciaba un corderito y el perro
42. El labrador y sus hijos
43. Las ranas que buscaban agua
44. Las ranas que pidieron rey
45. Los bueyes y el eje
46. Bóreas y Helios
47. El niño que vomitó las entrañas
48. El ruiseñor y el murciélago
49. El vaquero que perdió un ternero y el león
50. La comadreja y Afrodita
51. El labrador y la serpiente
52. El labrador y los perros
53. La pelea de los hijos del labrador
54. Los caracoles
55. La mujer y sus criadas
56. La bruja
57. La vieja y el médico
58. La mujer y la gallina

59. La comadreja y la lima
60. El viejo y la Muerte
61. El labrador y la Fortuna
62. Los delfines y el gobio
63. Démades el orador
64. El hombre al que le mordió un perro
65. Los caminantes y el oso
66. Los muchachos y el carnicero
67. Los caminantes y el hacha
68. Los enemigos
69. Las ranas vecinas
70. La encina y la caña
71. El cobarde que se encontró un león de oro
72. El apicultor
73. El delfín y el mono
74. El ciervo y la fuente
75. El ciervo tuerto
76. El ciervo y el león en una cueva
77. El ciervo y la parra
78. Los navegantes
79. La comadreja y los ratones
80. Las moscas
81. El mono elegido rey y la zorra
82. El asno, el gallo y el león
83. El baile del mono y el camello
84. Los dos escarabajos
85. El cerdo y los corderos
86. El tordo y los arrayanes
87. La oca de los huevos de oro
88. Hermes y el escultor
89. Hermes y Tiresias
90. La víbora y la hidra
91. El burro juguetón y su amo

125. La corneja y el cuervo
126. El grajo y la zorra
127. La corneja y el perro
128. El cuervo y la serpiente
129. El grajo y las palomas
130. El estómago y los pies
131. El grajo que se escapó
132. El perro que perseguía a un león
133. El perro que llevaba un trozo de carne
134. El perro dormido y el lobo
135. Los perros hambrientos
136. El perro y la liebre
137. El mosquito y el toro
138. Las liebres y las ranas
139. La gaviota y el milano
140. El león enamorado
141. El león y la rana
142. El león viejo y la zorra
143. El león y el toro
144. El león encerrado y el labrador
145. El león y el delfín
107. El león que tuvo miedo de un ratón
108. El león y el oso
109. El león y la liebre
110. El león, el asno y la zorra
111. El león y el ratón agradecido
112. El león y el asno cazan juntos
113. El bandido y la morera
114. Los lobos y las ovejas
115. El lobo y el caballo
116. El lobo y el cordero
117. El lobo y la garza
118. El lobo y la cabra

119. El lobo y la vieja
120. El lobo y la oveja
121. El lobo herido y la oveja
122. El adivino
123. El niño y el cuervo
124. Las abejas y Zeus
125. Los sacerdotes mendicantes
126. Los ratones y las comadrejas
127. La hormiga
128. Las moscas
129. El náufrago y el mar
130. El muchacho libertino y la golondrina
131. El enfermo y el médico
132. El murciélago, la zarza y la gaviota
133. El murciélago y las comadrejas
134. El leñador y Hermes
135. El caminante y la Fortuna
136. Los caminantes y el plátano
137. El caminante y la víbora
138. Los caminantes y la maleza
139. El caminante y Hermes
140. El burro y el jardinero
141. El burro que acarreaba sal
142. El burro y la mula
143. El burro que llevaba una estatua
144. El asno salvaje y el doméstico
145. El burro y las cigarras
185. Los burros que recurrieron a Zeus
186. El burro y el arriero
187. El lobo médico
188. El burro disfrazado de león
189. El burro y las ranas
190. El burro, el cuervo y el lobo

191. El burro, la zorra y el león
192. La gallina y la golondrina
193. El pajarero y la alondra moñuda
194. El pajarero y la cigüeña
195. La primera vez que se vio al camello 1%. La serpiente y el cangrejo
197. La serpiente, la comadreja y los ratones
198. La serpiente pisoteada y Zeus
199. El niño y el escorpión
200. El niño ladrón y su madre
201. La paloma sedienta
202. La paloma y la corneja
203. El mono y los pescadores
204. El rico y el curtidor
205. El rico y las plañideras
206. El pastor y el perro
207. El pastor y el mar
208. El pastor y las ovejas
209. El pastor y los lobeznos
210. El pastor bromista
211. El niño bañista
212. La oveja esquilada
213. El granado, el manzano y la zarza
214. El topo
215. Las avispas, las perdices y el labrador
216. La avispa y la serpiente
217. El toro y las cabras monteses
218. Los hijos del macaco
219. El pavo real y el grajo
220. El camello, el elefante y el mico
221. Zeus y la serpiente
222. La cerda y la perra
223. La cerda y la perra
224. El jabalí y la zorra

225. El avaro
226. La tortuga y la liebre
227. La golondrina y la serpiente
228. Las ocas y las grullas
229. La golondrina y la corneja
230. La tortuga y el águila
231. La pulga y el atleta
232. Las zorras en el río Meandro
233. El cisne y su amo
234. El lobo y el pastor
235. La hormiga y la paloma
236. Los caminantes y el cuervo
237. El hombre que compró un burro
238. El pajarero y las palomas
239. El juramento
240. Prometeo y los hombres
241. La cigarra y la zorra
242. La hiena y la zorra
243. Las hienas
244. El loro y la comadreja
245. El cobarde y los cuervos
246. La mujer y el borracho
247. Diógenes de viaje
248. Diógenes y el calvo
249. El camello danzarín
250. El nogal
251. La alondra moñuda
252. El perro, el gallo y la zorra
253. El perro y el caracol
254. El perro y el carnicero
255. El mosquito y el león
256. Las liebres y las zorras
257. La leona y la zorra

258. El león viejo, el lobo y la zorra
259. El león, Prometeo y el elefante
260. El lobo orgulloso y el león
261. El lobo y el cordero
262. Los árboles y el olivo
263. El asno y la mula
264. El asno y el perro que viajaban juntos
265. El pajarero y la perdiz
266. Las dos alforjas
267. El pastor y el lobo criado con los perros
268. El gusano y la serpiente
269. El jabalí, el caballo y el cazador
270. El muro y la estaca
271. El invierno y la primavera
272. La pulga y el hombre
273. La pulga y el buey

ÍNDICE DE LAS FABULAS DE BABRIO

1. El león y el arquero
2. El labrador que perdió la azada (cf. Esopo 161)
3. La cabra y el cabrero
4. El pescador y los peces
5. Los gallitos de Tanagra
6. El pescador y el pescadito (= Esopo 18)
7. El caballo y el asno (= Esopo 181)
8. El árabe y el camello
9. El pescador y la flauta (= Esopo 11)
10. Afrodita y la esclava
11. La zorra con el fuego al rabo
12. El ruiseñor y la golondrina
13. El campesino y la cigüeña (= Esopo 194)
14. El oso y la zorra
15. El ateniense y el tebano
16. El lobo y la nodriza (= Esopo 158)
17. El gato trampero (= Esopo 79)
18. El viento norte y el sol (== Esopo 46)
19. La zorra y las uvas (= Esopo 15)
20. Heracles y el carretero
21. Los bueyes y los carniceros
22. El hombre maduro con dos amantes (= Esopo 31)
23. Mejor perder el buey que coger al ladrón (= Esopo 49)
24. El sol y las ranas
25. Las liebres que pensaban suicidarse (= Esopo 138)
26. El labrador y las grullas
27. La comadreja atrapada
28. El sapo hinchado
29. El caballo viejo

30. Hermes en venta
31. Los ratones eligen generales (= Esopo 165)
32. La comadreja novia (= Esopo 50)
33. El labrador y los estorninos
34. El niño y las entrañas del toro (= Esopo 47)
35. Los hijos de la mona (= Esopo 218)
36. La encina y la caña (= Esopo 70)
37. El ternero y el buey
38. Los leñadores y el pino
39. Los delfines y el cangrejo (= Esopo 62).
40. El camello en el río
41. El lagarto y la serpiente (cf. Esopo 268)
42. El perro agasajado
43. El ciervo enamorado de sus cuernos (= Esopo 74)
44. El león y los tres toros
45. El cabrero y las cabras monteses (= Esopo 6)
46. El ciervo enfermo
47. La unidad hace la fuerza (= Esopo 53)
48. El hermes cuadrangular y el perro
49. El trabajador y la Fortuna (= Esopo 174)
50. La zorra y el leñador (= Esopo 22)
51. La viuda y la oveja (= Esopo 212)
52. El carro y el carretero (= Esopo 45)
53. El lobo y la zorra veraz (cf. Esopo 159)
54. El eunuco y el vidente
55. El buey y la burra
56. Zeus y la mona madre
57. El carro de Hermes y los árabes
58. Zeus y la tinaja de las cosas buenas
59. Zeus, Poseidón, Atena y Momo (= Esopo 100)
60. El ratón que se cayó en la sopa (= Esopo 167)
61. El cazador y el pescador
62. La mula

63. El culto al héroe (cf. Esopo 110)
64. El abeto y la zarza
65. La grulla y el pavo real
66. Las dos bolsas de Prometeo (= Esopo 266)
67. El león y el onagro asociados
68. Zeus y Apolo disputan por el arco (= Esopo 104)
69. El perro y la liebre a la carrera
70. La Guerra y el Exceso
71. El labrador y el mar (= Esopo 168)
72. Adornarse con plumas ajenas (= Esopo 101)
73. La voz del milano
74. El hombre, el caballo, el buey y el perro (= Esopo 105)
75. El médico incompetente
76. El caballero y su caballo
77. El cuervo y la zorra (= Esopo 124)
78. El cuervo enfermo
79. La perra que perdió un pedazo de carne (= Esopo 133)
80. El camello a su dueño borracho (= Esopo 249)
81. El mono y la zorra (cf. Esopo 14)
82. El león ofendido por un ratón (= Esopo 146)
83. El mozo de establo y el caballo
84. El mosquito y el toro (= Esopo 137)
85. El perro general
86. La zorra con el estómago hinchado (= Esopo 24)
87. El perro y la liebre (= Esopo 136)
88. La alondra, el labrador y sus amigos
89. El lobo y el cordero (= Esopo 155)
90. El león furioso
91. El toro y el cabrón (cf. Esopo 217)
92. El cazador cobarde
93. La embajada de los lobos al rebaño (cf. Esopo 153)
94. El lobo atragantado y la garza (= Esopo 156)
95. El ciervo sin cerebro

96. El lobo y el carnero (= Esopo 98)
97. El león y el toro (= Esopo 143)
98. El león enamorado de una muchacha (= Esopo 140)
99. El león y el águila
100. El lobo y el perro cebado (cf. Esopo 183)
101. El lobo que se creía león (cf. Esopo 123)
102. El reinado del león justo
103. El león enfermo y la zorra astuta (= Esopo 142)
104. El perro mordedor
105. El león y el lobo
106. El león aristócrata
107. El león y el ratón (= Esopo 150)
108. El ratón campesino y el ciudadano
109. El cangrejo y su madre
110. El caminante a la perra
111. El comerciante y el asno (cf. Esopo 180)
112. El ratón y el toro
113. El pastor, el lobo y el perro
114. La lámpara y el lucero del alba
115. El águila y la tortuga (= Esopo 230)
116. La mujer, el marido y el amante
117. Hermes y el hombre que pisó hormigas
118. La golondrina que anidó en el juzgado (= Esopo 227)
119. Hermes maltratado da oro a cambio
120. La rana médico
121. La gallina enferma y el gato (= Esopo 7)
122. El burro cojo y el lobo (= Esopo 187)
123. La gallina de los huevos de oro (= Esopo 87)
124. El pajarero y el gallo (cf. Esopo 265)
125. El burro subido a un tejado
126. La Verdad refugiada en el desierto
127. Zeus juez y Hermes
128. La oveja y el perro pastor

129. El burro y el perrito de lujo (= Esopo 91)
130. La zorra y el lobo ante una trampa
131. La golondrina temprana y el jugador (= Esopo 169)
132. El lobo y la oveja (= Esopo 261)
133. El asno y la zorra
134. La cola de la serpiente
135. La perdiz y el gato (cf. Esopo 244)
136. El viejo timorato y el hijo único (cf. Esopo 162)
137. El grajo que quiso ser águila (cf. Esopo 2)
138. El cazador y la perdiz traidora (cf. Esopo 265)
139. El burro y la piel de león (= Esopo 188)
140. La cigarra y la hormiga (cf. Esopo 112)
141. El asno de los sacerdotes de Cibeles (= Esopo 164)
142. Las encinas y Zeus
143. El campesino y la víbora (= Esopo 176)

INDICE DE ILUSTRACIONES

presenta a Janto y sus amigos las cinco patas de cerdo.

Fig. 8. Un águila deja caer el sello público de Samos en el regazo de un esclavo. Esopo aparece en primer plano señalando al águila.

Fig. 9. Los delfios descubren la copa del templo de Apolo en el equipaje de Esopo.

Fig. 10. Fábula de la rana, el ratón y el cuervo. En la viñeta del incunable de Zaragoza el cuervo es sustituido por un milano, y además, la fábula no se recoge dentro de la *Vita*, sino en la colección de fábulas.

Fig. 11. Muerte de Esopo.

FÁBULAS DE BABRIO

Fig. 12. El tema de la zorra y las uvas, según el ilustrador de las *Fábulas hystoriadas*.

Fig. 13. Ilustración de Grandville, con el tema de la comadreja novia.

Fig. 14. El cuervo y la zorra.

Fig. 15. El asno cargado de sal. Esta ilustración no corresponde exactamente al texto de Babrio. Grandville se inspira en la versión de La Fontaine, con dos asnos.

Fig. 16. La cigarra y la hormiga.

NOTA: Las figuras 3, 4, 6, 7, 8, 9, 10, 11 y 12 corresponden a viñetas en xilografía del incunable *La vida del Ysopet con sus fabulas hystoriadas* (Zaragoza, 1489). Las figuras 13 a 16 proceden de las ilustraciones del dibujante francés J. J. GRANDVILLE a la edición de las fábulas de LA FONTAINE, Paris, 1838.

Notas

[1] ARISTÓTELES se refiere a la fábula como *lógos*, Otros escritores griegos emplean indiferentemente este término o el de *mýthos*. La oposición entre ambos es irrelevante, aunque puede pensarse que *lógos* apunta más a la coherencia lógica del relato y *mýthos* a su carácter de ficción. No existe en griego un término específico para denominar la fábula. HESÍODO (*Trabajos* 200) introduce la «del halcón y el ruiseñor» con el de *ainos*, que tiene un valor bastante amplio, entre «relato» y «ejemplo» o «consejo». El de *apólogos*, usado por retóricos latinos, como QUINTILIANO, tiene en griego clásico un sentido más amplio de «historia», «narración». (Cf. PLATÓN, Rep. 614 a.) <<

[2] Cito a este respecto unas líneas de NØJGAARD (*o. c.*, p. 30): «No fue a la patria de La Fontaine a la que cupo el honor de conducir la crítica a su punto más elevado. Los alemanes no se hicieron jamás a la idea de que un francés les había conquistado el lugar dominante en la literatura animal que ellos poseían desde el *Reinhart Fuchs*. Pero como no podían aniquilar el texto de La Fontaine, intentaron al menos mostrar, con la ayuda de especulaciones estéticas, que sus fábulas eran brotes geniales, cierto, pero degenerados de la buena, de la verdadera, de la antigua fábula. (Cf. GRIMM, XVII.)

Fue, pues, el alemán Lessing quien, continuando la crítica hasta entonces principalmente francesa, la llevó a un grado de perfección jamás igualado por la crítica posterior con sus cinco tratados de la fábula (1759).» <<

[3] La crítica de J. J. ROUSSEAU (en su *Émile*, II) recae sobre las fábulas en cuanto instrumento educativo. (Como tal se utilizaban desde el Renacimiento a la época de la Ilustración.) Según él, en primer lugar, los niños no entienden bien las fábulas, y en segundo lugar —pero lo más importante—, la moral de las fábulas corrompe a la juventud, al mostrar que los más fuertes y astutos son los que vencen en la vida. Aunque Rousseau directamente ataca las de La Fontaine, las cinco fábulas que critica como dañinas en sus conclusiones son de ascendente clásico. («La cigarra y la hormiga» es «una lección de inhumanidad»; «El cuervo y el zorro», «una lección de la más baja adulación»; «La ternera, la cabra y la oveja en sociedad con el león», «una lección de injusticia»; «El león y el moscardón», «una lección de sátira»; «El lobo y el perro», «una lección de independencia y de licencia».) <<

[4] El porcentaje de fábulas con personajes animales puede variar de una a otra colección. En las colecciones griegas supera a los dos tercios. (Por ejemplo, en las 357 fábulas editadas por CHAMBRY, 255 son de animales), y los animales son los personajes típicos de las más famosas. Junto a ellos aparecen figuras de dioses o de vegetales o de hombres. El uso de las figuras de animales (a modo casi de «operadores lógicos», según una calificación de C. LÉVI-STRAUSS) se debe a la definición de las especies en el orden natural. Aunque puede advertirse que junto a una cierta referencia a la naturaleza (por ejemplo, el león es el animal que encarna la fuerza, el lobo es feroz, manso el cordero, etc.) interviene una convención cultural muy notable (por ejemplo, el asno de Esopo se caracteriza como envidioso, ansioso de mejorar su posición, como el grajo y el mono; la serpiente es perversa, etc.). Pueden advertirse diferencias en las caracterizaciones de animales entre Esopo y otros autores griegos. (Por ejemplo, el asno en el *Yambo de las mujeres*, de SEMÓNIDES DE CEOS, se define por su carácter resignado y lúbrico, muy diferente del asno de las fábulas.) En otras culturas, el papel desempeñado en las fábulas de Esopo por cierto animal lo representa otro; por ejemplo, en el *folktale* del África occidental, la liebre o la araña ocupan un puesto semejante al del zorro griego o el chacal indio, o el coyote en el *folktale* americano, como paladín de la astucia (el personaje denominado «trickster» por los antropólogos) en ese mundo bestial. (Cf. el libro de M. COLARDELLE DIARRASSOUBA, *Le liébre et l'araignée dans les contes de l'ouest africain*, París, 1975.)

Acerca de las connotaciones culturales de los principales animales de las fábulas clásicas, puede verse el libro de M. PUGLIARELLO. *Le origini della favolistica classica*, Brescia, 1973. Cf. además, sobre el zorro, el artículo de M. DETIENNE y J. P. VERNANT, «La mètis du renard et du poulpe» (1969), recogido ahora en su obra *Les ruses de l'intelligence*, París, 1974, pp. 32-57, y C. GARCÍA GUAL, en Emérita, 1970, pp. 417-31. Sobre el papel del mono, cf. ID., en *Emérita*, 1972, pp. 453-60. <<

[5] Sobre este aspecto remito a los artículos de C. GARCÍA GUAL citados en la nota bibliográfica. <<

[6] El *Roman de Renart* emplea al máximo la decoración y caracterización histórica de los personajes, de modo que el zorro, convertido en protagonista novelesco de una serie de aventuras, vive en un mundo cortesano y feudal, y en la pintura los temas de fábulas se unen con pinceladas de sátira y de parodia. En ese contexto medievalizado hay episodios de precisa alusión histórica, como cuando el zorro toma el hábito de cruzado (para luego frotárselo por el trasero y arrojarlo a la cara del rey, el león), inventados por los clérigos, que, a la vez, recrean los antiguos lances de las bestias esópicas. (Cf. la edición de *Le Roman de Rena*rd, de J. DUFOURNET, París, 1970, Col. Garnier-Flammarion; y para su relación con la literatura novelesca de la época, cf. C. GARCÍA GUAL, *Primeras novelas europeas*, Madrid, 1974, capítulo XIII.) <<

[7] Véase la introducción a la *Vida de Esopo* en este mismo volumen. Sobre el desarrollo de la misma es también muy clara la introducción de CHAMBRY a su edición (1927), así como los estudios de PERRY y ADRADOS sobre el tema. <<

[8] A los artículos ya citados puede añadirse el de Q. CATAUDELLA, «Aristofane e il cosidetto *Romanzo di Esopo*», en *Dioniso* IX I (1942). <<

[9] Cf. S. LURIA, «L’asino nella pelle del leone», en *Rivista di Fil. e d’Istruz. Classica* 13 (1943), pp. 447-73. <<

[10] M. NØJGAARD, «Le cerf, le cheval et l'homme», en *Class. et Medioevalia* 24 (1963), pp. 1-19. <<

[1] Cf. Calimaco, *Fr*. 192 (edición de Pfeiffer, Oxford, 1949), en *Yambos* II, sobre el cisne y la zorra que se dirige a Zeus. El IV (*Fr*. 194) presenta el tema del laurel y el olivo, el primero más famoso pero el segundo más útil y benéfico. <<

[2] ADRADOS estudió las fábulas contenidas en el papiro Rylands, del siglo I d. C., poniéndolas en relación con las colecciones procedentes de Demetrio y de la tradición indirecta. Cf. F. R. ADRADOS, «El papiro Rylands 493 y la tradición fabulística antigua», Emérita XX (1952), 337-338. Sobre la existencia de modelos semiprosificados y el origen métrico de las fábulas, ADRADOS intenta probar que las colecciones de fábulas esópicas de fines de la antigüedad y época bizantina son el resultado de una prosificación de modelos más antiguos, escritos generalmente en coliambos y trímetros yámbicos; todo ello se habría producido a través de prosificaciones anteriores. Para más detalles, ver F. R. ADRADOS, «La tradición fabulística griega y sus modelos métricos», *Emérita* XXXVII (1969), 235-315, y XXXVIII (1970), 1-52. Para la labor de Demetrio sobre la recopilación de fábulas, cf. B. E. PERRY, «Demetrius of Phalerum and the Aesopic Fables», *Trans. and Proc. of the Amer. Philol. Ass*. 93 (1962), 287-346. <<

[3] M. NØJGAARD, *La Fable Antigüe. Tome I La fable grecque avant Phèdre. Tome II Les grands fabulistes*, Copenhague, Arnold Busck, 1964-1967. A. HAUSRATH, «Das Problem der Aesopischen Fabel», *Neue Jahrbücher für das Klassische Altertum* 1 (1898), 305-322, y su artículo «Fabel» en la enciclopedia PAULY-WISSOWA, *RE*, II, col. 1704. <<

[4] Para la cronología de la *Augustana*, cf. ADRADOS, «El papiro Rylands 493…».
<<

[5] *Studies*, pp. 71 y ss. y 204 y ss. <<

[6] Cf. ADRADOS, «El papiro Rylands 493…», donde se hace una comparación con las colecciones conocidas, incluida la de Fedro, colección latina pero que procede también del mismo fondo. Sobre este material más antiguo, ver también el papiro *Grenfell-Hunt* II 84. <<

[7] O. CRUSIUS, *Babrii Fabulae Aesopeae*, Leipzig, 1897. A. KORAIS, *Mython Aisopeíon Synagoge*, París, 1810; la edición de C. HALM en la colección Teubneriana de Leipzig es de 1852 y ha conocido reediciones posteriores hasta ser sustituida por la de HAUSRATH. <<

[8] E. CHAMBRY, *Aesopi Fabulae*, París, Les Belles Lettres, 1925; la edición abreviada, sólo con texto y traducción pero sin aparato crítico, es de 1927. A. HAUSRATH, *Corpus Fabularum Aesopicarum*, 1.1, 1.2, Leipzig, Teubner, 1940-1956; B. E. PERRY, *Aesopica*, I, Urbana, 1952. <<

[9] Existen reediciones de 1960 y 1967. <<

[10] Cf. nota 8. <<

[11] Cf. «Introducción a la *Vida de Esopo*». <<

[1] Esta misma fábula aparece ya en HESÍODO, *Trabajos y Días* 202-212; su traducción, a partir del texto de la edición de Mazón, es la siguiente:

«Y ahora una fábula a los reyes voy a contar, aunque también ellos sean sabios:

Así habló un gavilán a un ruiseñor de variopinto cuello mientras muy alto, entre las nubes, lo llevaba en sus garras atrapado; éste, lastimeramente, entre las curvas garras traspasado, lloraba. El gavilán, con orgullo, estas palabras le dijo: “Desdichado, ¿por qué gritas?; en su poder ahora te tiene uno mucho más poderoso; allí irás, a donde yo te lleve, por muy cantor que seas; cena, si quiero, para mí te haré, o bien te dejaré marchar. Insensato quien ansia con los más fuertes parangonarse; del triunfo se ve privado y, además de humillaciones, dolor sufre”.

Así dijo el gavilán de fugaz vuelo, ave de anchurosas alas.» <<

[2] Los Misterios eran cultos secretos que incluían, por lo general, ideas místicas. Su principal característica consistía en uno o varios períodos de iniciación para ser admitido. El origen de este tipo de cultos es muy oscuro. Las divinidades relacionadas con estos rituales son Deméter y Dionisio. Los misterios más importantes eran los de Eleusis y eran manifestación de un culto agrario que remonta a época micénica. En la fábula se alude a estos misterios, que el estado ateniense tomó bajo su cargo después de la anexión de Eleusis a Atenas en el 600 a. C.; se celebraban entre septiembre y octubre.

Las Panateneas eran un festival ateniense celebrado anualmente, y cada cuatro con un esplendor especial (las Grandes Panateneas), entre los meses de julio y agosto, fecha en que se conmemoraba el nacimiento de Atenea. Comprendían una procesión hasta el Partenón, santuario de Atenea, sacrificios y certámenes deportivos se culminaban con la ofrenda a la diosa de un *peplo* tejido por las doncellas atenienses. El desarrollo de esta procesión es el que reflejó Fidias en el friso del Partenón (447-432 a. C.). <<

[3] Las Dionisias son festivales en honor de Dioniso. Existen dos tipos: las Dionisias rurales, celebradas en diferentes *demos* del Atica (cf. la descripción que de ellas hace Aristófanes en *Acarnienses*, 247 ss.) y las Dionisias urbanas, celebradas en honor de Dioniso Eleútero, advocación de este dios en el pueblo de Eleúteras, fronterizo entre el Atica y Beocia. Estos festivales fueron introducidos en Atenas por Pisístrato. El culto celebrado en estas fiestas se halla estrechamente vinculado al nacimiento y desarrollo del teatro. Cf. F. R. ADRADOS, *Fiesta, Comedia y Tragedia, sobre los orígenes griegos del teatro*, Barcelona, Planeta. 1972. <<

[4] Los griegos no conocen el gato hasta una época relativamente tardía, como consecuencia de sus contactos comerciales con Egipto, de donde se importó. Usaban en su lugar la comadreja; el nombre griego para este animal se aplicó luego al gato. De todas formas interpretaremos siempre por *comadreja*. <<

[5] Perry omite el epimitio; seguimos para su traducción el texto de Hausrath. El tema de esta fábula aparece ya en HERÓDOTO, I 141 (ed. de HUDE), he aquí su traducción:

«Los jonios y eolios, como los lidios, quedaron en seguida sometidos por los persas, mandaron emisarios ante Ciro a Sardes pretendiendo que eran fíeles a si mismos y a Creso. Éste, cuando escuchó los pretextos que alegaban, les contó una fábula, diciendo que un flautista, al ver peces en el mar, se ponía a tocar la flauta creyendo que saltarían a tierra y como vio frustrado su deseo, tomó su esparavel y lanzándolo sacó muchísimos peces y al ver que se agitaban dijo entonces a los peces: "Dejadme de bailar porque cuando estaba tocando la flauta no quisisteis salir fuera bailando." Ciro contó esta fábula a los jonios y eolios porque cuando antes, por medio de mensajeros, les pidió que retiraran su fidelidad a Creso, los jonios no le hicieron caso y entonces, cuando todo estaba hecho, se hallaban dispuestos a obedecer a Ciro.» <<

[6] Este cargo oficial surge en Egipto en época ptolemaica. Era un funcionario a cuyo cargo corría la vigilancia de la gimnasia en las ciudades o localidades helenizadas, pues su figura corresponde al tipo de educación griega de la juventud. <<

[7] Sacrificio de cien bueyes. <<

[8] El tema de esta fábula muy probablemente esté relacionado con la anécdota que sobre Tales de Mileto cuenta Platón en el *Teeteto* (174a), según la cual una esclava tracia se burló de Tales porque cayó a un pozo mientras observaba las estrellas. <<

[9] Serpiente de agua. <<

[10] Bóreas es el dios del viento del Norte que habita en Tracia, para los griegos la tierra fría por excelencia. Helios es el sol; esta divinidad pertenece a la generación de los Titanes, y, por tanto, previa a la de los Olímpicos. <<

[11] Démades (350-319) fue un político ateniense, brillante orador y diplomático promacedonio. Intentó un proceso de deificación de Alejandro. <<

[12] Esta fábula recuerda al símil que, en la *Antígona* de Sófocles (712 ss.), utiliza Hemón en la disputa con su padre, Creonte, a propósito de la intransigencia. Allí se alude a los árboles que en las torrenteras no ceden a la corriente y son, por tanto, arrancados de cuajo, mientras que los que doblegan sus ramas son los que se salvan. <<

[13] El cabo Sunio en el Atica, coronado por un famoso templo de estilo dórico consagrado a Pósidón, era lo primero que veian los navegantes al aproximarse a las costas del Atica. Esta precisión que hace el texto indica que el compilador o redactor de la fábula se dirige a un lector no griego, quizá egipcio. <<

[14] Un saco de piel, se entiende. <<

[15] De los dioses. <<

[16] Momo es la personificación del sarcasmo. <<

[17] En la mitología griega los héroes son hijos de un mortal y un dios, su culto y ejemplo de sus hazañas eran muy populares, como es el caso de Heracles. <<

[18] El tema de esta fábula aparece ya en tablillas asirías. Cf. Introducción a Babrio, § 3. <<

[19] Esta fábula aparece en la *Vida de Esopo*, cap. 97. Cf. fábula 93 de Babrio. <<

[20] La palabra griega *kórax* significa indistintamente *cuervo*, *aldabilla* o *cierre*, de ahí la ambigüedad del oráculo. <<

[21] Sacerdotes mendicantes de Cíbele. <<

[22] Instrumento litúrgico del culto a Cíbele. <<

[23] Nótese que esta fábula, como otras muchas protagonizadas por animales extraños a Grecia, reflejan claramente un ambiente egipcio. En la mayoría de los casos se trata de creaciones o refecciones helenísticas. <<

[24] El tema de esta fábula parece un trasunto griego de la prohibición semítica de consumir carne de cerdo. La relación de Afrodita con divinidades oriéntales como Istar o Astarté es clara. Afrodita es en origen una diosa de la generación y fertilidad, presenta una estrecha conexión con Adonis, éste es la versión griega de Tammuz, divinidad semítica de carácter genesiaco que muere anualmente para volver a vivir. El mismo nombre de Adonis es fácil que sea simplemente una adaptación griega de su epíteto semítico *Adon*, es decir, *señor*, con el que era conocido en Fenicia. Su culto en Grecia se extendió junto con el de Afrodita y solamente a ambos, en un culto unitario, se les sacrificaban cerdos. <<

[25] El río Meandro, hoy Menderes, discurre bordeando el flanco occidental de la meseta de Anatolia. Parte de su cauce es subterráneo. El curso del Meandro es muy accidentado, en su primer tramo corre por un estrecho valle y un profundísimo cañón. El segundo tramo forma un fértil valle que separa las regiones de Lidia y Caria. Ciudades importantes en su orilla eran Tralles y Magnesia. A partir de aquí, su curso es extremadamente sinuoso: el nombre de meandro procede precisamente de esto. Desemboca por Mileto. <<

[26] Sobre esta creencia, cf. Platón, *Fedón* 84 e-85 b. <<

[27] Adviértase cómo esta fábula y la siguiente, de tema ya muy tardío por su protagonista, es una recreación conforme a la tradición esópica. Diógenes, el fundador de la secta de los cínicos, murió sobre el 325 a. C. Sobre la aparición del tema de Diógenes en Esopo, cf. nota 24 a la *Vida de Esopo*. <<

[28] El *pletro* es una medida de longitud equivalente a la sexta parte de un estadio. <<

[29] Esta fábula es una versión griega del apólogo hebreo de Jotán; cf. Antiguo Testamento, *Jueces*, 9.8 ss. <<

[1] Para la novela antigua, véase C. G.ª Gual, *Los orígenes de la nove*la, Madrid, Istmo, 1972. <<

[2] La *Vida de Alejandro*, por Pseudo-Calfstenes, originada en Egipto entre los siglos II a I a. C.; cf. la versión, prólogo y bibliografía del C. G.ª Gual, en la «Bibl. Clás. Gredos», Madrid, 1977. <<

[3] Para la descripción del manuscrito y todo lo relativo a su historia, cf. B. E. PERRY, *Aesopica*, I, Urbana, 1952, pp. XIV ss. <<

[4] Descripción hecha por Ramolino en una carta a C. G. von Murr, publicada en el *Nürnbergische Gelehrte Zeitung* de junio de 1789. <<

[5] B. E. PERRY, *op. cit*. Para un estudio detallado de las redacciones *G* y *W* de la *Vita Aesopi*, así como sus relaciones y todo el problema de la tradición manuscrita, véanse los estudios de PERRY, «The Text Tradition of the Greek Life of Aesop», en *Trans. and Proc. of the Amer. Philol. Ass*. (*TAPA*) 64 (1933), p. 198 ss.; *Studies in the Text History of the Life and Fables of Aesop*, Haverford, 1936, y el ya mencionado Aesopica, XIV ss. y 1 ss., y también «Some Addenda to the Life of Aesop», *Byzantinische Zeitschrift* 59 (1966), 235-304. <<

[6] *Vita Aesopi; ex vratislaviensi ac partim monacensi et vindobonensi codicióos norte primum ed. Antonius Westermann*, Brunsvigae, 1845 (Londres, Williams & Norgate). <<

[7] La edición de la *Vita* planudea es de A. EBERHARD, *Fabulae Romanenses Graece conscriptae*, Leipzig, 1872. <<

[8] Cf. A. La Penna, «II Romanzo di Esopo», *Athenaeum* 60 (1962), 264 ss. <<

[9] Para más detalle, v. cuadros comparativos en Perry, *Aesopica*, pp. 10 s. y *Studies*, 29 ss. <<

[10] *Studies*, 8 ss. <<

[11] *Griechische Palaeographie* (1925), 1. 131. <<

[12] *Avispas* 1446 ss. <<

[13] 2. 134. <<

[14] F. JACOBY, *FGr. Hist.*, Ill B 535. <<

[15] Cf. Aristóteles, *Retórica* 2. 20, donde se refiere a la intervención de Esopo en Samos defendiendo a un demagogo con la fábula de la zorra y el erizo. <<

[16] *Studies*, 24 ss. <<

[17] *Pubblicazioni della Società Italiana* (*Papiri Greci e Latini*) II (1913), nùm. 156. <<

[18] P. Collart lo reeditó y comentó en la *Revue de Philologie*, 42 (1919), 38-46.
<<

[19] *Oxyrrinchus Papyri* 17 (1927), 95-99. <<

[20] Publicado por H. ZEITZ, «Der Aesoproman und seine Geschichte», *Aegyptus* (1936), 225-256. <<

[21] *Revue de Philologie* 9 (1885), 19 ss.; sólo fueron publicadas en esta ocasión veintisiete líneas del papiro, adquirido por V. Golenischev en El Cairo; el papiro se encuentra actualmente en Moscú. <<

[22] Cf. *Papyri Russischer und Georgischer Sammlungen*, Tiflis, 1925, vol. I, 114-125. No obstante, ZERETELI ya publicó, con anterioridad a esta fecha, el papiro Goleniechev en *Sammlung von Aufsätzen W. Lamansky*, San Petersburgo, 1907, vol. I, 41-54. Para más detalles, cf. PERRY, *Studies*, p. 59. <<

[23] Sobre este punto es importante el material aportado por F. R. Adrados en su artículo «*La Vida de Esopo* y los orígenes de la novela antigua», de próxima publicación en los *Illinois Classical Studies*, y cuyas líneas generales seguimos aquí. <<

[24] Cf. C. G.ª Gual, *o. c.*, 15-35. <<

[25] PERRY en *The Ancient Romances*, Berkeley, 1967, considera la importancia de esta novelística cómica, pero sin embargo no tiene suficientemente en cuenta la *Vita Aesopi*, siendo, como es, su principal estudioso. <<

[26] Véase R. H. CHARLES, *Apocrypha and Pseudoepigrapha of the Old Testament*, Oxford, 1813. Para las distintas versiones de la *Vida de Ahikar* ver su estudio y traducción por F. C. CONYBBARE, J. R. HARRIS y A. SMITH LEWIS, *The Story of Ahikar*, Londres, 1898; existe segunda edición de 1913. <<

[27] Cf. DIELS, 299 B. <<

[28] Cf. cuadro sinóptico con las diferentes versiones de Ahikar y su relación con la *Vita Aesopi*, en PERRY, *Aesopica*, pp. 6 ss. <<

[29] Sobre la figura del *fármaco* y el episodio de Esopo en Delfos, cf. A. WIECHERS, *Aesop in Delphi*, Meisenhelin, 1961. <<

[30] F. R. ADRADOS en el artículo citado en nota 23. <<

[31] *Aesopi Vita et Fabulae, latine et italice per Franc, de Tupo*. MCCCCLXXXV, editada en facsímil por C. de Frede, Florencia, Olschki, 1968. <<

[32] La dedicatoria de Valla a Fenolleda está fechada en 1 de mayo de 1438. La impresión española más antigua es de 1480: *Fabelle Esopi translate e greco a Laurentio | vallesi secretario illustrisimi domini Alfon- | si Regis Aragonum dicate Arnaldo fenolle- | da eiusdem domini Regis secretario*. Valencia, por Lamberto Palmart. 1480. <<

[33] Para más detalle, véase D. P. LOCKWOOD, «De Rinucio Aretino Graecorum Litterarum interprete», *Harvard Studies in Class. Philology* 24 (1913), 51 ss. y PERRY, «The Greek Source of Rinuccio's Aesop», Class. Ph. 29 (1934), 53 ss. <<

[34] Este extraordinario incunable, ilustrado según la costumbre de la época con deliciosas viñetas en xilografía (algunas de las cuales se reproducen en esta traducción), del que hubo dos ejemplares en la biblioteca de Isabel la Católica, fue reproducido en facsímil por la Real Academia Española en 1929. De especial interés es la introducción de E. COTARELO y MORI, seguida de una completa bibliografía sobre «Esopo y la tradición fabulística en España». <<

[35] Cf. F. R. ADRADOS, «*La Vida de Esopo* y el *Lazarillo de Tormes*», de próxima aparición en las Actas del Congreso sobre la Picaresca, celebrado en Madrid, 1976. <<

[36] Muy interesante es la versión de 1590 de la vida y fábulas esópicas hecha por J. Romero de Cepeda a partir del latín. La traducción y adaptación en verso de la *Vita* arranca de la de Máximo Planudes. *Vida y | Exemplares | fabvlas del ingeniosísimo | fabulador Esopo Frigio, y de otros clarísimos | autores assi Griegos como Latinos, con su deci | oraciones. Nuevamete de Latin, en todo genero | de verso, en lengua Castellana traduzidas por | Joachin Romero de Cepeda, vezino de la | ciudad de Badajoz. Dirigida a D. Lorenço Suarez de Figuera, duque de | Feria, Marques de Villalua, Señor de las casas | de Saluatierra*. Impreso en Seuilla, en casa de luán de León, junto a las siete revueltas, 1590. Esta traducción de la *Vita* aparece dividida en cinco cantos en octavas reales. Para una buena descripción de esta Vida de Esopo versificada puede verse la introducción de M.ª Socorro Andújar Espino a su Esopo, Fábulas Escogidas, Madrid, CSIC, 1942, antología de fábulas con texto griego y abundantes notas. <<

[37] Cf. E. GANGUTIA, «Sobre Literatura griega y Edad Media Española», *Est. Clásicos* 16 (1972), 171-181. <<

[38] Así GILBERT HIGHET en su obra *The Classical Tradition: Greek and Roman Influences on Western Literature*, Oxford, 1949, ignora a menudo las repercusiones en España. <<

[39] M. R. LIDA DE MALKIEL, «La Tradición Clásica en España», *Nueva Rev. Filol. Hisp*. V (1951), 183-223. <<

[40] *Aesopica*, p. VIII. <<

[*] Del códice «*G*» de la Biblioteca Pierpont Morgan (397) de Nueva York. <<

[1] Literalmente, Céfiro. <<

[2] Se omite un breve pasaje de texto dudoso y corrupto. <<

[3] El texto dice *poiéseis*; la *poiesis* es tanto la facultad de crear como la *poesía* propiamente dicha. Naturalmente aquí se refiere el término a que las Musas hicieron de Esopo un *poeta* en ambos sentidos, es decir, capaz de crear *poesía*. No se olvide que los mismos griegos tenían conciencia de que las fábulas, en origen, se componían en verso (cf. nota 2 a la «Nota sobre el texto de las fábulas esópicas», pág. 30). Por otra parte, la expresión *mythōn Hellenikōn* alude a dos cosas: primero, *mythos* significa *palabra*, lógicamente con ello se apunta que Esopo, un bárbaro mudo, empieza a hablar en griego. Segundo, la dependencia en genitivo de *poiéseis* implica entender *mythos* en otro sentido, significando *fábula*. En suma, el significado del pasaje es doble: Isis y las Musas hacen a Esopo capaz de hablar y además le inspiran el don de la poesía fabulística. <<

[4] El monte Helicón, en Beocia, se consideraba la morada del grupo de Musas dependientes de Apolo. Existía otro grupo de Musas, las de Pieria, en Tracia. <<

[5] Adviértase aquí la crítica a la institución de la esclavitud que aparece más o menos encubierta en numerosos pasajes de la *Vida*. También en algunas fábulas puede seguirse, por su argumento, el pensamiento sobre el fenómeno de la esclavitud. En general, la moral esópica sobre este tipo de explotación se compone de una mezcla de espíritu práctico, individualismo, escepticismo y pesimismo; la ideología que subyace en el personaje y fábulas esópicas es la del trabajador oprimido que desiste de cambiar el orden establecido. Concretamente, por lo que a las fábulas se refiere, coincidentes en su núcleo con la época de las luchas contra la aristocracia (siglos VII-VI a. C.), éstas podrían utilizarse contra el conservadurismo, pero sería un error entender que fuera la expresión de una postura ideológica coherente para ir contra el mantenimiento de la servidumbre institucionalizada. Para más detalles, puede verse M. L. GASPAROV, «Le sujet et l'idéologie des fables d'Ésope» (en ruso, con resumen en inglés), *VDI* 105 (1968), 116-127. <<

[6] Se alude a los Pigmeos, un pueblo de enanos (cf. *Ilíada* III 3 ss.) que habitaban al S. de Egipto y pelearon contra las grullas. Esta guerra mítica está recogida en diversas leyendas. Por ejemplo, que entre los pigmeos nadó una muchacha bellísima, Enoa, que despreció a los dioses, en particular a Artemis y Hera. Se casó con el pigmeo Nicodamante, del que tuvo un hijo, Mopso. Los pigmeos para celebrarlo cubrieron de regalos a los padres. Hera, envidiosa de la mujer, la metamorfoseó en grulla. Convertida ya en este pájaro, intentó buscar a su hijo, pero los pigmeos no la reconocieron y trataron de rechazarla. De ahí la enemistad entre las grullas y los pigmeos y el temor de éstos por aquéllas. (Cf. también VIRGILIO, *Eneida* X 264 ss.; OVIDIO, *Metamorfosis* 6, 90 ss.). Véase fábula 26 de Babrio y nota correspondiente. <<

[7] En Grecia el saludo habitual era darse un beso. <<

[8] Se refiere a un tormento consistente en introducir a la victima en el interior de un toro de bronce para morir asado lentamente. La invención de este siniestro instrumento de tortura se atribuye a Fálaris, tirano de Acragante, Sicilia (mediados del VI a. C.). <<

[9] Falta aquí un folio del manuscrito *G*, para completar el pasaje incluimos la traducción del texto del capítulo 24 de la recensión *W*. <<

[10] El efecto cómico radica en la diferente interpretación que de las palabras hacen ambos interlocutores. La forma banal de salutación, «¡Salud!», la toma Esopo deliberadamente al pie de la letra para ridiculizar a Janto. Esto es el inicio de los posteriores juegos del lenguaje que siguen. <<

[11] Tanto aquí como en el episodio de las esclavas, cuando porfían por la posesión de Esopo, aparece el tema erótico, cf. Introd., II, 4. <<

[12] Apolo, Endimión y Ganímedes son tomados como los modelos máximos de belleza corporal. Aparte del caso de Apolo, cuya belleza es un atributo tradicionalmente conocido, los otros dos personajes mitológicos están frecuentemente relacionados con la hermosura en la literatura grecolatina. Endimión, objeto de genealogías diversas según los autores, es representado como un joven pastor de gran belleza del que se enamoró vehementemente Selene, la Luna. Por su mediación, Zeus prometió a Endimión la realización de un deseo. Éste solicitó dormir un sueño eterno, con lo que permaneció eternamente joven. Ganímedes, perteneciente a la estirpe troyana de Dárdano, mereció, por su extrema belleza, que Zeus, enamorado de él, lo raptara y condujera al Olimpo, donde sirvió de escanciador al padre de los dioses. <<

[13] Perry no señala el comienzo del capítulo 30, quizá por omisión involuntaria. Nosotros lo situamos aquí, tomando como base el inicio del mismo capítulo en la recensión *W*. <<

[14] EURÍPIDES, *Fr*. 1059, ed. Nauck. <<

[15] Es decir, Zeus, superior a Apolo. <<

[16] Quiere decir que si está en posesión de todo el saber, el cual sólo las Musas lo dispensan. <<

[17] Falta parte del folio de *G* con la respuesta de Esopo y el hortelano. La laguna también se da en *W*. <<

[18] Inicia Janto el parlamento. <<

[19] La escena de este capítulo y de los dos siguientes gira sobre equívocos del lenguaje. En griego es normal decir: *phakón hépsein, cocer lentejas,* utilizando un singular colectivo. Esopo entiende adrede el singular para dejar a Janto en ridículo. En la traducción, para conservar el efecto del original y mantener el juego de palabras con el singular, se ha sustituido *lenteja* por cocido, que es un colectivo, acompañado de *un* para mantener la anifíbología, más adelante se sustituye *lenteja* por *garbanzo*. <<

[20] De nuevo el pasaje se basa en un equívoco. En griego *àpà tou balaneíou* es ambiguo. Janto quiere decir «después del baño», pero Esopo interpreta deliberadamente otra cosa muy distinta: «dame de beber *del* baño». Así, se burla de Janto y le obliga a ser más preciso en sus palabras. En este caso la ambigüedad no permite adaptación en castellano. <<

[21] Cf. cap. 24. <<

[22] partir de aquí y hasta el principio del cap. 59 lo que falta fue arrancado del códice *G*, suplimos la laguna con la traducción del texto de *W*. <<

[23] Se vuelve al texto de *G*. <<

[24] Caribdis era un monstruo, hija de Poseidón y la Tierra, que vivía en una roca del estrecho de Mesina, famosa por su gran voracidad. Robó los rebaños de Geriones que conducía Heracles y se los comió. Zeus la castigó hundiéndola en el mar, desde entonces absorbía enormes cantidades de agua del mar, tragándose con ello hasta los barcos. No lejos de Caribdis, al otro lado del estrecho, se hallaba Escila, otro monstruo también peligroso para los navegantes. Cf. *Odisea* XII 73 ss., 104 ss., 234 ss., 430 ss. <<

[25] Algunos episodios de la *Vita* son variaciones de anécdotas de la vida de Diógenes el cínico. En concreto, este pasaje en que Esopo, cuando ha encontrado a «un hombre», se refiere a una persona inteligente y con seso. Esto es análogo al célebre episodio que nos transmite DIÓGENES LAERCIO (6.2.41), cuando Diógenes, en pleno día, va con una lucerna en la mano buscando a un hombre. Más clara es la semejanza, también en DIÓGENES LAERCIO (6.2.40), donde cuando a Diógenes que sale del baño uno le pregunta que si hay mucha gente y el filósofo responde: «Hombres, ninguno». Por lo que se refiere a la presencia de anécdotas de Diógenes el cínico en la tradición esópica, véanse fábulas en las que el protagonista es este popular personaje; cf. ESOPO, *Fábulas* 247 y 248. <<

[26] El *sextario* es una medida romana de capacidad, equivalente a la sexta parte de un *congius*. <<

[27] El episodio que sigue, el de la proeza sexual de Esopo, falta en el códice *G* y su arquetipo. La laguna no es casual y procede de un expurgo intencionado dada la crudeza del tema. La historia se conserva en la recensión de Westennann y en la traducción latina del Lollianus. Damos la traducción correspondiente al texto de *W*. <<

[28] Es decir, a masturbarse. Sobre el tema sexual y erótico, cf. Introducción a la *Vita* II, 4. <<

[29] Se reanuda aquí el texto de *G*. <<

[30] Otro de los múltiples rasgos culturales latinos en la *Vita Aesopi*. Los augures en Roma constituían un colegio sacerdotal cuya función era descubrir el futuro por la observación del vuelo de las aves. <<

[31] La historieta se centra en un juego de palabras intraducible. Las siglas A B Δ O E Θ X pueden tener muchas lecturas en griego, y ello se aprovecha para los equívocos de la escena. Mantenemos las letras en griego, pues es imposible en castellano adaptar las diferentes traducciones con iniciales idénticas. <<

[32] En forma de anillo. <<

[33] Grado de la milicia romana. El primipilario es un centurión que mandaba la primera centuria del primer manipulo de la primera cohorte. Se trata del rango más alto entre los centuriones. <<

[34] Prítano significa *presidente* del consejo o asamblea deliberante. En Atenas, después de la reorganización administrativa de Clístenes (508-507 a. C.), la población quedó dividida en *phylai* o tribus, la *boulé* o consejo se constituía cada año por cincuenta hombres elegidos por sorteo de cada una de las diez *phylai*. Cada grupo de cincuenta servían como *prytaneis* una décima parte del año. Este período se llamaba pritanía. <<

[35] El texto se refiere expresamente al *tribólon*, especie de caballo de frisa que se disponía en los caminos para frenar a la caballería enemiga. <<

[36] Cf. fábulas 153 de Esopo y 93 de Babrio. <<

[37] Mnemósine es una personificación de la Memoria. Es hija del Cielo y la Tierra (Urano y Gea). Zeus cohabitó con ella nueve noches en Pieria, Tracia, y engendró a nueve hijas: las Musas. En este pasaje se alude así a las Musas de Pieria, por oposición a las del Helicón, patrocinadas por Apolo. <<

[38] Marsias es un sileno frigio tenido por los griegos como el inventor de la flauta doble, opuesta a la siringe o flauta de Pan. Orgulloso Marsias con su hallazgo y en la creencia de que la música de su flauta era la más bella, desafió a Apolo a producir otra música comparable. Apolo aceptó el reto bajo la condición de que el vencedor hiciera lo que quisiera con su rival. Tras el torneo, resultó ser más hermosa la música de la lira de Apolo, con lo que Marsias quedó vencido. Apolo colgó al perdedor de un árbol y lo desolló. Esta leyenda inspiró un grupo escultórico extraordinario realizado en época helenística en Pérgamo, donde se representaba a Marsias colgado, mientras un esclavo procedía a afilar la cuchilla para desollar al sileno. Fragmentos de copias de esta famosa composición escultórica se hallan en los museos de Nápoles, de los Uffici, en Florencia y en Estambul. <<

[39] Cf. Introducción a la *Vita* II, 3, sobre los orígenes orientales, en particular de la vida de Ahikar, para este pasaje de la «Vida de Esopo». <<

[40] A partir de aquí hasta el final del párrafo hay una laguna en el manuscrito *G*, seguimos, por tanto, el texto de *W*. <<

[41] Falta el capítulo 114 en el códice *G*; lo suplimos con el texto que ofrece *W*.
<<

[42] Esta última frase corresponde al texto de la recensión *W*, pues hay una laguna en *G*. <<

[43] Bubastis es una divinidad local, con cabeza de gato, de la ciudad egipcia de Bubastis. En principio, identificada con Isis, los griegos, por su parte, la identificaron con Ártemis. Existió un templo de Bubastis en Menfis. Para la descripción del culto a esta diosa, cf. HERÓDOTO, II 60. <<

[44] Aquí existe un matiz intraducible en castellano. En griego es posible comparar con dos mujeres el día y la noche, porque ambas palabras son femeninas. <<

[45] *Ilíada* VI 146. <<

[46] Cf. fábula 177 de Esopo. <<

[47] Cf. capítulo 100. <<

[48] Cf. Introducción a la *Vita* II, 4, a propósito del tema sexual. <<

[49] Cr. fábula 3 de Esopo. <<

[50] La mayor parte de esta pequeña historia falta del manucrito *G*. Damos hasta «delfios» la traducción del texto conservado en la recensión de Westermann. <<

[51] A Apolo. <<

[52] Sobre el papel de Esopo como *fármaco*, véase Introducción a la *Vita* II. 4. <<

[53] El texto de *G* dice *anatrofé* educación; posiblemente sea un error por *anastrofé andanzas*, que es lo que figura al comienzo de la obra. <<

[1] Pseudo Dositeo en el año 207 d. C. («Máximo et Apro consulibus») incluye completas dos fábulas de Babrio y resume otras en prosa. Cf. *Gloss*. 3. 46.44 y ss., en que incluye las fábulas 84 y 140. <<

[2] IUL., Ep. 82 (*Contra Nilo*):

«¿No has oído la fábula de Babrio: “Una comadreja enamorada de un hombre guapo…”?». El emperador Juliano vivió entre 332 y 363 d. C. <<

[3] Estas tablillas de cera, encontradas en Palmira, deben ser anteriores a la destrucción de esta ciudad en el año 272. En ellas se conservan ejercicios escolares de un joven estudiante que incluye aquí y allá versos de Babrio, lo que nos demuestra que ya en el siglo III Babrio había pasado a la «Literatura» y era enseñado en las escuelas. <<

[4] Artículo «Babrios» de la *RE*, de *Pauly-Wissowa*. <<

[5] *Babrius and Phaedrus*, Loeb Classical Library, Londres, 1965. <<

[6] QUINT., *Inst. Or*. I 1. 12-13: «a sermone Graeco puerum incipere malo, quia Latinum, qui pluríbus in usu est, nec nobis nolentibus perbibet». <<

[7] Para más datos de este tipo, véase CRUSIUS y PERRY *o. c*. <<

[8] «La cultura letteraria di Babrio», *Ann. Sc. Norm. Sup. di Pisa* (1975), 17-97.
<<

[9] *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos, 1968, p. 861. <<

[10] *Babrius et ses poèmes*, Latomus, Bruselas, 1973. Ver también los artículos de este mismo autor citados en este libro. <<

[11] Cf. «Demetrius of Phalerum and the Aesopic Fables», *TAPhA* (1962), 325 y ss. <<

[12] Véase en este mismo libro las introducciones a Esopo. <<

[13] PLATÓN, *Fed*. 60 y ss. <<

[14] Columnas 2661 y ss. <<

[15] Esta versión original no se conserva y, en cambio, conocemos una versión siriaca de esta obra que parece ser una traducción de la traducción griega, también perdida. <<

[16] Hemos dicho ya que esto pudiera ser verdad con respecto al griego, ya que Fedro lo había hecho con anterioridad en latín. Sin embargo, el ejemplo de Sócrates versificando fábulas antes de morir nos puede hacer sospechar que existieron otros intentos de versificación previos a Babrio, aunque fueran de tipo «privado» y no pensados para publicarse. <<

[1] El mito de las edades se encuentra en diferentes pueblos antiguos del área cultural indo-mesopotámica. En Grecia la formulación más antigua de este mito es la de HESÍODO, *Opera* 106 y ss., que distingue cinco edades (oro, plata, bronce, héroes y hombres). Existen muchas variantes, pero el rasgo común es la concepción de un estadio de felicidad originaria que se va degradando hasta llegar a la infelicidad de nuestros días. En la *Biblia* la formulación más precisa de este mito es la de *Daniel*, 2.32 y ss. En la literatura latina, cf. OVIDIO, *Metamorfosis* I 89 y ss. Obsérvese que Babrio simplifica el número de las edades con respecto a Hesíodo. <<

[2] Es decir, en prosa, cf. *supra* la introducción a Esopo. <<

[3] El yambo estaba asociado a los versos «amargos» de Arquíloco o Hiponacte, los primeros poetas que lo utilizaron en sus sátiras personales. Por ello Babrio, que lo empleará para unas composiciones más benévolas, habla de «suavizar… los amargos yambos». <<

[4] Pan es el dios de los pastores y rebaños, especialmente de cabras, ya que incluso la mitad inferior de su cuerpo es cabruna. Puede enviar a los hombres un terror *pánico* que produce efectos semejantes a los de un rebaño en estampida. <<

[5] Afrodita —Venus en latín— es fundamentalmente la diosa del amor y la belleza. Le estaban consagrados el mirto y la paloma y el animal que solía ofrecérsele en sacrificio era el cerdo. Era frecuente encenderle lámparas a los dioses. Éstas solían ser de bronce o barro y solían quemar aceite de oliva. <<

[6] Esta fábula tan atípica se refiere a un célebre mito cuya versión más conocida es la siguiente: Pandión, rey de Atenas, tiene dos hijas. Proene y Filomena. A la primera de ellas la entrega en matrimonio a su aliado Tereo, rey de Tracia. Cuando Filomena va a la corte de Tereo a visitar a su hermana, Tereo la viola y después le corta la lengua para que no le cuente nada a Proene. Sin embargo, Filomena consigue hacerle saber a su hermana lo ocurrido por medio de un bordado que ella hace. Entonces Proene da muerte a su hijo Itis y se lo sirve de comida en un banquete a su marido Tereo, padre de Itis. Tereo al descubrirlo todo las persigue para matarlas, pero los dioses lo convierten en una abubilla; a Proene, en un ruiseñor que llora continuamente por Itis, y a Filomena, en una golondrina que se empeña en vivir junto a los hombres para contarles con sus incomprensibles gorjeos todo lo ocurrido. Existen otras variantes de este mito. Obsérvese que en griego «ruiseñor» (*aedón*) es femenino, mientras que «abubilla» (*épops*) es masculino: en español los géneros gramaticales no coinciden con los sexos de los personajes. <<

[7] El hijo de Alcmena es Heracles o Hércules, y Teseo un rey mítico de Atenas. Heracles era el más universal y conocido de los héroes griegos y había llegado a convertirse en un dios olímpico. Frente a él Teseo no deja de ser un héroe local, a pesar de ser ateniense. De ahí la salida del rústico beocio. En cuanto al concepto que se tenía de los atenientes como charlatanes, liantes, delatores, etc., cf. también la fábula 72. <<

[8] Los peanes son himnos que se cantaban generalmente en ocasiones festivas, como banquetes, ratificaciones de paz, etc. Originariamente iban dedicados a Apolo, con quien llegó a identificarse al dios sol (Helios) al que se refiere esta fábula. <<

[9] HOMERO (*Ilíada* III 4 y ss.) dice que antes del invierno las grullas huyen hacia el sur, a las corrientes del Océano, y siembran la muerte entre los pigmeos. Hecateo localizó a los pigmeos en el sur de Egipto y junto con los historiadores de tema indio elaboró este mito: parece ser que los pigmeos se disfrazan de carneros o se montan sobre cabras y cameros y atacan a las grullas para proteger sus campos, llegando incluso a asaltarles los nidos para destruirles los huevos. Existen otras versiones del mito. HERÓDOTO (s. 32.6) entre líneas y sobre todo ARISTÓTELES (*HA* 597 a) sostienen que el origen del mito puede haber sido los enanos de África central. Los antropólogos modernos han confirmado la veracidad de este asunto: los Akka, tribu de enanos al oeste del lago Alberto, junto al río Aruwimi, afluente del Congo (República del Zaire) suelen cazar grullas, y éstas parece ser que les hacen frente.

Este tema de la Geranomaquia aparece con frecuencia en el arte griego: véase, por ejemplo, el vaso François. Cf. n. 6 de la *Vida de Esopo*. <<

[10] Hermes, hijo de Zeus y Maya, es un dios un poco subalterno que actúa como mensajero de los dioses, conductor de las almas, protector de comerciantes y caminantes, etc. Son frecuentes sus imágenes en el arte griego. Su carácter de mercader amoral aparece en la fábula 57. Probablemente su origen radica en los montones de piedras (*hérma*) que servían de mojones en los extremos de las fincas y a la vera de los caminos. De esta función originaria proceden los hermes cuadran guiares, muy frecuentes en la antigüedad, y a los que se alude en la fábula 48. <<

[11] Originariamente los trofeos consistían en la armadura del enemigo colocada sobre una estaca en el lugar en el que se le había hecho huir (*trópaion* «trofeo» es de la raíz de *tropé* «acción de dar la vuelta», «huida»). Posteriormente se convirtieron ya en monumentos de madera, bronce, mármol, etc. Esta costumbre, típicamente griega, pasó al mundo romano. <<

[12] Cipris es, desde Homero, uno de los nombres con los que se conoce a Afrodita. Este nombre se debe a haber nacido la diosa en la isla de Chipre. Ver fábula 7 y nota *ad loc*. <<

[13] En el original griego dice que «la novia saltó del lecho…». Como es sabido, a partir de cierta época los griegos solían comer recostados sobre una especie de sofás sin respaldo (*kline*), que transmitieron a los romanos (*lectus, triclinium*). A pesar de que la palabra que aparece en esta fábula (*koíte*) suele tener más bien el sentido de «cama, lecho», he preferido traducir por «asiento» para evitar las connotaciones ambiguas que tendría en español una traducción muy literal. <<

[14] Deméter es la diosa de los granos y las cosechas, identificada con la romana Ceres. Suele ser adorada junto con su hija Core («la Muchacha, la Virgen») o Perséfone. Son célebres su santuario y su culto en Eleusis, en las cercanías de Atenas, en donde se celebraban los «Misterios».

Obsérvese la concepción del mundo campesino, que revela la fábula, como lugar de abundancia de comidas y manjares. Esta concepción de «alabanza de aldea y menosprecio de corte» delata la cultura ciudadana, urbana, del autor y la época en que se escribieron las fábulas, semejante al Lope de *El villano en su rincón*. <<

[15] Némesis es la diosa que personifica la Retribución o la Justa Indignación, especialmente la de los dioses contra la petulancia humana. <<

[16] Se creía (Hesíodo, *Fr*. 304) que los ciervos vivían cuatro veces más que los cuervos, de manera que el protagonista de esta fábula habría muerto antes de alcanzar la mitad de su vida. Los cuervos, a su vez, tenían fama de longevos en comparación con los hombres (cf., por ejemplo, Aristófanes, Aves 609). <<

[17] Ver nota a fábula 30 <<

[18] Ver nota a fabula 3. <<

[19] Una de las formas más comunes de adivinación artificial era la de los llamados (en latín) *haruspices*, consistente en la observación de las entrañas de las victimas de sacrificio. La viscera más observada solía ser el hígado («hepatoscopia») y de ella interesaba el tamaño, color, forma, etc. Se creía que los cambios en estas variables se debían a causas sobrenaturales y se interpretaban por medio de reglas establecidas. Es característico de este tipo de adivinación el que hubiese que acudir al adivino a solicitarla, frente a otros tipos que eran enviados espontáneamente por los dioses. Este hecho explica la profesionalización que alcanzaron los harúspices. <<

[20] Ver nota a fabula 30. <<

[21] Zeus es, como se sabe, el «padre de los dioses y de los hombres», como le llama Homero, el dios supremo, con paralelos en latín (*Júpiter* o *Diespiter*), antiguo indio (*Dyauspitá*) y otras lenguas indoeuropeas. Poseidón es fundamentalmente el dios de los terremotos y del mar, identificado con el dios latino Neptuno. Palas Atenea o Atena (identificable con la romana Minerva), diosa virgen, patrona de la ciudad de Atenas, es una diosa de la guerra, de las artes e industrias y de la sabiduría. En cuanto a Momo, que en griego significa «reproche», es una divinidad menor que personifica la censura injusta o la crítica destructiva. <<

[22] Para los griegos el pecho era la sede de los sentimientos y de las facultades anímicas e intelectuales. Frente a nuestra concepción actual del cerebro como sede de las facultades anímicas y la creencia popular de que en el corazón radica el amor y otros sentimientos, los griegos consideraban a las *phrénes* —palabra de difícil traducción y que equivale a una serie de órganos del tronco— como asiento de casi todas las potencias y facultades humanas. A propósito de esto, véase también la fábula 95. <<

[23] El culto doméstico entre los griegos solía centrarse alrededor del hogar y consistía generalmente en libaciones (acción de verter en el suelo unas gotas de vino) y pequeños ofrecimientos de comida a Hestia (latín, *Vesta*) y otros dioses. No era frecuente tener la casa bajo el patronazgo de algún dios o héroe, como es el caso del protagonista de esta fábula, aunque conocemos ejemplos de este tipo (cf. HERÓDOTO, VI 69, 3, y PÍNDARO, *Pítica* 3.77 y ss., entre otros).

Los héroes en muchos casos eran personajes a mitad de camino entre la historia y el mito que tras su muerte recibían algún tipo de culto y se convertían en semidioses. Si hubiera que buscarles un paralelo en la religión cristiana se les podría comparar, *mutatis mutandis*, con los santos. <<

[24] El Olimpo es la montaña más alta de Grecia. Tiene cerca de 3.000 metros de altura y está situada al sur de Salónica y al norte de Larisa. Los griegos creían que en ella tenían su casa los principales dioses del panteón helénico (dioses olímpicos). <<

[25] No es cierto lo que dice el fabulista. En realidad Prometeo («el Previsor») no es más que un semidiós muy popular, a quien Esquilo convirtió en una especie de símbolo del *homme revolté* contra la tiranía de Zeus y en favor de la Humanidad. El mito de Prometeo tiene una serie de variantes. En todo caso los datos principales de su figura son que robó el fuego a Zeus y se lo entregó a los hombres y que formó al hombre del barro de la tierra en su calidad de artesano consumado. Hay varias versiones del castigo que le infligió Zeus: una dice que Zeus creó la mujer, Pandora, que se casaría con su hermano y sería la causante de todas las desgracias de la Humanidad (cf. paralelos con la Eva del *Génesis*). Otra versión cuenta que Zeus lo encadenó y envió un águila que le comía el hígado. Como su hígado era inmortal, crecía por las noches tanto como el águila había comido durante el día. Así estuvo hasta que Heracles lo liberó. <<

[26] Apolo o Febo es, quizá más que su padre Zeus, el principal dios del panteón helénico. Sus funciones principales son la música, el tiro con el arco, la profecía, la medicina, los rebaños, la cultura…, etc. Es un dios joven, brillante, luminoso. Ares, hijo también de Zeus, es el dios de la guerra y es mucho menos popular e importante que su medio-hermano Apolo.

Las Hespérides eran unas hermanas que guardaban el árbol de las manzanas de oro en su jardín. Éste estaba en el extremo Occidente, más allá de las montañas de Atlas. Heracles, en su último «trabajo», consiguió matar al dragón que guardaba el árbol y robar las manzanas. <<

[27] Traducimos por «exceso» la palabra *hybris*. Este término, que es un «mot témoin» de la cultura griega, resulta especialmente difícil de traducir al español, ya que forma sistema con otras palabras que designan el campo de los valores y vicios morales del griego, que es muy diferente del nuestro. *Hybris* significa, según su distribución y oposiciones, «insolencia», «comportamiento violento basado en un abuso de poder o en una supervaloración de las propias fuerzas», «abuso o exceso voluntario y premeditado» (en oposición a la involuntariedad de *ate*), «ultraje», «desmesura», «soberbia», etc. *Hybris*, en griego, es femenino, y *Pólemos*, «guerra», masculino. Al ser femenino en español «guerra», teníamos que buscar un término masculino que pudiese hacer pareja con él. <<

[28] La palabra que utiliza para «delatar» (*sycophantéō*) hace alusión a una institución típicamente ateniense: la de los sicofantes. En Atenas no existían fiscales, de manera que cualquier ciudadano podía —y debía— denunciar a las personas que habían cometido delitos contra el estado o la comunidad. Si los procesos se fallaban en contra del delatado, el sicofante obtenía un porcentaje de la multa, indemnización o aun de los bienes del procesado. Esto llevó a una serie de abusos y a la indeseable proliferación de sicofantes, que chantajeaban a los ricos con amenazas de denuncias ante los tribunales públicos. Ante esta situación, se dictaron leyes imponiendo castigos a los sicofantes que abandonaran un caso después de iniciarlo o a los que en los juicios no obtuvieran más del 5 por 100 de los votos del jurado. En todo caso, la palabra «sicofante» adquirió connotaciones muy peyorativas y pasó a ser considerado en Grecia como un rasgo típico del carácter ateniense. Los ideólogos de la oligarquía veían en ellos una consecuencia lógica de la democracia (cf. TEOFRASTO, *Caracteres* 26.5; PLUTARCO, TIMOLEÓN 37; DIODORO SÍCULO, 11.87, etc.). Para más datos acerca de la fama de los atenienses, véase la fábula 15. <<

[29] La mitología griega carece del concepto de infierno tal como es concebido en la cultura judeo-cristiana y no tiene ningún paralelo para el demonio o Satanás. Los muertos habitaban un reino de sombras, oscuro y ambiguo, en el que no existía propiamente ningún tipo de castigo. Con este mundo subterráneo e infernal estaban relacionados una serie de dioses muy positivos como Deméter, diosa de las cosechas; Plutón, dios de la riqueza; Perséfone o Core («la muchacha»), hija de Deméter (ver nota a fábula 24). Existen, sin embargo, una serie de especulaciones, como la de los órfícos, que llegaron a desarrollar la creencia de premios y castigos *post mortem* (Campos Elíseos, Tártaro), pero esto no deja de ser marginal dentro de las creencias de los griegos. <<

[30] Hasta Napoleón no se puede hablar con propiedad de «militares» o de «ejército regular». En Atenas los generales (*strategoi*) eran elegidos democráticamente por un año y podían ser reelegidos indefinidamente. Podían ser depuestos también por los ciudadanos y al final de su mandato debían rendir cuentas de su gestión. Alguno de ellos llegó a ser condenado al ostracismo y aun a muerte. Es típico de la democracia ateniense el miedo a conceder excesivos poderes a una única persona durante un período dilatado de tiempo. Este temor es una de las causas de la ineficacia del ejército ateniense frente a tropas más disciplinadas y «prusianas» como las espartanas en la guerra del Peloponeso o las macedonias de Filipo y Alejandro. <<

[31] En griego dice que no tenía «corazón», concebido como sede de la inteligencia. Véase también la nota a la fábula 59. <<

[32] Esta afirmación, por lo que respecta a las fábulas de tipo esópico, es verdadera; cf. la introducción a Esopo. Respecto al tal rey Alejandro, véase la introducción a Babrio. <<

[33] El tal Cibises es absolutamente desconocido. <<

[34] Véase el primer prólogo con notas a pie de página a propósito del yambo. <<

[35] Amaltea era la nodriza de Zeus. Algunas versiones la consideran una ninfa y otras una cabra. En todo caso, «cuerno de Amaltea» equivale en griego al *cornu Copiae* o «cuerno de la abundancia» de los romanos. <<

[36] La «blanca Camiro», como le llama HOMERO (*Ilíada* II 656), es una ciudad de la isla de Rodas que, al parecer, tenía fama de buenos higos. En todo caso, según PLINIO (*Historia Natural* XIII 8, 59) y ATENEO (75 c), los higos de Rodas eran muy apreciados. <<

[37] En época helenística eran proverbiales las riquezas del mar Rojo debido a que las perlas, piedras preciosas, especias, marfil, etc., del Oriente venían a Occidente a través, bien del Golfo Pérsico, bien del mar Rojo. Sin embargo, ya antes de identificarse geográficamente el mar Rojo existía la expresión en los cuentos y leyendas populares para referirse a un imaginario país de la abundancia: es algo así como el nombre California que existía en la ficción antes de aplicarse a una tierra concreta. <<

[38] Aunque existían muchas variantes a lo largo de la geografía y de la historia de Grecia, se: puede decir como principio general que las casas griegas eran de una gran sencillez y aun humildad. En la Atenas del siglo V prácticamente no hay palacios ni nobles mansiones. Las casas eran generalmente de adobe y con cubierta de teja. Era frecuente la existencia de un patio orientado al sur, al que daban todas las dependencias de la casa. Con mucha frecuencia también existía una separación entre la parte de la casa dedicada a los hombres (*andron*, *andrónitis*) y la dedicada a las mujeres (*gynaikon*, *gynaikonitis*). En el discurso I de Lisias hay una deliciosa descripción de la casa y la vida doméstica en la Atenas del siglo V (ver, por ejemplo, la edición bilingüe a cargo de M. FERNANDEZ-GALIANO en la Colección Hispánica, Barcelona, 1953).

En cuanto a esta extraña fábula, he procurado hacer una traducción absolutamente literal dada su ambigüedad. A mi juicio, la traducción de Perry es incorrecta: entiende este autor (por lo demás el mayor especialista contemporáneo en la fabulística griega) que una vez que el muchacho entra a vivir con el matrimonio, el marido «amused himself with the boy». Veo dos objeciones a esta interpretación: la primera es que en griego dice *teid'erathýmei*, es decir, emplea un femenino, por lo que yo he traducido «se divertía con la mujer». La segunda es que, según la traducción de Perry, el epimitío o «moraleja» no tiene sentido. Existen otras discrepancias entre mi traducción y la de Perry: yo digo «no se quedó con la boca abierta», donde él dice «not stopping to gawk» (es decir, «sin dejar de bostezar»), y alguna otra diferencia menor. En cuanto al inefable libro de Léon Herrmann resuelve la dificultad corrigiendo el texto de los manuscritos: donde éstos dicen *teid'*, él pone *toi d'*, y asi traduce «il fit l'amour avec lui». En el segundo pasaje para mi oscuro, sigue a Perry: «sans bailler». L. Herrmann, por lo demás, considera espúrea esta fábula porque «jamais Babrius n'aurait pu dédier au jeune Branchos» una fábula tan obscena. Me temo que Herrmann concibe la educación antigua bajo el prisma Victoriano, siendo así que es lo más antivictoriano que se pueda pensar.

Insisto que mi traducción es absolutamente literal: su ambigüedad en español refleja la ambigüedad del *textus receptus*. <<

[39] Peán, aunque originariamente debe haber sido una divinidad independiente, pasó a asimilarse con Apolo y entenderse como una advocación de éste en su calidad de «curador». También se le identificó con Asclepio o Esculapio. <<

[40] El sistema de colores en griego (y latín) es totalmente diferente del nuestro, que parte, como es sabido, del arcoiris. La palabra griega que emplea la fábula, *chlorós*, significa «verde» (aplicado a plantas), «amarillo» (aplicado a la miel, a la arena, a la yema de huevo), «pálido» (aplicado a enfermos), etc. <<

[41] Orión es una constelación que representa al gigante cazador mitológico; de ahí su epíteto «del arco de oro». Orión se va a dormir (es decir, se pone por Occidente) cuando aparece el escorpión (constelación de Scorpio) por Oriente. <<

[42] Las primeras líneas de esta fábula que van entre paréntesis son traducción de la restitución de Crusius. <<

[43] Traducimos —un poco arbitrariamente— *óstraca* por «trozos de pizarra». En realidad, los óstraca eran pedazos de vasijas de barro. En la Grecia clásica este material de escritura se utilizaba sólo para votaciones (cf., por ejemplo, su uso en los procesos de «ostracismo», de los que conservamos docenas de óstraca con el nombre de Temístocles, entre otros). En Egipto, en cambio, se empleaban los óstraca para usos muy variados: recibos de impuestos, cuentas, listas, cartas, oraciones, conjuros e incluso textos literarios, como el célebre ostracón que nos ha conservado un fragmento de Safo (*PSI*, 1300, Pack^2, 1439). <<

[44] La «Tebas de abajo» es evidentemente Tebas de Egipto, así llamada para distinguirla de Tebas de Beocia. <<

[45] En la nota a la fábula 116 hacíamos referencia a la división de la casa en parte reservada a los hombres y en parte reservada a las mujeres. En esta fábula se insiste en esa típica división tanto por el uso de la palabra *andron*, que hemos traducido por «residencia masculina», como por el reproche del joven a la imagen del león. <<

[46] Atis, divinidad minorasiática entrada tardíamente en el panteón helénico, es el joven consorte de Cibeles, un joven castrado y de aire afeminado. El griego dice «el *blanco* Atis», pero como esta palabra significa en griego también «afeminado» he preferido traducirla por «blando», que en español puede tener también ese sentido. Cibeles (que en realidad deberla decirse Cibele) es también una importante diosa frigia que pasa a Grecia y Roma y adquiere una gran relevancia en los últimos siglos de la religión pagana. Los sacerdotes de esta diosa (*Galloi, Metragýrtai*), a los que Babrio parece no profesar mucha simpatía, solían ser castrados y andaban en bandas mendicantes, bailando y haciendo profecías. Las últimas líneas de esta fábula que hemos puesto entre corchetes no se conservan en verso, sino que se restituyen a partir de otros lugares como ESOPO, 164, y FEDRO, IV 1. <<